Jacques Attali

Breve historia del futuro

Jacques Attali (Argelia, 1943) es economista, escritor y ejerce de alto funcionario frances; de hecho, fue consejero de François Miterrand. En 1998, fundó PlaNet Finance en Paris, una asociación de carácter no lucrativo presente en sesenta países que financia, aconseja y forma diez mil instituciones de microfinanzas. En 2007, Jacques Attali fue presidente de PlaNet Finance y de A&A. Actualmente es profesor de economía en la Universidad Paris-Dauphine, también en l'École Phytechnique y a l'École des Ponts et Chaussèes. Su última obra es Dictionnaire amoureux du judaisme (Editions Plon, Paris, 2007)

Jaques Attali

BREVE HISTORIA DEL FUTURO

ÍNDICE

Prólogo 9

1. Una larga historia 19
   Nomadismo, canibalismo y sexualidad 20
   Ritualización y sedentarización 25
   El tiempo de los imperios 29
2. Una breve historia del capitalismo 33
   El ideal judeogriego: la novedad y la belleza 34
   Ferias, ciudades y naciones 43
   De un centro a otro 46
   Brujas, 1200-1350:
   los comienzos del Orden Mercantil 49
   Venecia, 1350-1500: la conquista de Oriente 52
   Amberes, 1500-1560: la hora de la imprenta 57
   Génova, 1560-1620: el arte de especular 61
   Amsterdam 1620-1788: el arte de la urca 64
   Londres 1788-1890: la fuerza del vapor 68
   Boston 1890-1929: la explosión de las máquinas 77
   Nueva York 1929-1980: la victoria eléctrica 81
   Los Ángeles 1980-?: el nomadismo californiano 88
   El principio del fin 98
3. El fin del Imperio Americano 105
   El hermoso futuro de la novena forma 108
   La mercantilización del tiempo 117
   La ubicuidad nómada 121
   El envejecimiento del planeta 125
   Mañana las ciudades 127

Carencias insuperables 131
El desfondamiento tecnológico 137
La única verdadera escasez: el tiempo 139
El fin de la novena forma 140
¿Es posible, una décima forma mercantil? 145
4. Primera ola del futuro: el hiperimperio 153
La generalización de la democracia de mercado:
el mundo policéntrico 154
El objeto sustito del estado:
de la hipervigilancia a la autovigilancia 156
El desmantelamiento de los estados 165
La mercantilización absoluta del tiempo 170
Las empresas nómadas 173
Los amos del hiperimperio: los hipernómadas 177
Los nómadas virtuales:
de los deportes al espectáculo en vivo 179
Las víctimas del hiperimperio: los infranómadas 182
La gobernación del hiperimperio 183
El fin de la libertad, en nombre de la libertad 187
5. Segunda ola del futuro: el hiperconflicto 191
Ambiciones regionales 191
Ejercitos piratas, ejercitos corsarios 194
La cólera de los laicos 197
La cólera de los creyentes 200
Las armas del hiperconflicto 208
Armarse, aliarse 211
Negociar, ayudar 214
Disuadir los regímenes agresivos 215
Ataques preventivos 216
Guerras de escasez: petróleo y agua 217
Guerras de fronteras: del Oriente Medio a África 220

Guerras de influencia 221
Guerras entre piratas y sedentarios 222
El hiperconflicto 223
6. Tercera ola del futuro: la hiperdemocracia 227
El choque democrático 228
La avanguardia de la hiperdemocracia
transhumanos y empresas relacionales 231
Las instituciones de la hiperdemocracia 234
El papel del mercado en la hiperdemocracia 238
El resultado colectivo de la hiperdemocracia:
el bien común, la inteligencia univerasal 240
El resultado individual de la hiperdemocracia: los bienes
esenciales, entre los cuales está el tiempo de calidad 242
El desvío de la hiperdemocracia 243

AGRADECIMIENTOS 246

PRÓLOGO

En estos momentos estamos construyendo el mundo de 2050 y preparando el del 2100. Según como actuemos, nuestros hijos y nietos vivirán en un mundo habitable o en un infierno, y nos odiarán. Si queremos dejarles un planeta donde se pueda vivir, es necesario que nos tomemos la molestia de pensar sobre el futuro, de comprender de dónde viene y cómo se puede modificar. Y es que es posible cambiarlo: la historia obedece a unas leyes que permiten preverla y orientarla.

La situación es sencilla de entender: hoy por hoy, las fuerzas del mercado dominan el planeta. El dinero hace sonar una marcha triunfante, expresión última del triunfo del individualismo, que explica a grandes rasgos los sobresaltos más recientes de la historia, ya que la acelera, la desprecia y la controla.

Si todo sigue como hasta ahora, el dinero se deshará de todo lo que les estorba, incluso de los estados, que destruirán despacio, incluidos los Estados Unidos de América. Una vez convertido en única ley del mundo, el mercado formará lo que yo llamo un *hiperimperio* imperceptible y mundial, creador de riqueza mercantil y de nuevas enajenaciones, de fortunas y miseria extrema, que conformará la naturaleza, un mundo en el que todo estará en manos de empresas privadas, incluso el ejército, la policía y la justicia. Entonces el ser humano irá cargado de prótesis, para acabar convirtiéndose él mismo en un artefacto, vendido en serie a los consumidores, que también serán artefactos. Y entonces el ser humano, inútil incluso para sus propias creaciones, desaparecerá.

Si la humanidad retrocede ante estas perspectivas de futuro e interrumpe el proceso de globalización por la violencia, incluso antes de ser liberada de sus enajenaciones anteriores, entrará en una sucesión de barbaries regresivas y de batallas devastadoras, utili-

zando armas hoy inimaginables, enfrentando estados, entidades religiosas, grupos terroristas y piratas privados. A esta guerra yo la llamo *hiperconflicto*. Es una guerra que también nos podría llevar al fin de la humanidad.

Finalmente, si se puede contener la globalización sin rechazarla, si se puede circunscribir el mercado sin abolirlo, si se puede entender la democracia por todo el planeta sin que pierda concreción, si se puede acabar con la dominación de un Imperio en el mundo, entonces se abrirá un nuevo horizonte de libertad, de responsabilidad, de dignidad, de superación, de respeto al otro. Es lo que yo llamo la *hiperdemocrácia*, que conducirá a la instalación de un gobierno mundial democrático y de un conjunto de instituciones locales y regionales. Reinventando el fabuloso potencial de las nuevas, tecnologías, permitirá a todos ir hacia la gratuidad y la abundancia, aprovechar equitativamente los beneficios de la creación mercantil, preservar la libertad de los propios excesos así como las de los enemigos, dejar a las generaciones futuras un mejor medio ambiente, hacer nacer, a partir de todas las sabidurías del mundo, nuevas maneras de vivir y de crear conjuntamente.

Así pues, podemos explicar la historia de los próximos cincuenta años: antes de 2035 el Imperio Americano dejará de dominar, su dominación será temporal como la de todos sus predecesores; después se sucederán una tras otra como olas las tres etapas del futuro: el hiperimperio, el hiperconflicto y la hiperdemocrácia. A priori, las dos primeras representan el fin. Y la tercera es quimérica.

Sin duda, estas tres etapas del futuro se mezclarán; de hecho, ya se superponen. Yo creo que hacia el 2060 se impondrá la hiperdemocrácia, forma superior de organizaciones de la humanidad, expresión última del motor de la historia: la libertad.

Para argumentar mi pronóstico y apoyarlo, es necesario que explique cómo llegaremos a esta situación, hay que hacer una historia del futuro.

Empresa absurda, me dirán. ¡Tantos acontecimientos, tantos individuos pueden modificar el curso! Y, además, si el motor de la historia es la conquista de la libertad individual, su propio objetivo

la hace imprevisible. Con unos pocos ejemplos basta para convencerse: si en 1799 el general Napoleón Bonaparte no hubiera influido tanto sobre sus contemporáneos, la Revolución Francesa habría podido desembocar inmediatamente en una república parlamentaria, adelantándose un siglo a la historia real. Si en junio de 1914 el asesino de Sarajevo hubiera fallado el disparo, no habría estallado la Primera Guerra Mundial, o en todo caso no lo habría hecho de la misma manera. Si en junio de 1941 Hitler no hubiera invadido Rusia, podría haber muerto de viejo en el poder, como Franco; si ese mismo año Japón hubiera atacado Rusia en lugar de Estados Unidos, tal vez los estadounidenses no habrían entrado en guerra y no habrían liberado Europa, como no liberaron nunca ni España ni Polonia; Francia, Italia y el resto del continente habrían permanecido bajo la bota hitleriana como mínimo hasta finales de la década de los setenta. O, si en 1984 Yuri Andrópov, secretario general del Partido Comunista Soviético, no hubiera muerto prematuramente, y si el sucesor de su sucesor hubiera sido, tal como estaba previsto, Grigori Romanov en lugar de Mijaíl Gorbachov, seguramente todavía existiría la Unión Soviética.

Por lo tanto, es absurdo intentar prever el futuro. Todas las previsiones que se hacen no son en general más que proyecciones del presente. Desde las primeras sociedades humanas, la predicción del futuro se ha resumido a predecir el eterno retorno de los astros y las cosechas. Para los sacerdotes y los augures, el mundo sólo era posible en un más allá cósmico, en un espacio ideal, también estable, cíclico, cuya realización estaba más relacionada con la buena voluntad enigmática de los dioses que con las acciones de los hombres.

Cuando se hizo evidente que la innovación podía mejorar la vida material, intelectual y estética, alrededor del Mediterráneo aparecieron una serie de pueblos determinados a concebir y a poner en práctica el progreso terrestre. Aquellos que pensaron en el futuro del planeta (filósofos, artistas, juristas, y también sabios, economistas, sociólogos, novelistas y futurólogos) en general lo describieron todavía como un prolongamiento ingenuo del propio presente. Por ejemplo, a finales del siglo XVI pronosticaron que la aparición de la

imprenta en Europa no haría nada más que reforzar los dos poderes dominantes de entonces, la Iglesia y el Imperio. Del mismo modo, a finales del siglo XVIII la mayoría de analistas creían que la máquina de vapor no era más que una atracción de feria que no cambiaría el carácter agrícola de la economía, y a finales del XIX por la mayoría de observadores la electricidad solo tenía una aplicación: era otra manera de iluminar las calles. Y si bien a principios del siglo XX algunos preveían la aparición del submarino, del avión, del cine, de la radio y de la televisión, nadie, ni siquiera Julio Verne, pensaba que todos aquellos inventos modificarían el orden geopolítico del momento, en manos del Imperio Británico, y todavía menos preveían el declive de Europa, la subida del comunismo, del fascismo y del nazismo o la llegada del arte abstracto, del jazz, de las armas nucleares y de los anticonceptivos. Igualmente, a finales del siglo pasado, muchos todavía consideraban que el ordenador personal e Internet no eran más que curiosidades irrelevantes, y pocos imaginaban el matrimonio entre personas del mismo sexo. Pocos analistas anunciaron el retorno del Islam a la pista central de la historia.

Todavía ahora la mayoría de predicciones de futuro no son más que extrapolaciones de tendencias ya presentes. Hay pocos que se arriesgan a hacer previsiones osadas, a anunciar bifurcaciones, inversiones, cambios de paradigma, sobre todo en materia de costumbres, de cultura o de ideología. Y todavía menos a anticipar las crispaciones ideológicas que podrían retardar o incluso imposibilitar rupturas tan profundas.

Y eso que en los próximos cincuenta años todo cambiará y el futuro tomará múltiples direcciones que son perfectamente posibles de dibujar.

Después de haberlas esbozado al principio de este prólogo en unas pocas líneas, he aquí un resumen de lo que sucederá en unas cuántas páginas.

Todo empezará con un descalabro demográfico. Excepto que se produzca una catástrofe, en 2050 en la Tierra habrá unos 9.500 millones de personas, 3.000 millones más que hoy en día. La esperanza de vida en los países ricos se acercará a los cien años, la nata-

lidad se estancará sin duda en alrededor de la tasa de reemplazo. En consecuencia, la población envejecerá. Habrá 360 millones más de habitantes en China, 600 millones más al India, 100 millones más en Nigeria y en Bangladesh, 80 más en los Estados Unidos, 9 más en Francia, 10 menos en Alemania y quizás 30 millones menos en Rusia. Dos tercios de los habitantes del planeta vivirán en ciudades que habrán doblado la población de aquí entonces, como también se tendría que doblar la cantidad de energía y de productos agrícolas consumidos. El número de personas en edad de trabajar también se multiplicará por dos; más de dos tercios de los niños nacidos ese año, vivirán en los veinte países más pobres.

También se producirán otros descalabros que es posible predecir bastante cuidadosamente: si tomamos cierta distancia y observamos la historia, veremos que siempre va, toda obstinada, en la misma dirección, y que ningún trasiego, por prolongado que haya sido, ha conseguido nunca desviarla: a lo largo de los siglos la humanidad siempre ha impuesto la primacía de la libertad individual sobre cualquier otro valor. Lo ha hecho negándose cada vez con más intensidad a aceptar cualquier forma de servidumbre, mediante los progresos técnicos que permiten reducir los esfuerzos, con la relajación de las costumbres, de los sistemas políticos, del arte y de las ideologías. En otras palabras, la historia de la humanidad es la historia de la evolución del ser humano en cuanto que sujeto de derecho, autorizado a pensar y a controlar su destino, sin otra limitación que el respeto al derecho de los otros a disfrutar de las mismas libertades.

Esta evolución, hoy todavía reservada a los más ricos, conduce a cuestionar permanentemente el poder establecido y ha hacer nacer nuevas potencias. En particular, para imponer la primacía del individuo sobre la sociedad, los pueblos han establecido progresivamente varios sistemas de reparto de bienes raros. Durante mucho de tiempo los dejaron en manos de señores de la guerra, sacerdotes y príncipes que gobernaban reinos e imperios; después una nueva clase dirigente, más numerosa y con más movilidad, la de los mercaderes, ideó dos nuevos mecanismos revolucionarios de repartir la

riqueza: el mercado y la democracia. Estos mecanismos aparecieron hace casi tres mil años y se fueron imponiendo progresivamente, hasta el punto que ahora conforman una parte creciente de la realidad del mundo y condicionan el futuro.

Despacio, y a pesar de una oposición cada vez más violenta, el mercado ha ido transformando los principales servicios (alimentación, ropa, entretenimiento, vivienda, transportes, comunicación), que al comienzo eran gratuitos (de buen grado o por obligación), en servicios comerciales. Después los ha convertido en productos manufacturados producidos en serie, en verdaderas herramientas de la autonomía individual.

Poco a poco la libertad mercantil contribuyó a hacer nacer la libertad política, en principio para una minoría y después para muchos, como mínimo en teoría, en áreas cada vez más extensas, y fue reemplazando casi por todas partes el poder religioso y militar. En definitiva, la dictadura permitió que naciera el mercado, el cual engendró la democracia. Así es como a partir del siglo XII se instauraron las primeras *democracias de mercado*.

Lentamente las democracias de mercado fueron ampliando su espacio geográfico; el centro de poder del conjunto de estas democracias de mercado se fue desplazando hacia el oeste: en el siglo XII pasó del Próximo Oriente a el Mediterráneo, después a el mar del Norte, el océano Atlántico, y finalmente, hoy se encuentra en el Pacífico. Nueve centros se fueron sucediendo: Brujas, Venecia, Amberes, Génova, Ámsterdam, Londres, Boston, Nueva York, y hoy en día, Los Ángeles. El mundo entero, exceptuando China y el Oriente Medio, forman parte de este Orden Mercantil.

Siempre suavemente, la competencia ha llevado a concentrar el poder sobre los mercados y la democracia -en teoría igual de accesibles a todo el mundo-, sobre nuevas élites cambiantes, que controlan el capital y el saber, con lo cual aumentan las desigualdades.

Si esta historia multimilenaria continúa por el mismo camino durante medio siglo más, el mercado y la democracia llegarán en todas partes, se acelerará el crecimiento, aumentará el nivel de vida y desaparecerá la dictadura de los países donde todavía existe. Pero

la precariedad y la deslealtad devendrán la regla, el agua y la energía serán cada vez más escasas, el clima correrá peligro, se agravarán las desigualdades y las frustraciones, se multiplicarán los conflictos y se producirán grandes movimientos de población.

Hacia el 2035, al final de una larga batalla, y en medio de una grave crisis ecológica, los Estados Unidos, imperio que todavía dominará, serán vencidos por esta globalización de los mercados, en particular financieros, y por el poder de las empresas, en particular las compañías de seguros. Agotados en el ámbito económico y político, como todos los otros imperios que los han precedido, los Estados Unidos dejarán de gobernar el mundo. Pero continuarán siendo la primera potencia del planeta, ningún otro imperio ni nación dominante los reemplazarán. El mundo pasará a ser provisionalmente policéntrico, controlado por un puñado de potencias regionales.

Entonces, hacia el 2050, el mercado, un ente por naturaleza sin fronteras, vencerá a la democracia, institucionalmente circunscrita en un territorio. Los estados se debilitarán. Las nuevas tecnologías nanométricas reducirán el consumo de energía y transformarán los últimos servicios todavía colectivos: la sanidad, la educación, la seguridad y la soberanía. Aparecerán unos nuevos bienes de consumo de gran importancia, los cuales he bautizado con el nombre de *verificadores*, que permitirán medir y controlar nuestra conformidad a las normas: seremos nuestros propios médicos y profesores, nuestros propios vigilantes. La economía gastará cada vez menos energía y agua. El control de uno mismo pasará a ser la forma máxima de libertad, y el miedo a no ser conforme a las normas marcará el límite. La transparencia será una obligación: quién desee esconder las afinidades, las costumbres, el estado de salud o el nivel de formación será a priori sospechoso. El aumento de la esperanza de vida dará el poder a la gente mayor, que elegirá endeudarse. Los estados desaparecerán y cederán el lugar a las empresas y en las ciudades. Los *hipernómadas* dirigirán un imperio sin territorio, sin centro, abierto: un *hiperimperio*. Nadie será leal a nada, solo a sí mismo; las empresas ya no tendrán nacionalidad; los pobres constituirán un mercado como otro; las leyes serán reemplazadas por contratos;

la justicia, por el arbitraje; la policía, por mercenarios. Se instaurarán nuevas diversidades, llegarán nuevos espectáculos y deportes para distraer a los sedentarios, mientras que masas inmensas de nómadas miserables, los *infranómadas*, derrocarán las fronteras buscando de qué sobrevivir. Las compañías de seguros, reguladoras del mundo, fijarán las normas a las que tendrán que doblarse los estados, las empresas y los particulares. Unos organismos privados de gobierno que trabajarán por cuenta de las aseguradoras velarán porque se cumplan las normas. Los recursos serán cada vez más escasos, los robots cada vez más numerosos. El tiempo, incluso el más íntimo, se empleará básicamente en el uso de mercancías. Incluso un día nos propondrán métodos para repararnos nosotros mismos el cuerpo; después, que produzcamos nuestras propias prótesis; finalmente, que nos clonemos. El ser humano será entonces un artefacto consumidor de artefactos, un caníbal devorador de objetos caníbales, victima de malos nómadas.

Todo esto se producirá, por supuesto, con un terrible trasiego: mucho antes que desaparezca el Imperio Americano, mucho antes de que el clima sea casi insoportable, la población se disputará el territorio y estallarán incontables guerras. Naciones, piratas, mercenarios, mafias y movimientos religiosos se dotarán de armas nuevas, de instrumentos de vigilancia, de la genética y de las nanotecnologías. Además, la llegada del hiperimperio nos convertirá a todos en enemigos de todo el mundo. Se luchará por el petróleo, por el agua, para conservar un territorio, para abandonarlo, para imponer una fe, para combatir otra, para destruir Occidente, para hacer prevalecer sus valores. Las dictaduras militares en manos del ejército y la policía tomarán el poder. Estallará una guerra más mortífera que las otras, un *hiperconflicto* que englobará a todos los otros, y quizás destruirá la humanidad entera.

Si la humanidad no ha sucumbido bajo el diluvio de bombas hacia el 2060 como pronto, ni el Imperio Americano, ni el hiperimperio, ni el hiperconflicto serán tolerados. Unas nuevas fuerzas, altruistas y universalistas, que ya actúan hoy, tomarán el poder mundial por una necesidad ecológica, ética, económica, cultural y

política. Se revelarán contra el exceso de control, de narcisismo y de normas. Nos conducirán progresivamente a un nuevo equilibrio, este golpe planetario, entre el mercado y la democracia, constituyendo la *hiperdemocracia*. Unas instituciones mundiales o continentales organizarán entonces, gracias a las nuevas tecnologías, la vida colectiva: pondrán límites al artefacto mercantil, a la modificación de la vida y la naturaleza; favorecerán la gratuidad, la responsabilidad, el acceso al saber. Harán posible el nacimiento de una inteligencia universal que reunirá la capacidad creadora de todos los seres humanos para hacer una superior. Aparecerá una nueva economía, denominada *relacional*, que ofrecerá servicios sin buscar beneficios y competirá con el mercado para más tarde destruirlo, igual que el mercado que derrocó, hace unos cuántos siglos, el feudalismo.

En esta época, más próxima de lo que pensamos, el mercado y la democracia en el sentido en que los entendemos hoy en día serán conceptos caducados, recuerdos vagos, tan difíciles de comprender como lo son ahora el canibalismo o los sacrificios humanos.

Cómo todo resumen, este que acabo de hacer podría parecer una caricatura, un discurso categórico y arbitrario. El objetivo de este libro es demostrar que, a pesar de todo, este es el rostro más verosímil del futuro. No es, el que deseo: si he escrito este libro es precisamente porque querría que el futuro no sea como me temo que será, y para ayudar a desplegar las formidables potencialidades que hoy comienzan a actuar.

Mis lectores habituales encontrarán que profundizo en tesis esbozadas en ensayos y novelas anteriores, en los cuales anuncié -mucho antes que se hablara habitualmente- el traslado del centro geopolítico del mundo hacia el Pacífico; la inestabilidad financiera del capitalismo; la creación de una burbuja financiera; los problemas climáticos; la fragilidad del comunismo; la amenaza terrorista, la aparición del nomadismo, la llegada del teléfono móvil, del ordenador personal, de Internet y otros *objetos nómadas*; la emergencia de productos gratuitos o hechos a medida, y el papel fundamental del arte, en particular de la música, en la diversidad del mundo. Los

lectores más atentos detectarán que se ha producido una evolución en mi pensamiento: es normal, por suerte no me cayó del cielo todo hecho.

Y ya para acabar, quiero decir que, como que toda predicción es sobre todo un discurso sobre el presente, este ensayo también es un libro de política del cual todo el mundo, espero, podrá hacer un buen uso, en un momento en que se anuncian acontecimientos importantes por todas partes.

1

UNA HISTORIA MUY LARGA

Para comprender cómo puede ser el futuro, es preciso tener presente la historia del pasado. La recordaremos aquí a grandes rasgos, y veremos que hay algunas constantes que atraviesan nuestro pasado y que existe una estructura de la Historia que nos permite prever la organización de los decenios venideros.

Los grupos humanos vienen organizándose desde tiempos inmemoriales en torno a una riqueza, una lengua, un territorio, una filosofía, un jefe. Siempre han coexistido tres poderes: el religioso, que establece el tiempo de las oraciones, marca el ritmo de la vida agrícola y determina el acceso a la vida futura; el militar, que organiza la caza, la defensa y la conquista; y el mercantil, que produce, financia y comercializa los frutos del trabajo. Cada uno de estos poderes administra el tiempo y controla sus instrumentos de medida: observatorios astronómicos, relojes de arena, relojes para controlar el trabajo.

Hay en todas las cosmogonías tres dioses que dominan a todos los demás y representan esta trinidad del poder: los latinos los llaman Júpiter, Marte y Quirino, dios de los dioses, dios de la guerra y dios del dinero, respectivamente. Por debajo de ellos, se encuentra el reino de los seres humanos. Y, por debajo de éste, un poder diferente atraviesa todos los demás, un poder que puede que algún día termine reemplazándolos: lo femenino, que controla la reproducción de las generaciones y la transmisión del saber.

Cada uno de los poderes dominantes (religioso, militar y mercantil) ha controlado las riquezas de manera sucesiva. Podemos por tanto contar la historia de la humanidad como la sucesión de tres grandes órdenes políticos: el Orden ritual, en el que la autoridad es esencialmente religiosa; el Orden imperial, en el que el poder es

ante todo militar; el Orden mercantil, en el que el grupo dominante es el que controla la economía. El ideal del primero es teológico; el del segundo, territorial; el del tercero, individualista.

Una sociedad permanece estable en cualquiera de estos órdenes mientras el grupo dominante controla el reparto de las riquezas. En el Orden ritual, se las gasta en sacrificios; en el Orden imperial, en monumentos; en el Orden mercantil, en inversiones productivas. Y en estos tres órdenes, la defensa de su poder es prioritaria. El control de la riqueza por parte del grupo dominante se ve amenazado por las guerras, los cataclismos naturales, las detracciones exteriores, los competidores. Para conservar el poder, el grupo dominante intenta emplear en su provecho un progreso técnico, una explotación más intensiva de los débiles o una ampliación del espacio dominado. Si fracasa, otro grupo dominante ocupará su lugar.

Además, cuando la legitimidad de la autoridad se ve cuestionada, se establece un orden nuevo, con otros poderes, otros saberes, otras maneras de gastar los excedentes, otras relaciones de fuerzas geopolíticas. A veces, el dueño se convierte en esclavo; el soldado sustituye al sacerdote, el mercader sustituye al soldado.

Naturalmente, estas evoluciones se producen sin rupturas radicales: en cada momento coexisten los tres órdenes de poder, con avances prematuros y vueltas atrás.

Veamos ahora la historia de estos órdenes, de su nacimiento y su decadencia, desde la más remota Antigüedad. Este relato nos permitirá deducir las leyes de la Historia a partir de hechos que en ocasiones parecen insignificantes, triviales. La comprensión de dichas leyes resulta esencial: seguirán vigentes en el futuro y nos permitirán, por tanto, predecir el curso de lo venidero.

Nomadismo, Canibalismo y Sexualidad

Para establecer estas leyes, debemos tomar como punto de partida la información acerca del ser humano más antigua que tengamos. De este modo podremos comprender que la fuerza que está en jue-

go es siempre la misma: la de la progresiva superación, por parte del ser humano, de todas las limitaciones.

La vida surgió en los océanos hace 3.800 millones de años, y, sobre la tierra, hace 350 millones de años. Según los hallazgos más recientes, dos de los primeros primates (Toumaí, en el Chad, y Orrorin, en Kenia) bajaron de los árboles hace 7.000 millones de años sin duda tras una sequía y se irguieron sobre sus dos piernas. Dos millones de años más tarde, otra especie de primate, el australopithecus, bajó también de los árboles y empezó a recorrer los parajes de África oriental y austral. Tres millones de años más tarde, en la misma región, algunos de sus descendientes, el *Homo habilis* y el *Homo rudolfensis*, seleccionados por las exigencias de la marcha, caminaban ya más erguidos: podían, por tanto, cargar con un cerebro más pesado. Recolectores, carroñeros, parásitos, aprendieron a tallar piedras para emplearlas como herramientas, y se pusieron a recorrer los territorios del continente africano.

Sólo sobrevivieron los primates mejor adaptados a la vida errante; sólo progresaron las técnicas de caza y de recolección compatibles con el movimiento.

Hace 1,5 millones de años, en África oriental, surgió, junto a las especies de primates ya existentes, el *Homo ergaster*, todavía mejor adaptado que los demás a los viajes, e incluso a la carrera. Aunque iba aún un poco encorvado, estaba modelado por el movimiento: había perdido su pelaje y era capaz de correr. Al parecer incluso adquirió los primeros rudimentos de la palabra.

Hace 1 millón de años, un descendiente del *Homo ergaster* evolucionó y generó una nueva especie de primates: el *Homo erectus*. Fue el primero que abandonó África oriental; en el transcurso de varias decenas de miles de años, recorrió el resto de África, Europa, Asia central, India, Indonesia y China.

Cien mil años más tarde, surgieron otros dos primates al parecer también en África: el *Homo sapiens* y luego el *Homo heidelbergensis*. Ambos seguían siendo nómadas y todavía estaban mejor adaptados que sus predecesores a la marcha. Caminaban más erguidos; su cerebro era aún más voluminoso; su organización social y

su lenguaje eran más sofisticados. Sus únicas herramientas seguían siendo de piedra tallada. Sometidos por completo a las fuerzas de la naturaleza, la lluvia, el viento, el rayo, vieron en estos elementos la manifestación de fuerzas superiores. Aún no enterraban a sus muertos; sus refugios, aunque precarios, eran ya más resistentes, y sus herramientas, más ingeniosas. Todos estos primates, vecinos, pero diferentes, coexistían sin mezclarse. A diferencia de las demás especies animales, empezaron a transmitir un saber de generación a generación. Lección para el futuro: transmitir es el requisito para el progreso.

Hace 700.000 años, tanto en China como en África, el *Homo sapiens* dominaba ya el rayo y aprendió a encender fuego; a partir de entonces, pudo empezar a cocer vegetales y, por tanto, a alimentar mejor su cerebro. Comprendió además que podía poner ciertas fuerzas del mundo a su servicio. Se trató de un salto considerable. Inventó los primeros calzones, cosió las primeras prendas y empezó a recorrer Europa, un continente frío cubierto de bosques.

La descendencia del *Homo sapiens* se ramificó. Una de sus ramas evolucionó hacia el *Homo neanderthalensis*, que, hace 300.000 años, viajó a través de África, Europa y Asia. Por primera vez, empezó a construir chozas sofisticadas allá donde iba, y también a enterrar a sus muertos. En Europa, por aquel entonces estaba aislada por los glaciares que cubrían los Alpes y los Balcanes, el Neanderthalensis coexistió con los demás primates, sin mezclarse con ellos ni arrebatarles el sitio.

Fue sin duda en esta época hace 300.000 años cuando apareció el canibalismo; no como un acto de violencia, sino como una práctica ritual de apropiación de la fuerza de los muertos. Encontramos rastros de ese canibalismo hasta nuestros días en la relación del ser humano con todo tipo de consumo. El *Homo sapiens* descubrió también que la procreación era una consecuencia del acto sexual y que ambos miembros de la pareja desempeñaban un papel en ello; la condición de ambos sexos se distinguió entonces con mayor claridad. Los varones permanecían juntos y no cambiaban de grupo; las mujeres, en cambio tal vez para huir del incesto

que debilitaría al grupo, abandonaban la tribu en la pubertad, o al menos se alejaban de ella para disponer de un espacio propio, en ocasiones situado en el interior del territorio común de la tribu. Se comenzó entonces a distinguir entre sexualidad y reproducción: ése fue el inicio de una tendencia cada vez más marcada a lo largo de la Historia.

Hace 160.000 años, en África, apareció el primer ser humano moderno, fruto físico e intelectual de las exigencias nómadas, y descendiente del *Homo sapiens*. Se trata del *Homo sapiens sapiens*. Su cerebro era mucho más sofisticado que el de los demás primates; se organizaba en tribus más amplias, en las que las mujeres se hacían cargo de la educación de los hijos, y consideraba que todo estaba vivo, tanto la naturaleza como los objetos; enterraba a sus muertos; sin duda el canibalismo estaba aún muy presente en su vida. La esperanza media de vida no superaba todavía los 25 años. Los grupos humanos viajaban por Oriente Próximo y Europa; no acumulaban, ni ahorraban, ni tampoco guardaban nada de reserva; no poseían nada que no pudieran transportar: fuego, herramientas, armas, ropas, conocimientos, lenguas, ritos, historias. Empezaron los intercambios de objetos, de mujeres, de prisioneros: los primeros mercados. Inicios, sin duda, de la esclavitud.

Hace aproximadamente 85.000 años se produjo un enfriamiento del clima en todo el mundo; el *Homo sapiens sapiens* empezó a construir refugios menos precarios y a permanecer en ellos durante algo más de tiempo. Viajaba menos y aún coexistía con otras especies de primates. Los primates de especies distintas guerreaban entre ellos por los refugios, las mujeres o los territorios de caza. Sus conflictos obedecían a principios simples que han permitido determinar los restos encontrados: infundir miedo, atacar por sorpresa, cortar las vías de comunicación del enemigo, no darle tregua; era habitual traicionar a los aliados y simular la propia huida, así como atacar por la espalda. El canibalismo seguía vigente, siempre encaminado a apropiarse de la fuerza de los ancestros y a ritualizar la relación con la muerte. Comer la vida para no morir: una lección que sigue siendo válida en nuestros días.

El primate de hace unos 45.000 años habitaba en cuevas durante el invierno y, durante el verano, en chozas. Fabricaba herramientas cada vez más especializadas y, entre los miembros del grupo, había empezado a establecerse la división del trabajo; con ella apareció el desempleo para quienes ya no producían directamente su alimento.

Hace aproximadamente 40.000 años, las temperaturas volvieron a subir en todo el planeta; los primates, como los demás animales, salieron de sus refugios y empezaron a viajar de nuevo. El *Homo sapiens sapiens* entró entonces en Europa, Asia, e incluso Australia, que tal vez otros primates habían visitado ya (extraordinario periplo marítimo mucho más allá de la línea del horizonte). Llegó también a las Américas, probablemente por tierra, cruzando el estrecho de Bering. En Europa, uno de estos *Homo sapiens sapiens*, hoy en día llamado «hombre de Cromagnon», se encontró con el *Homo neanderthalensis*, que había llegado allí hacía ya 250.000 años y dominaba todavía por completo el territorio. Ambos grupos de primates coexistieron en Europa durante más de 10.000 años sin establecerse nunca en un mismo lugar: eran nómadas que se desplazaban por vastos territorios que sólo abandonaban en caso de extrema necesidad.

Sin embargo, 10.000 años más tarde, hace unos 30.000 años, sin que sepamos realmente por qué, desaparecieron prácticamente de pronto todas las especies de primates entre ellos el *Homo neanderthalensis* salvo el *Homo sapiens sapiens*.

A partir de entonces, en el planeta ha vivido un único primate, solo en medio de decenas de millones de otras especies. Él es ahora el único que sabe transmitir su saber de generación en generación. Ya puede pues empezar la historia del ser humano. Todo lo que había aprendido hasta ese momento, después de 2 millones de años, iba a servirle para construir lo que somos. Y lo que llegaremos a ser.

Ritualización y Sedentarización

En aquel momento hace 30.000 años algunos seres humanos empezaron a soñar en un más allá ideal del que habrían desaparecido todas las formas de carencia y en el que se encontrarían con sus antepasados. Surgió también entonces la idea de una fuerza suprema, vital, de un Dios, el principio único. El canibalismo empezó a ser desplazado por su ritualización en el sacrificio religioso: se comía el cuerpo de un ser humano enviado hacia Dios para acercarse a él. La propiedad se precisó; las lenguas se diversificaron; la división del trabajo se volvió más compleja: uno construía chozas, otro cosía prendas o tallaba piedras, otros fabricaban herramientas y armas, cazaban, contaban historias, cuidaban a quienes lo necesitaban, rezaban. Los hombres empezaron a imponer su poder sobre las mujeres, y las madres y hermanas quedaron bajo la responsabilidad de sus hermanos y sus primos. Se establecieron prohibiciones y, gracias a ello, se consiguió controlar la violencia: los miembros de un grupo seguían prestándose ayuda unos a otros, trabajaban juntos, criaban juntos a los hijos, comían juntos; pero ya no podían cazar, recolectar, ni consumir juntos ciertos animales y ciertas plantas erigidos en tótems, y, sobre todo, no podían mantener relaciones sexuales entre ellos: al estar prohibido el incesto, las mujeres ya no tenían que abandonar el grupo. Lección para el futuro: lo sagrado legitima los tabúes.

A partir de entonces, la esperanza de vida superó los 30 años y el ser humano empezó a tener algo de tiempo para transmitir sus conocimientos a las siguientes generaciones. De hecho, el deseo de transmisión es lo que le distinguía cada vez más de las otras especies animales.

Poco a poco, el ser humano fue aprendiendo a distinguir varias categorías en la idea de Dios, de acuerdo con sus modos diversos de manifestarse en la naturaleza: el fuego, el viento, la tierra, la lluvia, etc. El politeísmo es, por tanto, una forma religiosa proveniente de un monoteísmo primitivo. Y lo sagrado contribuye a fundamentar la política. Comenzó entonces el Orden ritual. El ser humano empe-

zó a pensar en acompañar a sus muertos hacia el más allá enterrándolos en tumbas sofisticadas, y dedicándoles ceremonias, ofrendas y sacrificios con el fin de conseguir que los dioses con quienes los difuntos iban a reunirse obsequiaran a los vivos con su protección.

Cada grupo o tribu tenía un jefe sacerdote y curandero a la vez que controlaba la violencia asignándole a cada cual un lugar vinculado con lo sagrado. El jefe se encargaba además de controlar las prohibiciones, el calendario, la caza y la fuerza. Las cosmogonías designaban chivos expiatorios, que hacían también de intermediarios con el más allá. El canto y la flauta fueron los primeros medios para dirigirse a estos intercesores, y los laberintos, las primeras representaciones metafóricas de estos viajes.

Los objetos fabricados por los seres humanos seguían considerándose seres vivos. Intercambiarlos, buscar equivalencias entre ellos, era algo así como intercambiar esclavos, rehenes o mujeres; de hecho, se organiza para los objetos un trueque rudimentario como el que ya existía desde hacía tiempo para los seres humanos. A este intercambio de objetos le sucedió, prácticamente en todos los rincones del planeta, lo mismo que al intercambio de rehenes: allí donde no estaba controlado se convertía en una fuente de violencia. A menudo quedaba ritualizado mediante la obligación de guardar silencio que se imponía a quienes participaban en el intercambio. Lección para el futuro: la palabra puede convertirse en un arma mortífera; el mercado es peligroso si no está equilibrado.

Hace 20.000 años, los más adelantados de estos últimos primates, que aún seguían siendo nómadas, se instalaron en Oriente Próximo, donde el clima era particularmente acogedor. Allí encontraron, en su estado natural, gran abundancia de productos que podían almacenar (lino, trigo, cebada, guisantes, lentejas) y de animales fáciles de capturar (el perro, la oveja, el cerdo, la vaca, el caballo). Algunos grupos permanecieron entonces en el mismo lugar durante períodos bastante prolongados, y construyeron allí las primeras casas de piedra. Llevaron consigo lo sagrado y las tierras en las que se instalaron pasaron a ser dominio de dioses.

Hace 15 .000 años, estos seres humanos de Mesopotamia, to-

davía nómadas, cavaron pozos y controlaron rebaños de animales salvajes, aunque aún sin domesticarlos: concedían cada vez más importancia a su descendencia y se cuidaban de la naturaleza, expresión de los dioses.

Hace 10.000 años, el ser humano, para poder dar caza a una presa más veloz que él, inventó dos instrumentos revolucionarios que le permitieron, por primera vez, incrementar su propia fuerza: el propulsor, la primera palanca, y el arco, el primer motor.

Por aquella época, en Mesopotamia, los seres humanos iban distinguiendo cada vez mejor entre el acto y sus consecuencias; aprendían a regar sus tierras, a hacer lo necesario para que los animales se reprodujeran en cautividad, a reutilizar los granos, a almacenar reservas en silos. Y, para ello, era preciso quedarse en el mismo lugar durante largo tiempo. Y, como estos seres humanos empezaron a vivir más años, dispusieron también de más tiempo para dedicarse a transmitir sus conocimientos. Las cosmogonías se volvieron más complejas y, a partir de entonces, la tierra y la agricultura ocuparon en ellas un puesto principal. Los dioses de los viajes, tan necesarios hasta entonces, quedaron relegados a un segundo plano. De esta manera, 150.000 años después de su aparición, el *Homo sapiens sapiens* inventó la vida sedentaria. Lo sagrado se orientó entonces hacia la glorificación de la propiedad del suelo: los dioses eran dueños de la tierra y del cielo.

Mil años después -hace 9.000 este hombre mesopotámico centró su atención en conseguir, mediante cruces sucesivos, nuevas especies animales mejor adaptadas a sus necesidades. Se convirtió también en pastor. En esa misma época, en China se desarrollaba otra economía agrícola basada en el mijo, el cerdo, el perro y el pollo.

La vida sedentaria es, por tanto, una idea de cazadores; la agricultura, un invento de nómadas; el pastoreo, una práctica de campesinos.

En Mesopotamia y en Asia, donde la humanidad se sedentarizó, los progresos fueron, a partir de entonces, fulgurantes. En Asia central, algunas tribus (llamadas hoy en día mongoles, indoeuro-

peos, turcos) aprendían a domar los caballos, los renos y los camellos. Descubrieron también la rueda, y, tras revolucionar con ella las condiciones del transporte y de la guerra, se lanzaron a la conquista de llanuras más benignas de Mesopotamia, la India, y China.

Para hacerles frente, los primeros poblados levantaron barricadas; las casas y las murallas se construyeron entonces de piedra; algunos jefes recaudaron los primeros impuestos para formar ejércitos. Frente a esas agresiones, nómadas por naturaleza, nacieron los primeros Estados, por naturaleza sedentarios. Los sedentarios ya sólo necesitaban a los viajeros para comercializar sus productos y para que los defendieran, en vanguardia, contra otros nómadas. Los sedentarios en varios emplazamientos a la vez descubrieron el cobre y con él fabricaron flechas; luego lo mezclaron con estaño y obtuvieron bronce.

Lección para el futuro: es en la confrontación de nómadas y sedentarios donde la humanidad adquiere fuerza y libertad.

Hacia el año 5000 antes de nuestra era, en China, empezaron a organizarse espacios cada vez más amplios bajo la autoridad de un solo jefe. Fue sin duda en aquella época cuando se inventó lo que, un poco más adelante, se convertiría en la cerámica y también aparecieron entonces los primeros rudimentos de la escritura. En el norte, la cultura de Yang Shao desarrolló una agricultura basada en el mijo; en el sur, en las provincias marítimas del Jiang Su y del Zhejiang, se empezó a cultivar el arroz, llegado de las islas del Pacífico.

Con la escritura, la acumulación y la transmisión del saber resultaron más fáciles. Y así, del desierto de la prehistoria, surgieron los primeros relatos de aventuras de los pueblos y los primeros nombres de príncipes. Aparecieron asimismo las primeras contabilidades, las primeras equivalencias. Y, muy pronto, los primeros imperios.

El tiempo de los Imperios

Hace 6.000 años, algunos reinos unificaron pueblos y tribus que vivían repartidos en territorios cada vez mayores. Lo sagrado dejó paso a la fuerza, y lo religioso, a lo militar. El trabajo de los seres humanos se obtenía por medio de la violencia, y el saber que realmente importaba era el que permitía producir excedentes agrícolas. Los objetos habían dejado de tener nombre propio y personalidad: se habían convertido en artefactos, en bienes intercambiables, en utensilios. La esclavitud de la mayoría era la condición de la libertad de una minoría. El jefe de cada reino o imperio era a la vez príncipe, sacerdote y caudillo guerrero, dueño del tiempo y de la fuerza, HombreDios. Sólo él estaba autorizado a dejar huella de su tránsito con una sepultura identificable; los demás seguían muriendo en el anonimato. Fue, pues, con el príncipe cómo nació la noción de individuo; y fue también con su dictadura cómo se despertó el sueño de libertad.

Un imperio se establecía cuando se hacía con el control de un excedente que le permitía defenderse y atacar a los demás. Se debilitaba cuando el excedente que había acumulado no era ya suficiente para controlar las rutas estratégicas.

En el año 2697 antes de nuestra era, primera fecha establecida, aunque aproximadamente, gobernó en el norte de China el primer príncipe de cuyo nombre tenemos testimonio: Huang Di. En esa misma época, un poco más al sur, en la región de Shandong, se instaló la cultura de Long Shan: pequeñas poblaciones protegidas con murallas de adobe y organizadas por principados, como Hao Xi' an; se criaban bueyes y ovejas, y se cultivaba trigo y cebada. El caos en la zona era total: se trata del período llamado de los diez mil reinos.

En ese mismo momento, en Egipto, el primer príncipe occidental del que se tiene constancia escrita, el rey Menes, unificó el Alto Egipto y el Bajo Egipto y mandó edificar en su honor monumentos de piedra; otros pueblos, llamados «indoeuropeos» y «turcos», establecieron civilizaciones en el norte de la India y Mesopotamia; otros, llamados «turcos» y «mongoles», crearon ciudades-estado en Mesopotamia (Ur, Surner, Nínive y Babilonia). Una nueva in-

vención revolucionaria, la escritura cuneiforme, permitió que se conservara hasta nuestros días una de las primeras cosmogonías, la epopeya de Gilgarnés, una reflexión sobre el deseo como motor de la Historia, matriz de la mayor parte de los textos sagrados de la región. Al mismo tiempo, en la India se escribieron los Upanishad, representación literaria fundamental de una nueva visión del mundo, así como de una nueva ética basada en el rechazo del deseo. Habían saltado ya a la palestra las dos grandes visiones del mundo contemporáneo.

En el año 2000 antes de nuestra era, Egipto se debilitó y los hicsos, tribus guerreras procedentes de Asia y provistas de caballos y de carros, invadieron el territorio y crearon una nueva dinastía faraónica. Algunos arios, mongoles, indoeuropeos (primero los escitas, luego los sármatas) y turcos (xiongnu y khazaros) desarrollaron (en el Mediterráneo, China, Siberia, Asia central y el norte de la India) civilizaciones de gran refinamiento, con ciudades, palacios, murallas, fortalezas, obras de arte, ejércitos, joyas, ceremonias rituales y burocracias. Todas ellas se basaban en la apropiación por la fuerza de los excedentes. En China, ya por aquel entonces la región más poblada, más activa y más mercantil del planeta, apareció la metalurgia; y empezaron a decorarse los primeros caparazones de tortuga, origen de la escritura china. Allí se desarrolló una filosofía de la historia dominada por el ying y el yang, y sometida a la influencia de los cinco elementos y los hexagramas del Yi King. En esa época, la literatura habla de un «Emperador amarillo», cuya existencia es tan mítica como la de su dinastía, los Xia.

Y luego, como ya había ocurrido tantas veces en el pasado, esas grandes civilizaciones fueron arrolladas por otras, que en ocasiones se afanaron en borrar las huellas de sus predecesores.

En Egipto, el faraón Keops mandó construir la pirámide que aún lleva su nombre. En el año 1729 antes de nuestra era, en Babilonia, el emperador Hammurabi, justo antes de que su imperio fuera invadido por los hititas, redactó sus leyes en un código que serviría de modelo a muchos otros posteriores. En China, la dinastía Chang dominaba la arquitectura y la metalurgia del bronce, fabricaba vaji-

llas sacrificiales y practicaba la adivinación interpretando los caparazones de tortuga. Los tocarianos, un pueblo indoeuropeo, llevaron a China el carro de combate asegurándole con ello el dominio del Asia central.

En América y África, otras muchas civilizaciones, desconocedoras de la rueda y el caballo, desaparecieron cuando se agotaron los recursos locales.

En el año 1364 antes de nuestra era, un faraón extraño, Amenofis IV, convertido en Akenatón, retomó por un tiempo la idea de un Dios único. Algo más adelante; en el año 1290 antes de nuestra era, uno de sus sucesores, Ramsés II, consiguió hacer recular a los hititas procedentes de Mesopotamia y extendió su imperio a confines hasta entonces inalcanzados.

A esas alturas, había en el planeta más de cincuenta imperios codeándose unos con otros, combatiendo entre sí o esquilmándose mutuamente. Cada vez resultaba más difícil controlar los territorios, cada vez más extensos; para ello se requería un número de esclavos, soldados y tierras cada vez mayor. El Orden imperial como tal empezó a perder su sentido: la fuerza ya no bastaba.

En esa misma época de dominio de grandes imperios, tribus procedentes de Asia se establecieron en las costas y las islas del Mediterráneo. A diferencia de la mayoría de los pueblos anteriores confinados en sus fortalezas y sometidos a las exigencias cíclicas de la agricultura a dichas tribus micenios, fenicios, hebreos les gustaba el cambio, que llamaban «progreso». Aunque también veneraban a sus ancestros como intermediarios ante los dioses, y adoraban su tierra, a la que divinizaban, esos mediterráneos sólo prestaban juramento por los derechos políticos y económicos de los vivos. Sus mejores armas eran el comercio y el dinero; sus principales territorios de caza, el mar y los puertos.

Así, en el seno mismo del Orden imperial, emergieron, minúsculas y marginales, sociedades radicalmente nuevas, vinculadas con el origen de la idea de libertad. Con ellas apareció lo que, mucho más adelante, llegaría a ser la democracia de mercado, el Orden mercantil.

2

UNA BREVE HISTORIA DEL CAPITALISMO

Para comprender las extraordinarias sorpresas que podría deparamos el futuro, es conveniente conocer las del pasado: nos ayudarán a delimitar lo posible, lo cambiante, lo que permanece invariable, y, sobretodo, a tomar conciencia de las increíbles potencialidades de la Historia.

Doce siglos antes de nuestra era, a orillas del Mediterráneo, en los escasos territorios libres que quedaban entre los distintos imperios, empezaron a delinearse los primeros mercados y las primeras democracias, que, 2.000 años más tarde, dieron lugar al Orden mercantil. Ése es el orden en el que todavía hoy vivimos; y, sin duda, seguirá vigente aún por mucho tiempo. He aquí su historia y sus leyes, que son también las del futuro.

Aunque los libros de historia han mostrado siempre más interés por el destino de los príncipes que por el de los mercaderes, y han preferido contar el ascenso y la decadencia de los imperios que siguieron repartiéndose el mundo durante milenios, lo esencial del movimiento de la historia tendría lugar en otro lugar: en el nacimiento de un orden individualista que erigiría los derechos del ser humano en ideal absoluto. Un orden que, vulnerando constantemente su propio ideal, sería capaz de producir más riquezas que cualquiera de los que le habían precedido.

Al principio, este orden no era sino un diminuto parásito en las entrañas de las sociedades teocráticas o imperiales. Luego entró en competencia con ellas y poco a poco fue reemplazando a todos los príncipes por mercaderes, y todos los servicios, por productos fabricados en serie. En un espacio cada vez más vasto, y con tecnologías cada vez más eficaces, tanto en la violencia como en la injusticia y el esplendor, este orden estableció el mercado y la democracia: la

democracia de mercado. Y, pese a mil convulsiones (que siguen, para muchos, ocultando la perspectiva), acabó por instaurar el Orden mercantil. Hizo triunfar un ideal de libertad para cada ser humano, o, en todo caso, para los que estuvieran mejor preparados para conquistarla. Siglo tras siglo, este orden fue depurando todas sus instituciones hasta que, un día no muy lejano, alcanzó su paroxismo.

El ideal Judeo-Griego: Lo nuevo y lo bello

Hacia el año 1300 antes de nuestra era, el pensamiento cíclico que por aquel entonces dominaba el mundo quedó perturbado por algunos mediterráneos increíblemente inventivos que compartían la pasión por el progreso, la metafísica, la acción, lo nuevo y lo bello: eran los griegos, los fenicios y los hebreos.

Para defenderse mejor de sus vecinos, los griegos revolucionaron los barcos, las armas, la alfarería y la cosmogonía. Instalados en Siria y en la costa mediterránea, los fenicios inventaron el primer alfabeto que permitía transcribir las otras lenguas y, así, comerciar mejor con los vecinos. Exactamente en esa misma época, algunos pastores que, para afirmar mejor su identidad, se denominaban a sí mismos «hebreos» abandonaron Mesopotamia con rumbo a Canaán, tierra prometida por su Dios único y universal.

Para estos tres pueblos, lo que primaba era la vida humana: todos los seres humanos eran para ellos iguales a los demás (excepto los esclavos y los «metecos»); la pobreza era una maldición; el mundo tenía que domesticarse, mejorarse, construirse, a la espera de la llegada de un Salvador que cambiaría sus leyes. Por primera vez se empezó a pensar que el futuro del ser humano sobre la Tierra podía -y debía- ser mejor que su pasado. Y se consideró, también por primera vez, que el enriquecimiento material era un modo de acercarse a Dios o a los dioses. Éste es el ideal que se estableció, el ideal que se convertiría luego en el de Occidente, y, finalmente, en el del Orden mercantil que ha reinado hasta nuestros días: el ideal *judeo-griego*.

Un siglo después, hacia el año 1200 antes de nuestra era, los fenicios fundaron Tito, Sidón, Útica, Cartago y Gades (Cádiz). Los hebreos abandonaron Canaán por Egipto. En el Peloponeso, otros dos pueblos procedentes de Asia central (los dorios y los jonios) construyeron algunas ciudades, entre ellas Esparta -ciudad agrícola que empleaba muchos esclavos extranjeros- y Atenas -pequeño puerto comercial totalmente orientado al mar-. Los espartanos, campesinos y sedentarios, se convirtieron en una nación militar por miedo a la posible reacción de sus propios esclavos, mientras que los atenienses, mercaderes, letrados, marineros, se proveyeron de una flota formidable para defenderse de sus vecinos. En esa misma época, según la leyenda, Troya desapareció bajo los ataques de los micenios, es decir, de los cretenses: primera guerra entre Europa y Asia.

Filósofos, intérpretes, marineros, médicos, artistas y mercaderes (griegos, fenicios y judíos, pero también mongoles, indios y persas) establecieron por aquel entonces circuitos comerciales entre todos los imperios de Eurasia. Atravesaron todas las fronteras, incluso durante las guerras, y empezaron a hacer circular ideas y productos desde la Península Ibérica hasta China, donde los Shang fueron entonces derrocados por los Zhou, primera de las dinastías cuya existencia está históricamente establecida y cuyos jefes adoptan el título de *tianzi* («hijos de Dios»).

Hacia el año 1100 antes de nuestra era, el pueblo judío, de regreso a su tierra después de su estancia en Egipto, eligió a algunos jueces para que le dirigieran. Sin embargo, en el año 1000, se resignó con gran pesar a establecer una monarquía (Saúl, luego David y después Salomón) para defenderse de los filisteos y, en el 931, se escindió en dos reinos.

Poco después, los mercaderes de Atenas hicieron valer sus derechos contra los propietarios de las campiñas circundantes e inventaron, para su exclusivo beneficio, los rudimentos de lo que llegaría a ser la democracia y la moneda.

La primera dio al traste con los imperios dinásticos; la segunda permitió expresar el valor de todo objeto según un patrón único.

Y la pretensión de una y otra era retirarles el poder a religiosos y militares y confiárselo a los mercaderes. Los esclavos, imprescindibles para el buen funcionamiento de los dos órdenes anteriores, siguieron siendo durante mucho tiempo necesarios para el de este nuevo orden.

El ideal judeo-griego se fue precisando: la libertad era un fin en si; el respeto de un código moral, un requisito para sobrevivir; la riqueza, un don del cielo; y la pobreza, una amenaza. La libertad individual y el Orden mercantil iban a ser inseparables en lo sucesivo y han avanzado juntos hasta nuestros días.

Hacia el año 850 antes de nuestra era, los fenicios mejoraron su alfabeto, y aún seguimos utilizándolo. Los arameos se establecieron en Siria, mientras que, justo al lado, en Israel, Amós, Isaías y Osees profetizaban.

Un poco después, en el 753 -mientras la diminuta Atenas estaba a punto de convertirse en una de las potencias más influyentes del mundo, no tanto por sus ejércitos, sino por sus ideas y obras de arte-, en China, con mucho la mayor potencia demográfica del momento, los Zhou se desgarraron mutuamente en reinos combatientes; entretanto, al otro lado del Mediterráneo, se fundó, en medio de la indiferencia general, otra pequeña población: Roma.

Situada en el punto de encuentro entre Asia y Occidente, Mesopotamia era entonces el lugar donde se producían todas las invasiones y los grandes movimientos de poblaciones: en el año 722 antes de nuestra era, los asirios de Sargón tomaron Samaria y mandaron el pueblo judío al exilio, a Asiria; en el año 630, no obstante, los medos enviaron a los judíos de regreso a su tierra y expulsaron a los asirios de la suya.

Los dos siglos siguientes fueron vertiginosos: los principios del individualismo se fueron precisando al ritmo de acontecimientos cuyas consecuencias darían que hablar durante mucho tiempo. En 594 aC, Solón impuso a los atenienses la primera Constitución democrática de la Historia; en 586, el reino babilónico Nabucodonosor destruyó Jerusalén y deportó de nuevo a los judíos, esta vez a Babilonia; en el 538, unos recién llegados que habían descendido

de las montañas, los persas, se dirigieron también hacia las llanuras fértiles de Mesopotamia bajo el mando de Gro. Tomaron Babilonia y, antes de invadir la región entera -desde Mesopotamia hasta Egipto- y poner fin para siempre al bimilenario Imperio egipcio (en el 525 antes de nuestra era), mandaron una vez más a los judíos de regreso a Israel. Por aquella misma época, un letrado chino, Lao Tse, afirmó que la felicidad está en el no obrar y que la auténtica libertad es la que nos permite no depender de nuestros deseos. En la India, un príncipe acaudalado, Gautama, se negó a suceder a su padre, se convirtió en «el Despertado» -Buda- e infundió nueva vida en la antigua doctrina de la región, el hinduismo. Poco después, en China, otro letrado, Confucio, explicó que la felicidad exige el respeto de la cortesía, de la familia, de las tradiciones, de la jerarquía y de los Antiguos.

Allí se sitúa el extraordinario giro del que seguimos siendo herederos y que marcaría el futuro durante mucho tiempo: Asia pretende liberar al ser humano de sus deseos, mientras que Occidente desea que sea libre de realizarlos. La una escoge considerar el mundo como una ilusión; el otro, hacer de él el único lugar de la acción y de la felicidad. La una habla de la transmigración de las almas, el otro, de su salvación.

En el Mediterráneo (donde, en el año 510, Roma se había convertido en una república para algunos ciudadanos libres), la diminuta Atenas resistió ante la sorpresa general a los ataques de las formidables tropas del Imperio persa, que habían ido conquistando, una tras otra, todas las ciudades griegas de Asia Menor. Más aún: con la ayuda de Esparta, Atenas consiguió derrotar a los ejércitos persas; Darío, rey de los persas, admirador del mayor filósofo griego de la época, Heráclito, cayó en Maratón, en el año 490; su sucesor, Jerjes, fue aplastado diez años más tarde en Salamina gracias al ingenio ateniense. Por primera vez, una ciudad minúscula ofrecía resistencia a los imperios. No sería la última.

El pequeño mundo mercantil, que nadie tomaba aún en serio, estaba por tanto demostrando que albergaba en su seno una gran fuerza interior, unas ansias salvajes de vivir en libertad, y que era

capaz de resistir a potencias mayores que él. Por otra parte, Occidente había ofrecido por primera vez resistencia a unos invasores procedentes de Oriente. El Orden mercantil suscitaba entonces el interés de muchos pueblos. Se estaba reforzando, y, -poco a poco-, sus valores se iban precisando.

Mientras que en Israel las profecías anunciaban los desastres venideros, en el año 444, Pericles, jefe indiscutido de Atenas, había hecho de la metrópolis helénica una gran potencia militar, económica y cultural; durante veinte años, se desarrollaron en ella la escultura, la poesía, el teatro, la filosofía y el ideal democrático, hasta que, en el año 420, una guerra absurda contra Esparta conduce a la victoria de un vecino occidental: Filipo, rey de los macedonios.

Lección universal: cuando una superpotencia es atacada por un rival, el vencedor es con frecuencia un tercero. Una lección más: el vencedor adopta a menudo como suya la cultura del vencido. Una última lección: el poder sobre el mundo sigue desplazándose hacia el oeste, aunque las principales riquezas continúen estando en el este.

Por otra parte, después de que Filipo se hiciera con el control del Peloponeso (y mientras Platón daba forma al pensamiento de Sócrates), su hijo Alejandro, alumno de Aristóteles sólo codiciaba una cosa: la India, a la que llegó en el año 327. Dos años más tarde la abandonó para morir, en el año 323, en la capital persa. Su imperio se desgarró entonces en tres pedazos -griego, persa y egipcio- y fue progresivamente perdiendo su esplendor. Los tiempos de Grecia habían pasado.

La riqueza seguía estando en el este. En la India florecieron un sinnúmero de pequeños reinos arios. En China, a partir del año 220 antes de nuestra era y a lo largo de once años de un reinado asombroso, el emperador Quin Tshin Huangdi unificó el país mediante la construcción de una capital, Xianyang, la uniformación de la escritura y la construcción de la Gran Muralla; a su muerte, se le enterró con cuatro ejércitos de piedra, tal como había ordenado. Al comienzo de nuestra era, una nueva dinastía, la de los Han, adoptó el confucianismo, plantó cara a los invasores llamados «xiongnu» y

abrió la ruta de la Seda, primera vía comercial con Occidente.

En el oeste, Roma se convirtió en heredera de la cultura de los griegos sin haber llegado realmente a combatir con ellos; levantó un nuevo imperio, el primero con centro en Occidente. Roma, que adoptó los valores judeo-griegos, llevándolos aún más lejos, se veía a sí misma como una imitación grandiosa de Atenas, incluso en lo referente a su panteón religioso y su sistema político. Tras haber aprendido la lección de la derrota de Atenas frente a los macedonios, y de la suya propia frente a los galos de Brennus, Roma se dotó de un ejército de tierra muy poderoso. La ciudad no tardó en controlar toda Europa occidental, África del Norte y el Mediterráneo, y parte del norte de Europa y los Balcanes. En el año 170 aC, Antíoco IV saqueó el templo de Jerusalén; en el año 125, la Galia del sur pasaba a ser territorio romano. La *pax romana* estaba en su apogeo cuando, en el 44 aC, Julio César, un general que acababa de regresar triunfante del norte de la Galia, puso de rodillas al Senado de la República, consiguió que admitieran como miembros a representantes de los pueblos vencidos, intentó hacerse proclamar emperador y persiguió a sus rivales hasta Egipto, de donde regresó para ser asesinado. En el 27 aC, su sucesor, Octavio, se convirtió en César Augusto, el primer emperador. Pendientes de evitar cualquier revuelta en las fronteras, sus sucesores reprimieron la sublevación egipcia y silenciaron a todos los disidentes, entre ellos, a un rabino de Jerusalén llamado Jesús (en el año 30) y a otros judíos sublevados, antes de destruir Jerusalén en el 70 y de masacrar una vez más a todos los judíos. Había nacido el cristianismo.

Durante el primer concilio, celebrado en Jerusalén en el año 48, el cristianismo (primero aliado de los romanos contra los judíos, luego también objeto de su odio) anuncia a los paganos el mensaje del judaísmo transformado: todos los seres humanos están unidos en Jesucristo; puesto que el Mesías esperado ha llegado, el pueblo judío, que había anunciado su llegada, no tiene ya razón de ser y debe convertirse; la Iglesia será el nuevo pueblo elegido; la pobreza y la no-violencia serán los únicos caminos hacia la salvación; el amor es el único requisito de la eternidad; la creación de riquezas ya

no es una bendición; el progreso carece ya de interés. El ideal judeogriego queda así profundamente modificado.

Se creó entonces una perspectiva sincretista a partir de los pensamientos cristiano, romano, griego y judío: el amor de Dios es el más preciado de los valores; únicamente la Iglesia -y, en segundo término, los príncipes a ella sometidos- puede acumular riquezas, que se utilizarán exclusivamente para ayudar a cada uno de los fieles a preparar su salvación.

El cristianismo, por la mera fuerza de su filosofía; fue ganando entonces un número cada vez mayor de adeptos en el Imperio romano. En ese momento habría podido llevar a un retroceso del Orden mercantil, de la libertad y el individualismo en pro de la fraternidad, la igualdad, la no-violencia, la frugalidad y la humildad; pero no fue así. Lección para el futuro: una doctrina religiosa, por influyente que sea, no consigue ralentizar la marcha de la libertad individual. De hecho, hasta la fecha, ninguna fuerza, ni religiosa ni laica, ha conseguido frenarla de manera duradera.

A diferencia de los imperios anteriores, Roma carecía de rivales en esa época. Sólo tenía enemigos: tribus procedentes del este, deseosas de disfrutar de las riquezas y el clima mediterráneos, la hostigaban por todas partes.

Roma se veía, pues, obligada a establecer ejércitos cada vez más costosos en sus fronteras. Tenía que hacer frente a la diversidad de lenguas y creencias de sus soldados, a lo gravoso de la logística, a la dificultad de conseguir la financiación. El emperador Marco Aurelio llegó incluso a pasarse veinte años en las fronteras del Imperio, entre el año 160 y el 180.

Pero todos esos esfuerzos fracasaron; bajo los ataques de germanos y eslavos, empujados a su vez por los turcos y los mongoles, Roma fue retrocediendo y debilitándose, y muy pronto otras ciudades del imperio, como Bizancio en Asia Menor, entraron en competencia con ella.

En el año 284, el emperador Diocleciano intentó, de nuevo, recaudar más impuestos, cada vez menos aceptados. Fue en vano. El imperio no poseía ya los medios para financiar su defensa. En el

año 313, su sucesor, Maximiliano, concedió la libertad de culto a los cristianos, cada vez más numerosos, con la esperanza de reconquistar el apoyo del pueblo y la nobleza; también fue en vano: en el año 320, Constantino, vencedor de Maximiliano, se convirtió al cristianismo; en el año 395, tras la muerte del emperador Teodosio, el Imperio romano, imposible de gobernar desde un único centro, se escindió definitivamente en dos partes, en torno a dos capitales: Roma y Bizancio, convertida en Constantinopla. Comienza el Imperio romano de Oriente. Europa se aleja de Asia.

Múltiples tribus indoeuropeas (godos, francos, vándalos, eslavos, alemanes, lombardos; vénetos, teutones, vikingos, hunos y mongoles) se unieron entonces para atacar lo que quedaba del Imperio romano de Occidente. El sueño de estos invasores era llegar a ser romanos -es decir, cristianos y judeo-griegos-, formar parte de su cultura y su estilo de vida. En el año 406, masas nómadas cruzaron el Rin y se adentraron en el Imperio romano; los hunos empujaban hacia Roma a los visigodos, que retrocedieron en el momento de dar la estocada final.

A pesar de ello, el final estaba cerca: en el año 476, el último emperador de Occidente, Rómulo Augústo, fue sustituido por un rey visigodo, Odoacro: el Imperio romano de Occidente había desaparecido. Por primera vez, un imperio era vencido sin que otro le sucediera. No sería la última.

El Imperio romano de Oriente y su capital, Constantinopla, Seguían prácticamente intactos. En Europa occidental, sin embargo, los obispos, los príncipes, las poblaciones con mercado se organizaban en pequeñas potencias autónomas. En el año 496, como otros muchos príncipes de Occidente, Clodoveo, rey de los francos, recibió el bautismo cristiano y se desprendió de los últimos jirones del Imperio romano. Toda Europa, recorrida por bandoleros y partidas de campesinos arruinados, se estructuró en torno a reinos en miniatura, villas galo-romanas y conventos, raros espacios protegidos.

Durante ese tiempo, en Asia, América y África, algunos imperios desaparecían cuando sus dirigentes -como en el caso de Palenque, en México- no conseguían evitar que los recursos naturales se

agotasen, mientras otros cuyos príncipes organizaban a tiempo el traslado de la capital-como ocurriría más adelante con la ciudad de Amber, en Rajastán, desplazada a Jaipur- sobrevivían. En China, las dinastías se sucedían también sin restaurar la unidad del territorio, desmembrado desde el final de la dinastía Han, a principios del siglo III, hasta que en el año 618 la dinastía Tang levantó de nuevo el país: el budismo se convirtió entonces en la religión del Estado; Xi' an, la capital, siguió siendo con gran diferencia la ciudad más poblada del mundo. Luego los Tang desaparecieron a su vez durante un período caótico, llamado de las cinco dinastías y de los diez reinos. En todo el mundo, los imperios eran cada vez más frágiles, más difíciles de gobernar.

Al mismo tiempo, en el año 622, en Arabia, Mahoma, que se convertiría en el Profeta, huía de La Meca a Medina; su mensaje se había endurecido y había adquirido un cariz conquistador; poco a poco, el Corán se iba elaborando; comenzaba el Islam. En menos de un siglo, esta fuerza religiosa, política y militar trastornó las antiguas estructuras, como lo había hecho el cristianismo en su momento. Por la fuerza de las armas, puso fin a imperios milenarios en el nombre de una nueva forma de monoteísmo; en menos de un siglo. Las tropas de los sucesores del Profeta levantaron un nuevo imperio, ligero, volátil, casi nómada. Para financiar sus ejércitos, estos primeros califas, instalados primero en Damasco y posteriormente en Bagdad, utilizaron por primera vez a los banqueros, todos ellos judíos, ya que eran los únicos cuya religión los autorizaba a comerciar con el dinero. Las tropas del Islam conquistaron rápidamente Oriente Próximo, Mesopotamia, Egipto, el norte de África y España -convirtiendo a la mayoría de los pueblos por la fuerza-, hasta que, en el año 732, las tropas francas detuvieron su avance en Poitiers.

El Imperio musulmán, el califato, se organizaba en torno a instituciones ligeras, más eficaces que las de los imperios anteriores, cuyos saberes y riquezas utilizaba. Convertido en una de las dos mayores potencias del mundo, junto con China, el califato fijó sus capitales en Bagdad y en Córdoba. En ellas se encontraban todos los productos, todas las religiones, todos los saberes, que coexistían

con un cierto recelo jalonado de escaramuzas. Las carreteras se volvieron más seguras. Los mercados de Europa y Asia se reactivaron. Así, mercaderes, financieros, letrados, músicos y poetas circulaban de ciudad en ciudad, de feria en feria.

Ferias, Ciudades y Acciones

En el siglo IX, más al norte, en el antiguo Imperio romano de Occidente, surgieron las primeras ciudades-feria de la cristiandad, reproducción de las del Islam; en ellas se formó el embrión de futuros Estados. El año 800, el Imperio romano de Occidente, con más apariencia que realidad, renació en Germanía, primero con Carlomagno, luego con Orón y Federico. A su lado empezaron a organizarse dos naciones (Francia, dominada por los francos, y Rusia, dominada por los vikingos) e innumerables principados: en España dominados por los visigodos, en Alemania y Flandes por los sajones, y en Italia por los lombardos.

Esta historia sigue siendo la nuestra; todavía hoy, Francia, Rusia, Italia, España e Inglaterra llevan el nombre de uno de sus invasores de esta época; Alemania lleva el de tres de ellos, según la lengua en que se nombre. Y, entre los fundadores de los pueblos danés, francés, islandés, inglés, ruso e italiano, encontramos a los vikingos, nómadas procedentes del norte.

En China, en el año 960, los Song restauraron la unidad del sur del país, y luego, en 1115, los Jin, que se organizaban sobre todo bajo la presión militar de los principados del norte, acabaron de consolidarla.

En el Mediterráneo, el Islam encabezaba aún lo que iba a convertirse en el Orden mercantil. En Córdoba, la capital del califato, la ciudad más grande de Europa, se hablaba en árabe, se pensaba en griego y se rezaba en latín, en árabe o en hebreo. Las riquezas le llegaban de todas partes: el oro de África, las especias de Asia, el trigo del resto de Europa. En la biblioteca del califa había más libros que en todas las demás bibliotecas europeas juntas.

El otro gran imperio del mundo, el Imperio chino, controlaba todos los mares de Asia; organizaba, en embarcaciones impresionantes equipadas con timón y brújula, el envío de especias a Europa para intercambiarlas por productos agrícolas y artesanales.

A mediados del siglo XII, el Islam de Europa seguía siendo la primera potencia del Mediterráneo. En Córdoba, capital de un Imperio musulmán que se extendía desde Andalucía hasta Libia, se concentraba una élite creativa excepcional: banqueros, poetas, sabios, mercaderes, desde Ornar Khayyám hasta Ibn Gabirol, desde Maimónides hasta Averroes. En el Mediterráneo, las flotas y los ejércitos musulmanes empezaban a enfrentarse a las nuevas fuerzas de los príncipes cristianos, que partían en cruzada para recuperar los Lugares Santos y abrir una vía comercial hacia Asia. A mediados del siglo XII, Xi'an seguía siendo la ciudad más grande de Asia; en aquella época, París, capital del reino más poblado de Europa, sólo desempeñaba un papel económico y cultural marginal; la ciudad más poderosa de Europa seguía siendo Córdoba.

Hasta que en 1148 los nuevos amos de Córdoba, los almohades, doctores de la fe procedentes del sur de Marruecos, prohibieron a los musulmanes el estudio del pensamiento griego y expulsaron a judíos y cristianos de su imperio. En esas mismas fechas, al otro lado del Mediterráneo, otros jefes musulmanes partían a la reconquista de los Lugares Santos que acababan de ocupar los cruzados.

Durante ese año crucial, el Islam triunfó en Oriente, pero perdió todos los medios para vencer en Occidente. Al cerrarse a la ciencia, rechazó toda posibilidad de seguir dirigiendo el Orden mercantil y empezó a decaer. Lo mismo ocurrió con China en esa misma época.

El mundo cambió, pues, de forma radical: los dos grandes imperios, el chino y el musulmán, le dieron la espalda a la competencia que imponía el Orden mercantil. La India, fragmentada en demasiados reinos deslumbrantes, no mostraba ningún interés por el resto del mundo, excepto a la hora de intercambiar con él las riquezas necesarias para mantener el esplendor de algunos de sus príncipes. Amenazada por el Islam, Bizancio no poseía ya agilidad ni fuerza

suficientes para convertirse en una gran potencia mercantil.

Esos acontecimientos de mediados del siglo XII han repercutido muy profundamente en nuestro presente, y, como veremos, aún repercutirán más en nuestro futuro.

El corazón del poder mundial se desplazó entonces hacia la Europa cristiana, sin llegar por ello a instalarse en ninguno de los grandes reinos en formación: la administración de Francia, Inglaterra, Rusia seguía basándose, como la de los imperios más antiguos, en el sistema feudal; en esos reinos, la mayor parte de la producción dependía aún de trabajo no remunerado, gratuito o forzado, y la nobleza se mantenía en el poder protegiendo a los siervos contra todos los que se movían por sus tierras (mercenarios, bandoleros, mercaderes, marineros, médicos, peregrinos, juglares, músicos, exploradores, filósofos y mendigos). Incluso en Francia, con mucho el país más poblado y más prometedor, el imperio era la ley: el mar no era el horizonte; el mercader no era el amo; la tierra seguía estando en el poder.

Sin embargo algunas escasas ferias del continente, el nuevo orden, todavía insignificante, parásito, desapercibido, pero revolucionario, se insinuaba en las zonas limítrofes entre estos reinos: el Orden mercantil seguía presente en estos días, más fuerte que nunca, y sin duda todavía por mucho tiempo.

En estas primeras poblaciones con mercado, la libertad de pensamiento era mayor que en otras partes; en ellas, los poderes religiosos y militares iban perdiendo poco a poco el control de la economía y la política; una nueva clase dirigente, compuesta por mercaderes y financieros, erigía sus propias libertades en valor supremo; esta clase nueva explotaba a esclavos, campesinos, asalariados y artesanos; hacía del control de las herramientas de trabajo el instrumento de su poder. Esta nueva élite se alió también con la Iglesia, cuyas prevenciones respecto a los oficios que trabajaban con el dinero fue disminuyendo al tiempo que aumentaban las restricciones que imponía a la sexualidad.

Estas élites mercantiles reforzaron entonces el ideal judeogriego, organizando la libertad de circular, de crear, de transmitir,

de saber, de hacer fortuna. Eludieron la apología cristiana de la pobreza y empezaron a utilizar en sus talleres, almacenes, barcos o bancos, una mano de obra un poco más libre que los esclavos o los siervos: los asalariados. Las élites no eran ni pacifistas ni liberales: el mercado requería un Estado fuerte para instaurar y defender el derecho de propiedad. Los derechos y los intereses de los mercaderes los defendían los mercenarios y con el tiempo acabaron delegando la gestión de sus asuntos comunes en representantes de su grupo: unos se encargaban de hacer la ley y otros, de aplicarla, a veces bajo el control de los legisladores.

En el ámbito privado, la libertad de cada miembro de la nueva élite tendría en lo sucesivo como único límite lo que poseía; en la esfera pública, dicha libertad quedaba limitada por la decisión mayoritaria de los demás. Todos estaban convencidos de que la simultaneidad de sus decisiones libres conduciría a la máxima satisfacción colectiva.

La libertad, mercantil y política, era más que nunca el motor de la Historia.

De un «Corazón» a otro

A diferencia de los dos órdenes anteriores, en los que en todo momento coexistían sobre el planeta mil tribus, reinos o imperios, que veneraban a mil jefes, adoraban a mil dioses, hablaban mil lenguas, se ignoraban o combatían unos con otros, el Orden mercantil habla la lengua única del dinero. En todo momento se organiza en una forma única, en torno a un solo centro, un corazón único, en el cual se reúne una clase creativa (armadores, industriales, mercaderes, técnicos, financieros), caracterizada por su gusto por lo nuevo y su pasión por el descubrimiento. Hasta que una crisis o guerra conduce a la sustitución de un «corazón» por otro.

Esto se explica por la naturaleza misma de este nuevo orden: el mercado y la democracia se basan en la organización de la competencia, que lleva a la exigencia de lo nuevo y a la selección de una

élite. Además, a muy largo plazo, la acumulación de capital no se puede realizar ni en una empresa, ni en una familia, ya que ambas cosas son demasiado precarias; se realiza en una ciudad, un «corazón», que se convierte en el centro del capitalismo y lo organiza. Finalmente, la competencia implica batalla; de ahí que haya continuidad entre mercado, democracia y violencia. Todos los «corazones» deben disponer necesariamente de un amplio territorio interior en el que desarrollar la agricultura, así como de un gran puerto para exportar sus productos.

Todos los «corazones» responden a una carencia que, de otro modo, los destruiría; todos utilizan estrategias voluntaristas para superar a los demás: la imitación, el rigor, la fuerza, el intervencionismo, el proteccionismo y el control de los cambios son las principales de sus armas. Una ciudad se convierte en «corazón» si su clase creativa es la más capacitada para reunir los medios necesarios para transformar un nuevo servicio en producto industrial. Para ello debe dominar el capital, fijar los precios, acumular los beneficios, controlar los salarios, desplegar un ejército, financiar a los exploradores, fomentar el desarrollo de la ideología que asegura su poder.

Cada «corazón» toma entonces el control, tanto en el interior como en el exterior, de los recursos energéticos más eficaces y de los medios de comunicación más rápidos. Banqueros, artistas, intelectuales, innovadores, acuden allí a aportar su dinero, a construir palacios y sepulcros, a pintar los retratos de los nuevos amos del mundo, a dirigir sus ejércitos.

Alrededor de este «corazón» hay un entorno, constituido por rivales antiguos o futuros en decadencia o en expansión. El resto del mundo, reinos e imperios, forma la periferia, en parte gobernada por los órdenes anteriores, que vende sus materias primas y su mano de obra, en general como esclavos, al «corazón» y al «entorno».

Una forma mercantil perdura mientras el «corazón» es capaz de reunir las riquezas suficientes para dominar el «entorno» y la «periferia»; se ahoga cuando el «corazón» debe consagrar demasiados recursos para mantener la paz interior o para protegerse de uno

o varios enemigos exteriores.

En una sucesión de formas, cada «corazón», arruinado por sus gastos, cede su puesto a un rival. En general, no a uno de los que le atacan, sino a otra potencia que durante la lucha se ha ocupado de generar otra cultura, otra dinámica de crecimiento, en torno a otra clase creativa, a una nueva libertad, a una nueva fuente de excedentes, a una nueva tecnología de la energía o de la información, a la sustitución de un antiguo servicio por un objeto nuevo producido en serie.

En una sucesión de formas se industrializa la producción de los bienes agrícolas, y luego la de los artesanales. En una sucesión de formas desaparece el estamento de los esclavos y se desarrolla el de los asalariados. En una sucesión de formas, se automatizan las producciones de energía y de información. En una sucesión de formas se desplazan ingenieros, mercaderes, banqueros, armadores, hombres de armas, artistas, intelectuales. En una sucesión de formas se extiende el campo de la libertad individual, el mercado y la democracia. En una sucesión de formas, los campesinos, los artesanos, los trabajadores independientes se ven transformados en asalariados precarios; las riquezas se concentran en un número reducido de manos; aparecen mayores libertades para los consumidores y ciudadanos, y mayores alienaciones para los trabajadores.

Por una extraña ironía, este giro del Orden imperial hacia el Orden mercantil genera así un regreso al nomadismo, un cambio del campesino al viajero. De ahí la importancia de la larga historia del nomadismo, base de la cultura humana que resurge en nuestro presente y que, como veremos, resurgirá todavía más en nuestro futuro.

Hasta la fecha, el Orden mercantil ha conocido nueve formas sucesivas. Como veremos, podemos designarlas por el nombre de la ciudad «corazón» (Brujas, Venecia, Amberes, Génova, Amsterdam, Londres, Bastan, Nueva York, Los Ángeles), por el del servicio progresivamente convertido en bien de consumo de masas (los alimentos, las prendas de vestir, los libros, las finanzas, los medios de transporte, los electrodomésticos, los instrumentos de comunica-

ción y de entretenimiento), por la tecnología que permite extender el campo de la mercancía (el timón de codaste, la carabela, la imprenta, la contabilidad, la urca, la máquina de vapor, el motor de explosión, el motor eléctrico, el microprocesador), o, finalmente, por el nombre de la moneda dominante (gros, ducado, genovino, florín, libra esterlina, dólar). Incluso tal vez, como veremos también, por el nombre de un artista o un filósofo representativos del «corazón».

La mayor parte de la historia económica, técnica, cultural, política y militar de los siete últimos siglos se explica por las estrategias empleadas por las potencias para convertirse en el «corazón», para seguir siéndolo, para huir de la «periferia» o para salir del Orden mercantil. Lo que esta historia pone de manifiesto no son tanto las leyes del pasado, sino las del futuro.

Brujas 1200-1350: los comienzos del Orden Mercantil

A finales del siglo XII, algunos puertos de Flandes y de la Toscana, cuyos territorios interiores eran las mejores tierras agrícolas del continente, reunían a mercaderes que hacían allí escala, a esclavos rebeldes, a siervos expulsados de sus tierras. En estas poblaciones con mercado situadas al margen del sistema feudal, ningún monarca absoluto se llevaba los excedentes; los siervos no constituían la totalidad de la fuerza laboral; una nueva clase creativa, la burguesía, ponía en práctica un saber técnico nuevo, que ahorraba trabajo, para apropiarse del beneficio,

En primer lugar, empezaron a emplearse, en las campiñas circundantes, la rotación trienal de cultivos, el arnés delantero, el molino de agua, la mecanización de la pisa de las uvas; estos progresos técnicos permitieron comenzar a industrializar la producción de alimentos. Luego llegó la invención fundamental del timón de codaste: los barcos ya podían remontar el viento y, al cabo de un tiempo, las primeras armas de fuego pudieron cargarse a bordo de los barcos. Todas estas innovaciones proporcionaban a esas poblaciones con mercado -que eran a la vez puertos, arsenales y ferias- los

medios para dominar el comercio marítimo. En las regiones que estaban bajo su control, el dinero ganaba por la mano a la fuerza, los asalariados a los siervos, la inversión a la construcción monumental, el comercio a la policía. La división del trabajo aumentaba, la productividad agrícola se incrementaba, el precio del trigo, pronto producido en gran cantidad, bajaba; cada vez era mayor el número de ciudadanos que podían consumirlo y adquirir prendas de lana con tinturas nuevas; aparecieron las primeras máquinas de tejer; se despertó la necesidad del crédito; las minúsculas comunidades judías, dispersas por el continente europeo desde hacía más de trece siglos, seguían siendo las únicas teológicamente autorizadas a prestar dinero a interés y, como ya les había sucedido en el Islam, se vieron obligadas a prestar dinero a príncipes, mercaderes y campesinos, a cambio de un refugio precario, y a crear sistemas bancarios. Y como las estaciones no bastaban ya para marcar el ritmo del tiempo urbano, las campanas, tras haber sonado en los conventos durante seis siglos cada vez que llegaba la hora de la oración, empezaron a colgar de los campanarios; el tiempo pertenecía a los nuevos amos.

A finales del siglo XII, Brujas era el más dinámico de esos pequeños puertos. Todavía no era más que una gran población con mercado, dotada de un vasto territorio agrícola interior. Sus mercaderes ya viajaban -por tierra y por mar- a Escocia, Inglaterra, Alemania, Polonia, Francia y España, e incluso los había que, haciendo pequeñas escalas, llegaban hasta Persia y la India. Su rada, que, en peligro constante de encenagarse, era dragada sin cesar, se convirtió en una de las escalas más importantes del conjunto de las ferias flamencas. A partir de 1227 empezaron a atracar en ella los barcos genoveses; luego, a partir de 1314, los barcos venecianos. Se instalaron allí mercaderes italianos interesados en participar en el intercambio de las especias de Oriente, la India y China, por el acero, la lana, el cristal y las joyas de Flandes.

Las diferencias de nivel de vida entre los artesanos y los mercaderes (los «patricios» que dirigían la ciudad) eran considerables; las insurrecciones se sucedían; en 1302, los artesanos tomaron partido por el conde de Flandes y sometieron provisionalmente a los patri-

cios, apoyados por el rey de Francia. La vida democrática se amplió. La vida intelectual y artística, aunque todavía bajo el control de la Iglesia, era allí un poco más libre que en otros lugares.

A principios del siglo XIV, Brujas se convirtió en el «corazón» de la primera forma del orden nuevo. Un «corazón» exiguo: en 1340, en el apogeo de su poder, la ciudad no contaba con más de 35.000 habitantes.

En el «entorno» de esta forma, se encontraban las ferias de la Hansa, de Alemania, de Francia y de Italia. En la «periferia», las del resto de Europa, dominada por grandes hacendados. El «corazón» y el «entorno» mandaban vino, paños, dinero, cristal y joyas a la «periferia», y a los imperios; a cambio, recibían trigo, madera, pieles y centeno. En los grandes reinos, nadie parecía darle la menor importancia a la agitación que vivían estas ciudades.

En Asia, donde aún se encontraba la mayor parte de las riquezas del mundo, seguían sucediéndose los imperios: el mongol Gengis Khan y luego el turco Tamerlán edificaron reinos inmensos que se extendían desde el Pacífico hasta los arrabales de Viena. Los dirigían al estilo nómada, por la fuerza y el miedo, dominando demográfica y económicamente el mundo, y aterrorizando a los europeos, que vivían esperando ver aparecer en el horizonte esos inmensos ejércitos.

Al cabo de un tiempo, no obstante, esta primera forma mercantil vaciló: ante la inseguridad que dominaba los territorios de Asia, los intercambios a muy larga distancia disminuyeron; por otro lado, se produjo un enfriamiento climático que redujo también la tendencia a viajar. En 1348, llegó a Europa una Gran Peste a través de Turquía y el Mediterráneo: murieron un tercio de los europeos, los circuitos de intercambio se interrumpieron, y los puertos de la Hansa y las ferias de Champaña se arruinaron.

Brujas ya no tenía medios para mantener su puerto, que quedó definitivamente encenagado. A finales del siglo XIV, este primer «corazón» fue cayendo lentamente, por su belleza, en la eternidad de la obra de arte. La ciudad continuó siendo durante otro siglo la mayor potencia mercantil del norte de Europa, pero ya no el «co-

razón » del Orden mercantil. Mientras Francia e Inglaterra se desgarraban mutuamente en una guerra que duraría un siglo, empezó a constituirse una segunda forma mercantil en torno a una ciudad todavía insignificante, un nuevo «corazón», tan improbable como el primero: Venecia.

Venecia, 1350-1500: la conquista de Oriente

Como Brujas en su tiempo, Venecia era un puerto aislado con un amplio territorio agrícola interior, condenado a la expansión o a la inexistencia. Como en el caso de Brujas, su fuerza nacía de la carencia, mantenía su prestigio gracias al desafío, y el lujo que la envolvía se lo debía a su insolencia. Lección para el futuro: después de Venecia, todos los demás «corazones» también serán fruto de una superación.

Venecia era por aquel entonces un lugar encajado en el extremo norte del mar Adriático, con una ubicación ideal para recibir la plata recién descubierta en las minas alemanas. Pero con la necesidad no bastaba; todavía faltaba el azar: a Venecia le llegó su oportunidad con las Cruzadas, a finales del siglo XI. Para armar los barcos de los caballeros, financiados con el dinero robado a las comunidades judías masacradas a su paso, la Serenísima construía astilleros.

Aunque, a principios del siglo XIII, el saqueo de Constantinopla por parte de los cruzados y su partida de Venecia interrumpieron temporalmente ese tráfico, la Serenísima siguió siendo, durante todo ese siglo, la única protección de Europa frente a la amenaza turca, y punto obligado de paso de los productos de Oriente hacia el norte de Europa. Además, un puente audaz tendido sobre el Brenner abría la vía del San Gotardo y comunicaba directamente las minas de plata alemanas con el mar Adriático; dicho puente permitía que las ciudades del norte recibieran los productos procedentes de los imperios de Oriente sin tener ya que utilizar los puertos flamencos amenazados ni las arrogantes casas de comercio del norte de Europa. Alemania todavía no era más que un lugar de paso, y los puertos

del mar del arte, desde Altana hasta Tallin, no llegarían nunca a ser capaces de alcanzar el rango de «corazón» y apenas el del «entorno».

Cuando, a mediados del siglo XIV, tras el final de la Gran Peste, Brujas entró bruscamente en decadencia, Europa experimentó un hambre voraz de vida y de placeres. Durante un siglo, Venecia se convirtió en el «corazón» del Orden mercantil. A la sombra de lo turco, la ciudad tomó el control del comercio de Europa con Oriente.

Como Brujas, Venecia estaba por aquel entonces gobernada con mano de hierro por príncipes que eran a la vez mercaderes y soldados. El dux («duque»), jefe del ejecutivo en teoría elegido de por vida, podía verse obligado a dimitir bajo la presión de los oligarcas. La ciudad estableció por su propia cuenta las instituciones financieras y los talleres necesarios para los armadores banqueros y mercaderes que en lo sucesivo acudirían a ella desde el mundo entero. En esta ciudad, todavía más que en Brujas, reinaba una formidable libertad intelectual, artística y humana, apropiada para favorecer todas las aventuras. Librando una guerra jamás ganada, jamás perdida, con el Imperio romano de Oriente, y más adelante con el Imperio turco, los dirigentes venecianos negociaban hábiles compromisos sin cesar, cambiando a menudo gloria por riquezas. Durante ese período, la guerra de lo Cien Años agotó al resto de Europa.

En el imperio chino, lo golpes de Estado se sucedían: la dinastía Jin dejó el puesto a los mongoles y luego en 1368, a los Ming. Pese a estos desórdenes políticos un excepcional dominio de la producción agrícola y una formidable organización burocrática permitieron que China realizara grandes progresos técnicos (como los caracteres móviles de la imprenta), produjera más de diez toneladas de hierro al año y financiara un ejército de un millón de hombres. La flota imperial, orientada de nuevo hacia el exterior, llegó hasta África y bajo el mando de un tal Zheng He, alcanzó Australia y quizás incluso las Américas, sin dominar por ello las rutas comerciales ni desear conquistar lo mercados ni tampoco difundir saber alguno. Otros imperios -el indio, el ruso el mongol, el turco y el griego- se-

guían separando a China de Europa.

Venecia, una ciudad muy modesta comparada con esos vastos imperios, se convirtió entonces en el centro del mundo mercantil. Los venecianos fijaban los precios de las principales mercancías, manipulaban la cotización de su moneda, acumulaban beneficios y determinaban lo cánones estéticos arquitectónicos, pictóricos y musicales, escritores, filósofos y arquitectos -cuyo maestro sería un poco más tarde Palladio- acudían a Venecia para escribir y teorizar sobre la libertad antes de difundir sus ideas por toda Europa. La ciudad, que era católica se distanció de Roma y no dejó, que se le impusiera moral alguna. Venecia dominaba Europa: a finales del siglo XI, cambistas venecianos controlaban todos los mercados financieros del continente desde Francia hasta Flandes, desde Castilla hasta Alemania. Su poder era inmenso: por aquel entonces, el nivel de vida veneciano era quince veces más alto que el de París, Madrid, Amberes, Amsterdam o Londres.

Venecia era una ciudad compleja, gobernada por una limitada aristocracia y varios miles de estrategas de alta categoría. Bajo su dirección, los cien mil miembros de los gremios, asalariados protegidos con ingresos elevados, se encargaban del buen funcionamiento de los talleres. Por debajo de ellos, se afanaba el «proletariado del mar» es decir, cincuenta mil marineros sometidos a las leyes de un despiadado mercado de trabajo. Y muchos otros, precarios y de paso, mercenarios y cortesanas, religiosos, artista o médicos.

La ciudad se dotó entonces de una flota de barcos comerciales de trescientas toneladas que navegaban a la vez el remo y la vela: eran las galeras mercantiles, embarcaciones muy seguras y bien defendidas por mercenarios. Venecia las alquilaba a cárteles de mercaderes constantemente cuestionados: la necesidades militares una vez más, se mezclan con la exigencia del comercio.

Como Brujas y los demás «corazones» posteriores a ella, Venecia no era el centro de la innovación tecnológica: el «corazón» no inventa; implemente detecta, copia pone en práctica las ideas de los demás. Lo mismo se podrá decir de todos los «corazones» que le seguirán. Así, en ese momento, Génova acuñó las primeras mone-

das de oro (el genovino) y Florencia inventó el cheque y el holding, pero fue Venecia la primera que lo dispuso en un sofisticado sistema de bolsas, casas de comercio, bancos y sociedades de seguros. Y fue también en Venecia, donde, por primera vez, fletaron navíos sociedades de accionistas, financiadas por un gran número de pequeños ahorradores.

El mundo se convirtió en un campo de aventuras para los marineros, los descubridores y los exploradores al servicio de los venecianos, civilizadores a filo de espada. El resto de Europa formaba el «entorno». La «periferia» abarcaba toda Europa del Este, el norte de África, las costas africanas y el Imperio bizantino.

Luego, hacia el año 1450, la Serenísima empezó a necesitar dinero, como toda Europa. Para encontrarlo, buscó medios para llegar a esas tierras desconocidas que se describían en las leyendas, reinos maravillosos donde, según se decía, el oro se exhibía en cantidades ilimitadas. Por desgracia, los marineros venecianos regresaron con las manos vacías.

Venecia, que no estaba amenazada ni por Francia, ni por España, ni tampoco por Inglaterra, se convirtió entonces en una amenaza para sí misma. Su organización resultaba cada vez más costosa; sus gremios eran cada vez más rígidos; sus cárteles de galeras y sus ejércitos no tenían ya ni talla ni armamento suficientes para defender las rutas; los metales preciosos procedentes de las minas alemanas eran cada vez más escasos y más costosos. Sofocada por la presión turca, esta ciudad que se había enriquecido ya demasiado, en la que se amontonaban 100.000 habitantes, y en la que se vivía demasiado bien, empezó a adormecerse.

Esta súbita fragilidad hizo caer sobre Venecia enemigos que su poder había mantenido alejados. En 1453, los turcos, que prácticamente ocupaban ya la totalidad del antiguo Imperio romano de Oriente, tomaron Bizancio, sitiada desde hacía medio siglo, y cuestionaron el dominio de Venecia sobre el mar Adriático. El Imperio romano de Oriente llegaba a su fin. Señal de los tiempos: los griegos expulsados de Bizancio por los turcos no se refugiaron en Venecia, sino en Florencia. El momento de Venecia había pasado.

¿Quién podía entonces convertirse en el tercer «corazón»?

Florencia no podía serlo porque no era un puerto; y el puerto que utilizaba para vender sus magníficas telas, Génova, aún no estaba listo para tomar el relevo de la Serenísima. Brujas podría haber vuelto al poder: la ciudad seguía siendo poderosa; atraía a artistas y mercaderes; Jan Van Eyck pintó allí, en 1434, el primer retrato de mercaderes de la historia de la pintura, el de dos florentinos establecidos en Brujas, los Arnolfini, marcando así la entrada del individuo laico en el arte. Pero en 1482 la prosperidad de la ciudad flamenca se desvaneció para siempre tras la muerte de María de Borgoña, que puso punto final al esplendor borgoñón del que dependía Brujas.

En aquella misma época, la China de los Ming les prohibió a sus súbditos construir navíos de alta mar y abandonar el país; la primera potencia del mundo decidía una vez más dejar de mirar hacia el exterior. Con ello se excluía así de nuevo, y esta vez por mucho tiempo, del Orden mercantil.

Ningún puerto de Francia, Inglaterra o Rusia poseía en ese momento los medios necesarios para sustituir a Venecia. En dichos países, los príncipes despilfarraban sus recursos en monumentos y se agotaban en vanos combates, mientras la burocracia se afanaba por controlarles los gastos.

Fue entonces cuando apareció la carabela: un foque, dos velas cuadradas y una vela latina hacían de ella una estructura con una movilidad perfecta. Acabaron de ponerla a punto hacia el año 1430, en Portugal, y podría haber dado el poder a los reyes portugueses; situados en un emplazamiento ideal para explorar las costas africanas y unir Flandes con el Mediterráneo; pero al rey Enrique y a sus sucesores les preocupaban más la gloria y la salvación que el comercio.

Sevilla también podría haberse convertido en el tercer «corazón »: Castilla y Aragón, en lo sucesivo unidas bajo una misma corona contaban con una ubicación ideal para recorrer todos los mares, desde Flandes al Mediterráneo oriental. Cuando, en 1492, el genovés Cristóbal Colón salió en busca de oro por cuenta del rey de España y descubrió por casualidad un nuevo continente lleno de

promesas, España aún podría haberse convertido en primera potencia del mundo, y Sevilla en el «corazón» del Orden mercantil. Pero el puerto castellano (con Cádiz río abajo) carecía de un territorio agrícola interior y no tenía confianza en sus propios banqueros y tampoco armadores con pericia; la ciudad confiaba demasiado en sus militares. Los Reyes Católicos y su corte no pensaban más que en consumir perezosamente lo que iban robándoles a los indígenas que exterminaban en América. No desarrollaban ni tecnología, ni industria, ni red mercantil alguna. Peor aún: al expulsar a los judíos y moriscos, desalentaron a sus propias clases creativas, dejando el «corazón» sucesivamente a dos puertos, convertidos por los azares dinásticos en provincias del Imperio de los Habsburgo y a la vez en colonias españolas: Amberes y luego Génova.

Hacia 1500, tras un siglo y medio de reinado de Venecia, estas dos ciudades, una detrás de otra, le tomaron, en efecto, el relevo. «Corazones» de dos formas breves, se reparten el siglo XVI. Lección para el futuro: la apertura a las élites extranjeras es una de las condiciones del éxito.

Amberes, 1500-1560: la hora de la Imprenta

Hacia 1500, llegó la hora de Amberes. Dotada de un amplio territorio interior donde se criaban las ovejas cuya lana tejía la ciudad, Amberes intercambiaba, desde hacía ya dos siglos, telas flamencas, sal zelandesa, cuchillería inglesa, cristal flamenco y metales alemanes, por productos de Oriente. La ciudad no tenía más que 20.000 habitantes cuando, hacia 1450, se convirtió en el principal lugar de intercambio de productos del norte de Europa por las especias que los navíos portugueses y españoles traían en ese momento de África y de Asia: pimienta, malagueta, canela, azúcar. Todos, incluso los ingleses y los franceses, acudían a Amberes para que les tiñeran sus tejidos con técnicas celosamente mantenidas en secreto. La Bolsa de Amberes se convirtió en el primer centro financiero de Europa en materia de seguros, apuestas y loterías; allí empezó a bosquejar-

se una sofisticada red bancaria que utilizaba nuevas monedas de plata cuya cotización se controlaba estrictamente para financiar el comercio exterior. Desprovista de ejército, Amberes dominaba la forma -como lo hicieron y harían en el futuro los «corazones»- por su capacidad de manejar los mercados financieros y de ponerlos a su servicio. Lección para el futuro: finanzas y seguros, estrechamente vinculados, constituyen una dimensión esencial de la potencia mercantil.

Amberes fue también -como lo serían más adelante otros «corazones» el primer usuario industrial de una innovación tecnológica muy importante procedente de otro lugar: los caracteres móviles de la imprenta, invención china redescubierta en 1455 en Alemania y que al principio quedó reservada para los poseedores del saber religioso.

Se trataba del primero de una larga serie de avances encaminados a incrementar la velocidad de transmisión de los datos. La escritura se convirtió así en la primera riqueza cuyo coste marginal de reproducción era casi nulo. No sería la última. El libro se convirtió también en el primer objeto nómada producido en serie. Tampoco sería el último.

El éxito de la imprenta fue fulminante, por cuanto las nuevas clases dirigentes necesitaban lo que este nuevo invento favorecía: la libertad de expresión, el avance del individualismo y de la razón, la difusión del ideal judeo-griego.

Hacia 1490, es decir, apenas cuarenta años después de su introducción en Europa, ya había prensas en funcionamiento en 110 ciudades de Europa. Venecia ocupaba el primer lugar; la seguía luego Amberes, que, con los talleres de Christophe Plantin, desempeñaba un papel clave. En 1500 se habían impreso ya en Europa 20 millones de ejemplares. Desde Florencia, Marsilio Ficino y Pico de la Mirándola permitían redescubrir, a través de sus libros, la herencia judeogriega y árabe que la Iglesia había cuidadosamente censurado hasta entonces. Los nuevos lectores descubrieron entonces que la Biblia no decía exactamente lo que predicaban los sacerdotes; que existían también ensayos filosóficos, incluso novelas, donde se hablaba de

razón y de amor; que un saber -judío, griego, romano, árabe, persase les había estado ocultando hasta ese momento. Muchos de ellos deseaban leer esos textos en un idioma distinto al latín, que ya no utilizaban; las lenguas vernáculas desplazaron entonces a la lengua de la Iglesia, que en poco tiempo quedó reducida a la lengua oficial de algunas cancillerías.

De hecho, en sólo unos decenios, la imprenta acabó con el sueño del Vaticano y el Imperio romano germánico de homogeneizar Europa entorno al latín y a la Iglesia.

Lección para el futuro: una nueva tecnología de comunicación, que se consideraba centralizadora, resulta ser el enemigo despiadado de los poderes establecidos.

En 1517, Lutero instó a sus fieles a que leyeran la Biblia, se enfrentó a la corrupción del papado y se alió con los príncipes alemanes contra la Iglesia y el emperador; el protestantismo se puso entonces al servicio del nacionalismo para anidar en él. Ya estaba todo listo para que empezara el tiempo de las naciones.

Carlos V, sucesor de los Reyes Católicos y los Habsburgo, que reinaba desde Madrid y Flandes, tuvo entonces que enfrentarse a la reivindicación independentista de los Países Bajos, sostenidos por Inglaterra, unos y otra convertidos al protestantismo. En vano intentó prohibir la presencia en Amberes de extranjeros, que seguían pese a todo afluyendo allí, acelerando el progreso y el dinamismo de la ciudad. Los principales banqueros alemanes -los Hóschsteller, los Fugger, los Welser- se establecieron en la ciudad. Los barcos de América llegaban cargados de plata, que, a partir de entonces, fue la base del comercio de la ciudad. En 1550, en sus años de apogeo, Amberes contaba con 100.000 habitantes: el tamaño de los «corazones» aumentaba.

Transcurrido un tiempo, esta tercera forma del Orden mercantil empezó a debilitarse: una vez más, al igual que les había sucedido a las dos ciudades anteriores, Amberes dejó de tener ya medios para mantener sus redes. La explotación masiva de las minas de plata de América hizo bajar el valor del metal sobre el que se fundamentaba la red comercial de Amberes. El oro, encarecido y cuyo comercio

no controlaba la ciudad, se volvió mucho más tentador para los especuladores. Además, las guerras de religión rompieron los vínculos marítimos entre los Países Bajos y España, y desconectaron a Amberes, que carecía de marina militar, de sus redes comerciales; la plata de América no podía ya subir hacia el norte y debía permanecer en Sevilla o partir hacia el Mediterráneo. Amberes se encontró entonces a merced de la menor crisis comercial y, en 1550, alcanzada por una especulación bursátil desencadenada en Sevilla, acabó por eclipsarse.

Francia, la nación más extensa y poblada de Europa, tenía entonces una segunda oportunidad de convertirse en el «corazón» del capitalismo. Su nivel de vida aumentaba; su marina, mejoraba. En 1524, Jean de Verrazzano, un genovés naturalizado francés, tras partir de Honfleur por orden de Francisco I, fue el primero en penetrar en la bahía de Hudson. Sin embargo, al carecer de burguesía, de marina mercante y de un gran puerto en el Mediterráneo o en el mar del Norte, Francia no consiguió ubicarse en el «corazón». Además, su tamaño jugaba en su contra: su mercado interior era tan amplio que no necesitaba intentar exportar los productos de su industria o su agricultura, ni siquiera producir objetos de alto valor añadido.

En otros lugares, en Alemania y Polonia, el sistema feudal y la servidumbre persistían; la nobleza, inquieta por la aparición de la burguesía nacional, se contentaba con acoger a algunos mercaderes extranjeros que acudían allí a comprar trigo para el resto de Europa. Finalmente, pese al fascinante dinamismo mercantil de algunos puertos del Báltico, el norte de Europa permaneció al margen.

También España tuvo entonces una segunda oportunidad de alzarse a lo más alto: la plata y luego el oro de América, que en ese momento llegaban en grandes cantidades, le garantizaban una renta inmensa que podría haberle ayudado a convertirse finalmente en un «corazón». Pero la cultura de imperio reinaba en ese país más que nunca: los señores dominaban a los mercaderes; los soldados españoles recibían sueldos cada vez más altos, pero España no producía los textiles, las joyas, las armas con las que soñaban; era, por

tanto, preciso importados de los Países Bajos y de Italia. Se desencadenó entonces la inflación: Castilla se endeudó, su moneda se desmoronó, y los banqueros abandonaron las plazas financieras de Madrid y Sevilla, que quebraron en 1557; luego, en 1560, le llegó el turno a la de Lisboa.

Amberes se vio entonces arrastrada por la caída española. El Atlántico no era ya lo bastante seguro para que el comercio mundial transitara por él.

El único puerto mediterráneo disponible, Génova, donde se encontraba el primer mercado del oro, se convertiría, hacia 1560, en el nuevo «corazón» y seguiría siéndolo durante poco más de un siglo. Era como si el Orden mercantil no acabara todavía de decidirse a abandonar el Mediterráneo que le había visto nacer.

Génova, 1560-1620: el arte de la Especulación

A partir del siglo XIII, los hombres de negocios genoveses comprendieron que el poder político era fuente de dificultades. Para ejercerlo recurrieron a dos familias, los Visconti y los Sforza, y se concentraron en el comercio y las finanzas. En el siglo XIV -es decir, desde que la Iglesia les autorizó a ello- algunos de esos lombardos se convirtieron en banqueros y, finalmente, prestaron dinero a cambio de un interés; entre ellos había numerosos judíos conversos. Estos banqueros empezaron por financiar -con plata y oro- a la mayoría de los príncipes de Europa, y luego prestaron sus servicios a la mayor parte del comercio y de la industria textil florentina.

Su poder se basaba en una formidable capacidad de organización contable. De hecho, la contabilidad fue para Génova lo que había sido la imprenta para Amberes, o las galeras mercantiles para Venecia: una importante innovación estratégica que le garantizaba el poder sobre el conjunto de las redes mercantiles. Además, fue en Génova donde Patini y luego Massari inventaron las cuentas de pérdidas y ganancias, que se propagaron enseguida gracias a los libros del genovés Lucas Pacioli. Fue una revolución en el ámbito de

la economía y la filosofía.

La contabilidad, en efecto, también es, como la filosofía, el arte de sopesar los pros y los contras; y la razón progresaba en Génova en torno a la figura del banquero que asumía riesgos, que especulaba sobre el futuro y que, por tanto, tenía que intentar preverlo. En Génova, como en otras partes, esta clase creativa estaba entonces particularmente influida por los escritos de judíos exiliados de España, como Isaac Abravanel, y por los de Jean Bodin, que fue en Francia el primero en teorizar el concepto de soberanía y en propugnar la tolerancia religiosa.

A comienzos del siglo XVI, tras pasar a estar bajo dominación española, Génova se convirtió, hacia 1560, en el primer mercado financiero de Europa, en el «corazón» del capitalismo de la época. Dueños de los mercados del oro, los banqueros genoveses fijaban los tipos de cambio de todas las divisas y financiaban las operaciones de los reyes de España y Francia, de los príncipes italianos, alemanes y polacos.

Puesto que ningún puerto podía llegar a ser un «corazón» sin controlar también la agricultura y la industria, el territorio interior de Génova, que se extendía mucho más allá de la riquísima Toscana, se convirtió en una gran potencia industrial lanera y metalúrgica. Génova dio entonces el último coletazo del mundo mediterráneo, el último eco del sueño de Atenas, de Roma, de Florencia, de Carlos V y de Felipe II.

Luego el Atlántico volvió a convertirse en un mar tranquilo: en 1579 -o sea, ocho años después de la inútil victoria que el hijo secreto de Carlos V, al mando de las flotas de Venecia y de España, obtuvo en Lepanto contra los turcos de Selim II- los españoles fueron expulsados de los Países Bajos, acontecimiento que, aunque mucho menos célebre que el anterior, tuvo sin duda mayor alcance. La flota inglesa, recién llegada a los mares y bajo el mando de grandes capitanes como Francis Drake y Thomas Cavendish, iba a robar el oro español que seguía llegando de América. En 1588, la Armada Invencible Española, pesada y mal armada, naufragó frente a las costas de Inglaterra; dos tercios de sus marinos y de sus barcos

desaparecieron ante las naves inglesas, armadas con cañones mucho más precisos. El Atlántico se abrió entonces de nuevo a los navíos mercantes, en particular genoveses, holandeses, ingleses, franceses, y se convirtió en el nuevo lugar del comercio.

Mientras que en 1598 China derrotaba a los japoneses en Corea, aunque sin ocuparla (esto volvería a producirse tres veces más y fijaría reglas esenciales para el futuro), Génova empezaba a agotarse: la ciudad ya no poseía recursos humanos ni financieros suficientes para resistir a sus competidores en todos los frentes. Desprovista de ejército, no podía impedir que los holandeses, libres por fin, tomaran el control de las nuevas rutas del Atlántico y atrajeran el oro y la plata de América que un siglo antes Amberes había codiciado en vano. Génova, como ya le había sucedido a Amberes, quedó entonces quebrantada por una nueva recesión general procedente de España.

Nacida de un golpe bursátil que había debilitado a Amberes, Génova, hacia 1620, se eclipsó, pues, por un golpe de fuerza que consolidó a Amsterdam. Y, con Génova, el Mediterráneo se alejaba para siempre.

Así, hacia 1620, el centro del capitalismo se desplazaba por segunda vez hacia el Atlántico. No habría vuelta atrás: el Mediterráneo se convirtió definitivamente en un mar secundario. Los países que lo rodeaban -el reino de España, los principados italianos, el sur de Francia- se debilitaron. Incluso perdieron para siempre el contacto con el «corazón». Su nivel de vida sería desde entonces inferior al de las nuevas potencias.

Los Países Bajos realizaron un avance considerable: el nivel de vida de las Provincias Unidas superaba en ese momento al de Génova y Venecia. Era cinco veces superior al de los reinos de Francia, España e Inglaterra.

La lógica que está en movimiento es siempre la misma: la de la progresiva expansión del espacio mercantil, del campo de la industria, de las finanzas y de la tecnología. Y esta lógica puso en el poder a una nueva clase creativa, dirigista y libre a la vez, en un puerto moderno, dotado de un amplio territorio agrícola interior,

de una industria naval, de una marina militar y mercante, que acogía a financieros, armadores, comerciantes, innovadores y aventureros. Esta lógica amplió poco a poco los derechos de los asalariados e hizo desaparecer el trabajo forzado, y asumió en todo el planeta el control de las fuentes de materia prima y de los mercados.

El Atlántico se convirtió así, por casi cuatro siglos, en el primer mar del mundo.

Amsterdam, 1620-1788: el arte de la urca

Después de Amberes y Génova, fue Amsterdam la que reconstruyó las redes de un «corazón». Para financiar la importación de sus alimentos, Amsterdam, en su territorio interior, cultivaba productos agrícolas sofisticados (lino, cáñamo, colza, lúpulo), criaba ovejas, y desarrolló la industria de los colorantes y la mecanización del hilado. Esto le permitió, una vez industrializada la producción de alimentos, empezar a industrializar la producción de ropa. Amsterdam teñía los tejidos de lana virgen de toda Europa, incluso los de Inglaterra, pese a las prohibiciones proteccionistas del gobierno de Londres. Con los excedentes así obtenidos, la ciudad podía industrializar la producción de un barco excepcional, inventado en 1570: la urca. Era mucho más rentable que los anteriores, ya que se podía fabricar en serie y funcionaba con una quinta parte de la tripulación habitual.

A principios del siglo XVII, Amsterdam se transformó en un inmenso astillero de producción, venta y mantenimiento de barcos. Sus talleres utilizaban grúas y sierras movidas con el viento. Su flota llegó a ser enorme, excepcionalmente bien armada, incomparable con la de los demás países: barcos de 2.000 toneladas, con 800 personas a bordo, transportaban seis veces más mercancías que todas las flotas europeas juntas, es decir, la tercera parte de los granos, de la sal y la madera, y la mitad de los metales y los textiles de toda Europa. Y, puesto que la guerra siempre favorece el comercio, la marina militar holandesa asumió el dominio de los mares,

desde el Báltico hasta América Latina; incluso recuperó el control comercial de Sevilla, que seguía siendo el puerto de llegada de los metales de América. La Compañía de las Indias, y luego la Bolsa y el Banco de Amsterdam, transformaron entonces esta potencia naval en dominación financiera, comercial e industrial; fue también en Amsterdam donde se tuvo la idea, en 1604, de financiar operaciones industriales terrestres mediante sociedades por acciones.

Esta forma, como las precedentes, sustituyó nuevos servicios por productos industriales, y nuevos trabajadores forzados por asalariados; cada vez concentró más las riquezas en un número reducido de manos, y concedió mayores libertades a los ciudadanos y los consumidores, generando al mismo tiempo mayores alienaciones para los trabajadores.

Este quinto «corazón» ya no era sólo una ciudad, sino toda una región; la industria estaba en Leiden, y los astilleros, en Rotterdam. Los regentes burgueses de Amsterdam dominaban la provincia y controlaban los excedentes, pese a los conflictos entre el gran gobernador de Holanda y el gobernador (stadbouder) de las Provincias Unidas. Aunque la esclavitud había desaparecido por completo, al menos en las Provincias Unidas, el pueblo trabajaba duro y en ocasiones incluso pasaba hambre. El protestantismo liberaba también de toda culpabilidad con respecto a la riqueza: La Iglesia ya no estaba allí para monopolizar las fortunas. La vida pública era fastuosa, la vida intelectual, intensa: sociedades científicas intercambiaban ideas; universidades célebres acogían a los extranjeros, como por ejemplo a Descartes y, antes que él, a judíos expulsados de España; uno de sus descendientes, Baruch de Spinoza, se atrevió, hacia 1650, a pensar en un mundo en el que Dios se confundiría con la naturaleza, sin imponer moral alguna a los seres humanos, decididamente solos y libres.

El resto del mundo asistía fascinado, a este triunfo que duraría casi dos siglos: sería la forma mercantil más larga de todos los tiempos.

Sin embargo, los libros de historia, al contar este período hablan más del destino de los monarcas que del de las riquezas: en

1644, cuando los nómadas manchúe derrocan la dinastía de los Ming y fundan la dinastía Qing esta vez con Pekín como capital el imperio del Centro era todavía la primera potencia económica mundial. Los Qing permanecerían en el poder durante dos siglos y medio. Ese mismo año, en Francia el rey Luis XIV subió al trono y, en 1648, puso fin a la guerra de los Treinta Años que estaba desangrando a Europa pese a su aparente esplendor el Rey Sol no poseía los medios necesarios para rivalizar con las Provincia Unidas: en 1685, fecha de revocación del edicto de antes, la renta per cápita de los habitantes de Amsterdam era ya cuatro veces superior a la de los parisinos; y la diferencia se incrementó todavía más cuando los protestantes abandonaron Francia.

El mundo había cambiado: Brujas ya no era más que una ciudad de segundo orden; Amberes, un suburbio de Amsterdam: Génova, como toda la Lombardía se iba debilitando poco a poco excluida de los principales circuitos comerciales. Venecia ya sólo era un magnífico punto de escala del comercio con Oriente; España estaba confinada detrás de un Pirineo. China empezaba a dirigir un poco más la mirada hacia el exterior: En 1683 el emperador ocupó la isla de Taiwan. Aparecieron potencia nuevas: Austria se plantó como una muralla frente a los turcos; en 1689, Rusia entró en el concierto internacional con Pedro I el Grande; Prusia siguió sus pasos en 1740, con Federico de Hohenzollern. En 1720 la China de los Míng tomó el Tíbet, luego Altai -el Xinjiang actual-, una región musulmana. Durante esa época, decenas de millones de africanos, vendidos como esclavos por mercaderes árabes, fueron deportados por portugueses, españoles holandeses ,ingleses y franceses hacia las diversas colonias. Como desde el inicio del Orden mercantil la geopolítica evolucionaba más en el comercio y la economía que con las dinastías.

El siglo XVIII volvió a ser para los Países Bajos, la primera cuasi democracia un siglo de triunfos; y, para sus rivales, un tiempo de fracasos. Con sus casi 300.000 habitantes, Amsterdam dirigía con mano maestra la política de mapas su marina controlaba todos los mares; los banqueros reinaban sobre los tipos de cambio; sus comer-

ciantes fijaban los precios de todos los productos. Pese a su aparente poderío Francia el país más poblado de Europa, sufría un revés tras otro: fracaso militar en los mares; fracaso diplomático en la India, en Luisiana en Canadá; fracaso financiero con la quiebra de Law. Aunque en 1714 la nobleza financiera pudo finalmente comenzar a comerciar sin transgredir las leyes, la minúscula burguesía francesa no parecía interesarse ni por la marina, ni por la industria moderna; la economía francesa se contentaba con vegetar en las industrias obsoletas del capitalismo agrícola (la alimentación, el cuero, la lana) que lo audaces comerciantes de las Provincias Unidas estuvieron encantados de cederle.

Durante esta época en China, la triple cosecha anual de arroz permitió que la población aumentase de 180 a 400 millones, y se situase muy por delante de todo los demás países del mundo. El emperador no reaccionó ante la llegada de comerciantes holandeses que habían acudido al país para establecerse en el Océano Índico y comerciar en Cantón.

Y, sin embargo, hacia 1775, un siglo y medio después de haber tomado el poder, esta quinta forma mercantil declinó como sus antecesoras por las misma razones: los buques de guerra holandeses habían dejado de ser los más poderosos; lo mares ya no eran seguros para ellos la defensa de las rutas comerciales resultaba cada vez más costosas para los Países Bajos la energía que sus industrias utilizaban -la madera de lo bosques que servía también para construir los barcos- se estaba agotando; su tecnología de colorantes y de armamento naval ya no progresaban los conflictos oficiales exacerbaban; lo salarios aumentaban; las prendas de lana de Ámsterdam empezaron a encarecerse.

Lección para el futuro: ningún imperio, por muy eterno que parezca, puede durar siempre.

En otras partes de Europa, las burguesía mostraba su descontento y reclamaban libertades empezó a desarrollarse el nacionalismo. Una señal precursora que no engaña: los príncipes de todas las cortes de Europa exigían ahora a sus músicos que eligieran para sus operas libretos escritos en su lengua nacional y no en italiano, como

había sido costumbre hasta ese momento. La música anunciadora del futuro.

En 1776, las colonias británicas de América se declararon independientes; en 1781, la marina francesa por una vez eficaz, permitió que los insurrectos americanos ganaran la batalla de Yorktown. En Europa, los pueblos hambrientos mostraban su descontento. En el continente, la guerra amenazaba por doquier. Los armadores seguidos por los financieros holandeses más importantes, abandonaron entonces los Países Bajos para establecerse en Londres que se había convertido en la ciudad más segura y más dinámica.

Como siempre, el declive de un «corazón» queda ratificado por una crisis financiera. En 1788, los bancos de los Países Bajos quebraron; en vísperas de la Revolución Francesa el «corazón» del capitalismo cruzó definitivamente el mar del norte para instalarse en Londres, donde democracia y mercado progresaban al mismo ritmo.

Londres, 1788 - 1890: la fuerza del vapor

Desde el siglo XVI, Inglaterra dominaba la tecnologías del tejido de la lana, la extracción del carbón y la fabricación del cristal. La abundancia de ríos, que servían principalmente de fuentes de energía, favorecía, en el Lancashire, la mecanización del hilado de una nueva materia prima textil, rival de la lana: el algodón conocido desde hacía ya mucho tiempo en Europa y redescubierto por los ingleses en la India. Para disponer de esta fibra vegetal, en lo sucesivo tan estratégica como el oro y la plata del Perú la Compañía inglesa de la Indias se hizo con el control de la India, de América del Norte y del sur de Asia, tierras algodoneras. El primer puesto inglés de avanzada en el sur de Asia se estableció en 1619 en Surat, en la costa del noroeste de la India. Un poco más adelante, la British East India Company, que administraba esos territorios para su único y exclusivo beneficio estableció factorías comerciales permanentes en Madrás, Bombay y Calcuta. Los ejér-

cito ingleses hicieron otro tanto en América del Norte. Inglaterra importaba entonces de sus colonias todos los productos posibles (lana, algodón, seda, cuero, estaño, tabaco, arroz, índigo) a muy bajo precio y a continuación lo devolvían a alto precio, en forma de prendas de vestir y objetos preciosos.

En 1689 hubo un terremoto político en Londres: los príncipes reales, María y Guillermo de Orange (educados por el Parlamento tras el asesinato de su abuelo, Carlos I, y, más tarde de su madre María Estuardo y devuelto al trono tras la dictadura de Cromwell), otorgaron al Parlamento, libremente elegido por la burguesía el derecho de fiscalización en los asuntos públicos. Quedaba - así promulgada, tras los primeros esbozos holandeses, el acta de nacimiento de la democracia moderna: el Parlamento votaba la leyes, garantizaba las libertades individuales y autorizaba al rey a reclutar tropas y a hacer la guerra. Inglaterra es la primera democracia de mercado.

Ese mismo año, en Londres, John Locke publicó un Tratado sobre el gobierno, donde exponía esa teoría del gobierno democrático y presentaba la libertad individual como un derecho natural e inalienable. Ese mismo año, en Francia, nace Montesquieu, que elaboraría la teoría sobre la separación de los poderes y la libertad política. A partir de entonces, las naciones se construirían en torno a un ideal de igualdad: la diferencia, sin embargo, aunque mal vista por la democracia, seguirían siendo necesarias para el mercado. El ideal judeo-griego continuaba extendiendo su imperio.

En el siglo XVIII la riqueza de Gran Bretaña fue aumentando y se proyectó en el mundo; el pais multiplico su comercio por seis, la parte correspondiente a las exportaciones sobre su renta nacional se triplicó liberando un excedente que financió la modernización de su industria y desarrolló una nueva clase creativa, burguesa e industrial.

Como en el caso de los «corazones» anteriores, esta toma del poder mundial por parte de los comerciantes británicos era tremendamente voluntarista. En 1734, a raíz de un concurso organizado por el Parlamento, un carpintero-relojero inglés, John Harrison, puso a punto el primer cronómetro de marina; pesaba 32,5 kilos.

Esta importante invención, muy deseada por el poder político, mejoró notablemente la localización de los barcos y, por tanto, permitió reducir la duración de los viajes transoceánicos. El cronómetro le concedió pues a Gran Bretaña el dominio del mar abierto y facilitó una explotación sistemática del resto del mundo. En 1757, las tropas de la Compañía inglesa de las Indias Orientales tomaron el control de Bengala e impusieron a los artesanos bengalíes unos precios tan bajos por su algodón que el hambre mató a casi 10 millones de personas. Tras tres guerras con Holanda, los ingleses se hicieron por fin con el control total de los mares; en particular, el del comercio de los metales preciosos de América, que los holandeses habían arrebatado a los españoles hacía ya 150 años.

En 1776, año en que Adam Smith publicó el primer libro de referencia sobre la economía de mercado (Investigación sobre la naturaleza y causas de la riqueza de las naciones), Inglaterra tuvo que renunciar a su soberanía sobre una parte de América del Norte y conservó únicamente lo que le importaba de verdad: el algodón -y los esclavos que aseguraban su producción a bajo coste-. El gobierno de William Pitt enderezó la situación económica del país aplicando la doctrina de Adam Smith; en 1786, firmó incluso un tratado de libre cambio con su mayor rival, Francia.

Inglaterra, en apariencia inmutable, estaba en realidad soterradamente conmocionada: los campos empezaban a animarse con la privatización de las tierras comunales; las carreteras, gracias a las nuevas leyes sobre los pobres eran cada vez más seguras; las antiguas élites se venían abajo; una nueva clase creativa, «la gente», integrada por nobles sin tierras, tomó las riendas, y una aristocracia minúscula acabó controlando la totalidad de la renta territorial. Todo inglés empezó a pagar entonces el impuesto indirecto, mientras que, en Francia, la talla, un impuesto directo, sólo Jo pagaba el tercer Estado.

Inglaterra, pese a que su población era tres veces inferior a la de Francia y su renta per cápita no llegaba a la mitad de la del país vecino y a la quinta parte de la de los Países Bajos, poseía entonces una marina de guerra igual a la de Francia.

Al finalizar el siglo XVIII, la mayor parte de la lana inglesa se seguía tiñendo en Flandes y en las Provincias Unidas y el comercio de los productos británicos estaba todavía parcialmente controlado por los holandeses.

Y, sin embargo, a lo largo de veinte años, entre 1790 y 1810, mientras el continente se veía asolado, Londres fue haciéndose con el dominio del mundo. Una vez más, mientras un país intenta derribar a otro, el mercado le otorga el poder a un tercero. Una vez más, un conflicto determina brutalmente una sucesión que se consideraba imposible. Una vez más, al igual que en las cinco mutaciones precedentes, esta transmisión del poder entre dos puertos empieza en el ámbito rural.

Pues la tierra seguía proporcionándolo todo: alimentos, ropas, herramientas, madera para producir energía y construir barcos. Es ahí también donde se producía la renta territorial que financiaba la industria y generaba los primeros beneficios. En 1768, una nueva máquina de tejer, inventada por Richard Arkwright y que funcionaba con la energía de la corriente de los ríos, mejoró aún más espectacularmente la productividad de la industria textil.

Sin embargo, en Inglaterra la falta de energía era todavía más penosa que en los Países Bajos: los pocos bosques de los que disponía debía conservarlos como oro en paño para el armamento naval, absolutamente estratégico; y, como no tenía alta montaña, no disponía de torrentes.

Para encontrar la energía que le faltaba, la *gentry* recurrió a la innovación tecnológica aportada por Denis Papin, un francés al que, debido a la abundancia de los bosques franceses, no escucharon en París: era la máquina de vapor. Patentada por el inglés James Watt, en un principio permitió a los ingleses extraer el carbón de su suelo y utilizarlo para alimentar las nuevas máquinas de tejer que Edmund Cartwright inventó en 1785. En diez años, la productividad del hilado del algodón se multiplicó por diez. La idea de la máquina había triunfado; hasta el punto de que, en 1812, Inglaterra llegó a declarar reo de muerte a quien destruyera una máquina industrial.

Lección para el futuro: la carencia es lo que fuerza a ir en busca de una nueva riqueza. Para los ambiciosos, la escasez es una bendición. Otra lección: no importa quién invente una tecnología, lo importante es estar en situación -cultural y política- para poder desarrollarla.

Y Francia habría podido, una vez más, convertirse en el rival de Inglaterra. Hacia 1780 tenía los ingenieros, los mercados, las técnicas, y la libertad intelectual necesarios para ello. Pero, aun cuando le hablaba al mundo de libertades, no poseía ni un puerto importante, ni una marina eficaz, ni apetencia por las élites extranjeras; ni tampoco curiosidad por las máquinas industriales. Pese a los ideales de la ilustración, Francia siguió dominada por una casta territorial y burocrática que monopolizaba la renta agrícola sin orientarla hacia la innovación. En lugar de dedicar sus escasos recursos a la construcción de una industria, la monarquía francesa prefirió perjudicar a la inglesa respaldando la independencia de una parte de las colonias americanas. En 1778, cuando Francia estaba ya agotada por las guerras, y a punto de enfrentarse a un período de sequía; estallaron en París primero una crisis financiera y, a continuación, una crisis alimentaria.

A partir de 1789, con la Revolución Francesa, dedicada por completo a liberar a Europa de los emperadores, los pocos comerciantes del país huyeron al extranjero. En 1798 el último de los ciento veinte dux de la historia de Venecia abdicó por orden del general Bonaparte y los últimos financieros franceses se establecieron en Londres.

También en este caso la adversidad fue, para el futuro «corazón», una oportunidad: la Revolución Francesa, que dejó a Inglaterra fuera del mercado continental, incitó a los comerciantes británicos a ampliar su horizonte. Y este pequeño país, entonces casi tan poco poblado y tan pobre como Irlanda, totalmente volcado a un ambicioso proyecto, como todos los «corazones» anteriores, equipado con la mayor flota del mundo, se puso a producir para los mercados del mundo. En lo sucesivo, la mayoría de los capitales europeos se manejarían desde Londres, a cubierto de los conflictos:

en veinte años, la libra sustituyó al florín holandés y se, convirtió en la primera moneda del comercio mundial.

Durante esta época los nuevos Estados Unidos de América acogieron a millones de inmigrantes que huían de una Europa en guerra hacia una tierra sin memoria que, poco a poco, iba desligándose de sus indígenas: una situación ideal para construir allí, una democracia de mercado, sin rentistas ni señores enteramente al servicio de los comerciantes.

En 1803, mientras se preparaba el desembarco francés en Inglaterra, Napoleón transformó Francia en una economía de guerra, y vendió Luisiana a Estados Unidos por 15 millones de dólares; ese mismo año el emperador rechazó un invento que le presentó un ingeniero americano, Robert Fulton, el uso del vapor para mover la Urla una rueda de barco. Napoleón no vio en ello posibilidades de uso militar. En 1807, mientras se desarrollaban las batallas de Eylau y de Friedland, Fulton, de nuevo en Estados Unidos, construyó allí su primer barco de vapor, el Clermont. Los ingleses se apoderaron de inmediato del invento. En 1814, en plena guerra contra un Imperio francés agonizante, Stephenson construyó en Londres la primera locomotora. Ironía de la historia: la primera potencia naval iba a revolucionar los transportes terrestres.

El final de las guerras napoleónicas abrió de nuevo el continente europeo a los productos ingleses. Londres ya era entonces una ciudad muy grande, en la que habitaba la cuarta parte de la población del país. Fue allí donde, en 1815, el banco de los Rothschild, estructura financiera multinacional, procedente de Frankfurt, impuso su arte de los mercados y, en virtud del ahorro, hizo posible financiar la siderurgia, el ferrocarril y los barcos metálicos ingleses.

En 1821 se pone en funcionamiento en los aledaños de Londres la primera línea de ferrocarril.

En 1825, en Gran Bretaña, el valor añadido industrial de un pais superó por primera vez en la Historia el de su agricultura (este giro no tendría lugar hasta 1865; en Estados Unidos, en 1869; y en Francia, en 1875). Mientras que, a comienzos del siglo XIX, la alimentación representaba más del 90 % de los gastos de consumo de

los británicos, en 1855 no llegaba a los dos tercios, y la que se destinaba a la vestimenta, en cambio, se había duplicado en ese medio siglo.

Entre 1800 y 1855, el precio de coste de los tejidos de algodón inglés se dividió por cinco, mientras que la producción se multiplicó por cincuenta. Las cotonadas, que en 1800 no representaban más que un tercio de las exportaciones inglesas, en 1855 constituían ya el 50 %.

El empleo industrial, sin embargo, seguía siendo una actividad marginal: en 1855, los obreros no representaban más que el tercer grupo de los trabajadores ingleses, por detrás de los campesinos y los empleados domésticos. Aun cuando las tres cuartas partes de los obreros de la industria textil inglesa eran mujeres y niños, la mayor parte de las mujeres no percibían salario alguno y seguían encargándose de las tareas del hogar, contribuyendo con ello a mantener en la ciudad un cierto modo de vida rural. Encargarse del hogar: función muy importante, estratégica, con peso en la rentabilidad de la economía, y que un siglo más tarde será parcialmente industrializada.

En ese momento, la eficacia del «corazón» era tal que los impuestos británicos pudieron bajar hasta el punto de que, mientras en 1820 representaban un tercio de la renta nacional, en 1860, no eran más que la décima parte.

Esta sexta forma del Orden mercantil, como las cinco precedentes, transforma servicios nuevos en productos industriales, y nuevos campesinos en asalariados precarios; concentra cada vez más riquezas en cada vez menos manos; y suscita mayores libertades para los ciudadanos y los consumidores, y mayores alienaciones para los trabajadores.

La proletarización de los campesinos, iniciada con la privatización de la tierra comunal, se aceleró. Para vigilar y controlar los movimientos de obreros y revolucionarios aparecieron los documentos de identidad: quienes trabajaban se volvieron en lo sucesivo tan peligrosos como los desempleados. Las condiciones de trabajo de los obreros eran peores que las de los campesinos y artesanos: en

la ciudad, más de uno de cada tres niños moría de hambre o víctima de alguna enfermedad antes de cumplir los 5 años; ése fue el caso de tres de los seis hijos de un refugiado político alemán recién desembarcado en Londres tras el fracaso de la Revolución de 1848: Karl Marx.

El progreso todavía pasaba por la aceleración de los viajes: en 1850, el vapor empezó a reemplazar la vela en el transporte de viajeros, mercancías e información. El telégrafo se encargó de agilizar la transmisión de esta última. Ambos inventos aceleraron la mundialización, en marcha desde el inicio del Orden mercantil; la vuelta al mundo estaría en lo sucesivo al alcance de los ejércitos, de los comerciantes e incluso de los primeros turistas.

La democracia progresaba con el mercado: en Gran Bretaña, al igual que en Francia y en algunos escasos países de Europa y América, el número de burgueses autorizados a votar fue aumentando poco a poco.

Lección para el futuro: el Estado autoritario crea el mercado, que a su vez crea la democracia.

Por vez primera, el «corazón» del Orden mercantil era también la capital del imperio que dominaba política y militarmente. Los Países Bajos habían empezado su declive; Francia y Alemania se quedaron en el «entorno», donde se instaló también Estados Unidos después del descubrimiento de las minas de oro de California. El Orden mercantil penetró aún más en Asia: a partir de 1857, los ejércitos británicos sustituyeron la Compañía de las Indias Orientales y asumieron así directamente el control de la India. En 1860, los ejércitos ingleses asolaron China para vender allí opio, y consiguieron Hong Kong y otras «concesiones». Ocho años más tarde, Japón, que no quería sufrir la misma suerte, decidió imitar a Occidente y, de la noche a la mañana, transformó a los siervos en obreros urbanos.

A partir del año siguiente, con la apertura del canal de Suez, los soldados y, más adelante, también los comerciantes británicos pudieron trasladarse a Oriente aún con mayor rapidez, para así destruir, también con mayor rapidez, la industria textil india e impo-

ner, en nombre de la libertad comercial y la democracia, lo que era bueno para la industria británica.

Como todos los «corazones» precedentes, Londres se convirtió en el lugar donde se daban cita todos los innovadores, creadores, industriales, exploradores, financieros, intelectuales y artistas del mundo, desde Dickens hasta Marx, desde Darwin hasta Turner.

Pero Londres se cansó de su propia dominación; primero, el país pareció asustarse de la velocidad terrestre: en 1865, la Ley de locomoción (*Locomotive Act*) redujo la velocidad autorizada de los trenes a 2 millas por hora en la ciudad y a 4 millas por hora en campo abierto. Pero no era eso lo más grave: en Estados Unidos, tras la guerra de secesión, se liberó a los esclavos y el precio del algodón que los ingleses compraban a los Estados del Sur subió. La City centro financiero del mundo desde 1790, se vio también amenazada por el nacimiento de nuevos bancos en Estados Unidos. La misma amenaza experimentó la libra ante el dólar. Para mantener su poder, la banca inglesa tuvo que recurrir a la especulación para mantener su rentabilidad.

A partir de 1880, los rivales prusianos, franceses y norteamericanos empezaron a ser más insistentes: nuevas tecnologías y notables descubrimientos desencadenaron en Londres una especulación bursátil -«burbuja» se la llamó- que, en 1882, provocó quiebras bancarias en la City.

Lección para el futuro: una vez más, la quiebra del lugar financiero dominante ratifica el final de un «corazón».

Por primera vez, no había ningún puerto, ninguna nación de Europa que estuviera en situación de tomar el relevo de Londres, aun cuando Prusia, que reunía toda Alemania a su alrededor, se había convertido en una gran potencia, y aun cuando Francia continuaba aspirando a serlo.

El «corazón» prosiguió el periplo que en el siglo XIII había iniciado hacia el oeste, y atravesó el Atlántico: tras un siglo de dominación, Londres cedió su lugar a Boston.

Boston, 1890-1929: la explosión de las máquinas

El caballo le dio a Asia central el poder frente a Mesopotamia: el timón de codaste llevó dicho poder a Europa; la galera permitió que Venecia superara a Brujas, la imprenta fue para Amberes la clave del triunfo, la carabela posibilitó el descubrimiento de América; la máquina de vapor le dio el éxito a Londres. Una nueva fuente de energía (el petróleo), un nuevo motor (de explosión) y un nuevo objeto industrial (el automóvil) conferirían el poder a la Costa Este de Estados Unidos y a su ciudad entonces dominante Boston.

El modo de transporte de la energía y de la información, cuyas mutaciones ya habían acelerado varias veces el curso de la Historia, se presentaría de ahora en adelante como una máquina, como un producto industrial de masas para uso privado, sustituto del caballo, la carroza, la diligencia e incluso el ferrocarril.

Francia por tanto parecía tener, por tercera vez, la ocasión de convertirse en el «corazón»: disponía, en efecto, de una excelente red viaria heredada de la monarquía, y, sobre todo estaba en la vanguardia de la innovación técnica: había sido un francés, Alphonse Beau de Rochas, quien en 1862 había inventado el vehículo automóvil equipado con un motor de explosión.

Sin embargo fue en Estados Unidos donde e instaló el nuevo «corazón» mientras que Europa y, en particular, Francia no veía en el automóvil más que un vago sustituto de la carroza, los colonos americanos, acostumbrados a ir sobre ruedas desde los inicio de la conquista del Oeste obsesionados por reducir la duración de los trayectos interiores, de naturaleza emprendedora y carácter individualista, e incapaces por tanto de aceptar el tren, eran los que mejor situados estaban para hacer del vehículo automóvil un producto fabricado en serie. Por lo demás, la ausencia de tradición artesanal les permitía aceptar con mayor facilidad el trabajo en cadena que requería la producción masiva.

Boston sería el primer centro de ese capitalismo estadounidense.

En el siglo XVII, un grupo de puritanos procedentes de Inglaterra decretaron que tener éxito material nos demuestra que for-

mamos parte del elegido de Dios y que por tanto, tenemos acceso al paraíso en otras palabras, hacer fortuna era noble y era incluso moralmente respetable alardear de ser rico.

Boston se convirtió entonces en el primer puerto de América; exportaba ron, pescado, sal y tabaco. A principios del siglo XIX, la región noreste de Estados Unidos era el mayor centro manufacturero del continente: allí se fabricaban prendas de vestir, se trabajaba el cuero se producían máquinas; era también ahí donde se concentraba la industria pesquera; en 1855 empezó a extenderse la inquietud por la desaparición de las ballenas y por tanto por el riesgo de escasez de aceite. Por aquel entonces se instaló en la región todo lo que un «corazón» necesita: la banca en Nueva York, y la marina y la industria entre Boston y Chicago, pasando por Baltimore, Detroit y Filadelfia. Allí se desarrollaron un sin número de importantes inventos -en su mayoría llegados de Europa-, entre ellos la lámpara eléctrica y el gramófono de Thomas Edison, y el teléfono, inventado por un inmigrante italiano y explotado comercialmente en Estados Unidos en 1877, dos años antes que en Francia.

A diferencia de todas las demás posibles grandes potencias y de todos los «corazones» precedentes, Estados Unidos no tenía en su propio continente ningún rival creíble. Podía, por tanto, intervenir libremente a nivel mundial, sin riesgos ni amenazas para su territorio. No tardó en controlar toda América Latina y parte de Asia, desde Filipinas hasta Corea.

Allí, además, esta evolución conectaba perfectamente con la historia del Orden mercantil, que siempre se extiende allí dónde un pasado sedentario no frena la movilidad que dicho Orden exige; allí donde una burguesía puede tomar el poder sin guillotinar a una nobleza.

A partir de 1880, coincidiendo con la decadencia de Gran Bretaña, una terrible recesión hizo estragos en el norte de Europa; desde Islandia hasta Polonia, y provocó el movimiento de población más formidable de la Historia desde los inicios de la vida sedentaria: entre 1880 y 1914, quince millones de europeos, es decir la quinta parte de la población del continente y un tercio de los ahorros

del mundo, emigran hacia el continente americano. ¡Algo como si, actualmente, toda la población de Francia, Bélgica y Países Bajos abandonaran Europa en un período de treinta y cinco años! .

Gracias a largas y violentas luchas sociales, la nueva clase obrera estadounidense consiguió tener salarios menos miserables lo cual le permitió adquirir bienes básicos, alimentarios y textiles, y por tanto, enriquecer a la burguesía, que se convirtió en cliente de la naciente industria automovilística.

Por lo demás, todo giraría en lo sucesivo en torno a esta industria, instrumento de una nueva libertad individual. Y todo se estructuraría en torno a una nueva burguesía bostoniana, tan descrita por Henry James, y cuyos valores retrata la pintura de James Whistler.

El motor de explosión empezó a utilizarse en Estados Unidos en 1880 (trece años después de su invención en Francia) en máquinas-herramienta. Luego, hacia 1890, se empleó en lo que llegaría a ser el automóvil, y en los primeros aeroplanos. En 1897, se inauguró en Boston el primer metro de América del Norte. En 1898, en Estados Unidos existían ya cincuenta marcas de automóviles. Entre 1904 y 1908 se crearon otras 241 marcas, entre ellas la de Henry Ford, en junio de 1903, en Detroit. Este ingeniero, antiguo empleado de la compañía de alumbrado de Thomas Edison, vendería 1.700 vehículos el primer año.

La industria del automóvil estructuró el conjunto del país: fomentó, hacia arriba, el desarrollo de acerías, minas, vidrierías y compañías petroleras, y, hacia abajo, la expansión de las carreteras, de la banca y del comercio. También empezó a esbozarse una nueva forma de alienación en el trabajo en cadena.

Sin embargo, en 1907, los fabricantes franceses de automóviles seguían dominando el mercado mundial: ese año produjeron 250.000 coches es decir, (tantos como Estados Unidos y diez veces más que Inglaterra); dos tercios de los automóviles exportados en el mundo seguían siendo franceses.

Todo cambió de manera muy brusca entre 1908 y 1914: en Estados Unidos, la fabricación en cadena del modelo «T» redujo

el precio del vehículo a la mitad. En Francia, aún fascinada por los ideales del Antiguo Régimen, la industria del automóvil seguía con los coches como objetos de lujo, y los diseñaba como carrozas. Por otra parte, cuando apareció en París el primer mercado de masas, el de los taxis, Louis Renault y sus obreros, antiguos empleados de la industria de los coches de caballos, se negaron a fabricarlos en serie.

En 1914, Francia producía ya once veces menos que Estados Unidos: hacía sólo siete años, en cambio, fabricaba el mismo número de automóviles. Ford producía 250.000 coches y poseía aproximadamente la mitad del mercado estadounidense; Inglaterra enredada en su imperio, incapaz de superar su propia crisis no producía más que 34.000 vehículos; Alemania 23.000, Francia 45.000 y Estados Unidos 485.000. La suerte estaba echada.

El motor del crecimiento iba a ser en lo sucesivo claramente estadounidense: automovilístico y petrolero. El mercado mundial se abrió cada vez más, y la democracia progresaba en todas partes con el mercado. En 1912, más del 12 % del PIB mundial provenía del comercio exterior. Ese mismo año, la última dinastía china, los Qing, desapareció y fue reemplazada por una república.

En ocasiones, estos fuertes crecimientos crean tensiones y rivalidades por el control de los mercados y de las fuentes de abastecimiento. En 1914, una guerra que parecía salida de otro tiempo cerró de nuevo las fronteras. Era como si los comerciantes ingleses, franceses y alemanes se estuvieran disputando un poder que de hecho ya no les pertenecía. El petróleo condicionaba la suerte de las armas y moldeaba la posguerra: mientras millones de hombres morían en las trincheras, el acuerdo Picot-Sykes de mayo de 1916 pretendía dividir Oriente Próximo, propiedad del Imperio otomano, aliado de los alemanes, entre las dos grandes potencias europeas; Estados Unidos entró en el conflicto para poder participar en el reparto de las reservas de Oriente Próximo.

Cuando el conflicto terminó con una epidemia de gripe y una revolución comunista en Rusia y Alemania, la Primera Guerra Mundial había acelerado el desplazamiento del poder hacia Esta-

dos Unidos, del mismo modo que las guerras napoleónicas habían asegurado la victoria de Gran Bretaña. Lección de la Historia: el vencedor de toda guerra es quien no la libra o, en todo caso, quien no lucha en su propio territorio.

El agotamiento de los europeos asentó así el poderío de la Costa Este de Estados Unidos, desde Washington hasta Chicago, desde Nueva York hasta Boston. Fortalecida por la guerra, la industria del automóvil triunfó. Aparecieron nuevas tecnologías, como la radio y el motor eléctrico. En 1919, el tratado de Versalles, cuyo apartado económico fue redactado en su mayor parte por financieros norteamericanos, redibujó el mapa europeo. Dividió el Imperio otomano en pedazos imposibles de manejar, aprobó la creación de la Unión Soviética e impuso una carga insuperable a la Alemania vencida. El todopoderoso presidente estadounidense podía incluso intentar imponer reglas para evitar otra guerra, mediante la creación de la «Sociedad de Naciones», primer embrión de un ilusorio gobierno mundial.

Pero tanto en Estados Unidos como en Europa aumentaban los costes de producción, los salarios se elevaban, los índices de rentabilidad bajaban; la visión del futuro se enturbiaba, la demanda se venía abajo, las inversiones se estancaban, aparecía el desempleo, se endurecía la protección, la libertad retrocedía. La constitución, en 1928, de un cártel de las grandes compañías petroleras, las «siete hermanas», aumentó el precio de la gasolina y, como consecuencia, la producción de automóviles se vino abajo y se desencadenó la «Gran Crisis»: la séptima forma tocaba a su fin mientras la octava empezaba ya a levantar el vuelo.

Nueva York, 1929-1980: la victoria eléctrica

El nacimiento de una octava forma, como el de las siete anteriores, requería la reunión de las condiciones culturales, políticas, sociales y económicas necesarias para reemplazar servicios, de pago o gratuitos, por máquinas nuevas producidas en serie: tras la indus-

trialización de la producción agrícola, de la ropa y del transporte, el motor eléctrico vino a sustituir, mediante aparatos electrodomésticos, los servicios domésticos prestados por las amas de casa y las empleadas de hogar.

Como en cada mutación anterior, la octava crisis del Orden mercantil se resolvió mucho antes, incluso, que su desencadenamiento: la victoria de la electricidad había empezado ya a ganarse a finales del siglo XIX. Lección para el futuro: el tiempo que separa una innovación, incluso socialmente necesaria, de su generalización, gira siempre en torno a medio siglo.

Gracias al pequeño motor eléctrico que Nicolas Tesla inventó en 1889, empezó a utilizarse la energía eléctrica para mejorar la productividad de las máquinas anteriores, como las máquinas agrícolas e industriales y el automóvil. Con Thomas Edison llegó la segunda aplicación de esa energía: el alumbrado. A finales del siglo XIX, las principales ciudades estadounidenses estaban ya alumbradas y se volvieron más seguras; a partir de 1906, el Estado federal se encargó de la creación de una red eléctrica nacional.

El motor eléctrico posibilitó más adelante la instalación de ascensores y, por tanto, la construcción de rascacielos, favoreciendo con ello el urbanismo vertical, cuyo gran arquitecto sería Frank Lloyd Wright. El motor eléctrico participó así indirectamente en la emigración rural y en la reducción del tamaño de la familia, creando un mercado para las máquinas que permitirían reemplazar, en unos apartamentos que se habían vuelto exiguos, una parte del trabajo doméstico (limpieza, conservación, cocina y distracción) por objetos fabricados en serie (bañera, lavabo, lavadora, frigorífico, cocina, radio y, más adelante, televisión).

Carente de tradición rural, Estados Unidos se encontraba particularmente bien situado para lograr esta mutación hacia la ciudad gigante. Los periódicos femeninos y el movimiento feminista preparaban también allí -y mejor que en otras partes- a las mujeres para la aceptación de su condición de consumidoras. Además, la publicidad, incipiente, recordaba sin cesar a la mujer, a veces de manera muy explícita, su supuesta «relación particular» con las tareas

de limpieza: con el pretexto de «liberar» a la mujer, el mercado proclamaba su alienación.

Como las precedentes, esta octava forma transforma a nuevos campesinos y artesanos en asalariados precarios; concentra cada vez más las riquezas en un número reducido de manos; revoluciona la condición femenina; hace surgir grandes libertades para los consumidores y los ciudadanos, y nuevas alienaciones para los trabajadores.

En 1910, el motor eléctrico sirvió primero para accionar ventiladores y, luego, aparatos de radio, al principio de uso militar. En 1920, aparecieron las primeras lavadoras y los primeros frigoríficos. La mitad de los hogares estadounidenses estaban electrificados y disponían de agua corriente, y a veces incluso de gas; el cuarto de baño se convirtió en un elemento del confort de la clase media. Por aquel entonces, el Federal Water Power Act estableció un control de las fuentes de energía hidráulica. En 1921, la industria estadounidense produjo 2,5 millones de aparatos sanitarios; en 1925, el doble. En 1930, el 80 % de los hogares norteamericanos estaban electrificados. La producción de aparatos sanitarios, apenas ralentizada por la crisis de 1929, alcanzó los 3,5 millones de unidades en 1941, y la venta de aparatos de televisión y frigoríficos, pese a la Gran Crisis, se disparó. Los electrodomésticos fueron sustituyendo progresivamente a los empleados del hogar, en su mayoría de color, herederos de los esclavos recientemente emancipados: su número cayó en picado, de 4 millones en 1920 a 300.000 en 1940; los demás pasaron a engrosar las cifras del paro. En 1935, el Congreso votó la Public Utiliry Holding Company Act (Ley de Regulación de las Compañías de Servicios), cuyo objetivo era permitir a las ciudades el acceso a una energía eléctrica de bajo coste para poder utilizar esas nuevas máquinas.

Esta octava reorganización de la forma mercantil, esta vez en torno a la familia más cercana, se adaptó particularmente a la lógica social estadounidense; llegó también a Europa coincidiendo con las crispaciones dictatoriales de Italia, España y Alemania: la familia estaba también en el corazón del proyecto fascista y nazi. En 1935, la

producción industrial de Alemania era netamente superior incluso a la de Francia, Gran Bretaña y Estados Unidos. Entre 1933 y 1938, su producción de acero, cemento y aluminio se triplicó. Pero, como Alemania necesitaba mano de obra, petróleo, materias primas y tierras agrícolas, y el comercio no podía proporcionárselos en cantidades suficientes, la guerra le resultaba indispensable. El modelo soviético, que tenía aliado, parecía asimismo conseguir organizarse como una economía de guerra sin que nadie pudiera verificar las estadísticas publicadas por su propaganda.

La guerra, deseada también esta segunda vez por Alemania, ayudó de nuevo a Estados Unidos, a salvo en su propio territorio, a controlar las tecnologías y las producciones necesarias para la industria y las finanzas, en lo sucesivo asentadas en Nueva York.

Una vez más, la energía desempeñó un papel clave: Hitler se dirigió hacia Stalingrado, una vez roto el pacto germano-soviético que le había asegurado el petróleo necesario para sus primeras victorias, con el fin de llegar hasta las reservas de petróleo del Cáucaso. Japón atacó Pearl Harbor en diciembre de 1941 por el embargo que pesaba sobre sus abastecimientos petrolíferos. Y, finalmente, al volver de Yalta en febrero de 1945, Roosevelt recuperó de las manos de Gran Bretaña a la Arabia Saudita, donde se encontraban las primeras reservas mundiales del oro negro.

Cuando concluyó esta nueva guerra mundial que causó alrededor de 50 millones de muertos, es decir, cinco veces más que la primera, el mundo estaba totalmente transformado: había aparecido el arma nuclear; había tenido lugar la Shoah; Oriente Próximo había quedado dividido en diez Estados; el comunismo estaba triunfando. Se creó entonces de nuevo una octava forma mercantil en una mitad del mundo, en la que se incluyeron las antiguas dictaduras fascistas y nazis, mientras la otra mitad, desde Budapest hasta Pekín, entraba en la órbita de la Unión Soviética. Comenzó entonces la «guerra fría» entre los antiguos aliados.

Esta vez, la nueva forma mercantil se centró en torno a Nueva york y la electricidad. Era la segunda forma cuyo «corazón» se situaba en Estados Unidos. No sería la última.

La electrificación, los subsidios familiares y las ayudas para la vivienda produjeron, a partir de 1945, una demanda masiva de los electrodomésticos que se habían inventado en la década de 1920, lo cual relanzó la economía mundial mucho más eficazmente que las grandes obras públicas.

En veinte años, entre 1945 y 1965, gracias al motor eléctrico, Nueva York se convirtió en la metrópolis más grande del mundo. En ese período, el precio de los electrodomésticos se dividió por cinco y su producción se multiplicó por diez. Nuevos objetos de consumo aceleraron aún más la evolución de la economía de mercado hacia el nomadismo, otro apelativo de la libertad individual: en 1947, dos inventos capitales, la pila eléctrica y el transistor, permitieron a partir de entonces transportar la radio y el tocadiscos. Fue una revolución trascendental: los jóvenes ya podían bailar fuera de los bailes, y, por tanto, lejos de la mirada de sus padres, lo cual liberó la sexualidad, abrió la puerta a nuevos estilos de música, desde el jazz hasta el rock, y anunció la entrada de los jóvenes en el universo del consumo, del deseo y de la rebelión. Lección para el futuro: el vínculo entre tecnología y sexualidad estructura la dinámica del Orden mercantil.

Mientras que los estadounidenses más pobres se sublevaban en los guetos, la clase media ahorraba en lugar de consumir. Aumentó entonces el número de personas cuya profesión consiste en incitar a gastar: bancos, compañías de seguros, publicidad, marketing, medios de comunicación. Entre 1954 y 1973, los préstamos de los bancos a los hogares estadounidenses se quintuplicaron.

El resto del mundo se instalaba en el «entorno»: mientras que, entre 1959 y 1973, el PIE de Estados Unidos aumentaba un 3 % anual, Gran Bretaña, Francia y Alemania, exangües desde la Segunda Guerra Mundial, intentaban rehacer el camino perdido, en parte gracias a la ayuda estadounidense. El PIB de Japón pasó de 300 dólares per cápita en 1956, a 12.000 dólares en 1980. Fuera de Europa, el mundo parecía estar perfectamente controlado, bien por la URSS, bien por Estados Unidos: por ejemplo, cuando, en 1954, el Primer ministro iraní Mohammed Mossadegh nacionalizó el petróleo per-

sa, fue destituido de inmediato por un golpe de Estado alentado por la CIA; un consorcio internacional, compuesto por compañías francesas, holandesas, británicas y estadounidenses, tomó el control de la producción petrolífera de ese país. En 1956, Nikíta Kruschev envió a Budapest los carros de combate del pacto de Varsovia sin que nadie en Occidente reaccionara. Reinaba el orden.

Luego, como en los demás casos, el «corazón» se agotó intentando cubrir los gastos militares en el extranjero y los gastos policiales en sus propios guetos. En Vietnam, después de Corea, el enfrentamiento de Estados Unidos con el mundo comunista demostró que la superpotencia capitalista era militarmente falible y financieramente frágil.

En todo Occidente, las actividades de servicios, públicos y privados, que no se podían automatizar, absorbían una parte cada vez mayor de los excedentes: ante la falta de automatización de los servicios prestados por el «personal de oficina» en la industria, la productividad del trabajo y la del capital se estancaron, mientras que los gastos militares y sociales no dejaban de aumentar. La rentabilidad del capital disminuyó; los circuitos financieros preferían conceder sus préstamos a las industrias tradicionales que a las empresas innovadoras, a los prestatarios públicos extranjeros que a los prestatarios privados nacionales, a las grandes compañías que a las pequeñas empresas; la siderurgia no invertía ya más que la mitad de lo que habría necesitado para competir con Japón o Corea.

En 1973, la subida de los precios de las materias primas, sobre todo del petróleo, redujeron aún más la renta disponible de los asalariados sin que aumentara ni la producción ni la demanda. El ahorro disminuyó y las deudas, en cambio, aumentaron. Luego llegó la inflación, que, al reducir el valor de las deudas, redujo el peso del endeudamiento, lo cual a su vez relanzó y aceleró la inflación. El incremento del desempleo y la pauperización de una parte de la población agravaron entonces la inseguridad.

En 1980, Estados Unidos parecía estar al borde de la decadencia: perdió su primer puesto mundial en exportación de automóviles; su participación en el mercado mundial de la máquina he-

rramienta cayó del 25 % en 1950 al 5 % en 1980, mientras que la de Japón, nueva potencia, pasaba del 0 al 22 %. La deuda exterior de Estados Unidos aumentó enormemente, superando sus haberes en el extranjero; para financiarla, los dirigentes estadounidenses toleraron el uso creciente del dólar por parte de los acreedores extranjeros. Nueva York había dejado de ser el único lugar donde se organizaban las finanzas del mundo; la City de Londres (donde un inmigrante alemán, Sigmund Warburg, lanzó los primeros préstamos en euro dólares y la primera OPA) parecía encontrar de nuevo el lugar que había creído perdido para siempre. Japón se convirtió en el principal acreedor de Estados Unidos, donde compró un gran número de empresas simbólicas y bienes inmobiliarios. Estados Unidos parecía estar a un paso de convertirse simplemente en el granero de trigo de un Japón floreciente, como Polonia lo había sido de Flandes en el siglo XVIII.

Muchos -entre ellos yo- creyeron entonces que Tokio sería capaz de convertirse un día en «corazón». Japón poseía en ese momento la fuerza financiera, el dirigismo, el miedo a la carencia, la tecnología, la potencia industrial necesarios para ello. Pero, de hecho, este país no tardó en mostrarse incapaz de resolver las dificultades estructurales de su sistema bancario, de dominar la burbuja financiera, de evitar una revalorización masiva de su divisa, de crear movilidad entre sus trabajadores, de mejorar la productividad de los servicios y del trabajo de su «personal de oficina». Sobre todo, no atrajo hasta su suelo a las élites del mundo entero, no promovió el individualismo tan necesario para el «corazón», ni consiguió escapar de la órbita de su vencedor estadounidense.

Fue entonces cuando, especialmente en California, surgió una nueva ola tecnológica que permitió llevar a cabo una automatización masiva de las actividades administrativas en las grandes empresas, es decir, exactamente lo que planteaba problemas en la octava forma. Se inició entonces un extraordinario crecimiento de la productividad.

El centro económico y geopolítico del mundo siguió su viaje de este a oeste. Tras haber partido de China cinco mil años atrás, haber

llegado a Mesopotamia, luego al Mediterráneo y al mar del Norte, y haber cruzado a continuación el Atlántico, lo encontramos en lo sucesivo instalado de nuevo a orillas del Pacífico.

Los Ángeles, 1980-?: el nomadismo californiano

Por novena vez -la última hasta la fecha-, el Orden mercantil se reorganizó en torno a un lugar, una cultura y unos recursos financieros que permitían que una clase creativa transformara una revolución técnica en un mercado comercial de masas. Por novena vez, esta mutación amplió el espacio del Orden mercantil y el de la democracia. Siguió aumentando el número de democracias de mercado.

Esta nueva forma, en la que todavía nos encontramos, constituye la base de la Historia en marcha. Por esta razón debemos describirla con un poco más de detalle que las otras ocho.

Es allí, en California, en ese Estado del tamaño de Italia, en el que viven 35 millones de personas, es decir, uno de cada ocho estadounidenses, de San Francisco a Los Ángeles, de Hollywood al Silícon Valley, donde, hacia 1980, se instaló el nuevo «corazón». No es un lugar casual: es allí donde se descubrieron antaño minas de oro, allí donde se originaron las industrias del petróleo y la del cine, donde se reagruparon los estadounidenses más aventureros, donde se estableció la industria de la electrónica y de la aeronáutica; es allí donde se encuentran algunas de las mejores universidades, algunos de los centros más importantes de investigación y algunos de los mejores viñedos; también se reunieron allí los talentos de la industria del entretenimiento, los mejores músicos y, más adelante, los inventores de todas las tecnologías de la información. Y allí, desde la frontera mexicana hasta la canadiense, donde la constante amenaza de temblor de tierra provoca una vibración intensa, única, un fabuloso deseo de vivir y un gusto por lo nuevo.

Como ocurrió en las crisis anteriores del Orden mercantil, las tecnologías necesarias para la novena forma mercantil preexisten a su uso: al tener las actividades de oficina de los bancos y de las

empresas un peso cada vez más gravoso sobre la productividad global, la automatización del manejo de la información se convirtió en un problema de gran importancia. Primero, en la década de 1920, aparecieron máquinas eléctricas de tarjetas perforadas; luego, en la década de 1940, los primeros ordenadores de uso militar utilizaban el transistor; en 1971 vio la luz un importante heredero del transistor: el microprocesador, que una empresa nueva, lntel, cofundada en aquel entonces por Gordon Moore, puso en el mercado: se trataba de un diminuto cuadrado de silicio en el que se apiñaban primero miles, luego millones, y después miles de millones de unidades elementales de almacenamiento y tratamiento de la información. Gracias al microprocesador, nació el ordenador en serie, a su vez heredero de una larga sucesión de innovaciones iniciadas en el siglo XVII, en Francia, por Blaise Pascal.

A partir de 1973, el ordenador comenzó a sustituir en las oficinas a las máquinas eléctricas de tarjetas perforadas e incrementó espectacularmente la productividad de los servicios y de la industria. Aparece la «ofimática».

Nuevas empresas, californianas en su mayoría, permitieron entonces reducir el coste de los servicios comerciales y de las administraciones. Gracias a estas tecnologías fue posible industrializar los servicios de las finanzas, permitiendo a los bancos una explotación automática de las imperfecciones del mercado, relacionando millones de transacciones, suprimiendo todos los límites en el crecimiento de los instrumentos financieros y en el de los mecanismos de cobertura de riesgos: las finanzas y los seguros se convierten en industrias.

Una vez más, por tanto, un «corazón» se hace con el poder mediante la industrialización de servicios -en este caso financieros y administrativos-.Y una vez más, contrariamente a lo que anunciaban los futurólogos, no estamos ante el advenimiento de una sociedad de servicios, de una sociedad post-industrial, sino exactamente de lo contrario: se trata de los comienzos de una industrialización de los servicios encaminada a transformarlos en nuevos productos industriales.

Con esta revolución, como con las anteriores, se incorporan al mercado nuevos objetos de consumo: son los objetos nómadas (expresión que introduje en 1985, mucho antes de que aparecieran, y que desde entonces se ha instalado en numerosas lenguas), máquinas miniaturizadas capaces de retener, almacenar; tratar y transmitir la información -sonidos, imágenes, datos- a gran velocidad y, en esta nueva forma, desempeñan el papel que en las dos formas anteriores les correspondieron al automóvil y a los electrodomésticos.

¿Por qué «objetos nómadas»? Como hemos visto, los nómadas han transportado siempre objetos que pueden servirles de ayuda en sus constantes desplazamientos; los primeros fueron sin duda las piedras talladas y los talismanes, y luego vinieron el fuego, las prendas de vestir, el calzado, las herramientas, las armas, las joyas, las reliquias, los instrumentos de música, los caballos, los papiros. Y con el tiempo llegó el libro, primer objeto nómada producido en serie; más adelante, objetos que permitían miniaturizar instrumentos sedentarios para poder transportarlos: reloj, cámara de fotos, radio, tocadiscos, tomavistas, lector de casetes. Finalmente, se crearon otros para tratar la información.

En 1976, Steve Jobs, un joven principiante también californiano, creó el Apple 1, un ordenador individual utilizable por todos, con interfaces simples. En 1979, unos japoneses comercializaron el primer objeto nómada con nombre casi nómada: el walkman, lector de casetes inventado por un alemán llamado Andreas Pavel.

Al mismo tiempo se fue desarrollando el gusto por otros objetos nómadas, por los animales de compañía de todas las especies, que ofrecían a los sedentarios la oportunidad de vivir una vida de cuasi pastores, de nómadas y jinetes de imitación, sin ninguno de los riesgos asociados con los viajes, y les brindaban una compañía fiel y duradera, en medio de un océano de precariedad y deslealtad.

En 1981, mientras en Francia aparecía el Minitel, el gigante estadounidense de la informática industrial, IBM lanzaba también su primer ordenador portátil, el IBM 5150, sin demasiadas esperanzas. La máquina estaba dotada de un microprocesador de Intel y de un programa MS-DOS producido por otra modesta empresa de

la Costa Oeste de Estados Unidos, Microsoft; pesaba 12 kilos y era 32.000 veces menos potente y 12 veces más caro que los PC menos sofisticados del año 2006. Sin embargo, fue un éxito: en lugar de las 2.000 unidades previstas, IBM vendió 1 millón. Diez años más tarde, Microsoft se había convertido en una de las cinco primeras empresas del mundo. En 2006 se vendieron 250 millones de microordenadores, y había más de 1.000 millones en servicio por todo el mundo.

Aparecieron al mismo tiempo otras dos herramientas trascendentales del nuevo nomadismo: el teléfono móvil e Internet. Se abrieron camino tan lentamente como el ordenador, pero triunfaron al conectarse entre sí. Para los sedentarios eran como sucedáneos de los viajes; para los nómadas, maneras de mantener relaciones con los sedentarios y otros nómadas. Ambos permitían que cada individuo tuviera, por vez primera, una dirección no territorial (número de teléfono móvil o dirección de correo electrónico).

El primer teléfono móvil no militar apareció en Inglaterra a finales de la década de 1970. Al principio, necesitaba la asignación de una frecuencia y una batería portátil muy voluminosa, pero poco a poco las redes celulares aumentaron sus capacidades de transmisión y las baterías se miniaturizaron. En treinta años, el móvil se volvió planetario y permitía hacer circular voz y datos. Hoy en día es el mayor éxito comercial de todos los tiempos: en 2006, más de 2.000 millones de individuos, es decir, un tercio de la humanidad, disponía de uno.

Al mismo tiempo, se consiguió conectar dos ordenadores por teléfono. También en este caso, la generalización de una nueva tecnología llevaría treinta años: Internet. Su evolución es muy interesante. En agosto de 1962, el MIT, prestigiosa universidad situada cerca de Boston, publicó los primeros textos que describían las interacciones posibles dentro de una red de ordenadores conectados por teléfono: en 1965 se ponía a prueba la primera conexión informática a larga distancia entre un ordenador situado en Massachusetts y otro situado en California. En 1969, algunos centros neurálgicos de la US Army crearon la red Arpanet para intercambiar

informaciones electrónicas con toda confidencialidad. En 1979, un grupo de estudiantes estadounidenses creó los primeros *newsgroups* para comunicar datos civiles mediante los escasos centenares de ordenadores conectados en los centros de investigación y las universidades. En 1981, Arpanet llegaba a Europa. Ese mismo año aparecía el protocolo TCP/IP y la palabra «Internet». En 1983 entraba en funcionamiento el primer servidor que administraba nombres de sitios. En 1984 había conectados 1.000 ordenadores; en 1989, Internet se abrió al gran público y se crearon las primeras cuentas de correo electrónico. En 1991, Tim Bernes-Lee, un investigador británico que trabajaba en un centro de investigación nuclear europeo en Ginebra, el CERN, inventó una lengua común para todos los usuarios conectados a esta red, el html, y organizó la comunidad de quienes la utilizaban, que él denominó el World Wide Web, y cuya primera dirección (<http://info.cern.chl>) puso en línea el 6 de agosto de 1991.

Lección para el futuro: muchos de los inventos importantes son el resultado del trabajo de investigadores a los que se pagaba con fondos públicos para que buscaran algo muy distinto.

Aparecen entonces numerosas aplicaciones de la informática conectada; también ellas están destinadas a mejorar la productividad de los servicios: programas de gestión comercial, de correo electrónico, de comercio electrónico, de intercambios de datos financieros. En 1992 había conectados 1 millón de ordenadores; en 1996, eran 10 millones; en 2006, 1.000 millones.

Internet aparece entonces como una especie de nuevo continente, esta vez virtual, por descubrir, por poblar, por organizar, con un campo infinito para la realización de actividades mercantiles. Ciertas empresas de programas informáticos han llegado a estar entre las primeras de mundo: Microsoft, AOL, Oracle, Google, todas ellas californianas. En 1998, la cifra de negocios de la economía de Internet superaba la de las telecomunicaciones y las compañías aéreas. Más aún: Internet potencia también los medios del teléfono portátil, que se va progresivamente· convirtiendo en lector de vídeo, cámara fotográfica, receptor de televisión, editor de blogs. En 2004,

Apple comprende que el beneficio se consigue con el objeto nómada y no con los datos que circulan por él, la mayoría gratuitos: el Ipod sustituye al walkman, también con ventas de centenares de millones de unidades.

Al mismo tiempo se desarrollan también los juegos de video, que mezclan curiosidad y aventura; al principio, aparecen en forma de programas informáticos para jugar en solitario, pero al cabo de un tiempo se conectan a Internet y se convierten en juegos de múltijugadores que se extienden con crecimiento exponencial: en 2006 100 millones de personas jugaron en red y se gastaron 1.000 millones de dólares en bienes virtuales.

En total en 2006 la actividad económica en Internet superó los cuatro billones de dólares en todo el mundo, el equivalente del 10% del PIB mundial, la mitad de los que se movieron en Estados Unidos.

Internet también acelera el desarrollo de los servicios financieros. Gracias a la red, la relación entre la economía financiera y la economía real aumenta espectacularmente, pasando en Estados Unidos de dos en 1970 a 50 en 2006. Este año se hicieron transacciones financieras internacionales por un valor total equivalente a 80 veces el volumen del comercio mundial, mientras que en 1997 fueron 3,5 veces; esto quiere decir que actualmente el volumen del comercio mundial anual sólo representa 4,3 días de transacciones en el mercado de divisas, títulos y opciones financieras varias.

El mercado de los seguros también aumentó en importancia gracias a Internet; igualmente, la red aceleró el crecimiento de los sistemas financieros cubriendo los principales riesgos sobre los principales mercados. Los seguros de bienes y de personas representaron en 2006 un 10% del PIB de Estados Unidos y el 15% del PIB mundial, es decir, 2,5 billones de dólares, mientras que el mercado energético representa sólo dos billones. Los fuentes de cobertura de riesgos gestionan aproximadamente 1,5 trillones de dólares en 2006, es decir, el doble que en el año 2000. Estos fondos representan un tercio de las transacciones bursátiles, incluso empiezan a participar en empresas que cotizan en bolsa y gestionan activos de

particulares, y no sólo de los actores financieros. A veces asumen riesgos ilimitados y apuestan sobre riesgos sin tener como financiarlos!

El centro de gravedad económica y demográfica de los Estados Unidos ha pasado del noreste al suroeste: en 2006 California fue el primer Estado de la Unión en términos de PIB (representa el 13% del PIB del país y sólo el 12% de la población) y sería el sexto del mundo si fuera un Estado Independiente. Entre 1980 y 1990, el 54,3% del crecimiento demográfico del país se produjo en California, Florida y Texas. A partir de 1990 más de la mitad de la población del país se concentra en el sur y el oeste.

El PIB del Estado de Nueva York, el anterior centro mercantil, que ahora es el segundo del país, tan sólo representa el 60% del de California, aunque siga siendo el centro financiero del mundo.

Estados Unidos ha reanudado una dinámica de crecimiento, empleo, productividad y empresa; el espíritu pionero se ha renovado. La cultura californiana del entretenimiento, que comprende el cine, la música e incluso la información, encuentra en los objetos nómadas salidas radicalmente nuevas. El precio del resto de productos de equipamiento, incluido el automóvil, ha bajado; en 2006 la economía estadounidense consumió diez veces menos petróleo por unidad producida que en 1985.

El patrimonio del ciudadano estadounidense medio también ha aumentado espectacularmente: en 2006 entre todos poseían más de catorce trillones de dólares en valores inmobiliarios y bursátiles. En 2006, dos tercios de los hogares son propietarios de su vivienda (mientras que en 1939 lo eran sólo el 40%). La plusvalía de los valores inmobiliarios ha representado el 60% del total de su enriquecimiento en los veinte últimos años. La búsqueda de la justicia de la que habla el filósofo estadounidense John Rawls está reemplazando, como mínimo en teoría, la de la igualdad.

Estados Unidos se ha convertido más que nunca en la superpotencia planetaria. Organizan redes y crean bases de datos para analizar, seducir, convencer e influir. El crecimiento económico mundial también acelera: el Orden Mercantil se extiende a nuevas

democracias de mercado. En América Latina y en Europa Occidental las dictaduras han ido cayendo una tras otra: Grecia, España, Chile, Argentina, Brasil, Turquía. A partir de 1985 el mismo sistema soviético, que todo el mundo creía que era indestructible, se revela incapaz de mantener la carrera armamentística iniciada por el presidente de Estados Unidos y que recibe el apoyo de la Europa Occidental. En 1988 Gorbachov intenta instaurar la democracia manteniendo las reglas de la economía planificada y de la propiedad colectiva, pero fracasa estrepitosamente y en menos de tres años se pasa de la glasnost a la perestroika, el tiempo que tardó en comprender que no puede haber democracia sin economía de mercado. A raíz de este cambio el bloque soviético se desmorona y se acerca a la Unión Europea.

El sistema mundial se liberaliza en todas partes. En 2006 hay 130 países que han abolido la pena de muerte, 140 países que celebran elecciones más o menos libres; 82 de los cuales son más o menos democráticos, es decir, que el poder ejecutivo está controlado por el Parlamento y se respetan los principales derechos humanos.

Los resultados de la novena forma del Orden Mercantil son excepcionales: entre 1980 y 2006 el PIB mundial se multiplica por tres y el comercio de productos industriales por 25. La producción del planeta supera los 40 trilliones de euros y aumenta en un 4 % anual, ritmo que no se había alcanzado nunca en la historia. A partir de 1985 las exportaciones vuelven a representar el 13% del PIB mundial, porcentaje que no se alcanzaba desde 1913.

La relación de fuerzas cambia: en valor relativo Estados Unidos se estancan, Europa decae y Asia remonta. En 2006 el crecimiento anual asiático sobrepasó al 7%, en Estados Unidos es algo inferior y en Europa muy inferior. De 1980 a 2006 el PIB de Asia se multiplicó por cuatro, el de China y el del India por tres, el de Europa por dos. Entre 1980 y 2006, la parte que los Estados Unidos en el PIB mundial se mantiene en un 21%, la de la Unión Europea cae del 28 al 20%, la del este asiático (China, Japón, Corea, Taiwán, Singapur, Hong Kong, Malasia, Tailandia, Filipinas, Indonesia) sube del 16 al 28%.

Europa, aunque se haya unido económicamente, pierde terreno, su competitividad disminuye, su dinamismo pierde fuerza, su población envejece. Aunque en 1992 la Unión Europea lograra dotarse de una moneda única, no se convirtió en una democracia de mercado integrada y ya no progresa al ritmo que lo hace el resto del mundo: el PIB por habitante en 2006 era un 25% inferior al de los estados Unidos; la investigación no se potencia tanto, los mejores cerebros abandonan Europa para instalar en el Nuevo Mundo; una parte importante de la industria del Viejo Continente se deslocaliza, se lleva a Asia y no se reemplaza por industria nueva. Rusia, a pesar de haberse enriquecido estupendamente con sus inmensos recursos petroleros, no consigue rehacer las bases de su desarrollo: la esperanza de vida baja y las infraestructuras quedan obsoletas. Si bien el gasto en seguridad social del país debería ser del 20% del PIB ruso, en la práctica es sólo del 2%, a pesar de que el Banco Central Ruso dispone de más de 250.000 millones de dólares de reserva.

El océano Pacífico son las aguas más importantes del mundo: en 1990 los intercambios comerciales transpacíficos son ya un 50% superiores a los intercambios comerciales transatlánticos; de hecho, representan la mitad del comercio mundial. Nueve de los doce puertos más importantes del mundo están situados en el litoral asiático del Pacífico y la mayor parte del transporte aéreo de mercancías del planeta atraviesa este océano.

Asia vuelve a acercarse al centro: dos tercios de los titulados estadounidenses en ciencias e ingeniería de 2006 son de origen asiático. Aunque se queden en Estados Unidos un tiempo, muchos establecen fuertes relaciones con el Extremo Oriente. Muchas empresas estadounidenses, en particular en California, han sido fundadas y son dirigidas por extranjeros: Ebay por un iraní, Google por un ruso, Juniper por un indio.

El Japón, que, como hemos visto, durante un tiempo habría podido convertirse en centro de la Orden Mercantil, en 1995 entró en una crisis de la que salió muy tocado en 2005. Sin embargo en 2006 seguía siendo la segunda economía del mundo.

China se despegó en 1989 y en 2006 la mayor dictadura del

mundo produce más de la mitad de los productos insignia de las formas anteriores (refrigeradores, televisores, lavadoras, etc.). Actualmente el país es el primer consumidor mundial de cobre, hierro, niquel, plomo y aluminio; el segundo de petróleo, con siete millones de barriles por día, detrás de los Estados Unidos, que gastan 21 millones, y por delante de Japón, que consume 5,5 millones. De hecho, un tercio del crecimiento anual mundial de consumo de petróleo se debe al gigante asiático. En 2006 el PIB per cápita chino fue de 1.300 dólares, en Shangai de 5.300 dólares. En ese mismo año la enseñanza superior china formó 800.000 ingenieros. China ya tiene más abonados a Internet que los estados Unidos, pero los sueldos son aún veinte veces más bajos que allí.

La India, que se convirtió en democracia de mercado en 1985, también ha experimentado un fuerte crecimiento, con un sector industrial excepcional y empresas de talla mundial. En un país donde las desigualdades sociales son aún más marcadas que en China, ya hay 80.000 millonarios en dólares y un centenar de empresas indias valoradas en más de un millar de millones de dólares. El sector agrícola indio aún ocupa en 2006 dos tercios de la población y sólo produce la quinta parte del PIB. El número de campesinos sin tierra ha pasado de ser el 35% de la población rural en 1998, al 55% en 2006. Las desigualdades entre clases, sexos, etnias y religiones son enormes: por ejemplo, los habitantes de los estados de Bihar , Orissa y Assam actualmente tienen diez veces menos posibilidades que un habitante de Nueva Delhi de llegar a tener un título de enseñanza superior o de poseer un teléfono móvil. Y en las chabolas de Bombay viven más personas que en toda Noruega.

Otros países asiáticos también progresan muy rápido: Corea del Sur, apenas salida de una dictadura en 1990, despierta en todos los terrenos, desde el automóvil hasta el teléfono. Está particularmente avanzada en comparación al resto del mundo en materia de conexiones a Internet de alta velocidad por fibra óptica; también es pionera en multimedia con Cyworld, que reúne un tercio de la población del país, y con OhMyNews, sitio web de periodismo participativo que se ha convertido en uno de los medios de comunicación

más poderosos y escuchados del país. Tras las grandes empresas, las llamadas jaebeol o jaebeol, surgen otras empresas punteras, como NHN, que saca uno de los únicos competidores serios de Google, y NC Soft, que explota Lineage, uno de los principales juegos de rol de multijugadores en red. Los productos culturales coreanos han invadido el resto de Asia y suscitan el entusiasmo de todo tipo de grupos, desde madres de familia de Tokio hasta la juventud chino, vietnamita y filipina. Las películas, series y cantantes coreanos forman una «ola coreana» (el hallyu) que da a la juventud asiática la imagen de una sociedad que ha conseguido conciliar la modernidad occidental con los valores tradicionales asiáticos, un modelo que están más dispuestos a recibir de Corea que de una Japón que aún no ha asumido su pasado imperialista.

En América Latina en 2006 todos los países eran, a excepción de Cuba, democracias de mercado. En África, donde los dictadores han ido cayendo uno tras otro, algunos países incluso consiguen salir de la recesión; de 1986 a 2006 el número de personas que sabían leer y escribir pasó del 40 al 67% en Ruanda, del 33 al 64% en Nigeria, del 27 al 47% en Costa de Marfil y del 40 al 63% en Argelia.

Parece que se han sentado las bases para que esta novena forma reduzca enormemente la pobreza en el mundo y dure aún mucho tiempo.

El principio del fin

En cambio, el fin de la novena forma ya se ve venir; se anuncia mucho tiempo antes, tal como sucedió con el fin de sus predecesoras.

Para empezar, el Orden Mercantil instaurado tiene numerosas contradicciones internas. Los déficits externos se disparan y su financiación cada vez depende más del extranjero. Mientras que en 1985 sólo el 8% del déficit exterior estadounidense (que era del 2,8% del PIB) era financiado por los gobiernos extranjeros, en 2006 el déficit es del 5,2% del PIB y más del 30% lo financian en el extranjero. Además, dos tercios de las reservas mundiales, denominadas en dó-

lares, de las cuales dos trillones se encuentran en Asia, han perdido un tercio de su valor en euros desde 2002.

El sistema financiero estadounidense, agrandado, excesivo, ilimitado y sin control, exige rentabilidades que la industria no puede alcanzar, hasta el punto de que las empresas industriales prestan el dinero que ganan en el sector financiero en lugar de invertirlos en las actividades propias. En consecuencia, los automóviles, los bienes de equipo domésticos, los televisores y los teléfonos estadounidenses ya no son los de mejor calidad del mundo. Y las empresas estadounidenses se hunden por el peso de las deudas bajo la mirada atenta de los jubilados.

Por otro lado, una parte de la industria estadounidense ha quedado amenazada por la llegada de Internet: todo lo que se puede desmaterializar se intercambia gratuitamente. Las discográficas ya venden menos CD que hace diez años, y el intento de reemplazar su venta por fichas digitales fracasa: de los 20.000 millones de archivos digitales de música de descargados en el mundo en 2006, menos de 1.000 millones habían sido comprados.

Además, los asalariados también están cada vez más endeudados, en especial con dos empresas públicas (Fannie Mae, segunda empresa del país, y Freddie Mac, quinta), que poseen o garantizan cuatro trillones de dólares en préstamos hipotecarios, deuda que se ha multiplicado por cuatro en diez años. El índice de ahorro de los asalariados estadounidenses tan sólo es del 0,2%, el más bajo del mundo, cuando había sido del 10% hasta el 1980, en 2006 los hogares estadounidenses debían a los emisores de tarjetas de crédito varios años de sus ingresos. La competencia entre los prestamistas es despiadada: mientras que hace veinte años los banqueros refunfuñaban cuando un hogar consagraba el 30% de los ingresos a pagar deudas, en 2006 consideraban que un nivel del 50% es perfectamente tolerable.

Por otra parte, la desigualdad entre los estadounidenses más ricos y el resto va en aumento: los ingresos del 0,01% de ciudadanos más ricos (sobre todo actores de los mercados financieros), que en 1975 eran 50 veces el salario medio del trabajador, 30 años más

tarde son de 250 veces este salario; la mitad de la riqueza creada entre 1990 y 2006 beneficio un 1% de los hogares. Los sueldos de los trabajadores en Estados Unidos han ido bajando desde 1973 con motivo de la competencia de la inmigración y las deslocalizaciones. En 2006 los asalariados estadounidenses trabajaron una media de 46 semanas; esto quiere decir que trabajaron seis semanas más que los europeos y que tuvieron la mitad de vacaciones.

En 2006, en California mismo, donde en principio la hora de trabajo se paga a un mínimo de ocho dólares, uno de cada cinco niños vive por debajo del umbral de pobreza. Tres millones y medio de sedentarios estadounidenses pasan al menos tres meses al año en la calle; casi un niño negro de cada diez y un niño de origen hispánico de cada veinte pasan un mínimo de dos meses del año en un centro de acogida; lo mismo ocurre con una persona mayor de cada diez. En Nueva York más de 38.000 personas pasan la noche en uno de los refugios municipales, de los cuales 16.800 son niños y otro tanto viejos. En 2006, 41 millones de estadounidenses se quedaron sin ayudas y 31 millones no tenían ningún tipo de seguro.

También a escala mundial los contrastes son cada vez más grandes: en 1950 la mitad de la población del mundo, es decir, 1.200 millones de personas ganaba menos de un dólar al día y vivía por debajo del umbral de pobreza extrema; en 2006 la mitad de la humanidad sobrevive con menos de dos dólares al día, nuevo umbral de pobreza, de los que 1.300 millones no supera el dólar diario. El salario mínimo por hora de un californiano es cuatro veces superior al salario diario de un tercio de la humanidad. La mitad de los habitantes del planeta no tienen acceso a agua potable, a educación, a sanidad, a créditos y vivienda. El 78% de los habitantes de las ciudades del sur viven en tugurios, En Etiopía el porcentaje es del 99,4. Las ciudades crecen de manera desordenada: Dhaka, Kinshasa y Lagos multiplicaron su población por 40 entre 1950 y 2006. Se calcula que en el mundo hay 200.000 barrios de chabolas. Los 49 países más pobres del planeta, donde vive el 11% de la población mundial, se reparten el 0,5% del PIB mundial.

La agricultura mundial se estanca, mientras que la población aumenta cada vez más rápido y sigue pasando hambre. La cantidad de calorías disponible por habitante del planeta sólo aumentó un 3% entre 1994 y 2006, año en el que en el mundo había más personas desnutridas que nunca: 850 millones; además había 1.000 millones de analfabetos, de los cuales dos tercios eran mujeres, y más de 150 millones de niños de 6 a 11 años no iban a la escuela.

El crecimiento agrava la miseria de muchos. Una parte importante de los bienes que las tiendas de Europa y de América del Norte importan a precios muy bajos (ropa, juguetes, artículos de deporte, etc.) la fabrican trabajadores ultraexplotados en los países más pobres de Asia y América Latina. En 2006, 250 millones de niños -una cuarta parte de los cuales eran menores de diez años- trabajaron ilegalmente, 180 millones de los cuales en condiciones de explotación intolerables; diez millones fueron víctimas de la esclavitud y la prostitución. Ese mismo año murieron 22.000 niños en accidentes de trabajo. En Bangladesh, por ejemplo, el sueldo mínimo mensual que pagan las empresas de exportación es de diez dólares al mes y no ha subido desde 1994 a pesar de las protestas de los trabajadores. Los niños trabajan siete días a la semana. Es un país donde los salarios sólo representan el 10% de los costes de producción. Y nadie controla nada.

En África la situación es aún peor: la renta per cápita bajó un 25% entre 1987 y 2006. De 1970 a 2006 su participación en los mercados mundiales se redujo a la mitad; la deuda del continente se ha multiplicado por veinte y ya iguala el valor de su producción total. En 2006, el sida, enfermedad aparecida a principios de los años de 1980, afectaba a 30 millones de personas, la mayoría adultos de menos de 40 años (maestros, directivos, policías, soldados, etc.), y destruye el tejido humano de estos países; únicamente 27.000 de los enfermos reciben tratamiento, ya que el coste de los antirretrovirales es 12.000 veces superior a lo que gasta al año un africano en medicamentos.

En las zonas en que las mujeres están más discriminadas -de África del Norte o en el norte de la India, sea cual sea la religión

que practiquen-, la miseria es aún más marcada. Ante las enormes diferencias, los movimientos de población se aceleran. En África especialmente, donde en 2006 más de una quinta parte de la población vivía fuera de su lugar de nacimiento. En esta misma situación se encuentran una quinta parte de los habitantes de Australia, una doceava parte de los de Estados Unidos y una vigésima parte de los de la Unión Europea.

Además, la violencia no se ha detenido nunca; si bien no hay ningún conflicto declarado entre estados, la desaparición del enfrentamiento entre este y oeste ha puesto de manifiesto la distancia que separa el norte y el sur. Hay conflictos civiles por todas partes, de los Balcanes a América Latina, de África a Oriente Próximo.

En julio de 1991, apenas derribado el muro de Berlín, Irak, uno de los nuevos aliados laicos de los Estados Unidos, creyó que podría aprovechar el apoyo de Washington para apoderarse del petróleo de Kuwait. Pero hay que renunciar después de la guerra del Golfo, que los estadounidenses aprovechan para instalarse en los Lugares Santos de Arabia Saudí. Poco después los «piratas» suníes y más tarde chiíes utilizados en los años 1970 por los Estados Unidos en Afganistán y en otros lugares para hacer frente a la influencia soviética, se devuelven contra Washington. Se multiplican los atentados para expulsar a los «infieles», primero de Tierra Santa, después de tierra árabe. Los primeros años del tercer milenio de la era cristiana una parte del Islam, en Arabia, en África y en Nueva York, y más tarde en Afganistán, en Irak, en Líbano, etc., ya profundamente hostil al mundo soviético, deviene enemiga del capitalismo, los Estados Unidos y de sus aliados. El 11 de septiembre de 2001 unos piratas aéreos locos de teología desvían medios nómadas (aviones de línea) para derribar monumentos sedentarios (rascacielos neoyorquinos).

A resultas del atentado, Estados Unidos vuelve a aumentar el gasto militar para proteger el país y para atacar a los que ha señalado como responsables. Inician así una guerra interminable, primero en Afganistán y luego en Irak, y se meten en un lío: sólo el coste de la guerra en Irak en 2006 fue de 300.000 millones de dólares, el 2,5

% del PIB estadounidense. De nuevo -por novena vez-, el elevado coste de defender un centro amenaza su supervivencia.

Hasta el día de hoy la Orden Mercantil ha conocido un fin de nueve formas sucesivas alrededor de nueve ciudades centro: Brujas, Venecia, Amberes, Génova, Amsterdam, Londres, Boston, Nueva York y, por último, Los Ángeles.

El futuro, que parece sonreír eternamente en los estados Unidos, debería inspirarse en las lecciones del pasado. Podría, efectivamente, parecerse en las lecciones del pasado. Podría, efectivamente, parecérsele, por bueno o por malo, y entonces la novena forma entraría en decadencia y desaparecería una decena en medio de estruendos geopolíticos, económicos, tecnológicos y culturales con un nuevo centro y nuevos vencidos.

La historia que hemos explicado ayudará a trazar los contornos de este futuro, para identificar los peligros para intentar controlarlos.

3

EL FINAL DEL IMPERIO ESTADOUNIDENSE

El futuro, a priori imprevisible: son tantos los factores que pueden influir en su curso, tantas las coincidencias que pueden transformar un incidente local en un episodio planetario afortunado o funesto, tantos los agentes que tendrán algo que decir en el campo de la geopolítica, la cultura, la ideología, la economía, que parece imposible responder a ninguna de las preguntas que cabe plantear sobre el futuro, ni siquiera sobre el más próximo ... ¿Podrá retirarse fácilmente Estados Unidos de Irak? ¿Será algún día posible la paz en Oriente Próximo? ¿Volverá a subir la natalidad mundial tan misteriosamente como ha descendido? ¿Cuándo se acabará el petróleo, dentro de veinte o de cincuenta años? ¿Se encontrarán energías alternativas? ¿Serán la miseria y las desigualdades presentes en los países más ricos fuente de nuevas violencias? ¿Conocerán algún día los países árabes un movimiento democrático como el de Europa del Este? ¿Caerán Pakistán o Egipto en el Islamismo? ¿Acabarán los estrechos de Ormuz y de Malaca, por los que circula la mayor parte del petróleo del mundo, obstruidos por barcos hundidos por los piratas? ¿Hará uso Corea del Norte de las armas nucleares? ¿Empleará Occidente la fuerza para impedir que Irán las obtenga? ¿Conseguirá doblegar a un gobierno algún atentado terrorista en Occidente? ¿Llevará ese atentado a la instauración de regímenes policiales autoritarios? ¿Posibilitarán las tecnologías nuevas formas de dictadura? ¿Se volverán tolerantes las religiones? ¿Se descubrirán nuevas maneras de combatir el cáncer, el sida y la obesidad? ¿Será algún día la gripe aviar, o cualquier otra epizootia, transmisible al ser humano? ¿Surgirán nuevas religiones o nuevas ideologías? ¿Se sublevarán algún día los obreros hiperexplotados de las fábricas chinas o bangladesíes? ¿Acabará la divisa china multiplicando por diez su valor

de cambio con respecto al dólar? ¿Explotará la burbuja inmobiliaria estadounidense? ¿Puede reactivarse el proceso de integración europea? ¿Qué acabarán siendo los OGM o las nanotecnologías, una amenaza o una oportunidad? ¿Se deteriorará el clima hasta el punto de imposibilitar la vida en la Tierra? ¿Enfrentará una guerra de religión a la cristiandad y al Islam? ¿Aparecerán nuevas formas de relaciones sexuales y amorosas que cambiarán de arriba abajo la moral?

Cada respuesta a cada una de estas preguntas y a muchas otras orientará los próximos decenios en un sentido muy particular, hacia lo peor o hacia lo mejor. Por otro lado, es lo propio de los tiempos que vienen: una inestabilidad tan evidente y una interdependencia tan desarrollada que toda rebelión, toda idea nueva, todo progreso técnico, todo acto terrorista, todo golpe de Estado, todo movimiento de masas, todo descubrimiento científico podría reorientar la dirección del mundo. En particular, de manera más prosaica, cada uno de esos acontecimientos podría influir sobre la libertad de circulación de las ideas, de las mercancías, de los capitales y de las personas. Y, por lo tanto, sobre el crecimiento, el empleo y la libertad. Ahora bien, estas cuestiones son tan imprevisibles que el número de los posibles futuros es casi infinito.

Sin embargo, la mayor parte de esos acontecimientos no tendrán más que una repercusión temporal sobre la evolución del mundo. Pues, más allá de los problemas que hoy en día parecen trascendentales, y que un día se resolverán (más adelante veremos en detalle a través de qué peripecias), continuarán activas, casi inmutables, grandes tendencias.

Hasta la fecha, como hemos visto, la Historia en su conjunto ha obedecido a algunas reglas simples; desde que aparecieron la democracia y el mercado, la evolución ha ido en una dirección única: siglo tras siglo, ha ido generalizando la libertad política y ha canalizado los deseos hacia su expresión mercantil. Siglo tras siglo, los campesinos se han trasladado a las ciudades. Siglo tras siglo, el conjunto de las democracias de mercado se ha reunido en un mercado cada vez más vasto e integrado, en torno a un «corazón» provisional. Para hacerse con el poder sobre el mundo mercantil, para convertirse

en el «corazón», una ciudad, o una región, debe ser el mayor nudo de comunicación del momento y contar con un territorio interior, tanto agrícola como industrial, muy poderoso. El «corazón» también tiene que ser capaz de crear instituciones bancarias lo bastante audaces como para atreverse a financiar los proyectos de una clase creativa que haga realidad nuevas tecnologías que permitan transformar el servicio más ingente del momento en objeto industrial. Por último, el «corazón» debe ser capaz de controlar política, social, cultural y militarmente a las minorías hostiles, las líneas de comunicación y las fuentes de materias primas.

Hoy en día, todo hace pensar que Los Ángeles, noveno «corazón» del Orden mercantil, seguirá siendo durante largo tiempo capaz de desempeñar este papel.

Sin embargo, la forma actual del capitalismo está sometida a las mismas amenazas que vencieron a las formas anteriores: su seguridad está en peligro, su clase creativa ya no es leal, los progresos técnicos industrialmente explotables son allí cada vez más lentos, la industria es cada vez menos rentable, y la especulación financiera, cada vez más desenfrenada. Las desigualdades se acentúan día a día, los ánimos se van encrespando, y el endeudamiento es ya considerable. Pero, por encima de todo, el «corazón» duda de su propia voluntad de seguir siéndolo.

Un día en treinta años a lo sumo esta novena forma, como las ocho anteriores, se encontrará con límites. Una vez más, el mercado irá en contra del «corazón»; una nueva tecnología sustituirá otros servicios por otros objetos industriales: después del automóvil, los electrodomésticos y los objetos nómadas, llegarán otros objetos de importancia que otro «corazón», más dinámico desde el punto de vista ideológico, militar y cultural, habrá lanzado en torno a otro proyecto.

Antes de que esto ocurra, se producirán un sinnúmero de acontecimientos, la mayoría de ellos en línea con el hilo conductor de la Historia.

El hermoso futuro de la Novena Forma

La clase californiana no había sido nunca tan inventiva, rica y prometedora como ahora. El nivel de vida californiano no había sido nunca tan elevado. Los beneficios de las grandes empresas estadounidenses nunca habían alcanzado tales cimas. La innovación industrial y financiera estadounidense nunca había triunfado tanto. Estados Unidos nunca había dominado tanto el mundo, tanto desde el punto de vista militar, político, económico, cultural, como, en cierto modo, desde el punto de vista demográfico: hoy en día sigue siendo el tercer país más poblado del mundo, y seguirá siéndolo en 2040, con aproximadamente 420 millones de habitantes.

Además, de momento, no tiene ningún rival creíble, ni en Europa, ni en Asia, ni en otro lugar; y parece que otro modelo de desarrollo no es ni siquiera imaginable. En consecuencia, al menos hasta 2025, las gentes más ricas del mundo y los principales bancos seguirán considerando Estados Unidos, y el dólar, como el mejor refugio económico, político y financiero. El sistema fiscal norteamericano, por ejemplo, en cuanto suprima la mayor parte de los derechos de sucesión, atraerá las fortunas exóticas aún más de lo que lo ha hecho hasta ahora, y las universidades estadounidenses podrán renovar constantemente la clase creativa del país reclutando a algunos de los mejores estudiantes del mundo, que luego se quedarán en Estados Unidos para crear.

Los Ángeles seguirá siendo el centro cultural, tecnológico e industrial del país; Washington, la capital política, y Nueva York, la metrópolis financiera. Estados Unidos seguirá conservando durante mucho tiempo el control de las tecnologías de la defensa, del transporte de datos, de la microelectrónica, de la energía, de las telecomunicaciones, de la aeronáutica, de los motores, de los materiales y de los sistemas de conducción, manteniendo además su índice de participación sobre la producción mundial: sus déficit continuarán funcionando como máquinas para desarrollar el consumo en Estados Unidos y la producción en el exterior. En resumidas cuentas, al menos durante los próximos dos decenios, aun cuando el creci-

miento estadounidense podría verse temporalmente interrumpido por crisis financieras, recesiones o conflictos, la mayor parte de los acontecimientos culturales, políticos, militares, estéticos, morales y sociales del planeta seguirá acentuando la supremacía de Estados Unidos.

Mientras sea posible retrasar los otros futuros, que abordaremos más adelante, el crecimiento mundial continuará al ritmo medio actual del 4 % anual. En 2025, si se prolongan las tendencias actuales (lo cual no nos da más que una idea muy vaga del futuro, incluso a veinte años vista), el PIB mundial se habrá incrementado un 80 %, y la renta media per cápita del planeta, un 50 %. Una parte significativa de los más pobres habrán entrado en la economía de mercado como trabajadores y como consumidores. Se comercializarán productos adaptados a su poder adquisitivo (alimentos, prendas de vestir, viviendas, medicamentos, motos, ordenadores, teléfonos, productos financieros). Los emigrantes financiarán sus países de origen transfiriendo allí sus ahorros. El microcrédito (que ya permite la financiación de una herramienta de trabajo a más de 100 millones de los empresarios más pobres) se extenderá, en 2025, al menos a 500 millones de cabezas de familia; con el microseguro, podrá asegurarse a las familias más desposeídas una cobertura social mínima. Aun cuando en 2025 cerca de la mitad de la población mundial seguirá sobreviviendo con tan sólo 2 dólares al día, la parte de la población mundial que participe en la economía de mercado y que sepa leer y escribir habrá aumentado notablemente.

Al mismo tiempo, este crecimiento económico extenderá el campo de la democracia: ningún régimen autoritario ha sido capaz de resistir de forma duradera a la abundancia. Ninguno de los más recientes (desde el general Franco hasta el general Suharto, pasando por el general Pinochet y el general Marcos) ha conseguido utilizar un fuerte crecimiento para mantener el control sobre las clases medias. La mayoría de los países que aún no son democracias de mercado (China, Corea del Norte, Birmania, Vietnam, Pakistán, e incluso Irán) podrían llegar a serlo. En ellos, los gobiernos, instituciones, administraciones, aparatos policiales y judiciales obedece-

rán a Parlamentos elegidos, y ya no a partidos únicos o a autoridades teológicas.

Durante los dos próximos decenios, la Unión Europea probablemente no será más que un simple espacio económico común, ampliado a la antigua Yugoslavia, a Bulgaria, a Rumanía, a Moldavia y a Ucrania. Aunque todo indica que su moneda cada vez será más utilizada en el mundo entero, es probable que la Unión no consiga dotarse de instituciones políticas, sociales y militares integradas: para ello sería necesario que su seguridad se viera seriamente amenazada, lo cual no ocurrirá hasta más tarde, con el desencadenamiento de la segunda ola de futuro de la que hablaremos más adelante. Al carecer de un sistema de enseñanza superior modernizado, así como de la capacidad necesaria para suscitar la innovación y acoger a los extranjeros, la Unión tendrá serias dificultades para reunir una nueva clase creativa, y recuperar a los investigadores y empresarios que cruzaron el Atlántico. Asimismo, al ser el dinamismo demográfico insuficiente, el relevo generacional en la Unión ya no estará garantizado, particularmente en España, Portugal, Italia, Grecia y Alemania. Si las tendencias actuales se mantienen, en 2025 la Unión no representará más que el 15 % del PIB mundial, frente al 20 % actual; el PIB por habitante europeo, que en la actualidad es más del 60 % del de un estadounidense, no será entonces más que la mitad. Esto se traducirá también en un deterioro de la calidad de los servicios públicos, desde los transportes hasta la educación, desde la sanidad hasta la seguridad. En un enfrentamiento entre Flandes y Valonia, Bruselas podría convertirse, después de muchas peripecias, en un distrito federal europeo, sin vinculación nacional. Huelga decir, naturalmente, que un coletazo político voluntarista podría cambiar este dato.

Surgirán otras once potencias económicas y políticas: Japón, China, la India, Rusia, Indonesia, Corea, Australia, Canadá, Sudáfrica, Brasil y México. Más adelante las denominaré los Once. Dentro de veinte o veinticinco años, todas ellas serán democracias de mercado o estarán en vías de serlo. Por debajo de ellas, otros veinte países con un fuerte crecimiento seguirán sufriendo carencias insti-

tucionales, entre ellos Argentina, Irán, Vietnam, Malaisia, Filipinas, Venezuela, Kazajstán, Turquía, Pakistán, Arabia, Argelia, Marruecos, Nigeria y Egipto. Otros más, de talla más modesta, como Irlanda, Noruega, Dubai, Singapur e Israel, desempeñarán un papel particular.

Asia dominará. Dos tercios de los intercambios comerciales del mundo se efectuarán a través del Pacífico. En poco más de veinte años, la producción de Asia superará la mitad de la del mundo. Y a hoy, trece de los veinte mayores puertos de contenedores están situados en Asia (entre ellos Shangai, Hong Kong, Singapur y Nagoya en Japón, Busán en Corea, Kaohsiung en Taiwan, y Dampier en Australia). Busán y Shangai tratan ya noventa portacontenedores por hora; en ellos se desarrollarán aún infraestructuras portuarias y aeroportuarias de grandes dimensiones.

China se convertirá en la segunda potencia económica mundial, con 1.350 millones de habitantes en 2025. Al ritmo actual, su PIB superará al de Japón en 2015 y al de Estados Unidos en 2040. Su participación sobre el PIB mundial pasará del 4,5 % actual al 7 % en 2015, y se acercará al 15 % en 2025. En 2015, el nivel de vida medio de los chinos probablemente será igual a la media mundial, es decir, a una quinta parte del de los estadounidenses. En 2025, aun cuando el ritmo de crecimiento anual de la economía china decrezca a la mitad, China tendrá una renta anual per cápita de 6.000 dólares. Centenares de millones de chinos habrán entrado entonces en la clase media y varias decenas de millones en la burguesía. China seguirá contando entonces con un excedente en la balanza de capitales; seguirá financiando los déficit de Estados Unidos, como si ambos países hubiesen pactado una alianza duradera para mantener el crecimiento mundial en su propio beneficio, a la espera de sentirse lo bastante fuertes para batirse entre sí. China se convertirá en el primer inversor de la región, desde Filipinas hasta Camboya, en detrimento de Japón y de Estados Unidos. Si China es capaz de controlar las migraciones rurales, sus regiones costeras se convertirán en el lugar de acogida de una clase creativa procedente del mundo entero y, en particular, de los chinos de la diáspora.

El Partido Comunista Chino cada vez será menos capaz de organizar la vida urbana y tendrá que dejar el gobierno de cada ciudad en manos de personas elegidas. Si no se reforma, no conseguirá solucionar las inmensas dificultades por las que pasa el país en la actualidad: el 90 % de los chinos carecen hoy en día de jubilación y de seguro de enfermedad; la mitad de la población urbana y las cuatro quintas partes de la población rural no tienen acceso a cuidados médicos; la mitad de las quinientas ciudades más grandes del país no disponen de agua potable ni de sistema de eliminación de los desechos. El país tendría que crear una infraestructura urbana, consolidar la estabilidad monetaria, luchar contra la corrupción, sanear de forma duradera las finanzas públicas, encontrar trabajo para los cientos de millones de campesinos que afluyen a las ciudades, reducir las diferencias de ingresos, mejorar el sistema educativo, formar a muchos más ejecutivos, reformar un sistema público obsoleto y crear un sistema jurídico capaz de proteger la propiedad privada e intelectual. Muchas tareas prácticamente imposibles de llevar a cabo en un régimen de partido único. Hacia 2025, el Partido Comunista, que entonces llevará ya en el poder setenta y seis años (ningún partido del mundo ha permanecido en el poder durante más de setenta años), desaparecerá de una manera u otra. Durante algún tiempo reinará un gran desorden, como ha ocurrido tantas veces en la historia de este país. Incluso podría surgir una nueva democracia, semejante a la de 1912, dominada por «señores de la guerra». Si el país no consigue en ese momento mantener su unidad, posibilidad que no cabe excluir, participará en el movimiento general de deconstrucción de las naciones, del que hablaremos en el capítulo siguiente. Para perdurar, el Partido podría también aventurarse hacia el exterior e invadir Taiwan o Siberia, como veremos también más adelante.

En una hipótesis de evolución lineal, en 2025 la India debería ser el país más poblado del mundo, con 1.400 millones de habitantes, y la tercera potencia económica por detrás de China y Estados Unidos. Su crecimiento a partir de 2010 superará al de China, pero, debido a su mayor crecimiento demográfico, su PIB por habitante

seguirá siendo inferior al del país vecino. Muchas de sus empresas, como Tata, Infosys o Mittal, se encontrarán entre las mayores del mundo. Para que esta hipótesis se verifique, será necesario que la democracia india supere retos muy importantes, semejantes a los de China: financiar infraestructuras urbanas, encontrar fuentes de energía alternativas, construir carreteras y aeropuertos, sanear de forma duradera las finanzas públicas, reducir las desigualdades entre regiones y clases sociales. Si el gobierno central no lo consigue, la situación podría acarrear, al igual que en China, una desarticulación del país: la India sólo lleva unida desde la colonización británica.

Japón seguirá envejeciendo y declinando en valor relativo, aunque su fuerza económica le permitirá mantener su puesto entre las principales potencias mundiales. A menos que acoja a más de 10 millones de extranjeros, o que consiga relanzar su natalidad, su población disminuirá ya está decreciendo. Aun cuando está excepcionalmente bien situado para dominar las tecnologías del futuro, desde los robots a las nanotecnologías, Japón no conseguirá hacer de la libertad individual su valor dominante. Alimentará cada vez más un complejo de asedio: por las armas de Corea del Norte, por los productos de Corea del Sur y por las inversiones de China. Sin duda reaccionará militarmente, pertrechándose con todo tipo de armas, incluidas las nucleares, en una estrategia cada vez más defensiva y proteccionista, lo cual podría costarle económicamente muy caro. En 2025, tal vez no sea ya ni siquiera la quinta potencia económica mundial.

Entre el resto de los Once, Corea del Sur se convertirá en la primera potencia de Asia. Su PIB por habitante podría doblarse de aquí al año 2025; será el nuevo modelo económico y cultural, e impresionará al mundo con sus tecnologías y su dinamismo cultural. En China, Malaisia, Indonesia, Filipinas e incluso en Japón, empezará a abandonarse el modelo estadounidense y, en su lugar, el modelo coreano se considerará cada vez más el modelo de logro que se ha de imitar. La perennidad del éxito coreano dependerá de su capacidad para abrirse camino entre dos situaciones hipotéticas igualmente catastróficas: la de una reunificación impuesta por el

repentino hundimiento del régimen norcoreano, cuyo coste económico resultaría insoportable; y la de una escalada militar, quizá nuclear, provocada por la huida hacia delante del régimen norcoreano, que reduciría a la nada más de medio siglo de milagro económico en el sur.

En 2025, Vietnam superará los 115 millones de habitantes: si es capaz de reformar su sistema político, bancario y escolar, crear infraestructuras viarias y luchar contra la corrupción, se convertirá en la tercera economía de Asia. Será sin duda uno de sus agentes más importantes, y empezará por tanto a atraer a los inversores extranjeros.

Indonesia tendrá que hacer frente a problemas casi insolubles: corrupción, debilidad del sistema educativo, tensiones étnicas considerables entre cien nacionalidades. Si consigue superarlos, lo cual es poco probable, podrá convertirse en una gran potencia económica mundial, en todo caso la primera del Islam, con 270 millones de habitantes en 2025. Dispone para ello de todas las riquezas naturales (petróleo, gas, oro, plata, níquel, cobre, bauxita). Lo más probable es que, como en el caso de la India y de China, el crecimiento no baste para calmar las reivindicaciones separatistas en el archipiélago: Indonesia, como China, la India y tantos otros países, podría fragmentarse un poco más adelante en decenas de entidades más pequeñas. Volveremos a hablar sobre ello.

Rusia podría encontrar un equilibrio demográfico más adecuado y utilizar una parte de la renta petrolífera para organizar su desarrollo. Convertida en 2006 en el primer productor de oro negro, por delante de Arabia Saudita (con 100.000 millones de barriles de reservas), y en el primer productor de titanio, su PIB debería superar en 2025 al de Alemania, Inglaterra y Francia para hacer de ella la sexta potencia económica mundial. Gracias a las reservas de divisas que ha ido acumulando con el petróleo, dispondrá de los medios necesarios para comprar la industria de Europa occidental, un recurso menos caro que modernizar sus propias fábricas. El petróleo seguirá proporcionándole la mitad de sus ingresos fiscales. Como el resto de los Once, tendrá que crear una infraestructura urbana, un

marco jurídico que proteja las propiedades privada e intelectual, y un sistema bancario moderno y, sobre todo, tendrá que mejorar su sistema sanitario: la esperanza de vida (que en 2006 bajó a 59 años para los hombres y 72 años para las mujeres) volverá a incrementarse y su población, que actualmente asciende a 142 millones de habitantes, se estabilizará en torno a los 120 en 2025. Rusia tendrá también que afrontar nuevas amenazas: musulmanas, procedentes del sur, y chinas, procedentes del este.

En América Latina, hacia 2025 dominarán dos potencias: con 130 millones de habitantes, México podría tener un PIB superior al de Francia. A este país, sin embargo, le resultará difícil evitar un crecimiento desordenado de las ciudades y superar un nivel demasiado elevado de contaminación y una desigualdad extrema entre clases sociales y grupos étnicos. Revueltas políticas anti-estadounidenses vendrán a ralentizar su crecimiento y podrían incluso poner en entredicho su alianza con Estados Unidos. Brasil, con una población de 210 millones de habitantes, podría llegar a ser entonces la cuarta potencia económica del mundo, por detrás de Estados Unidos, China y la India, y por delante de Japón, y de hecho se convertirá en uno de los gigantes de la agricultura y de la industria agroalimentaria. Si las tendencias actuales se mantienen lo cual, recordémoslo, no nos da más que una idea muy vaga del futuro, incluso del próximo, en 2025 su PIB superará primero al de Italia, y luego al de Francia, Gran Bretaña y Alemania. Para que así sea, también Brasil deberá superar retos que hoy en día parecen casi inalcanzables: crear una infraestructura urbana, construir un Estado sólido y eficaz, luchar contra la corrupción, mejorar el sistema educativo, reformar un sector público obsoleto y desarrollar la industria de exportación.

A diferencia de los demás continentes; es muy probable que África, aun estando en condiciones de experimentar un crecimiento económico muy fuerte, ampliamente compensado por un crecimiento demográfico aún más pronunciado, no consiga hacer surgir una vasta clase media. En 2025 el continente contará con más de 1.500 millones de habitantes, y Nigeria, el Congo y Etiopía estarán en ese momento entre las diez naciones más pobladas del mundo. A

pesar de que el suelo africano contiene el 80 % del platino, el 40 % de los diamantes, y más de una quinta parte del oro y del cobalto del mundo, a pesar de que los bosques africanos rebosan de recursos y riquezas turísticas sin explotar, a pesar de que China, la India y otras potencias, que acuden allí a buscar sus materias primas, contribuirán al acondicionamiento de infraestructuras a bajo coste, el continente africano seguirá sin ser un agente económico de importancia mundial. Las razones son múltiples: el clima dificulta la organización del trabajo; las alteraciones climáticas, de las cuales volveremos a hablar, provocarán en las regiones semiáridas un descenso de las cosechas de casi el 20 % y, en las zonas húmedas, la destrucción de superficies cultivables. La población activa, mermada a lo largo de los siglos por el tráfico de esclavos y, en la actualidad, por el sida y otras pandemias, seguirá estando insuficientemente formada. Una vez más, las élites emigrarán. La mayor parte del continente seguirá asolado por los desórdenes políticos, la corrupción y las violencias. Gran número de países artificiales, como Nigeria o el Congo, estarán al borde de la explosión. En 2025, el continente seguirá contando con un PIB por habitante inferior a la cuarta parte de la media mundial, la mitad de los africanos seguirán intentando sobrevivir con una renta inferior al umbral de la pobreza y el número de niños desnutridos podría alcanzar los 41 millones. Sólo conseguirán salir adelante algunos países, como Sudáfrica (con un PIB per cápita que sobrepasará al de Rusia), Egipto, Eotswana y tal vez Ghana. Los demás países del continente vivirán bajo la amenaza de la fragmentación y, divididos, se arriesgarán a convertirse en no Estados.

La proporción del mundo árabe en el PIB mundial aumentará también, pero débilmente, más por el juego de la demografía que por el crecimiento de la productividad. Debido a la falta de estabilidad política, de marco legislativo, de separación entre lo religioso y lo laico, de acatamiento de los derechos del hombre y de la mujer, el PIB por habitante no crecerá allí a la misma velocidad que el del resto del mundo, excepto en el Magreb, donde la probable reconciliación de Argelia y Marruecos creará las condiciones necesarias para poner en marcha un mercado común de los países ribereños del

sudoeste del Mediterráneo, y una cooperación muy prometedora con los países del sur de Europa. Muy cerca, Turquía e Irán estarán en vías de convertirse en grandes potencias.

En resumidas cuentas, este persistente crecimiento mundial el más largo y más elevado de la historia de la humanidad irá acompañado por una formidable aceleración del establecimiento de la globalización y la mercantilización del tiempo.

La mercantilización del tiempo

El tiempo de los seres humanos será cada vez más utilizado en actividades mercantiles que sustituirán servicios gratuitos, voluntarios o forzosos. La agricultura se industrializará cada vez más y enviará a centenares de millones de trabajadores a las ciudades. La industria mundial será cada vez más global, las fronteras estarán cada vez más abiertas a los capitales y a las mercancías, y las fábricas emigrarán cada vez con mayor facilidad allí donde el coste de la mano de obra sea más bajo, es decir, al este de Asia, luego a la India. Los servicios más sofisticados, los centros de investigación y las sedes sociales de las mayores empresas se desplazarán a los países del sur donde el inglés es, y seguirá siendo, una de las lenguas nacionales. En cada mercado local, las empresas no asegurarán más que los estudios de mercado necesarios para comercializar sus productos y los servicios posventa.

Las innovaciones aparecerán con mayor rapidez: el ciclo que va desde la creación hasta la producción y comercialización de los productos alimenticios y de las prendas de vestir se reducirá de un mes a cuatro días; el del automóvil y los electrodomésticos, que ya ha pasado de cinco a dos años, muy pronto no será más que de seis meses; el de los medicamentos pasará de siete años a cuatro. El período de vida de las marcas será también cada vez más breve; sólo las marcas mejor instaladas y más mundializadas resistirán a esta noria de lo nuevo. El período de vida de los inmuebles y de las casas será también cada vez más breve. Los accionistas de las

grandes sociedades, preocupados exclusivamente de las ventajas inmediatas que puedan obtener, se volverán cada vez más volátiles, caprichosos, desleales e indiferentes a las exigencias a largo plazo de las empresas en las que invierten. Las empresas tendrán que rendir cuenta a los banqueros a intervalos cada vez más cortos. A los directivos se les juzgará cada vez más con criterios de corto plazo, y sólo permanecerán en el puesto mientras respondan a las exigencias de un mercado versátil. La competencia entre trabajadores, tanto en la empresa como en la búsqueda de empleo, será cada vez más intensa. El saber, continuamente cuestionado por las innovaciones, pasará a ser un activo todavía más importante que en la actualidad. La formación inicial continuará siendo esencial, pero todo el que desee mantener su condición de «empleable» tendrá que seguir formándose constantemente. Como consecuencia de la continua reducción de la natalidad y la constante mejora de la esperanza de vida, se trabajará menos días al año, pero durante más tiempo en la vida. La edad de jubilación se elevará hasta los 70 años para todos los trabajadores cuya labor no sea ni demasiado dura, ni suponga tampoco un peligro para ellos mismos o para los demás. Los más ancianos harán las veces de tutores, iniciadores o asesores. La industria de un mayor bienestar se convertirá en una industria de primer orden.

Cada vez resultará más difícil diferenciar entre trabajo, consumo, transporte, entretenimiento y formación. Los consumidores desempeñarán un papel creciente en la concepción de los objetos, que tenderán a fabricarse a medida, en una cantidad ajustada a la demanda. Los consumidores del «corazón» y del «entorno» seguirán muy endeudados, aunque como ya pensaba Tocqueville esta situación no será para ellos más que una obligación voluntaria que limitará su frenesí consumista. Los consumidores seguirán siendo los amos, y sus intereses estarán por delante de los de los trabajadores.

Más de la mitad de los trabajadores cambiarán de residencia cada cinco años, y todavía más a menudo de empleo. Los ciudadanos de las ciudades del norte tenderán cada vez más a financiar su residencia principal mediante créditos hipotecarios fácilmente transferibles.

Los urbanitas se irán alejando de los centros: una familia que habite *intramuros* en 2007, vivirá 8 kilómetros más lejos diez años más tarde, y 40 en 2025. Aparecerán nuevos oficios para organizar la logística de este nomadismo.

La novena forma seguirá también creando las condiciones de una vida urbana cada vez más solitaria: se habitará en apartamentos cada vez más exiguos, y se tendrán parejas sexuales y afectivas cada vez más efímeras. El miedo al compromiso, la huida ante el apego, la indiferencia aparente se convertirán (se están convirtiendo ya) en formas de seducción. Con apología del individuo, del cuerpo, de la autonomía, del individualismo, el ego, el yo, se convertirán en valores absolutos, y el erotismo, en un saber abiertamente reivindicado. Se tolerarán las formas de sexualidad más diversas, excepto el incesto, la pederastia y la zoofilia. La ubicuidad nómada y las comunidades virtuales crearán nuevas oportunidades de encuentros, tanto personales como de negocios.

La residencia secundaria, herencia de las generaciones anteriores, se convertirá en el hábitat principal, el único punto fijo de los urbanitas. El turismo se convertirá en búsqueda de silencio y soledad; se multiplicarán los lugares, religiosos o laicos, de meditación, de aislamiento, de retiro, de inacción. El sedentarismo será el último privilegio de los niños, que a menudo vivirán con sus abuelos en lugares estables y protegidos, donde los padres, en su mayoría separados o divorciados, acudirán de forma alternativa para compartir algún tiempo con ellos.

Cada vez se invertirá más tiempo en los desplazamientos: los vehículos de transporte se convertirán en lugares donde vivir, relacionarse, trabajar, comprar, entretenerse. El tiempo que nos tomen los viajes se computará como tiempo de trabajo, de la misma manera que se generalizará la jornada nocturna o dominical. Viajar se convertirá en un elemento muy importante de la formación universitaria y profesional; para seguir siendo «empleable» habrá que demostrar constantemente cualidades de viajero. Toda ciudad europea con más de 1 millón de habitantes estará conectada con la red continental de trenes de alta velocidad. Más de 2.000 millones de

pasajeros, la mayoría de los cuales viajarán por negocios, utilizarán cada año el avión; el aerotaxi, por tanto, se extenderá enormemente: habrá más de 10 millones de personas en el aire en todo momento. Vehículos urbanos sin piloto, mucho más económicos que los actuales, construidos con materiales ligeros, ahorradores de energía y biodegradables, serán la propiedad colectiva de abonados que los cederán a otros una vez los hayan utilizado.

Se inventará un nuevo derecho de propiedad, desvinculada de un emplazamiento concreto, que en cada nuevo lugar de residencia dará acceso a una vivienda con una calidad y un tamaño determinados. En general; la compra irá perdiendo terreno en favor del acceso, y, en particular, la desmaterialización de la información permitirá pasar con mayor facilidad de la propiedad de los datos a su uso, fomentando el acceso a la cultura, a la educación y a la información. El control de la propiedad intelectual será también cada vez más difícil de garantizar.

Se pondrán en circulación productos a muy bajo precio en todos los ámbitos de consumo y, gracias a ello, los más pobres de cada país podrán entrar en la economía de mercado y las clases medias dedicarán cada vez una proporción menor de sus ingresos a la compra de productos alimenticios, ordenadores, coches, prendas de vestir y electrodomésticos.

La mayor parte de los ingresos de las clases medias y altas se dedicará a la compra de servicios educación, sanidad, seguridad y, para financiarlos, se aumentará, mediante impuestos o cotizaciones, la parte colectivizada de la renta. El número de individuos que, en lugar de confiar la cobertura de sus riesgos al Estado, decidirá ponerse en manos de compañías de seguros privadas será cada vez mayor. Los intercambios comerciales, digitales y financieros escaparán cada vez más a: los Estados, que se verán por tanto privados de una parte significativa de sus ingresos fiscales. Con el uso de los nuevos medios de comunicación, en particular Internet, las administraciones públicas cambiarán de arriba abajo: los servicios públicos funcionarán a medida y con costes más reducidos.

En la gestión de este tiempo mercantil, dos industrias domi-

narán -dominan ya- la economía mundial: la de los seguros y la del entretenimiento.

Por un lado, para protegerse de los riesgos, la respuesta racional de todo agente del mercado será (es ya) asegurarse, es decir, protegerse de los riesgos del futuro. Las *compañías de seguros* (y las instituciones de cobertura de riesgos de los mercados financieros) complementarán los regímenes de seguridad social y se convertirán -si no lo son ya- en las primeras industrias del planeta tanto por sus cifras de negocio como por los beneficios que realizarán. Para los más pobres, el microseguro será un instrumento esencial para reducir la inseguridad.

Por otro lado, para huir de la precariedad, cada cual deseará divertirse, es decir, distanciarse, protegerse del presente. Las *industrias del entretenimiento* (turismo, cine, televisión, música, deportes, espectáculos en directo, juegos y espacios cooperativos) se convertirán -si no lo son ya- en las primeras industrias del planeta en lo tocante al tiempo dedicado al consumo de sus productos y servicios. Los medios de comunicación tendrán una influencia creciente sobre la democracia y las decisiones de los ciudadanos.

Tanto unas industrias como otras se convertirán asimismo en pretextos de actividades ilegales: la extorsión constituye la forma criminal del seguro; el comercio sexual y las drogas, las formas criminales de la distracción.

Todas las empresas, todas las naciones se organizarán en torno a estas dos exigencias: proteger y distraer. Protegerse y distraerse de los temores del mundo.

La ubicuidad Nómada

Antes de 2030, todo el mundo, salvo los más pobres, estará conectado a todas las redes de información a través de infraestructuras de alta velocidad, móviles (HSDP A, WiBro, WiFi, WiMax) y fijas (fibra óptica). Todos estaremos así en una situación de ubicuidad nómada. Y el proceso ya ha empezado: Google acaba de poner a

disposición de los habitantes Mountain View, la ciudad californiana donde se encuentra su sede, y de los de San Francisco, un acceso gratuito y universal a Internet inalámbrico y de alta velocidad. En Corea, ciudades enteras están ya equipadas con redes de telefonía móvil HSDPA, con una capacidad diez veces mayor que la 3G, y con acceso a Internet móvil a alta velocidad (WiBro). Estas infraestructuras digitales permitirán también que las colectividades gestionen mejor la seguridad urbana, los atascos de tráfico y la prevención de catástrofes.

Esta conexión en red de los miembros de la clase creativa, dispersos en diversos lugares, favorecerá la elaboración conjunta a distancia de programas informáticos, de servicios, de productos, de producciones, sin tener que reunirse en un mismo «corazón». Habrá lenguajes que permitirán escribir programas accesibles al público en general y estructurar la información a fin de posibilitar el acceso simultáneo a los datos y al sentido.

Para permitir una conexión más cómoda a esas redes de creación conjunta, saldrán al mercado objetos nómadas más ligeros, más simples; el teléfono móvil y el ordenador portátil se fusionarán y, reducidos al tamaño de un reloj de pulsera, de un anillo, de unas gafas o de una tarjeta de memoria, se integrarán en prendas adaptadas a las exigencias del movimiento. Un objeto nómada universal servirá a la vez de teléfono, de agenda, de ordenador, de lector de música, de televisor, de talonario de cheques, de documento de identidad, de llavero. Ordenadores de muy bajo coste, que utilizarán tecnologías abiertas, como Linux, permitirán acceder a esas redes por un precio mínimo. Los motores de búsqueda personalizada se desarrollarán cada vez más con los sitios web cooperativos, los de intercambio gratuito de contenidos, los de consejos, las radios y las televisiones nómadas.

La televisión se convertirá en un instrumento a medida y diferenciado, y la gente verá mucho menos las grandes cadenas; de hecho, los adolescentes se pasan ya tres veces menos tiempo ante el televisor que los adultos y seis veces más conectados a Internet. La televisión se verá sobre todo en los objetos nómadas y para los

espectáculos en directo. Se desarrollarán cadenas cada vez más especializadas, personalizadas, a medida.

Los propietarios de contenidos (editores, músicos, cineastas, escritores, periodistas, profesores, actores, informáticos, diseñadores, costureros) no conseguirán imponer patentes sobre sus propiedades de forma duradera, ni sistemas de encriptación que impidan la circulación gratuita de ficheros musicales y de películas. Los autores serán entonces remunerados por las infraestructuras digitales, que recibirán a cambio un canon e ingresos por publicidad.

Antes de 2030, la mayoría de los medios de comunicación escritos, en particular la prensa diaria, pasarán a ser virtuales; ofrecerán servicios de comunidad cada vez más instantáneos, cada vez más cooperativos, cada vez más a medida, siguiendo el modelo estadounidense de Myspace, el coreano de OhMyNews o el francés de Agoravox. Bajo el control de periodistas profesionales, los propios ciudadanos aportarán a la información y al entretenimiento otra perspectiva más subjetiva, más apasionada, más indiscreta, y centrada en temas desconocidos o descuidados. Algunos de estos periodistas ciudadanos adquirirán gran notoriedad: sus ingresos oscilarán en función de la popularidad de sus obras; algunos colaboradores de blogs ganan ya más de 3 .000 dólares al mes. Se asistirá a la ultrapersonalización de los contenidos en función de las necesidades y de los centros de interés de cada individuo: combinación de textos, de ficheros de audio y de vídeo seleccionados según sus centros de interés. Las distinciones entre prensa, radio, televisión y «nuevos medios de comunicación» serán cada vez menos relevantes. Para sobrevivir, los medios de comunicación no tendrán más remedio que aceptar esta marcha ineluctable hacia los medios gratuitos, participativos y ultrapersonalizados.

Los libros serán también accesibles en pantallas baratas y tan finas como el papel, *epaper* y *eink*: nuevo objeto nómada de forma cilíndrica que dará por fin realidad comercial a los libros electrónicos. No sustituirán a los libros, pero tendrán otros usos, para obras efímeras, continuamente actualizadas, y escritas especialmente para esos nuevos soportes.

Antes de 2030, nuevas obras de arte mezclarán todos los soportes y todos los medios de difusión: ya no se distinguirá en ellas lo que proviene de la pintura, de la escultura, del cine o de la literatura: habrá libros que contarán historias con imágenes en tres dimensiones, esculturas que bailarán con los espectadores al son de nuevas músicas, juegos que se habrán convertido en maneras de crear, de imaginar, de informar, de enseñar, de vigilar, de aumentar la autoestima y el sentido comunitario, películas, pasadas y futuras, que se podrán ver en tres dimensiones y se completarán con simuladores sensoriales y olores virtuales. También se podrá conversar a distancia con un interlocutor en tres dimensiones y difundir conciertos, representaciones teatrales, acontecimientos deportivos, conferencias y clases en tres dimensiones.

Los robots domésticos que se vienen anunciando desde hace tanto tiempo se generalizarán en la vida cotidiana. También ellos estarán constantemente conectados a las redes de alta velocidad, en ubicuidad nómada. Serán una ayuda para las labores domésticas, para las personas discapacitadas o ancianas, para los trabajadores y para las fuerzas de seguridad. Y, sobre todo, desempeñarán la función de «vigilantes». En Corea, por ejemplo, el objetivo es que, a partir de 2015, todos los hogares estén equipados con robots capaces de desempeñar las funciones domésticas. Antes de 2030, la ubicuidad nómada habrá invadido todos los servicios previamente industrializados: los embalajes de los productos alimenticios, la ropa, los vehículos, los aparatos electrodomésticos se convertirán también en comunicantes. Se integrarán sensores en los materiales, motores, máquinas, fluidos, puentes, edificios, presas, con el fin de poder vigilarlos a distancia y en todo momento. Productos, máquinas e individuos quedarán así provistos de una etiqueta de identificación por frecuencia de radio, gracias a la cual las empresas podrán mejorar la calidad de sus productos, y la productividad de sus fábricas y de sus redes de distribución. Los consumidores tendrán a su vez la posibilidad de saberlo todo sobre el origen y el recorrido de los productos, desde las materias primas utilizadas hasta la fecha de caducidad; podrán recibir un aviso cuando el móvil de su hijo cruce el portal del

colegio; podrán ordenar la apertura de las puertas de su domicilio, la activación de aparatos electrodomésticos, la compra de un producto que el congelador ha detectado que se había terminado. Los vehículos más recientes integrarán detectores de fallos y evolucionarán con la experiencia. Cada individuo se convertirá en alumno a distancia de una universidad lejana, en visitante inmóvil de un museo, en enfermo atendido en un hospital de otro continente.

Al estar cada uno de nosotros así conectado en el espacio y en el tiempo, hacia 2030 la ubicuidad nómada se invertirá y se convertirá en una hipervigilancia que, como veremos, caracterizará la forma siguiente del Orden mercantil.

El envejecimiento del mundo

En el mundo entero, el crecimiento mercantil favorecerá la prolongación de la vida. Se asistirá como de hecho ya está ocurriendo, con mayor o menor intensidad según los países, a un descenso de la natalidad y a un aumento de la esperanza de vida y, como consecuencia, a un envejecimiento general de la población.

Si las tendencias actuales se mantienen, en 2025 la esperanza de vida en los países desarrollados superará los 90 años, y, al cabo de unos años, se acercará al siglo. Por otra parte, con el crecimiento de la libertad, en particular de la de las mujeres, la natalidad descenderá en numerosos países hasta el punto de no permitir el relevo generacional. En Corea, por ejemplo, el índice de natalidad ha pasado del 5,1 en la década de 1950 al 1,5 en 2000; la natalidad disminuirá incluso en los países musulmanes, aunque seguirán teniendo el índice más elevado (en algunas regiones de Oriente Próximo la media llega incluso a 7 hijos por mujer).

En 2025, más de 10 millones de estadounidenses superarán los 85 años de edad; el tanto por ciento de mayores de 65 años habrá pasado, del 4 en 1900, al 33. Ese mismo año, en Japón habrá un 45 % de personas de más de 65 años y en China, un 22 %. En Francia serán el 33 %, y el número de los mayores de 85 años se doblará en

los diez próximos años.

En algunos países, el envejecimiento será tan pronunciado que la población disminuirá: en 2025, la población japonesa podría haber disminuido en 20 millones, la de Rusia en 15 millones, y la de Alemania en 10 millones. La población activa europea podría disminuir en 30 millones hasta el año 2030.

Las mujeres, al tener menos hijos a su cargo, escaparán más fácilmente a la dominación masculina y encontrarán mejor su lugar en la sociedad. Esto ayudará, en particular, a hacer evolucionar el Islam, del mismo modo que evolucionaron las demás religiones monoteístas en su momento. Las personas ancianas serán políticamente mayoritarias; impondrán la prioridad del presente, la estabilidad de los precios y el desplazamiento de las cargas sobre las generaciones siguientes; utilizarán productos específicos (cosméticos, dietéticos) y servicios adaptados (hospitales, casas con atención médica, personal de asistencia, residencias de ancianos). Todos consumirán más medicamentos y más servicios hospitalarios, lo que disparará los gastos sanitarios y, por tanto, de seguros en el consumo mundial.

La financiación de las jubilaciones le resultará a la población activa cada vez más gravosa: hoy, en Europa, cada persona en activo financia ya la cuarta parte de una jubilación. En 2050 financiará más de la mitad.

Para mantener la ratio actual de personas en activo por jubilado, haría falta, pues, aceptar que aumentasen, bien los impuestos, bien la natalidad, bien la inmigración. En los países que se nieguen a aceptar a los extranjeros, la población descenderá bruscamente; en los que los acepten, la población se transformará. En el seno de la Unión Europea, el tanto por ciento de personas procedentes de África y sus descendientes podría ascender en 2025 al 20 % . En esa fecha, el 45 % de la población de Bruselas estaría compuesto por descendientes de inmigrantes originarios de tierras del Islam y de África.

Una evolución así implicará grandes movimientos de población, que Estados Unidos estará sin duda mejor preparado que otros países para afrontar o aceptar. Dicha evolución impondrá, en particular, un extraordinario crecimiento de las ciudades.

Mañana, las ciudades

Es en el interior del sur donde las migraciones serán más masivas: del campo a las ciudades, de la miseria rural a la miseria urbana. Ningún poder político, ni siquiera en una dictadura como China, conseguirá frenar estos movimientos. Estas mutaciones vienen de lejos: mientras que en 1950 había en el mundo 80 ciudades con más de 1 millón de habitantes, en 2015 habrá 550.

El crecimiento urbano será espectacular en el mundo entero: en 2007, la mitad de la población mundial ya vive en ciudades. Mientras que en la actualidad sólo hay 16 ciudades que superen los 10 millones de habitantes, en 2015 habrá 24, casi todas situadas al sur (entre ellas, Sao Paulo, México, Bombay, Shangai, Río de Janeiro, Calcuta, Delhi, Seúl, Lagos, El Cairo). En 2025, el planeta contará con 30 ciudades de más de 10 millones de habitantes y 7 conglomerados de más de 20 millones de habitantes; Tokio y Bombay reunirán cerca de 30. Nueve de las 12 ciudades más pobladas del mundo estarán situadas en el sur (únicas excepciones: Tokio, Nueva York y Los Angeles). Entre 2006 y 2025, las ciudades chinas acogerán el equivalente a toda la población de Europa occidental. En 2035, la población urbana del sur se habrá prácticamente doblado y alcanzará los 4.000 millones. En 2050, 1.000 millones de habitantes vivirán en 50 ciudades de Asia, cada una de las cuales contará con más de 20 millones de habitantes y, en algunos casos, incluso con más de 30.

En treinta años será preciso triplicar o cuadruplicar las infraestructuras urbanas, lo cual resultará, en la mayoría de los casos, prácticamente imposible. Algunas ciudades conseguirán hacerse habitables; nuevos productos por ejemplo, cemento a bajo precio y nuevas técnicas de construcción y de microfinanciación de la vivienda permitirán transformar ciertos barrios de chabolas en mercados muy rentables para las empresas que sepan adoptar dichos productos y técnicas.

A menos que las evoluciones urbanas sean menos gigantescas de lo que indican estas proyecciones lineales, y a menos que asistamos a un repliegue hacia las ciudades medianas, la mayoría de

estas grandes ciudades no serán más que yuxtaposiciones de casas precarias que, desprovistas de redes viarias, de saneamiento, de policía, de hospitales, rodearán algunos barrios ricos transformados en búnkeres y protegidos por mercenarios. En dichas ciudades, las mafias controlarán zonas muy extensas en las que no habrá ley, como ocurre ya en Río, Lagos, Kinshasa o Manila, entre otras. Los antiguos habitantes de las zonas rurales, junto con algunos miembros de las clases favorecidas, serán los principales animadores de nuevos movimientos sociales y políticos que reclamarán cambios muy concretos en la vida de la población en general. Las grandes efervescencias económicas, culturales, políticas y militares del futuro ya no dependerán de los obreros, los empleados o los profesores, sino de los emprendedores de esos movimientos. Ellos serán los motores de la Historia y, en particular, de la segunda y de la tercera ola del futuro, de las que hablaremos más adelante.

Para huir de estos infiernos, muchos se desplazarán en los próximos veinte años hacia otros países del sur, en busca de climas más clementes, de espacios más vastos, de ciudades más seguras o más cercanas al norte.

Así, masas de chinos se desplazarán hacia Siberia; Vladivostok es ya, en gran medida, una ciudad económica, humana y culturalmente china; por otra parte, más de la mitad de la población de Khabarovsk, ciudad rusa situada junto al río Amur, es originaria del otro lado del río. Mientras que la provincia china de Heilongjiang, que comparte frontera con Siberia, tiene, con una extensión exigua como la de Suecia, tantos habitantes como Argentina, el 70 % del territorio ruso se está despoblando y sus fértiles extensiones de tierras agrícolas se están abandonando. Para repoblarlas, se está recurriendo a los chinos: en los Urales, las autoridades elegidas de Sverdlovsk acaban de invitar a campesinos chinos a cultivar 100.000 hectáreas de tierras abandonadas. Esta afluencia aumentará con la multiplicación de los matrimonios ruso-chinos y una masa considerable de chinos invadirá poco a poco Rusia. En resumidas cuentas, en 2025, Rusia contará al menos con 15 millones de trabajadores extranjeros, es decir, el 20 % de la población activa rusa. Los eslavos comenza-

rán a ver despuntar de nuevo la antigua amenaza de las invasiones mongolas.

En la misma época, es decir, hacia 2020, otros movimientos masivos irán del África central hacia el África austral o hacia el norte de África; de Indonesia hacia Malaisia; de Malasia hacia Tailandia; de Bangladesh hacia los países del Golfo; de Irak hacia Turquía; de Guatemala hacia México.

Para muchos inmigrantes, esos desplazamientos no serán más que una manera de acercarse a los países del norte. Masas cada vez más numerosas se precipitarán a las puertas de Occidente. Hoy son ya centenares de miles cada mes; pronto serán millones, luego decenas de millones. Y no sólo de entre los más desfavorecidos: todas las élites del sur partirán hacia el norte. Sus principales puntos de paso serán las fronteras ruso-polaca, íbero-marroquí, turco-griega, turco-búlgara, ítalo-libia y mexicano-estadounidense.

Estados Unidos seguirá siendo el país más solicitado por los emigrantes: en 2006, se han instalado 1,5 millones de extranjeros en Estados Unidos; sólo 600.000 lo han hecho de manera legal. Doce millones de personas, es decir, un tercio de los inmigrantes de Estados Unidos, entraron en el país de manera ilegal. La mitad de ellos procedía de México y un tercio de América Central. Un número creciente de personas probará suerte en el sorteo que decide la adjudicación de 50.000 visados estadounidenses (existen ya 8 millones de candidatos, de los cuales 1,5 millones son originarios de Oriente Próximo). Dentro de veinte años, las poblaciones hispana y afroamericana serán casi mayoritarias en Estados Unidos. Sus élites y las procedentes de Asia le darán todavía más fuerza al país. Si las tendencias actuales se mantienen, la población estadounidense pasará de 281 millones en 2000 a 350 millones en 2025, y esta afluencia demográfica explicará por sí sola la prolongación del crecimiento en el «corazón» de la novena forma.

Los países del sur de Europa, tras haber sido tierras de emigración, se convertirán también en tierras de acogida. Encontrarán el dinamismo, el crecimiento y los medios para financiar sus jubilaciones. Otros países de Europa como Francia tratará de rechazar a es-

tos inmigrantes procedentes del este de Europa y de África, pero algunos, Francia entre ellos, comprenderán un poco más tarde que la afluencia de población, bien controlada e integrada, es la condición de su propia supervivencia. Gran Bretaña se convertirá asimismo en una importante tierra de acogida, en particular para los naturales de los países de Europa central. Estos últimos acogerán a su vez a trabajadores ucranianos, reemplazados a su vez por rusos, reemplazados a su vez por vastas poblaciones chinas. En resumidas cuentas, la afluencia de trabajadores inmigrantes a los países desarrollados hará más fácil la financiación de las jubilaciones, pero pesará sobre los salarios de las clases medias.

Por otra parte, cada vez más gente pasará de un país del norte a otro país del norte: pronto serán más de 10 millones los que cambien de país cada año. Algunos lo harán por motivos profesionales, y, como ocurrió en el pasado, reforzarán en gran medida su nación de origen, de la que seguirán siendo representantes económicos, financieros, industriales y culturales. Otros, cada vez más numerosos, decidirán marcharse precisamente para no tener que depender de un país cuya fiscalidad, legislación e incluso cultura rechazan, así como para desaparecer por completo, cambiar de identidad, vivir otra vida; así, el mundo estará cada vez más lleno de anónimos voluntarios; será como un carnaval donde cada individuo -libertad última- se habrá escogido una nueva identidad.

Finalmente, decenas de millones de jubilados se trasladarán a vivir a tiempo parcial o definitivamente a países con un clima más clemente y un coste de vida menos elevado, en particular en el norte de África. Se construirán ciudades enteras para estos recién llegados, lo cual atraerá a hospitales, médicos, arquitectos y abogados que se desplazarán a estos países junto con sus clientes. Esto durará mientras las poblaciones autóctonas acepten a estos nuevos residentes.

En resumidas cuentas, dentro de un cuarto de siglo, cada año se exiliarán alrededor de 50 millones de personas. Casi 1.000 millones de individuos vivirán fuera de su país natal o del de sus progenitores.

Carencias insuperables

Hasta la fecha, el Orden mercantil siempre ha conseguido encontrar a tiempo algún sustituto para las materias primas que han empezado a escasear, aunque más de una vez le ha costado operaciones militares y el desplazamiento del «corazón».

Así fue como se pudieron superar, sucesivamente, la desaparición de tierras cultivables en Flandes, la del carbón vegetal en Inglaterra, la del aceite de ballena en el Atlántico y la del carbón mineral en toda Europa. El temor, tan extendido a finales del siglo XIX, de que los excrementos de los caballos acabarían invadiendo las ciudades no llegó nunca a materializarse. En realidad, desde hace un siglo, el medio ambiente ha mejorado considerablemente en los países del «corazón» y del «entorno»: el aire londinense, irrespirable en el siglo XIX, es hoy mucho más puro, como el de todos los demás grandes centros industriales de los países ricos. De la misma manera, la escasez de energía, anunciada con regularidad desde hace más de un siglo, se aleja día a día. Sin embargo, desde principios del siglo XVIII, el consumo de recursos naturales se ha multiplicado por treinta. Sólo durante los últimos cuarenta años el consumo de recursos minerales se ha triplicado, y, desde que se utiliza el petróleo, se han quemado 900.000 millones de barriles.

Antes de 2035, la población urbana se habrá casi multiplicado casi por dos y, por tanto, se doblará la demanda de materias primas. Aunque no hay duda de que algún día todas escasearán, tampoco la hay de que a finales del siglo XXI aún seguirán estando todas disponibles; y, las más preciosas, la plata y el oro, todavía tardarán en escasear al menos más de dos siglos. Por otra parte, al empezar a reciclarse masivamente los desechos industriales se ha recuperado ya una parte importante de las materias primas: el 40 % del aluminio, el 38 % del cobre, el 47 % del plomo y el 22 % de los plásticos domésticos. Finalmente, cuando la escasez se presente realmente, se irá en busca de hierro, titanio, y otros minerales a los océanos y a la Luna.

En cuanto a la energía, los datos son, por el contrario, más preocupantes: al ritmo en que está creciendo actualmente el con-

sumo, las reservas de carbón desaparecerán dentro de doscientos años, las de gas, dentro de setenta años, y las del petróleo, dentro de cincuenta años.

Por lo que al petróleo se refiere, es posible que aún haya reservas enormes poco conocidas en Irak (en su desierto occidental podría encontrarse el equivalente a diez años de consumo mundial), en Rusia (donde las reservas superan ya la mitad de las reservas mundiales sin contar las de la OPEP y las de Estados Unidos), en Brasil y en África. Existen también importantes reservas bajo los océanos. A éstas hay que añadir el petróleo pesado y las pizarras bituminosas de Canadá, Alaska y Venezuela: sólo las pizarras canadienses representarían tanta cantidad de energía como todo el petróleo de Arabia Saudita. Pero su extracción, ecológicamente desastrosa, requeriría gastar, en forma de carbón, cantidades de energía superiores a las que se producirían en forma de petróleo.

El gas parece que va a abundar durante más tiempo, aun cuando necesitará fuertes inversiones de transporte, que irán unidas a importantes riesgos geopolíticos; además, en veinte años, será posible transformar de manera económica el carbón en gas y el gas en productos petrolíferos, lo cual duplicará la cantidad de petróleo disponible. Durante un siglo más, por tanto, la disponibilidad del petróleo sólo será una cuestión de precio.

El paso a otras energías, por tanto, se irá haciendo progresivamente necesario. Allí donde se acepte políticamente la gestión de los desechos radiactivos, la energía nuclear se utilizará cada vez más; se harán progresos en materia de seguridad, de aceptabilidad, de competitividad; en treinta años, esta energía representará el 15 % de la energía primaria del mundo. Mientras no se puedan almacenar, la energía solar y la energía eólica no serán inagotables. La biomasa será difícil de desarrollar a gran escala, salvo para alimentar los vehículos particulares, lo cual es muy importante. Las otras fuentes de energía naturales (geotermia, oleaje, marea) parecen incapaces de responder a una demanda significativa. Finalmente, la fusión termonuclear, que podría representar por sí sola una fuente casi ilimitada, seguramente no será practicable hasta finales del si-

glo XXI, como muy pronto. En resumidas cuentas, la energía costará cada vez más y, por tanto, se tenderá a ahorrarla sustituyendo los movimientos físicos por intercambios inmateriales.

Sin embargo, antes de que se haga sentir la falta de energía, tendrán que superarse otros tipos de escasez, en particular la de los productos agrícolas y los bosques: antes de 2050, para poder alimentar a la población del planeta habrá que duplicar la producción agrícola (1.000 millones de toneladas de cereales más cada año, es decir, un 50 % más que en 2006) y, aun así, 5 millones de hectáreas cultivables desaparecen cada año bajo la presión urbanística; además, la humanidad ya ha consumido la mitad de la capacidad de las plantas para fotosintetizar la luz solar. Una producción agrícola suficiente supondrá, pues, la utilización de organismos genéticamente modificados, cuya inocuidad aún no está en absoluto garantizada. Y el tiempo apremia: las existencias disminuyen.

Los bosques escasearán cada vez más, devorados por las industrias del armamento naval, por las del papel, y por la expansión de la agricultura y las ciudades. Desde el siglo XVIII, una parte del mundo equivalente a la superficie de Europa ha quedado despojada de sus bosques. En los últimos diez años del siglo XX desapareció la mitad de las reservas forestales del oeste de Alemania. Cada hora se desforesta una superficie equivalente a siete estadios de fútbol. Japón, primer importador mundial de madera tropical, es responsable de un tercio de dichos estragos. Además, los gases industriales, los óxidos de azufre y de nitrógeno destruyen los árboles de toda la superficie del planeta y, en particular, los frágiles bosques umbrófilos de la «periferia». Hay que añadir, además, que el desarrollo de la economía de lo inmaterial tardará mucho tiempo en reducir la demanda de papel de impresión. Al ritmo actual, en cuarenta años los bosques habrán desaparecido, salvo allí donde hayan sido conservados, es decir, por el momento, únicamente en Europa y en Norteamérica. Esta desaparición será letal para innumerables especies de seres vivos y pondrá en peligro la supervivencia de la humanidad.

Las emisiones gaseosas arrojadas a la atmósfera por la producción industrial constituyen otra amenaza: aunque la producción de

clorofluorocarbonos, que reducen el espesor de la capa de ozono que rodea la atmósfera, parece hoy por hoy bajo control, cada año se vierten al aire 7 .000 millones de toneladas de carbono (producidas por la combustión del carbón, del petróleo y del gas) que, junto con las emisiones de otros gases, contribuyen en gran medida a su calentamiento. Y la situación va a empeorar: China, que sigue emitiendo cinco veces menos gas carbónico que los países ricos, va a construir, en un período de treinta años, el equivalente a una central eléctrica de 1.000 megavatios por mes; así pues, enviará cantidades cada vez más considerables de elementos contaminantes a la atmósfera. A menos que se produzca una acción a gran escala antes del año 2030, en esta fecha las emisiones de gas carbónico por habitante se habrán doblado.

Y ése es precisamente el peligro más grave, pues, según la mayoría de los expertos, el gas carbónico así emitido incrementará considerablemente la temperatura de la atmósfera: mientras que en el curso de los últimos cien años la temperatura media en la superficie del globo no ha aumentado más que medio grado, los últimos diez años han sido la década más calurosa de la Historia. Y, sin duda, el fenómeno no ha hecho más que empezar: las simulaciones más serias prevén, pese a la gran variabilidad de los climas, que la temperatura de la Tierra subirá dos grados antes de 2050, y cinco grados antes de 2100. Las consecuencias son ya visibles: los casquetes polares han empezado a derretirse, por lo menos el del norte; entre 2004 y 2006, la velocidad del deshielo ha aumentado un 250 %, los glaciares de Groenlandia, segunda fuente de agua dulce del mundo, retroceden muy rápidamente; entre 1990 y 2006 han desaparecido tres de los ocho millones de kilómetros cúbicos de hielo que existían en el Polo Norte; el nivel de los océanos aumenta dos milímetros al año, y en 2050 habrá subido al menos doce centímetros, quizás incluso cincuenta. La última vez que hizo tanto calor fue en pleno Plioceno, hace tres millones de años, cuando el nivel de los océanos superaba en veinticinco metros el actual.

Esto provocará catástrofes naturales, con consecuencias financieras gigantescas. Las diferencias de temperatura, cada vez más

pronunciadas, producirán sin duda alteraciones muy importantes en la naturaleza: los árboles tardarán menos en crecer y serán más frágiles; habrá más robles y menos hayas; encontraremos cigarras incluso en Escandinavia, además de mantis religiosa y mariposas mediterráneas. El plancton emigrará hacia el norte y, con él, los peces a los que sirve de alimento, con lo que las aves marinas que vivían de esos peces desaparecerán. Pero todavía es aún más grave el hecho de que muchas costas podrían dejar de ser habitables; siete de las diez ciudades más grandes del mundo son, en efecto, puertos, y un tercio de la población mundial vive en el litoral. El desierto africano avanzará cada año una superficie igual a la de Bélgica; 2.000 millones de personas vivirán en zonas amenazadas de desertificación, 700 millones de las cuales en el continente africano. Quince millones se han visto ya obligadas a abandonar sus poblaciones, que habían dejado de ser habitables. Según el ACNUR (Alto Comisariado de las Naciones Unidas para los Refugiados), estos ecoexiliados serán diez veces más numerosos en 2050.

Las emisiones de gas carbónico y de otros gases contaminantes no se podrán reducir fácilmente. Los países del norte se resistirán a cambiar su forma de vida, y los del sur se negarán durante mucho tiempo a aceptar restricciones, con el argumento de que no harían más que garantizar la riqueza y el bienestar del norte. Brasil seguirá quemando la selva amazónica mientras los países industrializados no reduzcan de manera sustancial sus propias emisiones de gas carbónico. Los únicos acuerdos internacionales relativos a este tema, firmados en Kioto en 1999, no tendrán prácticamente ningún efecto sobre estas evoluciones. El cambio sólo será perceptible cuando los países del norte perciban la extrema gravedad de sus consecuencias y los del sur comprendan que las inversiones procedentes del norte se reducirán drásticamente si no hacen el esfuerzo de reducir su consumo de energía. Este proceso comenzará, como veremos en el capítulo siguiente, con una acción muy fuerte del mercado, presionado por las compañías de seguros y de las opiniones públicas.

La sequía tendrá otra consecuencia: el agua potable escaseará. Los hechos son abrumadores: la mitad de los cursos de agua del

mundo están ya siendo seriamente contaminados por la producción industrial, agrícola y urbana. La humanidad ha consumido ya el 80 % de los recursos de agua dulce natural. Sólo quedan 8.000 m^3 de agua potable por habitante, frente a los 15.000 m^3 de 1900. Más de 1.500 millones de personas tienen dificultades para acceder al agua potable, y 3.500 millones, a un agua sana. Cada año, más de 200 millones de personas contraen el cólera por haber ingerido agua contaminada. El agua contaminada mata a 15.000 personas cada día y provoca centenares de enfermedades, en particular la malaria. Esta situación, muy preocupante, no hará más que empeorar: en 2025, la mitad de la población mundial sufrirá por la falta de agua potable, especialmente en África, Oriente Próximo y el sur de Asia. En 2040, la cantidad de agua disponible por habitante habrá disminuido de 8.000 a 4.000 m^3 al año: un 50 %. El caso de Gaza es ejemplar: los pozos de agua se han explotado allí hasta tal punto que la capa freática está siendo invadida por el mar, a su vez contaminado por las aguas residuales que la población, el 40 % de la cual no cuenta con ningún sistema de desagüe directo al alcantarillado, vierte en él. Cualquier solución a largo plazo, tanto en Gaza como en los demás lugares, pasará por un sistema de vialidad urbana más adecuado, por la desalinización del agua del mar y por una mejor gestión del agua dulce. En efecto, habría agua dulce en cantidad suficiente para 20.000 millones de personas si se pudiesen administrar mejor las detracciones de la agricultura y de la industria, duplicar los 70.000 millones de dólares consagrados anualmente a la producción, distribución y gestión del agua dulce, y organizar a gran escala una desalinización del agua de mar, treinta y cinco veces más abundante que el agua dulce. Esto implicará, como en el caso de todas las demás materias primas, un alza enorme del precio para el consumidor o el contribuyente. En el capítulo siguiente veremos cómo desarrollará tecnologías adaptadas la primera ola del futuro.

Finalmente, la diversidad animal y vegetal parece reducirse debido a la interacción de las degradaciones de la naturaleza. Cada año desaparecen alrededor de 10.000 especies; hay censadas 1,75 millones y parece que existen 14 millones. Una cuarta parte de las

especies de mamíferos está amenazada de extinción; la décima parte de los arrecifes de coral, sin los que no habría sido posible ningún tipo de vida sobre la Tierra, ya está irremediablemente condenada; otro tercio corre el riesgo de desaparecer antes de que hayan transcurrido treinta años: la manta raya, por ejemplo, está en vías de extinción, al igual que cuatro de las siete especies de tortugas marinas; la población mundial de caballitos de mar se ha reducido a la mitad en los últimos cinco años; el 80 % de algunas especies de tiburones hace diez años que ha desaparecido; el bacalao podría desaparecer para siempre antes de que finalice el siglo; y el atún rojo escasea. En resumidas cuentas, el 90 % de las especies animales podría desaparecer, como ya ha ocurrido dos veces en la historia de nuestro planeta (la primera hace 250 millones de años, y la segunda hace 65 millones de años, cuando desaparecieron los dinosaurios y aparecieron los mamíferos). Por tanto, no hay que desestimar la posibilidad de que la mitad de las especies vivas hayan desaparecido antes de que finalice el siglo XXI y no está claro que la especie humana pueda sobrevivir a tal desaparición.

Como en el pasado, podrían surgir nuevas tecnologías para superar cada una de estas carencias. Dichas tecnologías deberían permitir, entre otras cosas, reducir los consumos de energía, eliminar mejor los desechos y ofrecer un nuevo concepto de ciudad y de transportes.

El desfondamiento tecnológico

Hasta la fecha, dos progresos tecnológicos han garantizado la expansión de la novena forma, el uno permitiendo el constante incremento de las capacidades de almacenamiento de la información a través de microprocesadores, y el otro posibilitando el constante incremento de las capacidades de almacenamiento de la energía mediante baterías. Hacia 2030, ambos progresos alcanzarán su límite: la ley de Moore (duplicación de las capacidades de los microprocesadores cada dieciocho meses) habrá alcanzado su límite físico; lo

mismo ocurrirá con la capacidad máxima de almacenamiento de las baterías de litio.

Todo parece indicar que las innovaciones lineales están también empezando a aminorar en otros sectores: la industria del automóvil se estanca, como la de los electrodomésticos; el teléfono portátil e Internet no han progresado desde hace casi quince años; la genética no avanza; los nuevos medicamentos no acaban de llegar; los progresos agrícolas disminuyen; las nuevas energías se hacen esperar. Por otra parte, florecen muchos falsos progresos: los ordenadores personales son inútilmente potentes; los coches, demasiado complejos. En este momento, un ordenador portátil es diez veces más potente y diez veces más caro que los que podrían satisfacer las necesidades del consumidor.

Para responder a las necesidades de energía, de agua, de materiales, de productos alimenticios, de prendas de vestir, de medios de transporte y de comunicación, para eliminar los desechos de una población en fuerte crecimiento, será preciso, por tanto, resolver problemas científicos que hoy todavía son insolubles, y crear luego tecnologías y sistemas logísticos industrialmente eficaces, financieramente practicables y socialmente aceptables.

En particular, habrá que llevar a cabo importantes progresos en la miniaturización de un gran número de procesos; ya no amontonando cada vez más energía e información en espacios cada vez más reducidos, sino utilizando lo infinitamente pequeño, sea vivo o no, como una máquina. Haría falta, por ejemplo, llegar a modificar las semillas agrícolas para que consuman menos agua, abono y energía, y organizar el almacenamiento del hidrógeno gaseoso en nanofibras con el fin de fabricar, en condiciones económicas razonables, pilas de hidrógeno a alta presión y motores híbridos que produzcan hidrógeno por electrólisis. Es la ambición de las olas tecnológicas que se anuncian, *biotecnologías* y *nanotecnologías*; pero su validez, su viabilidad, su seguridad y su aceptabilidad política y social no se conseguirán antes de 2025.

Además, para obedecer los mandatos de los mercados financieros, los laboratorios de investigación de las empresas privadas

harán circular cada vez menos sus resultados y asumirán también cada vez menos riesgos. Más en general, las empresas industriales tenderán a ser menos proclives a correr riesgos y a invertir en la industria, y preferirán los beneficios de la especulación financiera a los beneficios, más aventurados, de la técnica.

Hay además una escasez que tardará mucho en superarse: la del tiempo.

La única verdadera escasez: el tiempo

La producción de objetos mercantiles requerirá cada vez menos tiempo; también invertiremos menos horas en trabajar, cocinar, limpiar y comer. Los productos que aparecerán en el mercado, en cambio, serán cada vez más cronófagos. Primero aumentará el tiempo de transporte, con el crecimiento del tamaño de las ciudades: se convertirá en una especie de tiempo esclavo en el que se podrá seguir consumiendo y trabajando. Por otra parte, en los vehículos de transporte, dedicaremos cada vez más tiempo a comunicarnos, integrar informaciones, ver películas, jugar y asistir a espectáculos. Asimismo, muchos podrán escuchar música, o la lectura de un libro grabado, o un espectáculo en directo, mientras trabajan. La música se convertirá en el gran consuelo ante las penas, los duelos, la soledad, la desesperación.

A pesar de este tiempo forzado, muchos caerán en la cuenta de que nunca tendrán tiempo suficiente para leerlo todo, oírlo todo, verlo todo, aprenderlo todo: como el saber disponible se duplica ya cada siete años, y en 2030 se duplicará cada 72 días, el tiempo necesario para mantenerse informado, aprender, llegar a ser y mantenerse «empleable» se incrementará a la par. Lo mismo ocurrirá con el tiempo para cuidarse y entretenerse. No cambiará, sin embargo, el tiempo necesario para dormir o amar.

Para evitar este obstáculo, que limita el consumo, el Orden mercantil incitó a almacenar los objetos cronófagos libros, discos, películas primero de manera material, y luego, en la actualidad, de

manera virtual: amontonamientos ilimitados, ilusorios, sin ninguna relación con la posibilidad de hacer uso de ellos. Como si ese almacenamiento fuera a crearnos la ilusión de que no vamos a morir sin haber leído todos esos libros, oído todas esas melodías, vivido el tiempo así almacenado. En vano. De hecho, las futuras obras de arte girarán cada vez más en torno a este tema del tiempo, convertido ya en una obsesión.

Se habrá llegado a entender que el tiempo es, de hecho, la única realidad verdaderamente escasa: nadie puede producirlo, ni vender el que tiene, ni se sabe cómo acumularlo.

Ciertamente se harán esfuerzos para producir algo de tiempo prolongando aún más la duración de la vida humana. Se contará con una esperanza de vida media de 120 años, con una duración del trabajo de veinticinco horas semanales.

Para ir más lejos, haría falta llegar a suprimir barreras *en principio infranqueables*, reduciendo el tiempo que invertimos en satisfacer las funciones inherentes a toda vida: nacer, dormir, aprender, cuidarse, amar, tomar decisiones. Por ejemplo, haría falta conseguir que un niño naciera en menos de nueve meses, o que aprendiera a caminar en menos de un año, o que lograra hablar una lengua en menos de tres mil horas.

Algunos descubrirán entonces que la libertad misma objetivo fundamental del ser humano desde los inicios del Orden mercantil no es, de hecho, más que la manifestación ilusoria de un capricho en el interior de la prisión del tiempo.

Y entonces llegará la gran crisis de esta forma.

El fin de la novena forma

La novena forma conseguirá, pues, al menos hasta 2025, sostener su agricultura, proteger sus industrias punteras, crear nuevas tecnologías, aumentar la productividad de los servicios, modernizar sus sistemas de armamento, defender sus zonas comerciales, garantizar sus accesos a las materias primas, asegurar su influencia estratégica.

A lo largo de este período, California seguirá siendo el «corazón», y Estados Unidos mantendrá su primacía tecnológica gracias a los encargos públicos a gran escala que recibirán sus industrias estratégicas, en particular militares, financiadas por un presupuesto cuyo déficit, cada vez más abismal, seguirán cubriéndolo los préstamos internacionales. Washington cultivará un buen entendimiento con Europa y con los Once, que continuarán por tanto suscribiendo dichos préstamos y compartiendo los gastos de su defensa. Estados Unidos no hará nada por solicitar una revaluación masiva de las monedas de estos países, especialmente de la moneda china, iniciativa que, sin embargo, facilitaría en gran medida la conservación de los empleos en suelo estadounidense. Una parte de los Once y los europeos aceptarán esta alianza, que les permitirá mantener su crecimiento sin tener que dedicar, no obstante, sumas excesivas a su propia defensa. Estados Unidos seguirá apoyando a los gobiernos aliados, combatiendo la influencia política y social de sus enemigos, haciendo propaganda de su modelo de desarrollo y promoviendo la libertad individual, valor supremo del Orden mercantil.

Este programa para los veinte próximos años ya está en marcha. Fue perfectamente resumido por el actual presidente estadounidense en su discurso inaugural de enero de 2005: «Seguimos adelante con una confianza absoluta en el triunfo de la libertad... Aunque la Historia es testigo del vaivén de la justicia, lleva sin embargo una dirección perfectamente visible, definida por la libertad y por el Autor de la libertad». Toda la ideología del Orden mercantil y de su novena forma está perfectamente resumida en estas pocas líneas.

Pero, hasta la llegada de 2030, el noveno «corazón», como los precedentes, tendrá que enfrentarse año tras año a las dificultades globales de las que se ha hablado antes, así como a los retos propios del «corazón», que, cada vez más costosos, acabarán acarreando la decadencia y la desaparición de la novena forma.

Primero el reto vendrá de las empresas virtuales. Aunque Internet es hoy, en su mayor parte, una colonia estadounidense en la que se habla inglés y cuyas riquezas son absorbidas en su mayoría por la madre patria, este séptimo continente conquistará un día su

autonomía. Se convertirá en una potencia en sí mismo, en una entidad autónoma que dará beneficios fuera del suelo estadounidense. Nuevos poderes financieros, informativos, de entretenimiento, de formación, entrarán allí en liza contra el poder político y cultural estadounidense, y harán surgir una diversidad nueva que pondrá en tela de juicio la dominación económica, política, ideológica y estética de Estados Unidos sobre la democracia de mercado. Resultará cada vez más evidente que se puede ser demócrata y favorable a la economía de mercado sin tener por ello que hablar inglés ni creer en la supremacía natural y definitiva del Imperio estadounidense.

Más adelante, incluso las empresas realmente estadounidenses acabarán alejándose de Estados Unidos. Enfrentadas en muchos sectores a la creciente competencia de empresas y de centros de investigación instalados en otra parte, las industrias estratégicas estadounidenses deslocalizarán sus producciones e investigaciones. Esas firmas, como ya les ocurrió en el pasado a las de otros «corazones», entenderán que sus intereses comerciales ya no coinciden con los de su gobierno, cuya imagen, cada vez más deteriorada, perjudicará la venta de sus productos. Primero intentarán conseguir de la Casa Blanca una actitud más conforme a la que requieren sus consumidores a nivel mundial; luego, decepcionadas, se distanciarán de la administración, invertirán menos en las universidades y en los hospitales estadounidenses y crearán pocos empleos en Estados Unidos. Algunas de tales empresas pasarán incluso a estar bajo el control de fondos de inversión extranjeros, de nacionalidad imposible de determinar. Estos fondos acumularán sus beneficios en paraísos fiscales, con lo que los accionistas estadounidenses perderán la mayor parte del beneficio, y el Estado norteamericano, la mayor parte de sus recaudaciones fiscales. El sistema financiero, cada día más concentrado en torno a instituciones de seguros y a fondos de cobertura de altos riesgos que exigen una rentabilidad cada vez mayor, se verá amenazado por esta situación.

Las frustraciones mercantiles de los asalariados de todo el territorio de Estados Unidos se acentuarán cada vez más. La clase media, principal actor de la democracia de mercado, volverá a encontrarse

con la precariedad de la que creía haberse librado al disociarse de la clase obrera; los ejecutivos desclasados, los obreros precarios, los empleados maltratados, las familias abandonadas, los propietarios endeudados, los consumidores decepcionados, los usuarios sublevados, las minorías frustradas, los creyentes encolerizados fustigarán lo insondable de su soledad, la enormidad de las injusticias, la violencia de las desigualdades, las desintegraciones comunitarias. Con la llegada masiva de la población, se creará en las ciudades una necesidad creciente en materia de vialidad, escuelas y hospitales, todos ellos servicios colectivos cada vez más difíciles de financiar mediante los impuestos y cuya insuficiencia provocará disturbios entre las minorías. Por lo demás, el desastre del Katrina puso de manifiesto en 2005 la desigualdad estructural de los servicios públicos de Estados Unidos y demostró la incapacidad estadounidense para manejar sus propios problemas de infraestructuras.

Los salarios estadounidenses seguirán bajando debido a la competencia de los trabajadores extranjeros y a la deslocalización de las empresas. La distancia entre los ingresos de los obreros y los de los más ricos cuestionarán la legitimidad del sueño americano.

Los gastos de energía, agua, sanidad, educación, seguridad, jubilación y protección medioambiental requerirán una parte creciente de la renta de cada individuo. La financiación de los déficit interior y exterior será cada vez más ardua. La moneda estadounidense, que se convertirá en una divisa más política que económica, dejará de ser tan utilizada en algunos países, sobre todo en América Latina y Oriente Próximo, y el poderío de Estados Unidos se resentirá por ello. La rentabilidad del capital sólo se mantendrá de manera artificial aumentando constantemente el valor de los activos.

En otros lugares, en América Latina, Europa, África, Asia y Oriente Próximo, el modelo californiano se pondrá en tela de juicio hacia 2025 y la dominación estadounidense será rechazada. El modelo de la democracia de mercado también se cuestionará, incluso en el terreno de su éxito: pequeños Estados totalitarios obtendrán resultados perfectamente satisfactorios, y la democracia de mercado dejará de ser sinónimo exclusivo de éxito económico o de efica-

cia ecológica.

Hacia 2025 o 2030, Estados Unidos ya no será capaz de conservar en su territorio la mayor parte de los beneficios obtenidos por sus empresas; los gastos de organización, tanto internos como externos, se habrán incrementado de tal manera que el déficit estructural de su balanza de pagos llegará a ser insuperable. Asia, que seguirá asegurando la mayor parte de dicha financiación, necesitara entonces esos recursos para reducir las desigualdades entre regiones, luchar contra los disturbios urbanos y crear su propio sistema de seguros sociales y jubilaciones. Pekín decidirá no seguir financiando a bajo precio el déficit norteamericano e incluso repatriar los capitales invertidos en valores estadounidenses. Otros bancos centrales extranjeros empezarán también a equilibrar sus reservas con otras divisas. El Tesoro estadounidense deberá proponer un rendimiento mucho más alto para sus empréstitos, incrementando para los estadounidenses el coste de los nuevos contratos de venta a crédito, de los nuevos préstamos hipotecarios y de las deudas ajustadas tomando como referencia índices variables, como las tarjetas de crédito. Las familias estadounidenses tendrán que vender sus viviendas, que habían dado como garantía de sus créditos, y el precio de los bienes inmuebles bajará enormemente en Estados Unidos: la pirámide del crédito, cuya base es el valor de las viviendas de los estadounidenses, se desmoronará. Las familias endeudadas pasarán a ser insolventes. Las compañías de seguros exigirán el pago de las primas. El Estado federal, paralizado como todo el sistema financiero estadounidense, será incapaz de socorrer a los más débiles. La producción disminuirá, y el desempleo alcanzará proporciones desconocidas hasta ese momento. La crisis podría proceder también más directamente de la incapacidad del sistema financiero para conservar su ahorro, que irá depositándose de manera cada vez más especulativa en fondos gestionados en Internet desde paraísos fiscales. La rentabilidad de los capitales ya no podrá seguir manteniéndose elevando el valor de los activos. La crisis financiera estallará.

Todo esto se asemeja a lo que ocurrió, en otros tiempos, en Venecia, Génova, Amberes, Amsterdam, Londres, Boston y Nueva

York.

California dejará entonces hacia 2030 de reunir a la mayor parte de la clase creativa y de ser el centro de aplicación y financiación de las principales innovaciones industriales: la novena forma habrá llegado a su fin.

Estados Unidos podría entonces convertirse, bien en una socialdemocracia de tipo escandinavo, bien en una dictadura, o incluso en ambas cosas de forma sucesiva. No sería la primera vez que se produciría una sorpresa así: el primer dirigente que llevó a cabo la aplicación de los principios que permitieron salir de la crisis de la octava forma fue Mussolini; el segundo, Hitler. Roosevelt no fue más que el tercero.

Una décima forma del Orden mercantil mundial podría entonces ver la luz por uno u otro camino.

¿Es posible una décima forma mercantil?

Durante cada una de las nueve mutaciones precedentes del Orden mercantil, las convulsiones, ligeras mejorías y resistencias crearon en los contemporáneos la sensación de que la forma en ese momento existente, por muy amenazada que estuviera, no podría desaparecer, y que el «corazón» entonces vigente no dejaría nunca de ser la capital del mundo.

A menudo, el poder había incluso cambiado de manos sin que nadie, ni en el «corazón» en declive ni en sus alrededores, se hubiera dado cuenta realmente de ello: aunque los antiguos amos habían entrado en una decadencia irreversible y otros ocupaban ya su lugar, seguían creyendo que dominaban el mundo con sus productos y su cultura, con su diplomacia y sus ejércitos. Así ocurrió en su momento con Brujas, Venecia, Londres, Boston y Nueva York, y así ocurrirá un día con California.

Sin embargo, si la Historia tiene sentido, en treinta años o menos, cuando esta novena forma del Orden mercantil desaparezca, exhausta por los esfuerzos que habrá tenido que hacer para luchar

contra sus enemigos, dejará el sitio a otra forma, con otro «corazón», otras tecnologías y otras relaciones geopolíticas entre los continentes.

Es aquí donde la Historia que hemos contado en detalle en los capítulos precedentes encuentra su justificación: gracias a ella podremos dibujar con precisión el rostro del futuro.

Si esta décima forma se asemeja realmente a las nueve precedentes, se establecerán nuevos equilibrios entre las naciones; la libertad de las costumbres se extenderá; tecnologías nuevas permitirán reducir aún más el tiempo necesario para fabricar alimentos, prendas de vestir y medios de transporte y de entretenimiento; las inversiones industriales volverán a ser rentables; nuevos servicios serán transformados en productos industriales; nuevos trabajadores pasarán a ser asalariados precarios; nuevas energías sustituirán a las que escaseen; cada vez más riquezas se concentrarán en un número más restringido de privilegiados; y se ofrecerá a los consumidores y a los ciudadanos una mayor variedad de opciones que impondrá a los trabajadores nuevas formas de alienación.

El «corazón» de esta décima forma deberá ser, una vez más, una región extensa, provista de un puerto o aeropuerto de grandes dimensiones que domine las redes comerciales del mundo. En este nuevo «corazón», deberá reinar un clima relacional particularmente liberal y dinámico que permita que la clase creativa ponga en marcha, en su propio beneficio, ideas, técnicas, valores capaces de resolver los retos que afrontará entonces el Orden mercantil (es decir, en esta ocasión, reducir los costes de la sanidad, la educación y la seguridad), y de hacer surgir los nuevos objetos de consumo necesarios para reactivar el crecimiento mundial.

Lo más probable es que este décimo «corazón», si llega a aparecer, se sitúe, por cuarta vez, en alguna parte del territorio de Estados Unidos, porque este país seguirá siendo, incluso después de la crisis de 2025, la primera potencia militar, tecnológica, financiera y cultural del mundo y será, sin competencia imaginable, el mercado más vasto y el refugio más seguro para las élites y los capitales; porque Washington continuará siendo la capital política del mundo, y el

ejército estadounidense, la primera fuerza militar del planeta con diferencia; y porque Estados Unidos rehará un día sus finanzas tras encontrar los medios como lo hizo con el automóvil, más adelante con los electrodomésticos y finalmente con los objetos nómadas para reactivar el crecimiento mediante la producción industrial, aún por definir, de objetos nuevos.

Por otra parte, si una nueva ciudad norteamericana hubiera de convertirse en el décimo «corazón», estaría sin duda aún situada en la zona de California: en efecto, este Estado seguirá siendo el más dinámico a orillas del océano más concurrido del planeta, al menos durante cincuenta años más. Ningún otro Estado norteamericano estará en situación de rivalizar con él: el Estado de Nueva York estará industrialmente demasiado debilitado y el de Texas, muy aislado, presentará demasiadas carencias de infraestructuras.

El segundo «corazón» californiano (ya hubo dos «corazones» sucesivos en la Costa Este, Boston y Nueva York) estaría sin duda situado más al sur, en la frontera mexicana, cerca de otro gran país, de uno de los puertos más dinámicos del Pacífico (San Diego), de las industrias de defensa, espaciales, de telecomunicaciones y de microelectrónica, de los centros más importantes en biotecnologías y nano tecnologías (La Jolla) y de jóvenes excepcionales procedentes del mundo entero para estudiar en algunas de las mejores universidades del mundo (Stanford y Berkeley). Este décimo «corazón», que produciría nuevos objetos industriales y respondería a las necesidades del futuro, se extendería entonces desde el norte de México hasta el oeste de Canadá.

Sin embargo, existen a mi juicio pocas posibilidades de que tal esbozo llegue a verse realizado: dentro de veinte o treinta años, en el momento en que tenga lugar la crisis final de la novena forma, Estados Unidos estará cansado -cansado del poder y de la ingratitud de aquellos cuya seguridad habrá garantizado y que, pese a ello, seguirán considerándose como sus víctimas-. Tendrá necesidad de respirar, de ocuparse de sí mismo, de rehacer sus finanzas, de curar sus heridas, de mejorar el bienestar de sus propios habitantes, de concentrarse en sus preocupaciones y, sobre todo, de defenderse en su

propio suelo. Ya no estará dispuesto a asumir ni militar, ni financiera, ni políticamente las cargas inherentes al control del «corazón». No querrá ya correr el riesgo de padecer una guerra a domicilio. No tratará ya de manejar el mundo, que estará fuera del alcance de sus finanzas, de sus tropas, de su diplomacia. Sus ejércitos pasarán a ser fundamentalmente defensivos. Por otra parte, los actuales dirigentes de Washington ya sólo justifican la presencia de las tropas norteamericanas en el exterior en caso de defensa del territorio nacional y de protección de los ciudadanos estadounidenses.

Estados Unidos seguirá siendo, sin embargo, una gran potencia. No dejará de ser el imperio dominante y el «corazón» del Orden mercantil por resignación u obligación, sino por propia decisión.

Evidentemente, resulta difícil mostrarse más preciso sobre la fecha de esta renuncia. Pero la Historia nos enseña que la vida de los imperios es cada vez más breve: el Imperio romano de Occidente duró 1.058 años; el Sacro Imperio romano-germánico, 1.006 años; los imperios de Oriente, 400 años cada uno; los Imperios chinos, menos de tres siglos; los Imperios persas, mongoles y europeos, por lo menos dos o tres siglos; el Imperio holandés, dos siglos y medio; el Imperio británico, un siglo; el Imperio soviético, 70 años; las tentativas japonesas, alemanas e italianas, menos aún. Estados Unidos, que lleva siendo el imperio dominante desde hace unos 120 años, sobrepasa ya con mucho la media de los imperios más recientes y no tardará en dejar de dominar el mundo.

Esta perspectiva puede parecer inconcebible para muchos. En la actualidad, la mayoría de los dirigentes estadounidenses siguen pensando que el Imperio norteamericano será eterno; a fin de cuentas, para ellos Estados Unidos es una democracia, no un imperio; están investidos de una misión salvadora a nivel de toda la humanidad; se comportan como si el tiempo, es decir, Dios, no pudiera sino estar al servicio de sus intereses; como si Estados Unidos, invulnerable e irreprochable, fuese a dominar el mundo durante varios siglos más. En el resto del mundo, son también muchos los que siguen creyéndolo, incluso entre sus mayores adversarios, y algunos actúan incluso como si lo único que pudiera amenazar la eterni-

dad del poder estadounidense fuese su propio suicidio. No importa: dentro de tres décadas habrá que buscar el nuevo «corazón» del mundo en otra parte.

Otros lugares serían posibles. La Historia nos ha enseñado que no es necesario que un «corazón» esté situado en el territorio de la nación más extensa o más poblada para aspirar a esa condición; ni Brujas, ni Venecia, ni las ciudades que les sucedieron lo estaban. Para convertirse en «corazón», tuvieron que encontrar en sí mismas la energía, la fuerza creativa, el deseo de innovar, de producir a gran escala, de exponerse al mundo, de dominar. Según estos criterios, varias ciudades podrían, en veinte o treinta años, convertirse en candidatas.

Londres, en primer lugar, tendría los medios para ello: primera plaza financiera del continente europeo, polo de atracción de las élites del mundo y ciudad cercana a las dos universidades más grandes del mundo, seguirá reuniendo, dentro de veinte o treinta años muchas de las características inherentes a un «corazón»: una población diversificada, un puerto y un aeropuerto excepcionales, una capacidad creativa extraordinaria. Pero esto no bastará: la que fue la ciudad «corazón» del siglo XIX ya no contará ni con el territorio interior industrial, ni con la infraestructura de transportes Y de servicios públicos necesarios para producir los futuros objetos de consumo; la City ya no será más que una formidable plataforma financiera, a la vez sofisticada y frágil, que podría ser abandonada ante la menor incertidumbre tecnológica o militar, y de la cual huirán, en la venidera explosión de la burbuja inmobiliaria, muchos de quienes hoy la habitan.

El «corazón» podría estar también constituido por la vasta conurbación que se ha ido formando en Europa a lo largo de la línea de los trenes de alta velocidad, desde Londres hasta Franckfurt, pasando por Bruselas, Lille y París: allí existirá el poderío financiero e industrial necesario. Esto tal vez sería posible si la integración política, industrial y militar de algunos países de la Unión Europea, entre ellos Francia y Alemania, estuviera entonces lo bastante avanzada como para que se hubiera podido construir un poder políti-

co, industrial y militar fuerte, sin el cual ningún «corazón» podría desempeñar adecuadamente su papel. Esta región podría entonces sustituir a California, y el euro tal vez podría reemplazar al dólar. Pero sin duda esto no llegará a ocurrir, en todo caso no antes de fuertes sacudidas que se producirán mucho más tarde, y de las cuales hablaremos en los capítulos siguientes. En efecto, se necesitarían esa voluntad de existir, de dirigir, de avanzar juntos, de reunir los talentos procedentes de otros lugares, ese deseo de tomar el poder sobre el mundo, estimulado por el miedo a la carencia, y ese coraje para arriesgar el alma y la vida, que modelaron en el pasado todos los «corazones», pero que no parecen ya tener razón para manifestarse si no es ante terribles amenazas, que a esta parte de Europa llegarán más tarde.

Otro «corazón» podría surgir en los países escandinavos, entre Estocolmo, Helsinki y Oslo. Allí hay un clima relacional excepcional, industrias punteras, excelentes universidades, recursos petrolíferos muy importantes, un alto nivel educativo, mucha seguridad, una protección social excepcional y una elevada calidad de vida, que, paradójicamente, el calentamiento climático vendrá a mejorar aun cuando amenace las costas. Estas ciudades podrían incluso atraer a una extensa clase creativa procedente del resto del mundo. Pero, a mi juicio, los países nórdicos, atentos a protegerse de los peligros del mundo, se negarán a inmiscuirse en los asuntos ajenos, salvo como diplomáticos discretos, ya que no tendrán ganas de atraer la atención de los enemigos de la libertad. Se negarán, pues, a desempeñar el papel de «corazón», porque éste no es nunca neutral.

Ninguna otra ciudad, ningún otro puerto de Europa estará preparado para asegurar los gastos de protección y de expansión de un «corazón»: el «corazón», por tanto, no va a cruzar de nuevo el Atlántico.

Tokio será otra de las candidatas: hacia 2030, su industria dispondrá aún de cierta ventaja sobre la de los demás países del contorno asiático del Pacífico, y desempeñará un papel muy importante en la concepción de los futuros objetos. Pero la capital de Japón no supo aprovechar su oportunidad en la década de 1980; y en 2030

tampoco será capaz de crear valores universales: la libertad individual no es su ideal filosófico. Tampoco sabrá atraer un número suficiente de talentos extranjeros. Por otra parte, sin una reconciliación con China y Corea, Japón no estará en situación de asumir el papel de protector político de la periferia y del territorio interior, y menos aún el papel militar planetario que ha de ser responsabilidad del «corazón».

Otras dos ciudades de Asia, Shangai y Bombay, serán hacia 2030 las ciudades más importantes de las dos mayores potencias económicas del mundo; también ellas podrían, pues, aspirar a convertirse un día en el «corazón» del Orden mercantil. De hecho, tanto una como otra serán puertos muy importantes que recibirán los productos de un inmenso territorio interior al que aportarán lo que vaya llegando del resto del mundo. Pero para poder convertirse en ese «corazón» deberían ser capaces de crear redes de comunicación e infraestructuras urbanas, legislativas, policiales, militares, tecnológicas; ser capaces de estabilizar su entorno político y generar los puestos de trabajo necesarios para ocupar a una población rural excesiva. A mi juicio, ninguna de las dos ciudades lo conseguirá, en todo caso en las tres próximas décadas: demasiado ocupadas en resolver sus problemas internos, pendientes de la amenaza de tener que afrontar las rebeliones de otras provincias menos privilegiadas y desprovistas de las infraestructuras más elementales, no estarán listas a tiempo para tomar el relevo de la novena forma.

Australia también estará sin duda en situación de convertirse en «corazón», aunque un día muy lejano: nuevo Estados Unidos, cuenta con el mismo dinamismo, la misma capacidad de acoger a inmigrantes y la misma voluntad de desarrollar tecnologías de futuro, e incluso con uno de los puertos más importantes del mundo; pero todavía está demasiado poco poblada, demasiado apartada del resto del mundo. Habría que hacer, en el transporte de mercancías, enormes progresos que pusieran Sidney a menos de cuatro horas de avión de Los Ángeles o de Tokio, y a cinco días de barco; y una población de al menos 100 millones de habitantes. Parece que esto será inalcanzable durante mucho tiempo.

Rusia y Canadá, a pesar de tener un clima más templado tras el calentamiento climático, no serán, sin embargo, candidatos creíbles. El Islam soñará también con acoger el «corazón», ya sea en El Cairo, en Ankara, en Bagdad o en Yakarta. Pero en 2035 estará lejos de disponer de los medios industriales, financieros, culturales y políticos para ello; necesitaría una libertad intelectual hoy en día impensable.

Sin embargo, sería hermoso que la migración de los «corazones» continuara hacia el oeste, prosiguiendo el camino emprendido hace tres mil años, y pasara sucesivamente por Japón, China, Australia, la India, para desembocar finalmente, un día, en Oriente Próximo, donde se concibió el Orden mercantil. Cabría incluso imaginar que el «corazón» se detuviera en Jerusalén, convertida en capital de todos los Estados de la región, por fin en paz unos con otros. Convertida incluso en *ciudad mundo* -¿por qué no?-, en capital planetaria del conjunto de las democracias de mercado, o en capital de una democracia de mercado planetaria.

A la espera de la realización de esta lejanísima utopía, de la que hablaremos más adelante en la tercera ola del futuro, ningún «corazón » tomará el relevo de Los· Ángeles. Durante un lapso muy largo de tiempo, hasta que se levanten las tres olas siguientes del futuro, no se necesitará ya un «corazón» para que el Orden funcione: el mercado será ya lo suficientemente poderoso, y el coste del intercambio de datos lo suficientemente reducido, para que los miembros de la clase creativa no tengan ya necesidad de vivir en el mismo lugar para dirigir el mundo; la nueva industria se instalará en miles de emplazamientos distintos a la vez; la forma mercantil funcionará sin «corazón».

Con ello, el capitalismo ganará en viveza, en dinamismo, se hará más prometedor, más dominador. Quienes hayan anunciado sus funerales habrán perdido el tiempo, una vez más.

4

LA PRIMERA OLA DEL FUTURO: EL HIPERIMPERIO

Tanto en Estados Unidos como en otros lugares, son muchos los predicen que, en lo sucesivo, la Historia ya sólo contará la generalización del mercado y la democracia, dentro de las fronteras de cada país; es lo que llaman el *final de la Historia*. Esta evolución, dicen, se producirá de forma natural, pacífica. Según ellos, no exigirá una guerra de las democracias contra las últimas dictaduras; no fue bombardeando Moscú, explican, como se puso fin a la Unión Soviética, ni será tampoco bombardeando y ocupando Bagdad como se «democratizará» Irak. Ni siquiera recurriendo a sanciones económicas: ningún embargo, sostienen, ha conseguido vencer nunca a una dictadura. Los pueblos -así lo esperan quienes así piensan- se liberarán por sí solos, en virtud del simple juego del crecimiento económico, de la transparencia de la información y de la expansión de las clases medias. El Orden mercantil, prevén, será entonces *policéntrico*, es decir, una yuxtaposición de un número creciente de democracias de mercado en torno a algunas potencias dominantes.

Ciertamente se producirá una situación así: entre 2025 y 2035, la desaparición de la novena forma dará paso a un mundo sin dueño, vagamente coordinado por algunas potencias relativas. Pero no creo que dicha situación pueda durar: al cabo de poco tiempo, siguiendo el hilo de la Historia, surgirá un mundo totalmente distinto: un mercado sin democracia. Hacia 2050, bajo el peso de las exigencias del mercado y gracias a los nuevos medios tecnológicos, el orden del mundo se unificará entorno a un mercado planetario, sin Estado. Comenzará lo que voy a denominar el *hiperimperio*, que desmantelará primero los servicios públicos, luego la democracia y finalmente los Estados y las naciones.

Este mercado mundial unificado y sin Estados permanecerá fiel durante mucho tiempo a los valores del antiguo «corazón» californiano. Del mismo modo que los valores culturales de Londres se asemejaron a los de Amsterdam, los de Boston a los de Londres, y los de Los Ángeles a los de Nueva York, el hiperimperio seguirá siendo parcialmente estadounidense; como veremos, sus objetos de consumo serán, en gran medida, la prolongación de los objetos nómadas, como también lo serán su cultura (mestiza), su modo de vida (precario), sus valores (individualistas), su ideal (narcisista).

Así comenzará la primera fase del futuro. Luego, como veremos, vendrán una serie de guerras de extremada violencia que conducirán a un *hiperconflicto*. Finalmente, ante el proceso del hiperimperio y del hiperconflicto, nuevos valores conducirán a un nuevo equilibrio, a escala mundial, entre democracia y mercado, a la *hiperdemocracia* planetaria.

La generalización de la democracia de mercado: el mundo policéntrico

En todos los lugares donde reinan todavía las dictaduras, es decir, fundamentalmente en China y en el mundo musulmán, el crecimiento mercantil creará hacia 2035 una clase media que derribará la dictadura y establecerá una democracia parlamentaria.

A partir de ese momento, como ocurrió hace dos siglos, se asistirá a la generalización -progresiva y paralela, caótica e irreversible- del mercado en el mundo entero y luego de la democracia, es decir a la generalización de la democracia de mercado.

El fenómeno afectará incluso a Egipto, Indonesia, Nigeria, el Congo, China e Irán. Todos estos países serán arrastrados, intactos o en pedazos, por la misma lógica que antaño derroco a las dictaduras chilena, española, rusa o turca. El Islam, el hinduismo, el confucianismo no se opondrán ya a la democracia; cada una de estas antiguas sabidurías llegará incluso a reivindicar su paternidad.

La celebración de elecciones libres no bastará, claro está, para

instaurar de forma duradera dichas democracias de mercado: los ejemplos de Irak, Argel o Costa de Marfil demuestran que las elecciones, aunque sean libres, pueden incluso hacer retroceder la democracia si no van acompañadas de instituciones estables, tanto económicas como políticas, y si, por parte de los ciudadanos, no existe un auténtico deseo de vivir juntos. Será preciso que esos países, como lo hicieron todos los demás antes que ellos, se vayan dotando progresivamente de constituciones laicas, de parlamentos, de partidos políticos, de sistemas jurídicos y policiales que respeten los derechos humanos, y de una verdadera pluralidad de la información. Esto les llevará tiempo: no habrá que exigirle a Asia y África lo que, en su momento, nadie le exigió a Europa.

Para ayudarlos en esta tarea, más que de sus misiles, las naciones ya democráticas deberán servirse de sus propios valores y de sus instituciones; deberán abrir sus mercados a las empresas, a los productos y a los estudiantes procedentes de esos países, en los que deberán asimismo financiar inversiones generadoras de empleo, apoyar nuevos medios de comunicación, favorecer el nacimiento de una agricultura moderna, de un sistema bancario, de una seguridad social, de un sistema jurídico y policial, y finalmente promover periódicos, radios, nuevas élites y organizaciones no gubernamentales.

A lo largo de este proceso, algunas etnias, regiones, pueblos, decidirán no seguir viviendo los unos con los otros; algunas regiones ricas se desembarazarán de la carga de regiones pobres, como hizo Chequia con Eslovaquia. Entre las democracias existentes, Flandes podría decidir separarse de Valonia, la Italia del norte, de la del sur, Cataluña, del resto de España; Escocia podría reclamar su independencia; los kurdos podrían disociarse de los demás iraquíes; y los indios o los indonesios podrían incluso alejarse unos de otros. Los Estados de África y Asia que se crearon artificialmente por la colonización volarían entonces en mil pedazos. Más de cien nuevas naciones podrían ver la luz antes de finales de este siglo.

En cada una de estas democracias, como en las antiguas, una parte creciente de la renta nacional irá a parar a los presupuestos

públicos y a los sistemas de seguros sociales y privados, que repartirán los riesgos relacionados con la salud y el envejecimiento. Este proceso irá acompañado por la progresiva desaparición de las clases campesina y obrera, y por el desarrollo de las clases medias, menos sometidas a las penurias del trabajo, y mejor dotadas para contentarse con libertades formales y bienestar material.

Mientras la democracia y el mercado sigan siendo fuerzas iguales, se repartirán sus campos de competencia y respetarán sus fronteras; el Orden mercantil se organizará como una yuxtaposición de democracias de mercado; el mundo será policéntrico, con una o dos potencias destacadas en cada continente: Estados Unidos, Brasil, México, China, la India, Egipto, Rusia y la Unión Europea (aunque esta no presentará todos los atributos de un Estado). A estos Estados se unirá Nigeria, si aún existe, lo cual es poco probable. Estas nueve naciones juntas, convertidas en dueñas del orden policéntrico, formarán un gobierno informal del mundo del que hablaré con más detenimiento a propósito de la tercera ola del futuro. Volveremos a encontrarlas en el Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas y en el G8.

Un orden policéntrico así, sin embargo, no podrá mantenerse: el mercado es por naturaleza conquistador; no acepta límites, reparto de territorios, ni treguas. No firmará ningún tratado de paz con los Estados y se negará a concederles competencias. Pronto se extenderá a todos los servicios públicos y despojará a los gobiernos (incluso los de los Estados rectores del orden policéntrico) de sus últimas perrogativas, entre ellas la de la soberanía.

Aun cuando naciones, agencias de regulación y organizaciones internacionales van a tratar, durante un tiempo, de contener y limitar los mercados, las potencias industriales, financieras y tecnológicas, ya sean legales o ilegales, se negarán a aceptar todo equilibrio policéntrico, modificarán las fronteras sin cesar y harán la competencia a todos los servicios públicos, uno detrás de otro. Luego, los servicios de educación, los de sanidad y los vinculados al ejercicio de la soberanía, hoy en día desempeñados en su mayor parte por agentes públicos, dejaran por completo de ser públicos: médicos,

profesores, jueces y soldados se convertirán en asalariados del sector privado.

Finalmente, estos servicios, que, debido al envejecimiento del planeta, la urbanización masiva, la inseguridad creciente, los retos ecológicos y la necesidad de formarse de manera permanente, resultaran cada vez más costosos en tiempo y en dinero, serán sustituidos, como lo fueron otros en el pasado, por objetos industriales fabricados en serie. Comenzará -en realidad está comenzando ya-, entre las democracias de mercado y el mercado, una formidable batalla geopolítica por la supremacía planetaria. Esta batalla conducirá a la victoria, hoy impensable, del capitalismo sobre Estados Unidos, e incluso del mercado sobre la democracia. Ésta es su historia.

El objetivo sustituto del estado: de la hipervigilancia a la autovigilancia

Poco a poco los mercados irán encontrando nuevas fuentes de rentabilidad en las actividades hoy ejercidas por los servicios públicos: educación, sanidad, medio ambiente, soberanía. Algunas empresas privadas querrán comercializar dichas funciones y luego reemplazarlas por productos de consumo fabricados en serie que encajarán perfectamente en la dinámica del progreso técnico que empezó con los orígenes del Orden mercantil.

Primero se buscarán (y se encontrarán) medios nuevos para almacenar mayor cantidad de información y energía en contenedores cada vez más reducidos y, en particular, para reducir tanto el consumo de energía, materias primas y de agua, como sus consecuencias en el medio ambiente. Para conseguirlo, se desarrollarán tecnologías que permitirán almacenar energía e información en realidades nanométricas: de ahí la denominación de *nanotecnologías*. Se investigará para lograr la construcción de nanomáquinas por ensamblaje de moléculas, lo cual exigirá localizar los átomos, manipularlos y situarlos. Gracias a nuevas tecnologías se economizara el agua, los bosques y el petróleo, y se utilizarán recursos toda-

vía inciertos como las riquezas marítimas y las del espacio. Habrá microprocesadores que emplearán biomoléculas de ADN y de los péptidos que servirán para fabricar nanoordenadores. Nanocentrales de energía utilizarán pilas de hidrógeno. Los autocopiadores serán capaces de repararse a si mismos y de reproducirse. Por otra parte, algunos importantes progresos técnicos mejorarán la eficacia ecológica de los materiales, de la propulsión, de la aerodinámica, de las estructuras, de los combustibles, de los motores y de los sistemas.

Estas tecnologías modificarán radicalmente el sistema de producción de los objetos actuales: permitirán consumir mucha menos energía por unidad producida y gestionar mejor el agua potable, los desechos urbanos y las emisiones contaminantes, y mejorarán las características de los productos alimentarios, la ropa, las viviendas, los vehículos, los electrodomésticos y los objetos nómadas.

Otros objetos nómadas miniaturizarán los medios para informar, comunicar y transportar, aumentando enormemente la ubicuidad nómada. El objeto nómada único será integrado en el cuerpo de una manera u otra. Servirá de sensor y de mecanismo de control. Algunas materias plásticas concretas, recuperables y reciclables, permitirán transformar las prendas de vestir en objetos nómadas conectados. Otras materias plásticas se convertirán en pantallas desechables, lo cual posibilitará la creación de paredes-imágenes en lugares públicos y en casas conectadas; esto transformara profundamente la manera de iluminar, de construir, de leer, de habitar, de vivir el nomadismo. Robots personalizados ayudarán a los inválidos -y con el tiempo a toda la población- en su vida cotidiana, y nos permitirán participar simultáneamente en varias reuniones virtuales y reproducir -al menos virtualmente- a una persona desaparecida o fantaseada. Gracias a los coches autoguiados ya no tendremos que conducir, al menos en la autopista. Aviones hipersónicos comunicarán Tokio y Los Ángeles con cualquier punto del Pacifico en menos de cuatro horas, y habrá barcos que recorrerán la distancia entre dos puertos cualesquiera de Asia en menos de veinticuatro horas y que reducirán la travesía del Pacífico a tres días. Varias sociedades

privadas enviarán turistas a hoteles situados en órbita y organizarán viajes a la Luna e incluso a Marte.

Hacia 2040, se pondrá en marcha la mayor parte de este proceso, que reducirá enormemente el coste de organización de las democracias de mercado, restablecerá la rentabilidad de la industria, reducirá progresivamente a la nada el papel de los Estados, y destruirá poco a poco el orden policéntrico: nuevos objetos tomarán el relevo de los automóviles, las lavadoras y los objetos nómadas, como motores del crecimiento: serán objetos de *vigilancia* que reemplazaran muchas de las funciones del Estado y a los que voy a denominar *vigilantes*.

Los servicios de educación, sanidad y soberanía serán así progresivamente reemplazados -como ocurrió con los transportes, los servicios domésticos y la comunicación- por máquinas producidas en serie; una vez más, esto abrirá nuevos mercados a las empresas e incrementará la productividad de la economía. Puesto que en esta ocasión la transformación afectará a servicios fundamentales del orden social, incluso constitutivos de los Estados y de los pueblos, los vínculos existentes con el imaginario individual y colectivo, con la identidad, la vida, la soberanía, el saber, el poder, la nación, la cultura y la geopolítica, sufrirán modificaciones.

Y es en este punto donde se sitúa la revolución más profunda que nos espera en el próximo medio siglo.

Estos *vigilantes* no serán fruto de la imaginación de investigadores estrafalarios o de técnicos iluminados: responderán a los imperativos financieros del Orden mercantil, siempre al acecho de nuevos medios para reducir el tiempo de producción de los objetos existentes, aumentar la capacidad de las redes, reducir los gastos colectivos, valorizar el uso del tiempo, y transformar deseos y necesidades en riquezas mercantiles.

Este proceso se desarrollará en dos etapas: la *hipervigilancia* y la *autovigilancia*.

Cuando la ley del mercado comience a prevalecer sobre la de la democracia, las empresas privadas empezarán a hacer la competencia a los servicios públicos de educación, sanidad y seguridad y, con

el tiempo, incluso a los de justicia y soberanía. Los Estados estarán obligados a dispensar el mismo trato a las cadenas de clínicas extranjeras que a los hospitales públicos, a las filiales de universidades privadas extranjeras que a las universidades nacionales.

Compañías privadas de seguridad, de policía e información competirán con los cuerpos de policía nacionales en las labores de vigilancia de los movimientos y de los datos; trabajarán bajo las órdenes de compañías de seguros y empresas deseosas de saberlo todo sobre tanto de los riesgos que corren, como de sus empleados, clientes, proveedores y competidores; y deseosas así mismo de proteger sus activos -materiales, financieros, intelectuales- de diversas amenazas. Este desplazamiento hacia lo privado reducirá poco a poco los gastos públicos y ayudará a economizar los recursos que escaseen. Se inscribirá, como hemos visto anteriormente, en la marea provocada por la aparición de servicios que permitirán rastrear objetos y personas. La ubicuidad nómada será relevada por la hipervigilancia cuando quien se encuentre conectado deje huellas de su paso.

Los derechos sociales y los servicios administrativos acabarán, siendo gestionados por servicios privados. Se podrá agilizar la recepción de un documento administrativo o de un subsidio pagando un poco más: esto ya está ocurriendo en Gran Bretaña. A partir de ese momento, el Estado quedará descargado de innumerables decisiones, confiadas a autoridades independientes que le eximirán de toda responsabilidad.

Dicho de otra manera, a cambio de una reducción de los impuestos que favorecerá sobre todo a los más ricos, los servicios públicos pasarán a ser de pago, lo cual penalizará a los más pobres. Y como esas empresas privadas en competencia deberán invertir sumas considerables para atraer a los clientes, cosa que no tiene que hacer un servicio público, el coste final del servicio para el cliente incrementará en la misma proporción.

Los usuarios, particulares o empresas, se convertirán en consumidores que deberán hacerse cargo directamente del coste de esos servicios, ya sea mediante un pago directo a quienes los prestan, ya sea mediante el abono de primas a compañías de seguros -privadas

o públicas-. Estos pagos serán los sustitutos de los impuestos, que disminuirán enormemente.

Estas compañías de seguros no sólo exigirán que sus clientes paguen sus primas (para asegurarse contra la enfermedad, el desempleo, el deceso, el robo, el incendio, la inseguridad), sino que verificarán además que se ajusten a unas *normas* para minimizar los riesgos que tendrán que cubrir llegando progresivamente a dictar normas planetarias (¿que comer?, ¿que saber?, ¿cómo conducir?, ¿cómo comportarse?, ¿cómo protegerse?, ¿cómo consumir?, ¿cómo producir?). Penalizarán a los fumadores, a los bebedores, a los que no pueden obtener un empleo, a los desprotegidos, a los agresivos, a los imprudentes, a los torpes, a los distraídos, a los derrochadores. La ignorancia, la exposición a los riesgos, el despilfarro, la vulnerabilidad se considerarán como enfermedades. Las demás empresas deberán también acatar unas normas con el fin de reducir los riesgos de catástrofes industriales, accidentes de trabajo o agresiones externas, incluso de despilfarro de recursos reales. En cierto modo, todas las empresas se verán así empujadas a tener en cuenta el interés general a la hora de tomar decisiones. Algunas incluso convertirán su «ciudadanía» en una de las dimensiones de su imagen y su actuación.

Con el incremento de los riesgos relacionados con el envejecimiento, el crecimiento urbano, las catástrofes provocadas por los desarreglos ecológicos, la proporción de la renta nacional dedicada esas primas de seguros irá aumentando poco a poco, al tiempo que disminuirá la que se asigne a las retenciones obligatorias.

Las empresas deberán respetar las normas que las compañías de seguros y, a la vez, exigir a sus colaboradores -que pagarán una parte de sus cotizaciones- que respeten otras normas: no descuidar su salud, sus conocimientos, su seguridad y sus propiedades, así como economizar los recursos escasos, cuidarse, formarse y protegerse -y, de manera más general, *estar en forma*- se convertirán en comportamientos socialmente necesarios.

Así, para que las compañías de seguros sean económicamente rentables, cada cual -persona particular o empresa- deberá aceptar

que un tercero verifique que se ajusta a las normas y para ello, tendrá que acceder a vivir vigilado.

«Vigilancia» será pues un término clave de los tiempos venideros.

En primer lugar se impondrá una *hipervigilancia*. Las tecnologías permitirán saberlo todo tanto acerca de los orígenes de los productos como del movimiento de los seres humanos, lo cual en un futuro más lejano, tendrá también aplicaciones militares fundamentales. Sensores y cámaras miniaturizadas, instalados primero en todos los lugares públicos, luego en los privados, la oficinas y zonas de descanso, y finalmente en los objetos nómadas mismos, vigilarán las idas y venidas; el teléfono nos permite ya comunicarnos y ser localizados; y, gracias a técnicas biométricas (huellas dactilares, iris, forma de la mano y del rostro), será posible la vigilancia de los viajeros, de los trabajadores, de los consumidores. Innumerables máquinas de análisis permitirán vigilar la salud de un cuerpo, de una mente o de un producto. El objeto nómada único será localizable de manera permanente. Todos los datos que contenga, incluidas las imágenes de la vida, cotidiana de cada cual, serán almacenados y vendidos a empresas especializadas y a policías públicas y privadas. Los datos individuales de salud y competencias serán actualizados por bases de datos que permitirán organizar test de predicción con vistas a tratamientos preventivos. El encarcelamiento será progresivamente reemplazado por la vigilancia a distancia de un arresto domiciliario.

Nada quedará ya oculto; la discreción, hasta ese momento condición de la vida en sociedad, ya no tendrá razón de ser. Todos lo sabrán todo acerca de todos: se evolucionará hacia una menor culpabilidad y una mayor tolerancia. El olvido estaba ayer teñido de remordimiento; mañana, con la transparencia, el remordimiento desaparecerá. Y, para disgusto de los periódicos sensacionalistas, la curiosidad fundamentada en el secreto, también se desvanecerá. Y con ella, también la celebridad.

Un poco más adelante, hacia 2050, el mercado no se contentará con organizar la vigilancia a distancia: objetos industriales produ-

cidos en serie permitirán que cada individuo *autovigile* su propia conformidad con las normas: aparecerán los *autovigilantes*. Cada cual -empresa o persona particular- podrá vigilar su consumo de energía, de agua, de materias primas, gracias a unas máquinas, y mediante otras, tendrá la posibilidad de autovigilar sus ahorros y su patrimonio. Esas máquinas permitirán también ganar tiempo de vida. Ya el espejo, la balanza, el termómetro, el test de alcoholemia, de embarazo, los electrocardiógrafos e innumerables sensores miden parámetros, los comparan con un valor considerado normal y anuncian sus resultados a cada cual. Las tecnologías potenciaran estos medios de vigilancia portatil: gracias a las nanofibras, se integraran en las prendas de vestir ordenadores que miniaturizarán aun más estos autovigilantes del cuerpo. Pulgas electrónicas subcutáneas registrarán constantemente los latidos del corazón, la presión arterial, y el índice de colesterol, y microprocesadores conectados con distintos órganos vigilarán las desviaciones de su funcionamiento con respecto a la norma. Cámaras miniaturizadas, sensores electrónicos, biomarcadores, nanomotores, nanotubos (sensores microscópicos que se podrán introducir en los alvéolos pulmonares o en la sangre) permitirán que cada cual mida permanentemente -o periódicamente- los parámetros de su propio cuerpo.

En materia de educación e información, aparecerán asimismo instrumentos y programas informáticos de autovigilancia de la conformidad respecto a las normas del saber que organizarán la verificación de los conocimientos: la ubicuidad nómada de la información se convertirá en control permanente del saber.

Todavía durante algún tiempo, sólo los médicos y profesores (que colaborarán en la producción y la experimentación de estos autovigilantes) estarán autorizados para servirse de ellos. Luego estos objetos se miniaturizarán, se simplificarán, se fabricarán a muy bajo coste y se pondrán a disposición de toda la población, pese a la fuerte oposición de los expertos con los que entrarán en competencia. La vigilancia se volverá nómada y autónoma. Cada cual renovará con pasión dichos instrumentos: el temor a la degradación física y a la ignorancia, la creciente familiaridad con los objetos nómadas,

la desconfianza cada vez mayor hacia los gremios médicos y docentes, y la fe en la infalibilidad tecnológica abrirán vastos mercados a esas diversas gamas de aparatos. Las compañías de seguros empujarán en esta dirección, atentas a ajustar permanentemente sus primas a la evaluación de los riesgos a los que está expuesto cada uno de sus clientes, a los que, por tanto, exigirán que demuestren que utilizan autovigilantes.

Los médicos se encargarán entonces de tratar enfermedades que en el pasado no podrían haberse detectado y los profesores se convertirán en tutores de quienes hayan sido señalados como refractarios al saber.

Una vez más, servicios colectivos, en esta ocasión estatales, se convertirán en objetos industriales producidos en serie. Todo cuanto viene preparándose desde hace algunas décadas tendrá su desenlace: cada cual se convertirá en su carcelero y, al mismo tiempo, la libertad individual alcanzará su paroxismo, al menos en el ámbito de la imaginación.

Después de los autovigilantes llegarán -de hecho están llegando ya- autorreparadores que permitirán subsanar los errores detectados por los autovigilantes. Una de las primeras formas de esta reparación habrán sido las industrias del maquillaje, la belleza, la moda, la dietética, la gimnasia, la puesta en forma y la cirugía estética, que con el envejecimiento mundial resultarán cada vez necesarias. Se comenzará por integrar *dispositivos de autorreparación* en sistemas artificiales tales como máquinas, puentes, inmuebles, automóviles, electrodomésticos y objetos nómadas. Luego los microprocesadores, fabricados primero con materiales orgánicos, y con el tiempo a partir de biomateriales, se encargarán de reparar los cuerpos. Administrarán medicamentos a intervalos regulares e introducirán microcápsulas en la sangre con la misión de localizar y destruir un principio de cáncer, y luchar contra el envejecimiento del cerebro y del cuerpo. Si se llegan a conocer los mecanismos genéticos de las dependencias, se podrá también intentar bloquear sus manifestaciones. Un día incluso será posible manipular el interior de las células sin alterarlas para reparar *in vivo* los órganos humanos.

Más allá de estos objetos, cada individuo deseará disponer de servicios y accesorios de viaje para la última travesía: la valorización del tiempo se extenderá a la comercialización de medios para alcanzar la eternidad. En lugar de vender «indulgencias», como antaño la Iglesia, el mercado venderá servicios de suicidio, de muerte médicamente asistida y de criogenización, y se comercializaran máquinas que permitirán organizar simulacros de agonía, semisuicidios, experiencias de cuasimuerte, y aventuras extremas sin garantía de regreso.

Ulteriormente gracias a los progresos de las neurociencias será posible acceder, mediante un acto puramente mental, a conocimientos o informaciones almacenados en bases de datos externas a nuestra memoria. Prótesis biónicas, directamente conectadas con el cerebro, ayudarán a tender puentes entre saberes, a producir imágenes mentales, a viajar, a aprender, a fantasear, a comunicarse con otras mentes. Actualmente ya es posible desplazar un cursor sobre una pantalla gracias a una imagen mental transmitida a un ordenador a través de un implante electrónico situado en el cortex motor. Un tetrapléjico, por tanto, ya puede escribir quince palabras por minuto, por simple transmisión del pensamiento, y enviarlas por e-mail: la telepatía es ya una realidad. Mañana, estos procesos permitirán proporcionar nuevas formas de comunicación directa a través de la mente, así como mejorar el proceso de aprendizaje y de creación en red, y se convertirán también en fuente de emociones artísticas nuevas.

El desmantelamiento de los estados

Estas tecnologías intervendrán en el momento en que los gastos colectivizados sean cada vez más importantes y, país por país, sector por sector, irán reduciendo progresivamente el papel del Estado y de las instituciones de previsión públicas. Así, tras haber aumentado, la participación de los gastos colectivos sobre la renta nacional de cada país disminuirá enormemente.

El crecimiento de los mercados en el mundo policéntrico actuará entonces en el mismo sentido que dichas tecnologías y contribuirá también a debilitar enormemente los Estados. Las grandes empresas, con el apoyo de miles de sociedades especializadas, influirán primero sobre los medios de comunicación -mediante un chantaje publicitario- con el fin de orientar las decisiones de los ciudadanos y, poco a poco, irán debilitando los Estados.

En un primer momento, cuando las minorías ricas se percaten de que les resulta más beneficioso qué un determinado ámbito esté sometido al mercado, en lugar de al voto, harán todo lo posible para que dicho ámbito sea privatizado. Así, por ejemplo, cuando una minoría rica piense que el sistema de jubilaciones por reparto no se ajusta ya a sus intereses, lo transformará en un sistema de jubilaciones por capitalización, de manera que sus pensiones no dependan ya de una decisión, mayoritaria que podría serle desfavorable. Lo mismo ocurrirá con lo tocante a la sanidad, la policía, la educación y el medio ambiente.

A continuación, el mercado, planetario por naturaleza, quebrantará las leyes de la democracia, local por naturaleza. Los miembros más ricos de la clase creativa (unos 100 millones de entre los 2.000 millones que poseen acciones, activos móviles y conocimiento nómada) considerarán su estancia en cualquier país (incluido su país natal, aunque sea uno de los dueños del orden policéntrico) como contrato individual que excluye toda lealtad y toda solidaridad sus compatriotas; se expatriarán si estiman que su dinero podría ser más rentable en otro lugar.

De la misma manera, cuando las empresas -incluidas las de las naciones convertidas en dueñas del orden policéntrico- estimen que la fiscalidad y el derecho que se les aplican no son los más faborables que podrían esperar, desplazarán sus centros de decisión fuera de su país de origen.

Los Estados competirán entonces entre sí reduciendo enormemente los impuestos sobre el capital y la clase creativa, lo cual les irá privando progresivamente de la mayor parte de sus recursos; exangües presionados también por la aparición de los autovigilantes, los

Estados dejarán en manos del mercado la tarea de ofrecer la mayor parte de los servicios relacionados con la educación, la sanidad, la seguridad e incluso la soberanía. Primero, deslocalizaran los servicios públicos y trasladándolos a países con bajo coste de mano de obra y, con el tiempo, privatizándolos. Entonces los impuestos bajaran, y las rentas mínimas y las leyes que protegen a los más débiles se eliminaran: la precariedad, por tanto, se generalizará.

Al no haber Estado, las empresas se preocuparán cada vez más de los consumidores, y menos de los trabajadores, cuyos ingresos disminuiran. Las tecnologías de la autovigilancia organizarán y aceleraran este proceso favoreciendo al consumidor frente al usuario, priorizando los beneficios frente a los salarios, otorgando cada vez más poder a las compañías de seguros y proporcionando más entretenimiento a los productores de autovigilantes.

Comenzará entonces -lo más tardar hacia 2050- un lento desmantelamiento de los Estados, algunos de ellos de más de mil años de antigüedad. La clase media, actor principal de la democracia de mercado, se encontrará de nuevo con la precariedad de la que creía haber escapado para siempre al separarse de la clase obrera, y el contrato prevalecerá cada vez más sobre la ley, los mercenarios sobre los ejercitos y los cuerpos policiales, y los árbitros sobre los jueces. Los juristas de derecho privado estarán en boga.

Durante algún tiempo, los Estados de los países dueños del orden policéntrico podrán aún fijar algunas reglas de su vida social. La mayoría de edad política coincidirá con la mayoría de edad económica, es decir, la edad a la que el niño se convertirá en un consumidor autónomo. Totalmente desconcertados, los partidos políticos de todos los países buscarán -cada vez más en vano- esferas de competencia: ni la izquierda ni la derecha podrán impedir la privatización progresiva de la educación, la sanidad, la seguridad y los seguros, ni la sustitución de esos servicios por objetos producidos en serie, ni tampoco el inminente advenimiento del *hiperimperio*. La derecha acelerará incluso dicho advenimiento mediante privatizaciones. La izquierda hará otro tanto proporcionando a la clase media los medios para acceder más equitativamente a la mercantili-

zación del tiempo y al consumo privado. La apropiación pública de las grandes empresas habrá dejado de ser una solución creíble, y el movimiento social ya no tendrá fuerza suficiente para oponerse a la mercantilización del mundo. Gobiernos mediocres, con el apoyo de escasos funcionarios, y parlamentarios desacreditados y manipulados por los grupos de presión seguirán con su antigua representación ante un público cada vez más reducido que se los tomará cada vez menos en serio: el interés de la opinión pública por sus hechos y sus gestos no será mucho mayor que el que muestra hoy en día por las hazañas de los últimos monarcas del continente europeo.

Las naciones ya no serán más que oasis en competencia para atraer a caravanas de paso; su nivel de vida dependerá de los escasos recursos que aporten aquellos nómadas que acepten detenerse en ellos el tiempo suficiente para producir, comerciar y distraerse. Los únicos habitantes estables de cada país serán los sedentarios -incapaces de abandonarlo por ser demasiado enemigos del riesgo, demasiado frágiles, demasiado jóvenes o demasiado viejos- y los más débiles, en algunos casos llegados de otros lugares con la esperanza de encontrar un marco de vida más aceptable.

Solo se desarrollarán los Estados que hayan sabido ganarse la lealtad de sus ciudadanos favoreciendo su creatividad, su integración y su movilidad social. Algunas naciones de tradición socialdemócrata y ciertas minúsculas entidades estatales resistirán mejor que otras. Ironía de la Historia: con el advenimiento del hiperimperio, se asistirá al regreso de las ciudades-Estado que dominaron los comienzos del Orden mercantil.

En algunos países, dictaduras racistas, teocráticas o laicas se harán con el poder para impedir esa destrucción de la identidad nacional y hacer frente a las olas de inmigración que acarreará. Lo que pronto se pondrá en juego en países como Holanda o Bélgica, primeros «corazones» del mundo mercantil y democracias de las más antiguas, será revelador respecto a la evolución que afectará después a los Estados más fuertes y más atentos a sus libertades. Volveremos a hablar de ello a propósito de la segunda ola del futuro.

Mientras que África se afanará en vano por construirse, el resto

del mundo comenzará a destruirse bajo los golpes de la globalización. El África de mañana no se asemejará, por tanto, al Occidente de hoy; será más bien el Occidente de mañana el que se asemejará al África de hoy.

Más tarde, a mi juicio incluso antes de finales del siglo XXI, el gobierno de Estados Unidos -sin duda el último en el seno de este mundo policéntrico- perderá también la mayor parte de los instrumentos de su soberanía.

Este proceso se producirá primero en el mundo virtual: de la misma manera que, como hemos visto, la imprenta jugó en contra de los poderes establecidos, Internet jugará en contra de Estados Unidos. Comenzara por no servir a los intereses de Washington; luego favoreciendo la gratuidad, potenciando las fuentes de información, liberando los controles que sobre ellas ejercen los más ricos, despojara al gobierno de los Estados Unidos, como el de los demás países, de muchas de sus competencias más importantes. Numerosas personas reivindicarán incluso la ciudadanía del universo virtual, y abandonaran la de todo Estado real, incluso la de Estados Unidos de América.

En el mundo real, las empresas de origen estadounidense deslocalizarán sus centros de investigación y sus redes sociales, con lo que el estado federal estadounidense, perderá la mayor parte de sus recursos. La financiación de las funciones relacionadas, con la soberanía, en particular las de la defensa, será cada vez más problemática. Los ciudadanos acabaran por negarse a ver morir a sus hijos en combate, así como a estar obligados a participar en la defensa de su país.

Ciertas fuerzas, sobre todo militares, tratarán entonces de nacionalizar empresas estratégicas, cerrar las fronteras y enfrentarse, si fuera necesario, a sus antiguos aliados con la intención de devolver al Estado federal los medios para actuar. Todo será en vano: a la postre, Washington deberá abandonar el control de las grandes decisiones económicas y políticas en beneficio de cada uno de los Estados de la Unión y las grandes firmas. Los servicios administrativos se irán privatizando uno detrás de otro. Las cárceles se convertirán en em-

presas privadas con coste de mano de obra cero. Y el ejército, último refugio de la soberanía, integrado primero por mercenarios, acabará privatizándose, como todo lo demás. Entonces, como le sucedió antaño al Imperio romano, el Imperio estadounidense desaparecerá sin dejar autoridad política alguna establecida en la nueva Roma. Los Estados y las naciones, apariencias nostálgicas, fantasmas evanescentes, chivos expiatorios, impotentes y fáciles de la mercantilización absoluta del tiempo, seguirán ocupando un lugar.

La mercantilización absoluta del tiempo

El capitalismo llegará entonces a su término: destruirá todo lo que no se ciña a sus reglas. Transformará el mundo en un inmenso mercado, con un destino desconectado del de las naciones y libre de las exigencias y servidumbres de un «corazón». Este hiperimperio, como el Imperio estadounidense antes que él, y cada una de las formas del Orden mercantil, tendrá aspectos extraordinariamente liberadores, pero también dimensiones sumamente alienantes. Rematará lo que el mercado comenzó desde sus orígenes: convertir cada minuto de la vida, en una ocasión para producir, intercambiar o consumir valor mercantil.

Como a los vencedores del Imperio Romano, los mercados se apresurarán a revestirse con las prendas de los vencidos; la sociedad estadounidense todavía seguirá inspirando durante mucho tiempo el modelo que el hiperimperio propondrá al mundo. El hiperimperio empujará a las empresas a entrar en todos los mercados de la vigilancia, e incitará a los estudiantes a financiar sus propios estudios superiores y su formación permanente. Para defender la propiedad privada de los bienes, las ideas, las patentes y las personas en ausencia de un Estado, y proteger asimismo el medio ambiente, el mercado impulsará la creación de cuerpos de policía, ejército y justicias privadas, y grupos de mercenarios y árbitros.

El tiempo que no se invierta en consumir -o en acumular objetos para consumir de manera diferida- se considerará perdido; se

acabaran por disolver las sedes sociales, las fábricas y los talleres para que la gente pueda consumir desde sus hogares mientras trabajan, juegan, se informan, aprenden y se vigilan; la edad límite de la jubilación desaparecerá; los transportes se convertirán en lugares de comercio; los hospitales y las escuelas en la mayoría de los casos cederán el puesto a lugares de venta y servicios posventa de automóviles y autorreparadores que se convertirán, como veremos, en los gérmenes de la tercera ola del futuro.

Cuanto más tiempo se encuentre solo el ser humano, más consumirá, se vigilará y se distraerá para llenar su soledad. Con una libertad individual incesantemente acrecentada -al menos en apariencia- por los autovigilantes, cada cual tenderá cada vez más a considerarse únicamente responsable de su esfera personal, profesional y privada, a no obedecer en apariencia más que a su propio capricho, y, de hecho, a las normas que determinan las exigencias se su propia supervivencia.

Mientras que el nómada de las primeras sociedades, como el ciudadano de las democracias de mercado, obedecía, como hemos visto, a un conjunto de reglas complejas, expresión de múltiples ambiciones colectivas, el ciudadano del hiperimperio no estará ya obligado por ningún contrato social. En situación de obicuidad nómada, el ser humano de mañana percibirá el mundo como una totalidad a su servicio, dentro del límite de las normas de las compañías de seguros impongan a su comportamiento individual; no verá al otro más que como una herramienta de su propia felicidad, un medio para procurarse placer o dinero, o ambas cosas. A nadie le pasará ya por la cabeza preocuparse por los demás; ¿por qué compartir cuando hay que luchar? ¿por qué cooperar cuando se está en competencia? Ya nadie pensará que la felicidad ajena pueda serle útil. Y aún menos se buscará la propia felicidad en la del otro. Toda acción colectiva parecerá impensable y todo cambio político, por tanto, inconcebible.

La soledad comenzará desde la infancia. Ya nadie podrá obligar a los padres, biológicos o adoptivos, a respetar y a amar a sus hijos el tiempo suficiente para educarles. Adultos precoces, los más

jóvenes padecerán una soledad que ninguna red de las sociedades anteriores será capaz de compensar. Asimismo, un número cada vez mayor de personas ancianas, que vivirán más y, por tanto, estarán más tiempo solas que en el pasado, llegarán un día a no conocer a nadie entre los vivos. El mundo no será entonces más que una yuxtaposición de soledades, y el amor, una yuxtaposición de masturbaciones.

Para contrarrestar esta soledad, muchos decidirán compartir un techo, bienes, ventajas, luchas y juegos con otras personas, a cualquier edad y de forma provisional o permanente, incluso sin mantener una vida sexual en común, o, en todo caso, sin un compromiso de fidelidad, aceptando la multiplicidad de sus respectivas parejas. Dentro de estas redes, muchos buscarán infinitas ocasiones de encuentros precarios, remunerados o no, y encontrarán sustitutos para su soledad tanto en los objetos de autovigilancia como en las drogas de autorreparación.

Las dos industrias dominantes para administrar el tiempo mercantil seguirán siendo los seguros y el entretenimiento. Las compañías de seguros (y las instituciones de cobertura de riesgos de los mercados financieros) crearán policías privadas que organizarán primero la hipervigilancia de las empresas, de los consumidores y de los trabajadores. Gastarán sumas considerables para moldear la opinión pública y conservar a sus clientes; exigirán de ellos, en primer lugar, que cumplan con la obligación de respetar las normas, y, a continuación, que compren autovigilantes. Para los más pobres, el microseguro no será ya, como en la novena forma, un instrumento de promoción de la democracia, sino su sustituto. Asimismo, las industria del entretenimiento utilizarán las tecnologías de la vigilancia, proponiendo espectáculos que se adaptarán constantemente a las reacciones de los espectadores, cuyas emociones serán permanentemente captadas, vigiladas e integradas en el espectáculo. La gratuidad residual servirá de soporte a nuevos consumos. La autovigilancia se maquillará como información, juego o distracción para evitar la sensación de que se reduce a la gestión de un temor. Lo que subsista de la política no será ya más que la puesta en escena

de una representación cuyos protagonistas serán los políticos, actores intermitentes de un espectáculo abandonado.

Las empresas nómadas

A partir de 2020, es decir, mucho antes de que el hiperimperio modifique por completo las naciones, muchas empresas comenzaran a no tener ya base sedentaria. Serán, bien agrupamientos provisionales de individuos, bien agrupaciones duraderas de tribus y, tanto en un caso como en el otro, estarán siempre en feroz competencia unas con otras, a la caza de clientes e inversores.

Las primeras, organizadas según el modelo de las compañías de teatro, reunirán -reúnen ya- competencias y capitales para desempeñar una tarea determinada. Su duración dependerá de los proyectos de sus fundadores, de su capacidad para inventar nuevos productos, de la decisión de sus financieros y de sus clientes. Como la esperanza de vida de la población habrá aumentado mucho, estas empresas vivirán menos tiempo que quienes trabajen en ellas. La mayoría desaparecerá, lo más tardar, con sus creadores; sus empleados serán interinos contratados para desempeñar una tarea concreta. Su trabajo, cada vez más forzado por las exigencias de la rentabilidad, del «justo a tiempo», del «a medida», será cada vea más estresante, flexible y precario. Estas «compañías» -empresas- actuaran en «teatros» -los mercados que las acojan- mientras cuenten con «espectadores» - clientes. Se dispersarán tras haber montado una «obra» -un producto- o varias. Las microempresas constituirán la mayor parte de estas «compañías teatrales». Muchas serán multinacionales minúsculas, compuestas por un puñado de socios localizados en cualquier lugar del planeta.

Las empresas de la segunda categoría, mucho más escasas, aunque también más duraderas, estarán establemente organizadas según el modelo de los circos o de los estudios cinematográficos, es decir, en torno a un nombre, una historia, un proyecto. Agruparán a varias «compañías» (empleadas interinas, reemplazadas sin cesar por otras).

Llevarán a cabo sus representaciones en lugares que cambiarán continuamente, allí donde se encuentren los mercados. El público será atraído por la fama pasada del circo e irá a consumir sus productos sin conocerlos de antemano -mientras que tendrá que conocer con precisión los de los «teatros» antes de acudir a ellos-. Su primera cualidad será saber seleccionar los espectáculos que va a proponer cada temporada. Sus culturas, sus lenguas, sus localizaciones serán móviles y precarias. Sus consejos de administración estarán formados por profesionales de la gerencia muy bien remunerados. Sus dirigentes deberán disponer del tiempo necesario para pensar a largo plazo con el fin de buscar nuevas atracciones y tendrán que manejar procesos flexibles de producción, equipos locales de comercialización y campañas de marketing específicas con equipos especializados en la coordinación mundial. Deberán hacer todo lo posible para desarrollar la creatividad de sus colaboradores, aunque sean provisionales, y la lealtad de sus clientes, aunque sean circunstanciales.

Estas empresas serán de hecho ensambladoras, «interioristas» que unirán módulos fabricados por empresas especializadas subcontratadas, «compañías de teatro», a su vez en despiadada competencia unas con otras. La mayoría de ellas serán redes de socios nómadas. Para conservar a sus mejores colaboradores, les ofrecerán todo lo que los Estados proporcionaban: desde el ambiente donde vivir hasta la seguridad, pasando por los seguros y la formación. Su principal activo será su marca, que ellas protegerán y alimentarán para despertar en los consumidores el deseo por sus futuros productos. Financiarán ambiciosos programas de comunicación a fin de constituirse en referencias dentro de un universo particular. Encarnarán valores que cada consumidor deseará a su vez encarnar, lugares adonde todo el mundo deseará acudir. Tendrán en cuenta los valores medioambientales y sociales y pasarán a desempeñar en parte las antiguas funciones de los gobiernos, al menos financiando ampliamente las ONG. Los principales circos serán empresas industriales que trabajarán en infraestructuras máquinas-herramienta, motores, alimentación, electrodomésticos, transporte, turismo, distribución, belleza, forma física, entretenimiento, energía, infor-

mación, finanzas, seguros, defensa, sanidad y educación. Surgirán también en el ámbito del medio ambiente, la seguridad privada, los mercenarios, el arbitraje, los vigilantes de las infraestructuras de redes y sobre todo de las finanzas, la vialidad, los equipamientos urbanos, medio ambiente, transportes y comunicaciones. Se abrirán más que nunca mercados gigantescos para los productos destinados a los más pobres. El microcrédito, por ejemplo llegará a ser más importante que el sistema bancario tradicional. Las compañías de seguros se declararán compradoras de los «circos» principales y garantizarán su crecimiento.

Algunos «circos» tendrán la audacia y la inteligencia de cambiar radicalmente de posicionamiento, como lo han hecho Nokia y General Electric.

Los primeros «circos» serán por lo general de origen estadounidenses, o estarán vinculados a valores estadounidenses, pues es en Estados Unidos donde se encontrarán las entidades mejor capacitadas para reunir los medios de un proyecto mundial duradero. Entre ellas se pueden mencionar ya a AIG para los seguros, City Group para la banca, Disney para el entretenimiento, Bechtel para la ingeniería, Whirpool para los electrodomésticos, United Health Group para la sanidad, Pearson para la educación, Wal-Mart para la distribución, Exxon para la energía, Microsoft para los programas informáticos, Boeing para la defensa y la aviación, Nike para la ropa, Motorola para la comunicación, y Coca-Cola para las bebidas y la alimentación. Las entidades europeas serán pocas: tal vez Nokia, L'Oreal, Danone, Mercedes, Vuitton, HSBC, Sanofi. Posteriormente, los «circos» serán indios, brasileños, japoneses, chinos, rusos, mexicanos.

Luego, esas firmas se desvincularan de toda base nacional y se volverán totalmente nómadas. Por lo general, durarán mucho más que los imperios financieros o los fondos de inversiones que serán temporalmente sus propietarios. Las empresas, antes jerárquicas y uniformes, pasarán a ser laberínticas y se convertirán en conglomerados de empresas locales que producirán bienes a medida y bajo demanda.

Algunos de esos «circos» llegarán incluso a crearan su propia moneda -algunos ya lo han hecho- con el fin de fidelizar a sus proveedores y sus clientes. Recurrirán para ello a un sistema de «puntos» que ofrecerán como regalo a sus socios; luego les brindarán la posibilidad de transferir dichos puntos fuera de sus propios circuitos. Muy pronto, nadie, ni siquiera el gobierno de Estados Unidos, podrá oponerse a ello.

Si, en medio siglo o menos, algunas compañías de seguros llegan a controlar las principales empresas y a imponer sus normas a los Estados, si mercenarios privados reemplazan a los ejércitos, si las monedas de empresas sustituyen a las principales divisas, el hiperimperio habrá triunfado.

Frente a los Estados debilitados, agonizantes, incluso volatilizados, por la negación del derecho y la impunidad que acarreará el hiperimperio, se desarrollarán otras dos categorías de empresas: *las piratas y las relacionales*.

Primero se fortalecerán aquellas empresas que los Estados no tendrán ya medios para prohibir: presentes desde los inicios del Orden mercantil, las empresas piratas verán ampliarse su mercado. Algunas realizarán actividades licitas sin respetar sin embargo todas las leyes (en particular las fiscales). Otras realizarán actividades criminales (tráfico de drogas, de armas, de seres humanos, juegos ilícitos, tráfico de influencias, blanqueo de dinero, copias de productos de marca) y recurrirán a la violencia. Un día, su cifra de negocio superará incluso la de la economía licita. Una vez blanqueado, parte de su dinero volverá al mercado legal, que tales empresas perturbarán cada vez más. Financiarán empresas de la economía de mercado y establecerán con ellas empresas conjuntas. Para triunfar se proveerán de todos los atributos de los Estados en vías de reversión -redes de comunicación, instrumentos para hacer acopio de recursos, armamentos- y se dotarán de sistemas de microfinanciación, alimentados con dinero negro, para seducir y financiar a los más desheredados. Serán también, como veremos en el capítulo siguiente, los actores clave y los iniciadores de la segunda ola del futuro, la del hiperconflicto.

Al cabo de un tiempo, como reacción frente a esas contradicciones de la globalización mercantil, empresas sin ánimo de lucro, *relacionales*, acabarán por ejercer ciertas funciones que los Estados serán ya incapaces de desempeñar: las ONG, las fundaciones, del sur y del norte, forman ya parte de ellas. Recrearán la gratuidad y el voluntariado imbricándose también en el mercado, que las financiará y establecerá con ellas empresas conjuntas. En virtud de su existencia misma generarán la tercera ola del futuro, la *hiperdemocracia*, en la que, como veremos, instituciones democráticas planetarias contribuirán a equilibrar el hiperimperio.

Los amos del hiperimperio los hipernómadas

Los amos del hiperimperio serán-las estrellas de los «circos» y de las compañías teatrales»: poseedores del capital de las «empresas-circos» y de un activo nómada, estrategas financieros o empresariales, dueños de las compañías de seguros y de tiempo libre, arquitectos de programas informáticos, creadores, juristas, financieros, autores, diseñadores, artistas, plasmadores de objetos nómadas, los voy a denominar a partir de aquí *hipernómadas*.

Serán decenas de millones, tanto mujeres como hombres, muchos de ellos trabajadores autónomos que se incorporan ahora a un «teatro», ahora a un «circo», competidores despiadados, ni empleados ni empleadores, que desempeñan en ocasiones varios empleos a la vez y que administran su vida como si de una cartera de acciones tratara.

Mediante los mecanismos de una competición muy selectiva, construirán una nueva clase creativa, una hiperclase, que dirigirá el hiperimperio. Vivirán en todos los «corazones» del mundo policéntrico. Deberán defender la propiedad de sus capitales, de sus creaciones, de sus programas informáticos, de sus habilidades manuales, de sus patentes, de sus ingresos y de sus obras de arte. Hablarán cada vez más lenguas, con la ayuda de las máquinas traductoras. Hipocondríacos, paranoides y megalómanos, narcisistas y egocéntricos, todo a la vez, los hipernómadas procuran tener acceso a los autovigi-

lantes más recientes y a las drogas electrónicas y químicas que suministran los autorreparadores. Desearán vivir más tiempo que los demás, y experimentar técnicas que les permitirán abrigar la esperanza de duplicar el tiempo de vida. Se someterán a todas las recetas de la meditación, de la relajación y del aprendizaje del amor a uno mismo.

Para ellos, el aprendizaje será una necesidad vital; la curiosidad, una exigencia absoluta; la manipulación, una práctica corriente. Sus cánones estéticos, sus entretenimientos, su cultura serán específicos, y esta última será más laberíntica que nunca; su necesidad de modelar e inventar los empujará a eliminar de sus vidas las fronteras entre trabajo, consumo, creación, distanciamiento.

Inventarán así lo mejor y lo peor de una sociedad planetaria volátil, despreocupada, egoísta y precaria. Árbitros de las elegancias y dueños de las riquezas y de los medios de comunicación, no profesarán lealtad alguna, ni nacional, ni política, ni cultural. Se vestirán cada vez más como nómadas, recordando con su atuendo sus periplos, sus prótesis y sus redes. Serán los mecenas de artistas multiformes que combinarán formas de arte virtual en las que las emociones se suscitarán, medirán, captarán y modificarán por medio de autovigilantes. Vivirán en ciudades privadas, al abrigo de muros custodiados por mercenarios. Greenwich, en el Estado de Connecticut, es ya un primer ejemplo de esto. Harán subir los precios de las obras de arte y de los inmuebles.

La pareja no será ya la base principal de su vida y su sexualidad; se inclinarán por los amores simultáneos, polígamos o poliándricos, que vivirán con absoluta transparencia. Tanto hombres como mujeres, los hipernómadas, coleccionistas, más interesados por la caza que por las presas, amantes de acumular y exhibir sus trofeos, y siempre en constante movimiento para aturdirse, serán, en muchos casos, hijos de familias inestables, reconstituidas, sin base geográfica ni cultural. No serán leales más que a sí mismos, se interesarán más por sus conquistas, por su bodega de vinos, por sus autovigilantes, por sus colecciones de obras de arte, por la organización de su vida erótica y de su suicidio que por el futuro de su prole, a la que no legarán ni fortuna ni poder. No aspirarán ya a dirigir los asuntos

públicos ni a estar en primer plano; a sus ojos, la celebridad no será más que una maldición.

Algunos, más cínicos que los demás, se pondrán al servicio de la economía pirata y se adueñarán de ella. Serán los actores principales de la segunda ola del futuro.

Otros, por el contrario, desarrollarán una aguda conciencia de los retos planetarios y, una vez consolidada su fortuna, invertirán en la acción humanitaria y se volverán altruistas -aunque en ocasiones lo harán simplemente por adoptar una pose-. Serán los animadores de las empresas relacionales, los paladines de una democracia planetaria. Los encontraremos entre los actores principales de la tercera ola del futuro. Como todas las demás clases creativas anteriores, ésta ejercerá influencia determinante sobre el modo de vida de quienes se apliquen a imitarla.

Nómadas virtuales; de los deportes al espectáculo en directo

Inmediatamente por debajo de los hipernómadas, unos 4.000 millones de sedentarios asalariados y sus familias serán, en 2040, los principales consumidores solventes: oficinistas, comerciantes, médicos, enfermeras, abogados, jueces, policías, administradores, docentes, diseñadores de material informático, investigadores de laboratorio, técnicos industriales, obreros cualificados, empleados de servicio. La mayoría de ellos no tendrá ya un lugar de trabajo fijo. Localizables a cualquier hora, deberán vigilar de manera permanente su «empleabilidad», es decir, su buena forma (para trabajar físicamente) y su saber (para trabajar intelectualmente). Para los más jóvenes, viajar será su signo de avance hacia la hiperclase: cuanto más viaje un empleado sedentario, más subirá en la escala jerárquica de su firma.

Así como los trabajadores manuales no cualificados fueron la fuerza social y política dominante de los tres primeros cuartos del siglo XX, las masas de sedentarios cualificados dominarán la escena social y política de las tres próximas décadas.

Tendrán que adaptarse al retorno del nomadismo: la deslocalización de las empresas y la inmigración de los trabajadores harán bajar sus ingresos. Añorarán los tiempos en que las fronteras estaban cerradas, el empleo estaba garantizado de por vida, los objetos eran duraderos, los matrimonios se sellaban de una vez para siempre y las leyes eran intangibles. Idealizarán la condición de funcionario y equipararán los empleos garantizados de por vida con un patrimonio, y la paga correspondiente, con una renta. El número de empleados del Estado o de sus dependencias no hará más que disminuir y, aunque su condición será cada vez más precaria, harán todo lo posible por retrasar el desmantelamiento de los Estados, sin descartar el recurso a la violencia.

Las clases medias, sedentarias por naturaleza, se asustarán de las enfermedades cuya propagación acelerará el nomadismo. Reivindicarán el derecho al arraigamiento, a la lentitud. Algunos, víctimas de la obsesión narcisista de los autovigilantes, se encerrarán en el autismo de una práctica asidua de los objetos nómadas, a la manera de los *otaku* japoneses, esos fanáticos del nomadismo virtual, de la escucha autista de la música y de la autovigilancia del cuerpo. Otros decidirán rechazar el movimiento mediante la obesidad: hoy en día, una cuarta parte de los adultos estadounidenses, y una quinta parte de los europeos, son considerados obesos; si se sigue así, más de la mitad de la población sedentaria podría verse afectada por esta plaga, reflejo de un rechazo del nomadismo venidero.

Para estas clases medias, la seguridad y la distracción serán las principales respuestas a los retos del mundo: la seguridad será su obsesión, y la distracción, su manera de olvidar.

Los industriales de los seguros desarrollarán para estos miles de millones de sedentarios productos específicos que cubrirán los riesgos de precariedad, de desempleo, de enfermedad, de movimiento, de incertidumbre y de desorden, y lo harán en todos los ámbitos (económicos, financieros y culturales): un día podrán asegurarse incluso contra las penas de amor, la impotencia sexual, la insuficiencia intelectual o la privación de amor materno.

Los industriales del entretenimiento inventarán nuevas mane-

ras de hacerles partícipes -de manera virtual- de la existencia de los hipernómadas, dándoles así acceso a un *nomadismo virtual*.

Las clases medias vivirán por poderes la vida de los hipernómadas mediante cuatro deportes principales, la equitación, el golf, la vela y el baile, todos ellos simulacros de movimiento, solitarios, representaciones idealizadas de la competición del hiperimperio, en las que se supone que cada individuo tiene su oportunidad; todos ellos practicados por antiguas élites de los «corazones» precedentes; todos ellos actividades practicables y que permiten progresar. Gracias a estos simulacros de viajes, los miembros de las clases medias podrán expresar físicamente una ruptura con el mundo beneficiándose al mismo tiempo de su logística: a través de recorridos seguros, en bosques domesticados, a lo largo de costas sin piratas, servicios de socorro eficaces, *club-houses*, cobijos y refugios acogedores. Para ser buen jinete, buen golfista, buen marinero o bailarín, habrá que demostrar las cualidades del viajero (habilidad, intuición, tolerancia, gracia, tenacidad, valentía, lucidez, prudencia, sentido del reparto, equilibrio) sin tener que soportar sus fatigas. Cada uno de estos deportes podrá practicarse bien rodeándose de universos virtuales en tres dimensiones gracias a autovigilantes, bien virtualmente en el propio domicilio. Estos deportes permitirán también que los sedentarios vivan de manera lúdica las exigencias de la competición, encuentren placer en progresar, se familiaricen con los autovigilantes y sientan la ilusión de ser hipernómadas, aún cuando éstos hayan abandonado desde hace tiempo esos entretenimientos. Cada vez tendrán que experimentar emociones más fuertes.

Los sedentarios pagarán asimismo cada vez más por asistir en tiempo real al espectáculo de deportes en equipo, también simulacros sofisticados de la vida de los hipernómadas: los actores de estos partidos, en competencia despiadada y sometidos a reglas cada vez más violentas, rápidas y mortíferas, intentan penetrar en una ciudadela enemiga defendida por un sedentario (el gol en el futbol) o por otros nómadas (en el baloncesto, el fútbol americano, el rugby o el beisbol). Estos espectáculos, últimos lugares de encuentro, serán

también los últimos temas de conversación. Gracias a las nuevas tecnologías, se podrá acceder a ellos a través de todos los medios de comunicación, en dos o tres dimensiones, incluso utilizarlas para autovigilar las propias emociones. Los espectadores podrán entregar en la línea a partidos de futbol que opondrán a miles de jugadores. Las grandes competiciones de estos deportes, y ante todo las del primero de ellos, el fútbol, constituirán mercados importantes para «empresas circo», organizaciones de espectáculos.

Sin dejar de imitar a los hipernómadas, algunos de esos nómadas virtuales pasarán también a engrosar las filas de los consumidores de drogas: alcohol, *cannabis*, opio, morfina, heroína, cocaína, productos de síntesis (anfetaminas, metanfetaminas, éxtasis). Las drogas químicas, biológicas y electrónicas, distribuidas por «autorreparadores», se convertirán en productos de consumo de masas en un mundo sin ley ni policía, cuyas principales víctimas serán los infranómadas.

Las víctimas del hiperimperio: los infranómadas

Gracias al hiperimperio, el mercado triunfará en efecto a escala mundial, pero la pobreza, lejos de desaparecer, afectará a una parte creciente de la humanidad: el número de los que yo denomino infranómadas, los que viven por debajo del umbral de pobreza, es decir, con menos de 2 dólares al día, alcanzaba en 2006 los 2500 millones y, en 2035, superará los 3.500.

Los Estados, debilitados, ya no podrán financiar rentas asistenciales decentes; las tentativas de reducir el número de los más pobres recurriendo exclusivamente a las fuerzas del mercado se saldarán con un fracaso: el crecimiento no proporcionará empleos suficientes; la producción de bienes específicos destinados a ese grupo no bastará para permitirle acceder a los bienes básicos; el mercado será incapaz, por sí solo, de instalar en las megalópolis las infraestructuras que se han vuelto imprescindibles con el crecimiento del número de ciudadanos.

Los infranómadas serán, a partir de entonces, cada vez más vulnerables a las epidemias, la falta de agua, la desertificación y el calentamiento climático. Se verán obligados a desplazarse primero del campo a la ciudad, y luego de una ciudad a otra, para huir de la miseria y la sequía, y conseguir un empleo y una vivienda.

Estarán cada vez más dispuestos a apuntarse a todas las revueltas y alimentaran la economía pirata. Serán también los principales blancos de los mercaderes de utopías y, si el hiperconflicto tiene lugar, se convertirán en sus principales actores, y también en sus primeras víctimas. Pero también serán los principales objetivos y los grandes vencedores de la hiperdemocrácia, si ésta se materializa.

Mientras tanto experimentarán una derrota peor, pues nadie será ya capaz de organizar la gobernación del hiperimperio.

La gobernación del hiperimperio

Esta victoria del mercado sobre la democracia creará una situación prácticamente inédita: un mercado sin Estado. Ahora bien, todos los teóricos reconocen que un mercado así suscita la aparición de cárteles, infrautiliza las fuerzas productivas, alienta la especulación financiera, favorece el desempleo, despilfarra los recursos naturales, libera la economía criminal y otorga el poder a los piratas. Esa fue la suerte que corrieron China en 1912, Somalia en 1990, Afganistán en 2002 e Irak en 2006. Y será también la que corra el Imperio.

Los Estados, o lo que quede de ellos hacia 2050, no serán en este contexto más que los repetidores de las empresas en el ámbito de la opinión. Nadie podrá garantizar la igualdad de trato de los ciudadanos, la imparcialidad de las elecciones, la libertad de la información.

El mercado como tal no se contentará con una situación así: a lo largo de la historia, allá donde se ha instalado, siempre ha necesitado de un Estado fuerte para existir; a escala mundial, necesitará que se respeten algunas reglas para que los malos jugadores

no falseen la competencia, para que la ley de las armas no termine sustituyendo a la del intercambio, para que el derecho de propiedad no sea infringido, para que los consumidores sigan siendo solventes y para que la violencia esté socialmente controlada.

Las empresas de los seguros y del entretenimiento, principales fuerzas del mercado, intentarán desempeñar estos papeles: establecerán normas para que cada uno de nosotros pueda encontrar su lugar en el hiperimperio y ofrecerán espectáculos que nos permitirán evadirnos de él. Para alcanzar este objetivo, deberán apoyarse en organizaciones especializadas, corporativas, formas de gobernación autoproclamadas.

Los bancos y las instituciones financieras se dotarán -se dotan ya- de organismos prudenciales de ámbito nacional, que todos los meses, reúnen a los presidentes de los principales bancos centrales del mundo en el Banco de los reglamentos internacionales, en Basilea. Este comité (primero con el nombre de «Basilea I», luego con el de «Basilea II») ha dictado ya, a todos los bancos del planeta, reglas contables y financieras aplicables, sin que ninguna ley mundial decida al respecto. Un organismo de coordinación de todos los bancos centrales intentará un día, en nombre de su propia autoridad, fijar una paridad estable entre las principales monedas del mundo imponiendo normas presupuestarias a los Estados. Luego hará surgir una cuasi-moneda mundial e intentará oponerse a las monedas privadas.

Otras organizaciones definirán reglas de control del origen de los capitales para luchar contra la economía pirata. Primero públicas, luego privadas, estas instancias complementarán y reemplazarán la acción de las policías apoyándose en mercenarios.

También dictarán normas otras muchas profesiones (contables, abogados, publicistas, informáticos, médicos, farmacéuticos, arquitectos, docentes, ingenieros), alentadas a su vez por las compañías de seguros. Crearán organizaciones especializadas, financiadas por cuasi-impuestos, para vigilar a sus miembros y evitar los escándalos, y utilizarán, con este fin, todas las tecnologías de la hipervigilancia.

Aparecerán a escala nacional o continental otras instituciones de gobernación del mismo tipo, en particular en los sectores de la energía y las telecomunicaciones, la sanidad o la educación.

Finalmente, las agencias de notación establecerán normas de ortodoxia financiera, social, ecológica y ética. Influirán sobre el comportamiento de las empresas y de los Estados, preocupados por quedar bien ante los mercados. Así pues, en el sector del medio ambiente, las compañías de seguros exigirán que las empresas obedezcan normas dictadas por tales agencias de notación para reducir los desajustes climáticos y los daños causados por las catástrofes naturales que aquéllos puedan acarrear.

La gobernación se convertirá, pues, en sí misma, en un sector económico particularmente rentable. Algunas empresas se especializarán en respaldar a las compañías de seguros a las que deben su existencia, y, poco a poco, irán sustituyendo a escala planetaria a los reguladores nacionales. Ganarán aquellas que puedan dotarse de autoridades policiales privadas que les permitan paliar la debilidad de los ejércitos y las policías públicas, y verificar la aplicación de las normas y la veracidad de las declaraciones de siniestros. Aparecerán también empresas de gobernación encargadas de proporcionar a las empresas miembros competentes para sus consejos de administración.

Al principio, estos organismos de vigilancia estarán dominados por el Imperio estadounidense: el ICANN, que actualmente administra Internet, es un buen ejemplo de instancia internacional autoproclamada, que de hecho enmascara al gobierno estadounidense. Estos organismos extenderán el derecho estadounidense por todo el mundo antes de crear el suyo propio.

Anotadores y aseguradores se convertirán así en los frágiles dueños de la gobernación del hiperimperio. Se enfrentarán a la competencia, a las amenazas y al soborno tanto de las organizaciones criminales que tratarán de eliminarlos, como de otras, relacionales, que ellos intentarán a su vez eliminar.

El fútbol, del que he hablado anteriormente como del primer espectáculo del planeta, constituye ya hoy un ejemplo especialmente acabado de lo que será mañana esta gobernación global del hipe-

rimperio. De hecho, ninguna instancia internacional es tan poderosa en su ámbito como la Federación Internacional de Fútbol, aún cuando Estados Unidos desempeñe en ella un papel menor. Controla las grandes sumas de dinero que los medios de comunicación dedican a este deporte sin que la legitimidad de quienes la dirigen esté establecida y sin que el uso que hace de esos recursos esté controlado. Posee sus propios laboratorios de control antidoping y los utiliza a su antojo. Hasta el más insignificante de los clubs de barrio se siente obligado a respetar la más mínima de las modificaciones del reglamente que la Federación decrete desde Lausana. El derecho de trabajo nómada y universal está en este campo muy adelantado con respecto a los derechos nacionales.

Lo mismo se puede decir de todas las demás federaciones internacionales de los grandes deportes mundiales, y aún más del Comité Olímpico Internacional, también con sede en Lausana.

A semejanza de estas organizaciones deportivas, las demás instituciones de gobernación del hiperimperio, serán, para mayor beneficio de sus dueños -primero estadounidenses, luego hipernómadas, legales o criminales-, instituciones autoproclamadas. Su doctrina -la apología de la competición- constituirá una representación idealizada del hiperimperio.

Esas federaciones estarán cada vez más controladas por las compañías de seguros que cubrirán sus mayores riesgos: así, en 2003, la FIFA emitió obligaciones por valor de 262 millones de dólares para cubrir el riesgo de anulación de la final de la Copa del Mundo de 2006; especialmente a causa de posibles actos terroristas. Esto puso en manos de las compañías de seguros y reaseguros el control real del acontecimiento. Si estas instituciones de gobernación acaban decantándose por la economía criminal, estarán empezando a preparar el terreno para que, durante la segunda ola del futuro, el hiperimperio sea finalmente despedazado por los piratas. En cambio, si consiguen provocar la eclosión de un interés general planetario, contribuirán a que la tercera ola del futuro acabe reuniéndolas en el seno de un gobierno democrático planetario.

El fin de la libertad, en nombre de la libertad

Hacia 2050, el hiperimperio será un mundo de desequilibrios extremados y de grandes contradicciones. Atrapado en sus propias redes, fracasará y se desmoronará. Mientras que, con la transparencia, las desigualdades serán más visibles y menos tolerables, los ciclos económicos, políticos, militares tendrán una amplitud cada vez mayor. Para poder ayudar a los seres humanos a salir de una escasez, el mercado tendrá que generar otras; las empresas industriales asumirán cada vez menos riesgos y, presionadas por las aseguradoras, exigirán al mismo tiempo una máxima rentabilidad; los asalariados reclamaran en vano que su parte en los ingresos no decrezca; los consumidores, electores además, reivindicarán bajadas de precios. La creciente prioridad otorgada al corto plazo, a lo inmediato, a lo precario, a la deslealtad, dificultará cada vez más la financiación de investigaciones y la recaudación de los impuestos. Los seguros serán incapaces de cubrir todos los riesgos. El entretenimiento y la información no lograrán distraer a la población del estrépito de las tragedias. El crecimiento, que hoy nos permite alimentar la esperanza, ya servirá de excusa.

El nomadismo, en la fuente misma de la dinámica del Orden mercantil, quedará también progresivamente bloqueado por los límites técnicos que se impondrán a los viajes: las exigencias ecológicas obligarán a limitar los viajes en avión; hacia 2030 se colonizara la Luna; un poco más tarde, se comercializarán vuelos dentro del sistema solar. Pero no se podrá ir mucho más lejos: a la velocidad de la luz, se necesitarían cuatro años y tres meses para llegar a la estrella más cercana; para alcanzar la siguiente, los astronautas deberían vivir una vida entera a bordo, y ser relevados por sus propios a los que deberían iniciar enseguida en el pilotaje...

El hipermundo del hiperimperio no podrá soportar verse enjaulado dentro de fronteras; no podrá aceptar que la Tierra sea a la vez la cárcel y el oasis de la humanidad. Intentará entonces -de hecho ya lo está intentando- este último golpe de fuerza: salir de sí mismo. Es ahí donde se encontrará con el diálogo, infinitas veces

iniciado, con su propia sexualidad. Intentará producirse como un objeto para tratar de vivir fuera de sí.

Desde siempre, la especie humana ha intentando distanciarse de la forma de reproducción que le es propia. Para diferenciarse del reino animal, se esforzó primero en negar la función reproductiva de la sexualidad, y luego en darle otra significación. En el Orden ritual, la mayor parte de las cosmogonías afirman, por lo demás, que lo propio de los dioses es no proceder de una relación sexual: las religiones monoteístas, por ejemplo, consideran que la sexualidad es una obligación que las fuerzas del mal impusieron a los seres humanos. El Orden mercantil, por el contrario, decide admitirla, aunque reconociéndole una función distinta de la reproducción: el placer. De este modo, tanto el Orden mercantil como en los anteriores, la reproducción sigue siendo una obligación animal que el psicoanálisis, a partir de finales del siglo XIX, pretendió volver tolerable. En el siglo XX, el Orden mercantil se afanó en disipar el papel reproductivo de la sexualidad artificializando la maternidad mediante técnicas cada vez más sofisticadas: Mora, parto prematuro, fecundación in vitro, madres de alquiler. En el hiperimperio, el Orden mercantil llegará incluso a disociar reproducción y sexualidad: la sexualidad será el reino del placer; la reproducción, el de las máquinas.

La hipervigilancia, la autovigilancia y la autorreparación se ocuparán de ello; tras conseguir reparar los órganos enfermos, surgirá el deseo de producirlos, luego de crear cuerpos sustitutivos. Primero se producirán linajes de células madres, sin destruir el embrión, con lo cual la terapia génica, la donación terapéutica y la donación reproductiva acabarán considerándose éticamente aceptables. Finalmente, el ser humano se fabricará como un artefacto hecho a medida, en úteros artificiales, con características escogidas de antemano. El ser humano se habrá convertido entonces en un objeto mercantil.

Gracias a los formidables progresos que cabe esperar de las nanociencias, cada individuo abrigará incluso la esperanza de transferir su propia conciencia de sí a otro cuerpo, incluso de procurarse su propio doble, o copias de seres queridos, de hombres y mujeres de

ensueño, de híbridos fabricados con rasgos específicos seleccionados para alcanzar objetivos concretos. Algunos intentarán incluso organizar la superación de la especie humana mediante una forma de vida y de inteligencia diferente, superior.

En esta versión última del hiperimperio, la muerte se aplazará hasta la desaparición del último clon de uno mismo que tenga conciencia de sí, incluso hasta el olvido de todos los dones propios por parte de todos los clones ajenos.

Luego, el ser humano, fabricado por fin como un artefacto, ya no conocerá la muerte: a semejanza de todos los objetos industriales, ya no podrá morir, puesto que nunca habrá nacido.

Pero este asesinato último no tendrá lugar: mucho antes de que la humanidad se haya transformado en maquinas, mucho antes de que se instaure el hiperimperio, el ser humano habrá sabido resistir a esta perspectiva -ya lo está haciendo- El hiperimperio fracasará. Se estrellará contra la orilla. Los seres humanos se las apañaran para impedir la pesadilla.

Tras la violencia del dinero, llegará -de hecho ya está llegando- la de las armas.

5

LA SEGUNDA OLA DEL FUTURO: EL HIPERCONFLICTO

La desaparición del sistema soviético y la generalización de la democracia parecen haber alejado la guerra. La carrera de armamentos ha cesado. Todos los países parecen haber comprendido que el crecimiento económico les resulta más rentable que la conquista. De hecho, el mundo en su conjunto no ha estado nunca tan pacífico, al menos en apariencia: por primera vez desde hace más de un siglo, no hay ninguna guerra entre dos países. Sin embargo, como al final de cada forma, al tiempo que se deshacen los Estados y que se anuncia el hiperimperio, comienza una nueva etapa prebélica. Cuando el mercado se generaliza, las diferencias se nivelan, y todos se convierten en rival de todos. Cuando el Estado se debilita, desaparece la posibilidad de canalizar la violencia y de controlarla. Los conflictos locales se multiplican, las identidades se crispan, las ambiciones se enfrentan, las vidas ya no valen nada. Con la Unión Soviética, desapareció uno de los policías del mundo. Más adelante, la convergencia del fracaso anunciado del hiperimperio, la sofisticación de las armas y la multiplicación de los actores podría incluso provocar dentro del hiperimperio un conflicto global, un desorden planetario, un hiperconflicto mucho más destructor que todos aquellos, locales o globales, que lo habrán precedido. Ésta es su génesis.

Ambiciones regionales

Antes del año 2025, con el advenimiento progresivo de un orden policéntrico, habrán surgido nuevas potencias regionales, todas ellas deseosas de tener acceso a las mismas riquezas. Se dotarán de los medios militares necesarios para satisfacer sus ambiciones. Al-

gunas de estas potencias serán las que dominarán este período, pero también habrá otras, más marginales y belicosas.

Fascinada por la manera en que nacen y mueren los imperios, China -cuyos gastos militares siguen siendo en la actualidad particularmente bajos- querrá convertirse de nuevo en una gran potencia, incluso en el plano estratégico; de una manera o de otra intentará reconquistar Taiwan y asentar su hegemonía sobre el este de Asia, como lo hizo en el siglo XIX Estados Unidos sobre el resto de América. Hará todo lo posible para alejar de allí a Japón y Estados Unidos. Se apoyará en Corea del Sur, que, por consiguiente, tendrá que armarse, y dejará que perdure el régimen totalitario de Corea del Norte, que a su vez querrá dotarse de nuevos medios de defensa, incluidos los nucleares. Japón, a su vez, acabará por rearmarse para poder resistir ante una amenaza coreana y ante la ascensión de la potencia china. La India se negará a dejarse rodear por fuerzas musulmanas. Pakistán, aun cuando no se vuelva Islamista, procurará defenderse de la India y asegurar su ascendiente sobre sus vecinos, desde Afganistán hasta Cachemira. Indonesia intentará dotarse de los medios necesarios para garantizar la dirección del Islam en su conjunto y dominar el Sudeste Asiático. Australia deseará reafirmar su influencia sobre la región y protegerse de los objetivos de Indonesia.

El Irán chiíta intentará controlar el Islam, para gran perjuicio de los sunitas, predominantemente árabes. Para conseguirlo, la Antigua Persia dispondrá de una amplia población, de grandes cantidades de dinero y petróleo y de una posición geoestratégica. Turquía se negará a entregarle el control del conjunto de hablantes de turco. Arabia Saudita, vasallo incierto de Estados Unidos, hará lo posible por conservar su dominio sobre su región. Egipto tendrá todas las razones para considerarse la mayor potencia en ciernes del mundo árabe. Israel intentará seguir siendo una potencia regional con el fin de sobrevivir. Argelia y Marruecos se disputarán la preeminencia en el Magreb. Pese a las amenazas de desarticulación, Nigeria y el Congo, con un crecimiento demográfico vertiginoso, querrán controlar las regiones circundantes. Sudáfrica procurará dominar a sus vecinos para evitar quedarse encerrada.

Rusia intentará remontar posiciones en el escenario mundial y se considerará en primera línea frente al Islam y a China; para defenderse de sus vecinos, se rearmará y tejerá una red de alianzas militares que coincidirá exactamente con su red de oleoductos y gaseoductos. En Europa occidental, Alemania y Francia podrían recuperar su ambición regional si la Unión Europea no consigue ya canalizar sus rivalidades.

Brasil se propondrá dominar el hemisferio sur de las Américas; Venezuela se esforzará por disputarle ese papel e intentará conseguir la alianza de los países andinos con la intención de echar a Estados Unidos de la región; México y Argentina no se dejarán marginar. En México, se desatarán importantes revueltas políticas y sociales que pondrán de nuevo en entredicho la alianza con Estados Unidos. Canadá, en cambio, procurará permanecer neutral. Las exigencias de la lucha contra los narcotraficantes impuesta por Estados Unidos exigirán a su vez un refuerzo importante del potencial militar mexicano.

Todas estas ambiciones regionales entrarán en conflicto: América Latina se sublevará contra la presencia económica y política estadounidense; el mundo árabe soñará con borrar del mapa a Israel; el bloque persa se esforzará por trastornar el mundo árabe; Rusia intentará dominar de nuevo parte de Europa y protegerse a la vez de China y del Islam; la India procurará apartar a Pakistán de los países limítrofes, mientras Pakistán se afana en hacer lo mismo con la India; China y Rusia codiciarán las mismas regiones fronterizas; y Japón, Estados Unidos y China rivalizarán por el dominio del este de Asia.

Se establecerán alianzas militares que en ocasiones reunirán a socios poco probables: Irán cooperará con China y Rusia; China, con Pakistán; y Rusia, con la Unión Europea; Pakistán, Egipto, Indonesia e Irán podrían formar juntos un bloque musulmán; los pequeños países del Sudeste Asiático, agrupados en la ASEAN, se unirán militarmente para escapar a la dominación estadounidense, china o japonesa; Irán y Venezuela buscarán apoyos rusos y chinos; la Unión Europea se acercará militarmente a Estados Unidos; Ru-

sia se vinculará con Argelia, y actualmente ya vende armamento a Venezuela, que ha solicitado entrar como observador en… ¡La Liga Árabe!

Estos conflictos de ambiciones entre Estados, producidos inicialmente en los campos diplomático y económico, podrían llegar incluso a desencadenar enfrentamientos militares en los que acabarán interviniendo fuerzas muy antiguas, piratas y mercenarios.

Ejércitos piratas, ejércitos corsarios

Los Estados no han sido nunca los actores exclusivos de la violencia del mundo. Mafias, bandas de delincuentes, movimientos terroristas -a los que aquí voy a denominar *piratas*- se han inmiscuido siempre entre las naciones para combatirlas o al menos para quebrantar sus leyes. Cuando el desmantelamiento debilite a los Estados, cuando el derecho y la policía sean más discretos, la violencia proliferara tanto en la vida pública como en la relación entre individuos; estos piratas se convertirán incluso en agentes esenciales de la economía y la geopolítica.

Cuando la novena forma llegue a su término y dé comienzo el hiperimperio, los piratas empezarán a ser más numerosos y más poderosos que nunca. Ya no se limitarán a hacerse un sitio en el seno del hiperimperio; ya no se contentarán con sacar provecho de una guerra fría. Sean cuales sean sus motivaciones, criminales o políticas, al no tener territorios ni familias que proteger, intentarán asentar su poder sobre el mundo. Cuanto más se desarrolle el hiperimperio, más poderosos serán, y ninguna de las policías estatales contarán con los medios para combatirlos.

Los piratas serán de varios tipos.

Algunas de las naciones que se desharán bajo la presión de los mercados y del juego democrático darán origen a entidades piratas, zonas confusas de no-derecho, Estados piratas o no-Estados. Estarán en manos de jefes de guerra a la cabeza de bandas extraordinariamente armadas que controlarán regiones, puertos, oleoductos,

gaseoductos, carreteras o materias primas. Éste es ya el caso de Somalia, Transnistria (en la frontera entre Moldavia y Ucrania), parte de Etiopía, Sri Lanka, Afganistán y Pakistán, entre otras muchas otras regiones de África y Asia.

Ciudades que, como hemos visto, habrán crecido con demasiada rapidez, se convertirán también en reinos piratas donde ni el ejército, ni la policía se atreverá a entrar. Esto ocurre ya actualmente en ciertos conglomerados de Brasil, Nigeria, el Congo y Colombia, entre otras zonas del mundo. También estas ciudades se dotarán de armamentos cada vez más sofisticados.

Organizaciones mafiosas, cárteles, criminales de guante blanco, responsables del tráfico de droga, de mujeres, de armas o de juegos, que operarán sin base geográfica recaudarán fondos, amenazando y actuando como Estados y contra los Estados, para garantizar su propia seguridad. Se abastecerán -ya lo están haciendo actualmente- de las armas más sofisticadas y amenazarán a los jueces, policías y dirigentes políticos que puedan cruzarse en su camino. En algunas ocasiones, como es ya el caso en Colombia, Somalia, Brasil o Pakistán, estas bandas controlarán ciudades, territorios e incluso países enteros. Algunos hipernómadas (químicos, intelectuales, contables, ingenieros, funcionarios, financieros) se pondrán a su servicio y participarán con ellas en el desmantelamiento general del mundo.

Agrupaciones políticas o religiosas, carentes también de base territorial, se dotarán de todos los medios militares para tomar el control de un país, echar a sus ocupantes, y destruir en él el Orden mercantil. Éste es, por ejemplo, el caso de Al Qaeda y los demás grupos nihilistas situados en su esfera de influencia.

Surgirán otras formas piratas. La proliferación de la violencia y de la cólera, posibilitada por la instauración del hiperimperio, provocará audacias de un género nuevo: masas de infranómadas, que no tendrán en común más que el hecho de viajar juntos, podrían resultar amenazadoras. Del mismo modo que masas nómadas cruzaron el Rin en el 406, otras multitudes podrían atravesar, con las armas en la mano, el estrecho de Gibraltar, el río Amur o el Usumacinta, ya no con una actitud suplicante, sino amenazante.

Algunas de estas fuerzas se unirán contra ciertos Estados, y, en particular, contra ciertas democracias: se verán -de hecho ya se ven- barones de la droga que se pondrán al servicio de causas políticas o que utilizarán a inmigrantes para pasar su mercancía. Se verán -ya se ven- naciones en ruinas convertidas en guaridas de mafiosos; fuerzas terroristas, nómadas por naturaleza, que encontrarán refugio en no-Estados; organizaciones mafiosas que sostendrán ambiciones políticas, laicas o religiosas, como ya lo hizo la Mafia, la Cosa Nostra o los gángsters franceses que se convirtieron en colaboracionistas en 1940. Y se verán también -de hecho ya se ven- violencias urbanas tan extremas que exigirán respuestas más militares que policiales.

Frente a estas amenazas o agresiones, las naciones necesitarán un número cada vez mayor de soldados y policías dispuestos a arriesgar sus vidas. Ahora bien, los voluntarios cada día escasearán más; y las opiniones públicas de las democracias de mercado se negarán a que haya más muertos en sus ejércitos, y menos aún entre los reclutas. Ya hoy en día, sólo el 0,5 % de la población estadounidense está en servicio de armas, y cada soldado muerto es una tragedia nacional. Para garantizar las misiones que se ha asignado, el Imperio estadounidense, como hizo en otro tiempo el Imperio romano, deberá incorporar cada vez a más extranjeros en sus propias tropas: el 5 % de las fuerzas armadas estadounidenses están ya constituidas por inmigrantes todavía no naturalizados; su número aumentó considerablemente a partir del decreto del 4 de julio de 2002, que aceleró la naturalización de los extranjeros que se alistasen en el ejército (y que era una copia casi exacta de un decreto del emperador Adriano que data del año 138 de nuestra era...).

Esto ya no bastará: a los *piratas* habrá que oponerles *corsarios*. Surgirán empresas de mercenarios que contratarán a ex militares y que serán utilizadas como subcontratistas de los ejércitos y de las policías. En África existe ya un centenar de sociedades de este tipo que proporcionan hombres y materiales a gobiernos, a empresas e incluso a instituciones internacionales. Pronto garantizarán funciones generales de seguridad: defensa, protección e incluso ataque.

Algunas empresas industriales financiarán legalmente a estos mercenarios y los pondrán al servicio de aquellos gobiernos cuyo mercado intenten obtener. Algunas de esas sociedades de mercenarios serán utilizadas para restablecer la paz allí donde las unidades de interposición de la ONU o de la OUA hayan fracasado, como ya ocurrió en Sierra Leona. Llegará el momento en que la ONU protegerá sus propias oficinas de mercenarios. Algunos de los países los utilizarán más o menos abiertamente para hacer la guerra lejos de su territorio sin involucrar visiblemente a sus propias fuerzas, así como para luchar contra toda clase de traficantes. Entre estas sociedades de mercenarios, algunas obedecerán un código de buena conducta que les impondrá el respeto a las leyes de la guerra, mientras que otras se adherirán a las convenciones de Ginebra. La gran mayoría, como los gobiernos por los que trabajen, ya no respetarán regla alguna: la práctica de la tortura en Irak y el trato que se da a los prisioneros de Guantánamo son signos precursores de ello.

La cólera de los laicos

Luego aumentará la cólera de los pueblos contra el Orden mercantil y, en primer lugar, contra Estados Unidos, el país que seguirá dirigiéndolo al menos durante veinte años. Una cólera laica racionalmente fundada.

El odio contra un «corazón» no se desencadena cuando éste se encuentra en el apogeo de su potencia, sino cuando empieza a declinar. Tal fue el destino de todos los «corazones» anteriores, y será también el del Imperio estadounidense. Triunfante en el momento de la caída del muro de Berlín, Washington se ha convertido ya en el blanco principal de una crítica que cuestiona la globalización y la democracia de mercado.

Se formará entonces, contra Estados Unidos y el Orden mercantil, una *coalición crítica* que agrupará a todos aquellos que ya no esperan nada de ellos o que se sienten frustrados por no recibir sus beneficios. La postura de dicha coalición se expresará en un bati-

burrillo de críticas dirigidas a Estados Unidos, Occidente, la globalización, la democracia de mercado y el hiperimperio en ciernes. Antimundialistas de toda índole, la gran mayoría de los miembros de esa coalición no tendrá nada alternativo que ofrecer.

Su crítica se centrará primero -se centra ya- en el papel invasor de Estados Unidos, que monopoliza la mayor parte de las riquezas del mundo, despilfarra sus recursos, altera su clima, avasalla a los pueblos, pretende regirlos a su antojo, e incumple muchas de las reglas de la democracia que luego asegura querer dictar a los demás.

Después, la crítica se centrará en los mercados. Esta segunda crítica será aún más fácil que la primera, puesto que los hechos, dejarán cada vez más patente que los mercados no suprimen ni la pobreza, ni el paro, ni la explotación; que concentran todos los poderes en manos de unos cuantos, poniendo en situación de precariedad a mayorías cada vez más numerosas; que evitan las exigencias a largo plazo; que contribuyen a alterar el clima; que crean diversos tipos de escasez e inventan nuevas gratuidades para luego sacar provecho de ellas; que, con ellos, la esperanza y la calidad de vida varían tremendamente de un lugar a otro del planeta; y que, con la hipervigilancia y la autovigilancia, se convertirán en una de las formas más perniciosas y más absolutas de dictadura. Por último se reprochará a los mercados que liberen la violencia al orientar todos los deseos a la posesión de objetos mercantiles, entre ellos las armas.

También será fácil entonces denunciar la democracia como una ilusión en la que los más ricos concentran en sus manos los poderes de informar, entretener, saber, vigilar, cuidar, enseñar, orientar, decidir y acumular. Estos nuevos ideólogos explicarán que la que la democracia parlamentaria es, como el mercado, un señuelo, el instrumento de las fuerzas armadas y de las grandes empresas; y que produce desigualdades, destruye la naturaleza, socava los valores morales. Sostendrán, incluso, que no es más que un pretexto cómodo, invocado por los estadounidenses para conservar su poder sin perder su alma, al tiempo que hacen la vista gorda ante el desarrollo de la economía pirata allí donde ésta les resulta útil.

El Orden mercantil será, por tanto, acusado, con toda la razón,

de ser para muchos, y debido a su propia naturaleza, fuente de miserias, injusticias, precariedad, desórdenes, despilfarros, trastornos ecológicos, inmoralidad, destrucción de las identidades, transgresión de las normas religiosas y opresión. Muchos denunciarán también mercado y democracia conjuntamente, por ser máquinas de fabricar deslealtad, de aniquilar de toda forma moral y organización social, de destruir la libertad que aseguran promover. Se quejaran de tener que ir a vivir allí donde el mercado necesita de su trabajo, de tener que abandonar los lugares donde se hunden sus raíces, de no disponer de los medios financieros de la libertad prometida, de no influir ya en el mundo con su voto, de estar dominados, vigilados, autovigilados, autoproducidos, de verse obligados a obedecer normas establecidas por las exigencias del beneficio.

Habrá también quienes denuncien el principio mismo de una libertad individual que nos lleva a no ser leales más que a nosotros mismos, a no sentirnos vinculados por una palabra o un contrato, a sacar continuamente a subasta nuestras obediencias, nuestros sentimientos, nuestros valores, nuestra fe, el destino de los nuestros, a los que estamos siempre dispuestos a abandonar, a esperar en todo momento ser abandonados, sin tomar nunca en consideración las necesidades de las generaciones venideras. La apología de la dictadura se convertirá de nuevo en un tema de conversación respetable.

Por último, muchos se aprovecharán del debilitamiento progresivo de los Estados para dejar que sus pulsiones de violencia se desarrollen sin cortapisa alguna: la primera de las libertades será la de matar, gratuitamente, sin objetivo ni estrategia.

Las ciudades, en las que se encontrarán todas las formas de alienación, todas las pruebas de que la democracia de mercado no es, para la inmensa mayoría de los seres humanos, más que un gigantesco abuso, se convertirán en los principales focos de la revuelta. En ellas habrá cada vez más criminales en serie y se asistirá a infinidad de asesinatos.

A diferencia de los revolucionarios comunistas de antaño, que tenían el proyecto de construir otra sociedad para reemplazar al capitalismo, la gran mayoría de estos nuevos contestatarios no propondrá nin-

gún sistema sustitutivo. Desde el fracaso del comunismo, no ha existido ninguna utopía capaz de sustituir al mercado ni a la democracia. Salvo para unos cuantos, que propondrán en retorno a la teocracia.

La cólera de los creyentes

Mientras, que el ideal judeo-griego, el Orden mercantil representa el oportuno resultado del progreso y del individualismo, para otros creyentes constituye también el peor enemigo: porque la libertad humana se antepone a los mandatos de Dios, y porque cuestiona especialmente la estabilidad de la familia, de la que depende la transmisión de la fe. Estos creyentes retomarán por cuenta propia las críticas laicas formuladas contra el mercado y la democracia.

Las dos grandes religiones proselitistas, el cristianismo y el Islam, estarán en el corazón de esta batalla. Cada una de ellas reformulará críticas a su manera, y algunos de sus representantes incluso las convertirán en justificaciones de los conflictos y la violencia que se den entre ellos y contra el Orden mercantil.

Ciertos movimientos cristianos acusarán -ya lo están haciendo- al mercado y a la democracia de segregar deseos frívolos, de favorecer la lujuria y la infidelidad, de comercializar valores morales de permitir que la ciencia piense el mundo de manera diferente a como lo describe la letra de los textos sagrados, de renunciar a dar un sentido a la muerte, de promulgar un derecho diferente al de la Biblia. Se opondrán, en particular, a toda forma de aborto, de control de los nacimientos, de eutanasia. Deplorarán que las preocupaciones materialistas alejen a los hombres de los interrogantes sobre el más allá y, en algunos casos, proclamarán la supremacía de los valores cristianos sobre los derechos del hombre, e incluso sobre la razón. Algunos de ellos llegarán incluso a considerar que el uso de la fuerza es teológicamente lícito.

La Iglesia católica, primer imperio nómada, «sin territorio», durante mucho tiempo se opuso por la fuerza a la razón, a la ciencia, al progreso, al Orden mercantil, a los derechos de los capitalis-

tas y a los de los empresarios y trabajadores, hasta que finalmente se resignó a ellos. Algunos de sus componentes se radicalizarán cada vez más, se acercarán a sus ideales iniciales. Ciertos católicos acusaran cada vez con mayor violencia al liberalismo de negar el orden divino; se opondrán a la democracia, al mercado, a los valores judeo-griegos, para defender sin componendas la pureza de la fe. Otros miembros de la Iglesia, sin embargo, seguirán defendiendo la no violencia, el amor y la justicia.

Ciertas Iglesias protestantes estarán en la vanguardia de estas luchas. En particular el evangelismo, procedente de varios estados del sur de Estados Unidos -«el Bible Belt»- y que agrupa a más de 70 millones de súbditos norteamericanos, entre ellos varios cientos de miles de pastores propagandistas. El evangelio es ya ley en ciertos departamentos de numerosas universidades estadounidenses; en ellas censura la enseñanza de las ciencias y de otras religiones. Estas Iglesias tendrán cada vez mayor influencia política y acabarán inspirando las decisiones del Congreso y el aparato estatal estadounidense; de hecho, los discursos y los actos del actual presidente están ya muy influidos por ellas. Por lo que dicen, y en virtud de un lento deslizamiento semántico, los valores que deberá defender Occidente no serán ya los de la democracia, sino los de la cristiandad. Estas Iglesias incitarán a las mujeres a que vuelvan a quedarse en casa para tener cada vez más niños.

En el momento en que el surgimiento del hiperimperio amenace seriamente la existencia de Estados Unidos, algunas de estas Iglesias podrían llegar a animar a este país a hacer una guerra contra el Islam, e incluso contra la democracia y contra el capitalismo. Estados Unidos, que es el único de los grandes países en régimen democrático que no ha conocido dictadura alguna en el pasado, podría ser presa, hacia 2040, de una tentación teocrática, explícita o implícita, en forma de un aislacionismo teocrático en el que la democracia no sería más que pura apariencia.

Tanto en África como en América Latina, los ciudadanos, cuyo estado de miseria no hará más que empeorar, serán cada vez más sensibles al discurso de estas Iglesias evangelistas, convertidas en

grandes potencias financieras, ideológicas, militares y políticas. En Brasil tienen ya más de 30 millones de adeptos, y están presentes en Japón, la India, China, e Indonesia. Se entenderán, como ya lo han hecho en el pasado, con las mafias, los imperios del crimen y los amos del juego, y podrían muy bien aliarse, aquí y allá, con piratas laicos, traficantes de armas, de mujeres o de drogas. También rivalizarán frontalmente con el Islam -con el cual la competencia será encarnizada- y defenderán el cristianismo en países donde sea minoritario, como en el Líbano, Siria, Irak y Palestina. Incluso intentarán convertir al cristianismo, y no sin cierto éxito, a musulmanes -minorías kurdas de Irak y de Siria, y bereberes del Magreb- proporcionándoles asistencia social y prometiéndoles visados para Estados Unidos o Europa en calidad de «cristianos perseguidos».

En Europa algunas Iglesias cristianas se opondrán también explícitamente al capitalismo. Fieles, partidos católicos y autoridades religiosas denunciarán el peso del mercado, la libertad de circulación y su traducción institucional: la Unión Europea. Los valores religiosos volverán a tener visibilidad política. Hasta muy recientemente, nadie entre el personal político europeo se hubiera atrevido a plantear el problema de la adhesión de Turquía a la Unión Europea en términos religiosos, ni tampoco a convertir el tema teológico en una de las dimensiones del debate constitucional europeo. Los partidos de extrema derecha se apoyarán cada vez más en estos valores religiosos para defender sus programas y propondrán, explícitamente, devolver a las mujeres al hogar para que se encarguen de educar a esos hijos que permitirían prescindir de la ayuda de los inmigrantes y combatir más eficazmente al Islam. Varias democracias europeas podrían, un día, introducir el cristianismo en su Constitución, incluso transformarse abiertamente en teocracias. El Vaticano desempeñará un papel fundamental en esta evolución. Podrá elegir entre aliarse con los demás monoteístas o, por lo contrario, alentar a declararles la guerra, en particular al Islam.

También en las críticas hechas en el seno del Islam se mezclarán fuerzas cada vez más variadas: democracia, mercado, globalización, Estados Unidos, Israel, Europa, judaísmo, cristiandad. Si no se

hace nada al respecto, la distancia que separa una parte del Islam de Occidente aumentará.

En 2006, había más de 1.000 millones de musulmanes en el mundo, es decir, un tercio menos que cristianos. Aunque el Islam no sea de por sí más intolerante que los demás monoteísmos, y pese a haber aportado el pensamiento judeo-griego a Europa, todos los países donde domina actualmente son teocracias o dictaduras laicas, salvo algunas democracias en ciernes: Turquía, Argelia, Marruecos, Kuwait y Senegal. En estos países es prácticamente imposible construir iglesias o sinagogas, convertirse a otra religión, vivir de manera atea, y casarse con un(a) no musulmán(a) sin que la persona en cuestión se convierta. La ideología dominante consiste en creer que toda respuesta a toda pregunta se encuentra en el Corán, que todo intelectual es inútil, que el origen de todo problema -desde el sida hasta la miseria- está en los infieles. Desde el punto de vista económico, social y cultural, los países musulmanes se encuentran entre los menos desarrollados del mundo (en el conjunto de estos países se traducen menos libros extranjeros que, por ejemplo, en Grecia), pese a que, por los azares de la distribución de los recursos naturales, algunos de ellos sean los más ricos del mundo.

Por el momento, son muy raras las voces que reclaman la adecuación del Islam a los derechos humanos desde su mismo seno. Pero sin duda llegará el día en que, bajo el efecto combinado del crecimiento económico y el llamamiento de la juventud y de las mujeres, algunos teólogos lo conducirán por la vía de la tolerancia y de la democracia; insistirán más en los suras anteriores a 622 que en los siguientes; y recuperarán la tradición filosófica de Ibn Rushd. Mientras tanto, algunas minorías del Islam, principal competidor del cristianismo y, como él, proselitista, querrán recuperar el lustre que tuvo en el siglo XI, unificarse desde Córdoba hasta Bagdad y luego extenderse a todo el planeta: mediante la demografía, mediante la conversión e incluso, en la mente de algunos, mediante la guerra.

La figura dominante del Islam no es, por lo demás, el fiel, sino el peregrino, el predicador, el convertido, el prosélito. En el Islam, la conversión es, en principio, individual, y no tiene ninguna con-

notación política; debe hacerse en nombre de un ideal de pureza, de solidaridad, de sumisión al poder masculino. De hecho, toda conversión es irreversible: está prohibido que un musulmán cambie de religión, en general bajo pena de muerte. Para algunos, la conversión también es, y será, política: el Islam se esforzará en reunir a los que, en cualquier lugar, critican el Orden mercantil y en convertir a numerosos laicos procedentes de lo que anteriormente he denominado la «coalición crítica».

Con la promesa de pertenecer a una comunidad (la Umma), el Islam tendrá cada vez más eco entre numerosas personas aisladas, débiles, vencidas y rebeldes. Desarrollará un programa social para los más desfavorecidos, en el que les propondrá suministrarles lo que el mercado no les ofrece: formas concretas de solidaridad, de caridad, y dignidad que les permitan escapar a la soledad y esperar en un paraíso.

Su capacidad de convertir todavía es poco considerable: en Francia, por ejemplo, sólo se convierten al Islam 3.000 personas al año, y en 2006, los convertidos en este territorio no eran más que 70.000. No parece que el ritmo vaya a aumentar.

El principal factor de crecimiento del número de musulmanes será de hecho la demografía: en 2020 serán casi 1.800 millones, es decir, la cuarta parte de la población mundial, y, para entonces, había sin duda superado al número de cristianos. Su expansión disminuirá el crecimiento económico, que reducirá su tasa de natalidad un las más altas del mundo.

Los maestros de pensamiento más intransigentes del Islam exigirán a los fieles, donde quiera que estén, que no obedezcan otras leyes que las de Dios y que rechacen toda Constitución laica. Todo empezó con Ibn Hanbal (780-855) e Ibn Taymiyya (fallecido en 1328), que pretendían imponer una obediencia literal al texto. Después llegó Abdel Wahhab (1703-1792), todavía muy influyente hoy en día: afirmaba que un musulmán no debe obedecer otra ley que el Corán, rechazaba la intercesión de los santos y excomulgaba (takfir) a los liberales, llevando a su apogeo la *salafiyya* (la huella de los ancestros). En la misma línea, los que actualmente siguen al teólogo

pakistaní Sayyid Mawdudi (1903-1979) (hostil a la creación de un Estado laico pakistaní en el momento de la partición de la India) prohiben la obediencia a otra legislación que no sea la del Corán; para ellos, la única soberanía es la *soberanía política exclusiva de Dios solo.* Mawdudi presentaba el Islam como la tercera vía entre capitalismo y socialismo, y quería convertir el Islam unificado en un Estado teocrático.

Para que la ley del Islam pueda ser así rigurosamente respetada y no sea cuestionada por su confrontación con sistemas de valores diferentes, movimientos cada vez más numerosos apelarán a la constitución de un imperio teocrático musulmán, cosa que, para algunos de ellos, habrá de pasar por la guerra.

Para unos cuantos, dicho imperio tendrá primero que reconstruirse sobre las tierras de los tiempos de gloria, que se extendía desde Córdoba a Bagdad. Hace veinte años, Sayyid Qotb, líder de los Hermanos Musulmanes y discípulo de Mawdudi, llamaba a la *revolución islámica* que permitirá el paso de la *Jahiliyya*, periodo preislámico a la *Hakimiyya, la soberanía de Dios* («rebelión total en todo lugar de nuestra Tierra, persecución de los usurpadores de la soberanía divina que dirigen a los hombres con leyes procedentes de si mismos»). Según él, hay que traducir el sura XII, 40, que dice que «el *hukum* sólo pertenece a Dios», por: «El poder supremo sólo pertenece a Dios», y no, como se ha hecho habitualmente, por: «El juicio sólo pertenece a Dios». Ahí está la inversión: una teocracia en vez de una relación moral individual con Dios. Su proyecto consistía en la fusión de la *Umma Islamiyya* (la mejor comunidad surgida para los hombres) y el *Dar al-Islam*, el reino regido por la ley islámica. Qotb, que sigue teniendo innumerables discípulos, deseaba combatir tanto a los musulmanes que no se ciñeran a su visión del Islam, como a todos los «infieles». Hoy en día, el Hizb ul-Tahrir (Partido de la Liberación), con sede en Londres, llama también, como otros, al renacimiento de este «califato» mediante la guerra (*harb*).

En el Islam chiíta, ya en la década de 1960, el imán Jomeini quería imponer la idea de la guerra como arma de conversión y ha-

cía apología del martirio, del suicidio, del *chahid*. «La espada -escribió- es la llave el paraíso.»

Para otros, la guerra deberá apuntar al mundo entero. El imperio del Islam tendrá que extenderse a todo el planeta prescindiendo de todo centro o nación dominante, con la idea de hacer de él una especie de *hiperimperio teológico*.

Los partidarios de esta guerra islámica para reconquistar el califato o conquistar el mundo definen actualmente una estrategia militar en tres etapas:

- En los territorios donde sea todavía minoritario, el Islam deberá practicar el *Dar al-Sulh*, la «paz momentánea», que podrá ser denunciada en cualquier momento.

- En los territorios en que se haya convertido, o expulsado, a una parte significativa de la población, deberá establecerse un *Dar al-Harb* o «zona de guerra», en la que los últimos creyentes de otros monoteísmos serán tolerados provisionalmente, con una condición inferior, la de *dhimmi* («protegidos»); los adeptos de otras filoso-fías y los ateos serán expulsados.

-En los territorios donde el poder musulmán haya llegado a ser totalmente dominante, todos los creyentes en otro monoteísmo deberán de ser convertidos o expulsados: los judíos, porque no aceptaron el Corán en Medina; los cristianos, porque colocan a Jesús por encima de Mahoma. Allí, todos los «infieles» serán declarados elegidos, porque «la incredulidad es una sola nación».

Algunos de los grupos que adoptarán esta estrategia, como Al Qaeda en el momento de su creación en 1996, tendrán como primer objetivo expulsar de los alrededores de La Meca a las tropas cristianas que se instalaron allí en 1991, aun cuando para conseguirlo tengan que luchar contra regímenes árabes. Para ellos, la f*itna* (la «discordia») entre musulmanes será, por tanto, saludable. A continuación querrán eliminar a los cristianos y a los judíos de los Lugares Santos de Irak y de Jerusalén, y hacerse luego con el poder en el Líbano, Egipto, el norte de África, Asia central, Indonesia y Pakistán. El siguiente paso será reclamar la expulsión de todos los defensores de la filosofía judeo-griega de

las demás tierras antaño conquistadas por el Islam, desde España hasta China.

Otros grupos, como es el caso de Al Qaeda en nuestros días, preconizarán, antes incluso de restaurar el Imperio musulmán, una guerra santa inmediata contra el Imperio estadounidense, Israel, Europa, el mercado y la democracia. Como los nihilistas de finales del siglo XIX, no buscarán más que destruir, sin tener en mente el proyecto ni siquiera utópico, de otra sociedad que sustituya a la que ellos condenan. Por lo demás, Al Qaeda, inspirador de otros grupúsculos que irán surgiendo de iniciativas locales, no tardará en ser simplemente un movimiento más entre otros.

Algunos movimientos -los más numerosos- pondrán el Islam al servicio de reivindicaciones nacionalistas, como siempre han acabado haciendo los ideólogos del Islam, desde los almohades del siglo XII hasta los del siglo XVIII, pasando por el Rafah turco, el FIS argelino, el Hamas palestino, los Hermanos Musulmanes de Egipto y el Hezbollah libanes.

El mundo asiático, que muy pronto reunirá la mayor parte de la población del planeta, también se verá afectado por todas estas posturas: mientras que nadie hace la guerra en nombre del budismo, el confucianismo o el hinduismo, el Islam intentará hacerse con el poder absoluto de todos los países de Asia donde ya domina, desde Pakistán hasta Indonesia. Allí se encontrarán además, numerosas escuelas religiosas extremistas.

Por otro lado, muchas culturas nacionales utilizarán el arma religiosa para defenderse -como los tibetanos- y para reconquistar una identidad nacional perdida. Por último, diversas sectas de orígenes muy difusos, como la secta Moon en Corea, la Falun Gong en China o la Iglesia de la Cienciología en Estados Unidos, se desarrollarán debido al vacío espiritual y moral que caracterizará el hiperimperio. ¡Ya hay más miembros seguidores de Falun Gong (cuyo jefe, Li Hongzhi, es tenido por salvador de ochenta mundos...) que personas inscritas en el Partido Comunista Chino! Y algunas de estas sectas se aliarán también con los socios menos recomendables para lanzarse, con todas las armas, a la pelea.

Las armas del hiperconflicto

El desenlace de las guerras ha dependido siempre de la posesión de armas nuevas y del valor asignado por cada beligerante a la vida de sus propios soldados. En sus tiempos, los arqueros de la batalla de Crécy, los carros de combate de la Primera Guerra Mundial, el arma atómica de la Segunda Guerra Mundial decidieron la suerte de las batallas.

A lo largo de la Historia han ido apareciendo siempre armas nuevas que han sido a la vez productos y parteros de tecnologías civiles: el propulsor nació con la palanca; las armas de fuego, con la mecánica; los tanques, con el automóvil. En cambio, es en el ejército donde nacieron el telégrafo, la radio, la energía, lo nuclear e Internet, entre otras muchas innovaciones tecnológicas de gran importancia.

En los próximos cincuenta años, muchas de las nuevas tecnologías serán desarrolladas por los ejércitos antes de ser utilizadas en el mercado civil. Gracias a las necesidades de la defensa o de la policía, los gobiernos financiarán investigaciones ineludibles para la puesta a punto de las tecnologías de la hipervigilancia o la autovigilancia. Y estas tecnologías tendrán posteriormente aplicaciones civiles.

Estas futuras armas estarán, por lo demás, esencialmente basadas en el concepto de vigilancia: los ejércitos desarrollarán al mismo tiempo infraestructuras digitales de ubicuidad nómada, sistemas de vigilancia de movimientos sospechosos, medios de protección de instalaciones estratégicas, redes de inteligencia económica. Robots -ocultos en territorio enemigo- y drones -robots voladores- que proporcionarán continuamente datos, detectarán agentes químicos y biológicos, y servirán de exploradores que irán por delante de destacamentos de infantería enfrentados a zonas militares o ángulos muertos. Los programas informáticos de simulación de combates estarán continuamente reactualizándose para resultar lo más parecidos posible a los campos de batalla.

Por otro lado, nuevas unidades de combate integrarán medios de simulación, de vigilancia y de disuasión. Nuevas redes e instrumentos de obicuidad nómada permitirán a los combatientes per-

manecer conectados y simular todas las situaciones; prendas inteligentes servirán para fabricar nuevos uniformes; nuevos materiales permitirán concebir nuevos blindajes; tecnologías de simulación tres dimensiones, servirán para preparar y dirigir los combates; y los robots sustituirán a los combatientes. Sistemas electrónicos (*e-bombs*) podrán destruir redes de comunicaciones y dejar ciego y sordo a todo un ejército.

Los marines desempeñarán un papel nuevo en la lucha contra los tráficos, la vigilancia de la emigración y la protección de los estrechos. La aviación de caza dejará de tener la utilidad que tiene hoy en día y perderá su influencia sobre los Estados Mayores y los presupuestos.

Las nuevas armas, llamadas convencionales, serán cada vez más necesarias, ya que las no convencionales (nucleares y otras) estarán cada vez más extendidas.

Las cinco grandes potencias autorizadas por los tratados por tener armas nucleares seguirán durante mucho tiempo disponiendo de más de cinco mil cabezas nucleares, en su mayoría colocadas en submarinos y lanzadas por cohetes balísticos ultraprecisos. Algunas de estas cinco potencias se reservarán también la posibilidad de utilizar armas nucleares tácticas, es decir, de corto alcance, ya no sólo como armas de disuasión, sino como armas disuasorias. Este tipo de armas podrían incluso miniaturizarse hasta el punto de ser utilizables por un solo combatiente, como sucedió durante la Guerra Fría. La India, Israel, Pakistán, que son potenciales nucleares desde hace treinta años, se dotarán también de submarinos nucleares lanzadores de misiles balísticos con capacidad nuclear, aptos para alcanzar cualquier capital potencialmente hostil o rival. Corea del Norte, que acaba de proceder a su primer ensayo de arma nuclear, se proveerá también de cohetes balísticos de un alcance superior a siete mil kilómetros, alegando la necesidad de prevenirse contra cualquier tentativa de desestabilización de su régimen. Ante esta amenaza, Japón no tardará en dotarse de armas del mismo tipo a fin de protegerse de las que podrían lanzarle los dirigentes de Pyongyang. A partir del momento en que se tome la decisión, Japón tar-

dará menos de cuatro meses en disponer del arma. Evidentemente, Irán se hará también con ella, a menos que un enfrentamiento, del que hablaremos más adelante, se lo impida. Otros países harán lo mismo después de él; primero Egipto y Turquía, luego sin duda Indonesia, Australia, Brasil y Arabia Saudí. Antes de treinta años, por tanto, más de quince países estarán abiertamente provistos de armas nucleares y de los medios para lanzarlas.

Con la penuria energética, se autorizará a los países más diversos a dotarse de centrales nucleares civiles. Esto los llevará a utilizar desechos reciclados como combustible, lo que se conoce con el nombre de MOX. Los riesgos de proliferación y desaparición se multiplicarán todavía más durante el traslado de tales desechos radiactivos, que podrán utilizarse en la fabricación de armas radiológicas, mezclando desechos nucleares y explosivos convencionales.

Posteriormente surgirán otras armas -químicas, biológicas, bacteriológicas, electrónicas, nanotecnológicas-. Como en el caso de las nuevas tecnologías civiles que éstas prefigurarán, se buscará aumentar su potencia, su miniaturización, su precisión. Ciertas armas químicas llegarán a matar a dirigentes sin siquiera ser detectadas; se podrán desencadenar epidemias masivas a voluntad; complejas armas genéticas serán un día especialmente dirigidas contra ciertos grupos étnicos. Nanorrobots del tamaño de una mota de polvo, denominados *gelatina gris*, realizaran misiones de vigilancia furtiva y atacarán las células del cuerpo de los enemigos. Luego, cuando las técnicas de clonación animal hayan progresado, se confiarán estas misiones a animales clonados, a bombas animales vivas.

Estas armas no serán únicamente desarrolladas por los laboratorios militares de grandes países, sino también por grandes firmas, «empresas-circo» que encontrarán nuevos mercados gracias a ellas. El armamento seguirá estando, como siempre, en el corazón, del aparato industrial, y, en su mayoría, los mercados públicos se centrarán en el sector del armamento hasta la puesta en marcha del hiperhimperio. Las grandes compañías de seguros y las empresas de mercenarios tomarán después el relevo.

La mayor parte de esas armas serán igualmente accesibles a las

naciones pequeñas, a los no-Estados, a los corsarios, a los piratas, a los mercenarios, a los guerrilleros, a las mafias, a los terroristas, a los traficantes de toda la clase. Por ejemplo, en un futuro próximo, será posible fabricar un *e-bomb* por sólo 400 dólares, simplemente con un condensador, una bobina de cobre y un explosivo.

Armas químicas, radiológicas, biológicas estarán así al alcance de todos los bolsillos. Cada vez será posible causar más muertes con medios más rudimentarios: en las ciudades y en los transportes públicos, la aglomeración multiplicará la eficacia de las armas más sencillas.

Por último, y quizá por encima de todo, como las guerras sólo se pueden ganar si los pueblos que las hacen las consideran justas y necesarias, y si se mantiene la lealtad de los ciudadanos y la creencia en sus valores, las principales armas del futuro serán los instrumentos de propaganda, de comunicación y de intimidación.

Armarse, aliarse

Ante estas amenazas multiformes, las democracias de mercado, que serán de hecho sus primeros blancos, y los amos del orden policéntrico se darán cuenta de que ya no pueden reaccionar de forma dispersa y de que sus presupuestos de defensa estarían mejor aprovechados si sus equipos fueran técnicamente compatibles y se situaran bajo un mando coordinado.

Estados Unidos seguirá modernizando todos los sistemas de armamento: convencionales, electrónicos, nucleares, químicos, bacteriológicos. Muy pronto se organizará una nueva unidad de la US Army, el Future Combat System, compuesto por tropas terrestres de gran movilidad, equipadas con armas convencionales de alta precisión, una red de comunicación, medios de simulación, robots y fuerzas aéreas con y sin pilotos; esta unidad podrá desplegarse en cualquier lugar del planeta en menos de cuatro días; el lapso de tiempo transcurrido entre la detección de un blanco y su destrucción, que en la guerra del Golfo era de tres días y en la de Irak, de

cinco minutos, será ahora casi nulo. Tal sistema no tendrá sentido más que si Estados Unidos se dota, mediante una red de satélites, de una infraestructura digital planetaria.

El coste de estos armamentos nuevos será considerable: Estados Unidos les dedicará 500.000 millones de dólares. Un millón de soldados estadounidenses seguirán, durante un tiempo, desplegados en cuatro continentes, apoyados por miles de aviones y navíos, hasta que finalmente se replegarán para defender únicamente el territorio nacional de Estados Unidos. Durante los próximos cuarenta años, la defensa seguirá representando más de un cuarto del presupuesto federal estadounidense, aunque, a veces, la necesidad de crear empleos en todas las circunscripciones electorales de los *congressmen*, cuya voz seguirá siendo imprescindible para la votación del presupuesto de defensa, obligará a hacer todavía mayores despilfarros.

Los europeos -que, en conjunto, le dedican hoy en día a su defensa cinco veces menos que Estados Unidos- se verán también obligados, después de haber criticado profusamente el belicismo de los estadounidenses, a encontrar los medios necesarios para financiar esas infraestructuras digitales y esos sistemas de armamento. Para hacerlo, crearán fuerzas armadas y policiales cada vez más imbricadas, armonizarán sus materiales y se coordinarán con Estados Unidos, aunque sólo sea para comunicar e intercambiar datos.

China y la India también incrementarán sus presupuestos militares, que en la actualidad son quince veces inferiores al de Estados Unidos, para alcanzar por lo menos el nivel inglés o francés. Se dotarán de las mismas armas, fabricados en su mayoría en su suelo. Japón y Rusia harán otro tanto.

Para compartir estos costes crecientes, varias de estas naciones reunirán una parte de sus efectivos en una fuerza militar de la *comunidad internacional*, que agrupará tropas convencionales y de policía. Formarán, así, primero de manera ocasional y más tarde mediante un acuerdo institucional, una alianza para hacer frente a los piratas y a los enemigos de la Orden Mercantil. La Alianza Atlántica, que nació ante la amenaza soviética, se convertirá posi-

blemente en la semilla de esta unión, que a veces hará tareas para las Naciones Unidas. En algunos casos, la India, China y varios países de los Once se unirán.

La Alianza abrirá un día las puertas a las empresas más importantes del hiperimperio, en particular las militares. Agrupará entonces ejércitos estatales y empresas de mercenarios privadas.

Todos los países de la Alianza vigilarán los «amigos de los enemigos». Por ejemplo, los musulmanes de Europa, de América o de China quizá deberán demostrar un día que no están relacionados con una u otra entidad hostil, como lo tuvieron que hacer los japoneses en los años de 1940 y los comunistas en los años cincuenta. Del mismo modo, si los Estados Unidos consideran especialmente México se ha convertido en un país revolucionario peligroso, los *chicanos*, cada vez más numerosos, serán objeto de una vigilancia estricta.

Hacia el 2035 o 2040, la Alianza se dará cuenta de que ya no tiene medios para mantener el control sobre la Orden Mercantil. Agotados financieramente y humanamente por los conflictos, colindantes a los mismos dilemas con que se encontró el Imperio Romano a partir del comienzo de nuestra era, los países que la compongan formarán un nuevo orden policéntrico y cambiarán de estrategia: ya no se ocuparán del resto del mundo, reducirán su dependencia energética del resto del mundo, reducirán su dependencia energética y financiera, instaurarán un proteccionismo, pondrán los tanques en círculo y limitarán la defensa en la protección de los propios intereses, en el sentido más estricto. Tratarán de instalar un escudo antiaéreo sobre su territorio para vigilar y destruir cualquier arma o aeronave desviada que pudiera llegar a tocar su suelo. Construirán muros cada vez más altos para defenderse de los piratas, como el muro que hoy protege y aísla Israel de los ataques terroristas. La Alianza considerará fundamental, por ejemplo, dominar la situación en el Mediterráneo Oriental y Occidental, en general a requerimiento de los países ribereños. Para viajar en avión en los países de la Alianza habrá que dar información detallada sobre la vida privada e incluso dejar como depósito, o como rehenes, bienes o seres queridos.

También aquí, una vez más, la tecnología punta de la economía de mercado, los objetos del hipercontrol, ayudarán a poner en marcha los medios de la guerra y de la policía.

Sin embargo, el éxito no estará asegurado: no se pueden poner en una burbuja ni los mercados ni las democracias ni los piratas.

Negociar, ayudar

Algunos países, de Europa y de otros continentes, propondrán entonces renunciar a la defensa de sus territorios, reducir los presupuestos militares, desarmarse, unilateralmente y colaborar con el enemigo. Nacerán unos e*stados postnacionales desnuclearizados*, pacifistas y sumisos, como los países con los que sueña ya ahora, y entre otros, el filósofo alemán Jürge Habermas.

Otros países, determinados a mantener la paz sin someterse, tratarán de desplegar todos los medios diplomáticos a su alcance. La Organización de las Naciones Unidas intentará poner en marcha los procedimientos previstos en su Carta para la negociación, la prevención de conflictos y la disuasión. Para que las cuestiones en litigio se puedan tratar de manera confidencial, se crearán instituciones para prevenir la violencia discretas, basadas en los modelos de la Organización para la Seguridad y la Cooperación en Europa (OSCE), la Comunidad de San Egidio -organización católica discreta y eficaz- o el Centro Carter, que cumple esta misión remarcablemente desde hace más de veinte años, o incluso la más reciente Fundación del presidente Clinton. El papel de estas instituciones *ad hoc*, empresas relacionales privadas, será identificar por adelantado las fuentes de conflicto y las zonas de tensión, y tratar de llegar a acuerdos entre las partes potencialmente beligerantes y hacer que se respeten. Por supuesto, habrá que disponer de importantes medios de observación, vigilancia, análisis y prevención. También deberán ser suficientemente influyentes para que los tratados firmados bajo su auspicio se respeten. Estas organizaciones las encontraremos en la siguiente etapa del futuro, porque serán un factor esencial para la paz.

Para evitar la guerra, las democracias de mercado también tratarán de extender el reino de la libertad a aquellos que podrían convertirse en enemigos. Ayudarán a los países todavía dudosos que lo deseen a unirse a sus filas, es decir, a organizar la separación de los poderes religioso y laico, a deshacerse de las milicias terroristas, a fijar las bases de una economía de mercado. Será una acción vana en general, como se ha visto en Afganistán -narcoestado donde el tráfico de drogas representa hoy el 90% de la riqueza producida- o en Irak -donde se ha instalado un caos absoluto-, excepto que vaya ligada de la instalación de una sociedad civil eficaz, que sólo puede surgir de la misma sociedad.

A los estados que no quieran evolucionar de esta manera hacia la democracia se les tachará de países agresivos, y las democracias de mercado los tratarán como tales.

Disuadir los regímenes agresivos

Ante los estados permanentemente agresivos siempre habrá que apostar por la disuasión; si no, el resultado será desastroso. En octubre de 1936, ante la remilitarización de Ruhr por las tropas nazis, Halifax y Blum dejaron hacer y hubo guerra. En cambio, en octubre de 1962, los soviéticos instalaron misiles en Cuba y como los hermanos Kennedy se mostraron en desacuerdo, la paz no se rompió. Al principio de los años de 1980, François Mitterrand apoyó la instalación de lanzaderas de misiles estadounidenses en Europa, lo que ayudó a disipar la amenaza soviética.

Así pues, hoy y siempre, los que quieran vivir en libertad en una democracia de mercado no podrán permitir que haya armas ofensivas apuntando en manos de grupos que anuncian abiertamente que su objetivo es: destruirlos. Tampoco nadie estará a salvo de armas que, en un primer momento, apunten hacia otros objetivos: las lanzaderas de misiles de Corea del Norte que apuntan a Japón apuntarán un día hacia los Estados Unidos y China. Las de Pakistán, si este país nunca cae en manos de fundamentalistas, ame-

nazarán primero la India pero luego Europa. Las de Hezbollan, o dicho de otro MENR, las de Irán, que hoy apuntan hacia Israel, un día apuntarán, de Beirut o Teherán, en El Cairo, en Riad, en Argel, en Túnez, en Casablanca, a Estambul y, más tarde en Roma, en Madrid, en Londres y en París. Las de China, si el Partido Comunista endureciera su política para garantizar la continuidad, quizás apuntarán un día hacia Japón o hacia los Estados Unidos.

Las democracias no deberían dejarse impresionar por estas amenazas. Si por miedo a las represalias dejan que los misiles amenazas. Si por miedo a las represalias dejan que los misiles iraníes, paquistaníes o coreanos los apunten durante mucho tiempo, habrán hecho un mal negocio, como les pasó a Francia y Gran Bretaña en 1936 y más tarde en 1938 en Munich. Ahora con una probabilidad aún mayor, ya que estas armas las podrían disparar desde quince lugares diferentes quince regímenes dictatoriales distintos con objetivos opuestos. Para eliminarlas, la Alianza deberá amenazar primero estos regímenes con acciones preventivas, mostrar la capacidad de ataque e intimidarlos para obligarles a dar marcha atrás. Si con esto no es suficiente para poner fin a las amenazas, entonces habrá que atacar.

Ataques preventivos

Contra los piratas no servirá ninguna técnica disuasoria porque no tendrán ningún territorio para defender. Cederlo en uno para que se instalen no será suficiente para calmarlos: los mafiosos no tendrían suficiente con el control de Colombia o Afganistán; a los extremistas islámicos no les bastaría con la destrucción de Israel, ni con la retirada estadounidense de Irak o de Arabia Saudí.

Contra los piratas sólo servirá el ataque preventivo. La Alianza y cada uno de sus miembros se preparará, pues, para librar una guerra contra los piratas -o los países que les hayan dado refugio- que amenacen de utilizar las armas al servicio de una fe, de una ambición laica o para obtener un provecho delictivo. Naturalmente, la

Alianza no debería justificar una guerra preventiva inventándose intenciones bélicas ajenas, ni poniendo como pretexto la existencia de armas de destrucción masiva imaginarias, como ocurrió con la guerra de Irak en 2002. La Alianza no podrá basar su política exterior en los derechos humanos y al mismo tiempo violarlos cotidianamente. Lo que sin duda hará.

Los optimistas dirán que todo esto es hacer mucho ruido para nada: todo país o entidad no estatal que llegue a ser potencia nuclear o que disponga de armas extremadamente mortíferas, será a la fuerza razonable. La mejor prueba de ello es que hasta ahora lo han sido aquellos que han reconocido de manera oficial u oficiosa disponer de este tipo de arsenal.

Y los optimistas tienen parte de razón: las democracias, donde el poder lo controla la opinión pública, y los regímenes totalitarios que han sufrido una guerra durante mucho tiempo, no las utilizarán nunca ofensivamente. Pero cuantos más actores entren al juego estratégico, más posibilidades habrá de que haya alguno encabezado por un loco o por gente que no dé importancia a la muerte -a la muerte de los demás, incluida la de las propias tropas-. Entonces la posibilidad de que utilice estas armas será más elevada.

El mundo vivirá cada vez más obsesionado por el miedo del aniquilamiento nuclear, de la guerra miniaturizada, de la guerra en red, de la guerra suicida. De hecho habrá cuatro tipos de conflicto que estallarán antes de que el hiperconflicto: las guerras de escasez, las guerras de fronteras, las guerras de influencia y las guerras entre piratas y sedentarios.

Guerras de escasez: petróleo y agua

Al igual que en el pasado hubo guerras por el carbón y el hierro, en el futuro habrá por el petróleo, por el agua y por las materias primas escasas. En primer lugar, el aprovisionamiento de petróleo, cada vez más difícil y costoso, desencadenará muchos conflictos, como de hecho ya sucede desde hace un siglo. Los Estados Unidos,

que gastan un cuarto del petróleo consumido en el mundo, del cual más de dos terceras partes es importado, querrán conservar el control de sus fuentes de aprovisionamiento, seguir controlando Arabia Saudí e Irak y, en posible, retomar el control de Irán para evitar el bloqueo del estrecho de Ormuz, que privaría al planeta de una quinta parte de la producción mundial de crudo y haría aumentar el precio hasta los 250 dólares por barril. La presencia norteamericana en Oriente Medio será cada vez más considerable, tanto para vigilar qué pasa en Irán como para que China no arramble con el petróleo de la región. Los Estados Unidos controlarán más que nunca el Golfo de México y querrán asegurarse de que Canadá, México y Venezuela tengan, al menos, dirigentes dóciles. También podrán estallar conflictos petroleros en Asia Central entre China y Rusia, entre los Estados Unidos y China, y entre Turquía e Irán. Kazajstán se levantará en árbitro y potencia regional. Los otros principales países consumidores de petróleo -la Unión Europea, Japón, China y la India- también querrán conservar, por la fuerza si es necesario, el acceso a los yacimientos de Oriente Medio, de Rusia, de África y de Asia Central, así como el control de las zonas por donde pasa el petróleo para llegar al mar.

En los países que rodean Rusia, donde se concentran muchos oleoductos, habrá guerras civiles despiadadas, a menudo financiadas por compañías petroleras rivales, que arruinarán las regiones por donde transita el crudo. Por la misma razón, Venezuela, Nigeria, Congo e Indonesia, donde los yacimientos se agotarán incluso antes de haber permitido que se construyeran economías modernas, podrían convertirse o volver a ser zonas de conflicto.

Finalmente, las zonas marítimas donde se encuentren los principales yacimientos del futuro y por donde transitarán los convoyes de petroleros, serán puntos de posibles enfrentamientos.

El agua potable, que como ya se ha visto será cada vez más escasa, provocará también guerras cada vez más significativas: en los últimos 50 años ya se han producido 37 enfrentamientos por el agua, aunque siempre muy locales . Y volverá a pasar irremediablemente, ya que 145 países comparten una cuenca con otros; casi un

tercio de las 263 cuencas internacionales las comparten más de dos países; diecinueve pertenecen a al menos cinco países. La tercera reserva subterránea de agua dulce del mundo, el Acuífero Guaraní, se lo disputan el Brasil, Argentina, Paraguay y Uruguay. La cuenca del Danubio la comparten dieciocho países y es en parte origen de las crisis de los Balcanes. El día de mañana, cuando empiece a faltar el agua potable, estos conflictos serán mucho más violentos. Ante la falta de agua, la India podría intentar desviar el curso de los tres grandes ríos que nacen en su territorio y que desembocan en el mar en Bangladesh. El día que el Líbano ponga bombas de extracción de agua en el río Ouazzane, afluente del río Jordán que alimenta el lago Tiberíades, de donde Israel extrae un tercio del agua potable que consume, estallará un conflicto. El proyecto turco de controlar el agua de los ríos Éufrates y Tigris inquietará a Siria e Irak. Tayikistán, Kirguizistán, Kazajstán, Uzbekistán y Turkmenistán se disputarán cada vez más los ríos Amudarja y Syrdarja, esenciales para el cultivo intensivo del algodón. Las presas hidroeléctricas de China - donde nace el Mekong- amenazarán de dejar sin agua Vietnam, Camboya y Tailandia. México y Estados Unidos se disputarán el Colorado y el Rio Grande. Senegal y Mauritania podrían llegar a pelear por el control del río Senegal. Argelia, Libia y Chad podrían también enfrentarse por la explotación de las raras capas freáticas que hay bajo sus fronteras. Albania, Grecia y Macedonia corren el riesgo de entrar en guerra por las mismas razones. Por último, en situación muy delicada, hay diez estados que comparten el Nilo, entre ellos, en la parte superior, Etiopía, que aporta el 86% del caudal pero utiliza sólo el 0,3%, que pretende construir 36 presas; estas presas secarían parte de Egipto, provocando un conflicto inmediato.

Finalmente, el cambio climático provocará guerras para ocupar las tierras que se conviertan o que sigan siendo respirables y cultivables: Siberia, Marruecos, Argelia y el sur de España podrían convertirse en campos de batalla.

Guerras de fronteras: de Oriente Medio a África

Habrá varios países que declararán la guerra a los vecinos para reunificar pueblos; podría ser el caso entre la India y Pakistán por el control de Cachemira, y entre numerosos países de África Subsahariana por la reunificación de etnias.

Otros también intentarán cargarse un vecino; varios países árabes seguirán con la idea de eliminar el Estado hebreo, que deberá ganar todas las guerras contra ellos si no quiere desaparecer. Los irreductibles de la región comenzarán las hostilidades el día que se anuncie un tratado de paz entre Israel y sus vecinos.

La victoria de la democracia dará lugar a conflictos nuevos en el seno de numerosos países: para cuestionar el dominio de una etnia, para provocar una secesión, para evitarla ... Hoy en día hay más de 40 conflictos de este tipo en el interior de 27 estados; hay algunos que hace más de diez años que duran, la mayoría en África o en Asia. Los más mortíferos son los que devastan la Costa de Marfil, Darfur, Cachemira, Congo y Sri Lanka. El conflicto del Congo ya contabiliza tres millones de muertes.

Si estos países no son capaces de organizar su partición pacíficamente, como lo hicieron la URSS y Checoslovaquia en 1992, acabarán con guerras civiles que darán lugar a nuevos estados, como ocurrió en la India o en Yugoslavia, o con la ruina general como Ruanda, en Transnistria, en Somalia, en la Costa de Marfil o en Etiopía. Estallarán este tipo de conflictos en el Congo, en Rusia, en Asia Central -entre Rusia, Georgia, Armenia, Turquía e Irán-, en Senegal, en la India, en China, en Indonesia y en Filipinas. Nigeria conocerá, sin duda, el peor de estos enfrentamientos, el que protagonizarán los ibos y los hausa.

Otros conflictos del mismo tipo se podrían dar entre diversos grupos en países desarrollados. Habrá ciudades que incluso se declararán en secesión, minorías étnicas o lingüísticas reivindicarán la independencia, algunos territorios serán de mal compartir.

Por lo tanto, se desencadenarán muchas guerras civiles y, como siempre, se señalarán cabezas de turco que habrá que eliminar. Se

cometerán genocidios con las armas más sencillas. En el siglo XX ya se perpetraron al menos tres: contra el pueblo armenio, contra los judíos y contra los tutsis. En el siglo XXI se producirán muchos otros. Y para aquellos que no lo quieran creer, que recuerden que en 1938 nadie creía posible el holocausto.

Guerras de influencia

Como en el pasado, también en el futuro algunos países llegarán a hacer la guerra a los vecinos para conservar la categoría y desviar la atención de la opinión pública de los problemas internos o con el afán de llevar a cabo un combate ideológico o religioso.

Así pues, Irán o Pakistán podrían forzar la guerra para tomar el control de la región que va desde Palestina hasta la frontera china, Nigeria podría querer controlar las materias primas de la región ocupando los países adyacentes, Kazajstán podría pelearse con Turquía por el control del conjunto de regiones de habla turca; como ha ocurrido a menudo, Rusia podría forzar la guerra para no quedar cercada, esta vez por los aliados asiáticos de Estados Unidos, por China y por el Islam; China podría entrar en conflicto para retomar Taiwán, para controlar el Kazajistán, para ocupar Siberia, para poner a raya a los japoneses rivales o porque el partido único, amenazado, pudiera conservar el poder; Estados Unidos podría entrar en guerra para defender Taiwán o Israel o Europa de las armas que los apuntarían desde Irán, Egipto o el Magreb; India podría hacer estallar la guerra para controlar las regiones fronterizas y eliminar en ella las bases de los rebeldes musulmanes en la retaguardia; Indonesia podría estar tentada de enviar el basto territorio desértico de Oceanía, y Australia podría empezar una guerra para repeler las ambiciones de los vecinos. Finalmente, conflictos muy antiguos, hoy totalmente inconcebibles, podrían volver a ser de actualidad: entre Grecia y Turquía, entre México y Estados Unidos, etc. si alguno de estos países se convirtiera en un día una dictadura.

Guerras entre piratas y sedentarios

Siempre ha habido piratas que han atacado a los sedentarios por el dinero, por la fe, por la miseria, por una ideología o por una ambición nacional; tenían pocos medios y no mostraban ningún respeto por la vida humana. Derribaron el Imperio Romano y ahora la Orden Mercantil corre el riesgo de sucumbir. Como en la antigüedad más lejana, la piratería, criminal o política, continuará haciendo su ley en todos los mares, interrumpiendo las relaciones entre los sedentarios. Si hacemos caso de las pocas estadísticas disponibles, parece que de 1995 a 2006 la piratería se ha cuadruplicado; seguirá aumentando, en particular en las inmediaciones del estrecho de Malaca, por donde transita casi la mitad del comercio petrolero mundial, y en el Caribe, por donde circulan cada vez más barcos cargados de droga. El Mediterráneo volverá a ser principal escenario de extorsiones. También los habrá sobre los grandes ejes que atraviesan los desiertos y dentro de los barrios muy poblados de las grandes ciudades, tanto el sur como del norte.

La piratería también se aprovechará de los destinos del turismo de masas de los nómadas virtuales. Los piratas considerarán que todo lo que se desplace es a la vez objetivo y arma: el avión, el camión, el tren, el barco y todas las redes de comunicación.

Los piratas -religiosos, nihilistas o simplemente delincuentes- atacarán a los sedentarios por sorpresa, para infundirles miedo, no sólo para obtener un botín, sino para cortar las líneas, cerrar los estrechos, detener los intercambios, el comercio, el turismo, la circulación. Atacarán el territorio real y virtual de los imperios con virus reales y virtuales, transformarán las primeras víctimas en armas nómadas que esparcirán la muerte a su alrededor. Intentarán desarticular los sistemas de vigilancia; atemorizaran sedentarios para que dejen de moverse, de emprender, de crear, de distraerse, y harán que se cierren en búnkers.

Utilizarán todas las armas de las empresas modernas, con grupos avanzados, grupos locales, «circos» y «teatros».

Algunos de estos piratas -y no sólo los de inspiración religiosa- recurrirán a los atentados suicidas: los primeros atentados de este tipo los cometieron los nihilistas rusos a finales del siglo XIX, después el ejército japonés durante la Segunda Guerra Mundial y más recientemente los independentistas tamiles en Sri Lanka. Las mafias ya han usado accionando bombas humanas involuntarias. Los terroristas islámicos han utilizado en Europa y en Oriente Medio, en particular en el Líbano y en Israel. Los atentados de Kenia en el año 2000, los de Nueva York el 11 de septiembre de 2001, los de Casablanca, los de Madrid y los de Londres se inscriben dentro de esta historia, no constituyen ninguna ruptura ni un cambio de naturaleza.

Un día, y quizás antes de lo que pensamos, veremos piratas sin motivación teológica, surgidos de la miseria, explotando voluntariamente en el centro de ciudades europeas. También explotarán convoyes de barcos suicidas cargados de niños en pleno Mediterráneo, en directo, ante las cámaras de televisión.

Los dirigentes del mundo policéntrico, y más tarde del hiperimperio, tratarán de hacer frente a estos actos transformando la Alianza militar defensiva en una policía de alcance mundial. Mercenarios a sueldo de la Alianza destruirán las bases donde se repliegan los piratas, llevarán a cabo combates urbanos en los barrios ocupados por bandas mafiosas, interceptaran los comandos antes de que puedan llegar a los objetivos. Harán que se maten entre ellos y les volcarán encima la ira de los infranómadas. La población civil se encontrará en medio de todos estos fuegos.

A este ritmo, repetimos, no es la África de mañana quién se parecerá al Occidente de hoy, sino el Occidente de mañana quien hará pensar en la África de hoy.

El hiperconflicto

Cuando el mundo policéntrico se derrumbe y se intenten instalar los corsarios, los piratas, los ejércitos privados, los mercenarios y

los terroristas, los regímenes totalitarios se devorarán entre ellos sin respetar ninguna ley de la guerra ni ningún tipo de arbitraje. Los países del norte se asociarán con los países del sur, los terroristas islámicos se aliarán con los narcotraficantes. Habrá guerras tanto calientes como frías, guerras privadas, guerras estatales. La policía y el ejército se fusionarán y tampoco respetarán ninguna ley de la guerra. La población civil será una toma a merced de cualquier arma de destrucción masiva. Las religiones bíblicas pelearán entre ellas, en beneficio de los adversarios. Algunos teólogos interpretarán que se trata de la batalla que debe llevar, según la Biblia, al fin de los tiempos; la que debe desembocar, según los judíos, en la llegada del Mesías; según los cristianos, en su regreso; según algunos musulmanes, en la llegada del imán escondido y, según los hinduistas, en la llegada de Kalki, décima reencarnación de Vishnú. En todos los casos, dirán que la guerra termina con la victoria del bien sobre el mal.

Si, una vez se haya instaurado el hiperimperio, todas estas fuentes de conflicto no confluyen nunca en una misma guerra, si todos los actores de los que hemos hablado hasta ahora encuentran interés en participar en el mismo enfrentamiento, se desencadenará el hiperconflicto.

Podría empezar en Taiwán, en México, en Oriente Medio o en cualquier punto donde el principal conflicto lo provoque el agua, el petróleo, la religión, la demografía, las diferencias norte-sur o los desacuerdos fronterizos.

También podría empezar con un ataque relámpago contra Occidente por parte de un Irán aliado con Pakistán, convertidos ambos en potencias nucleares islámicas.

Si así fuera, ninguna institución sería capaz de negociar tratados ni de encauzar la paz. El mundo se convertiría en un inmenso campo de batalla donde se pelean países, pueblos, mercenarios, piratas, democracias, dictaduras, tribus, mafias nómadas, grupos religiosos, etc, unos movidos por el dinero, otros por la fe, la patria o la libertad.

En este caso, se utilizarán todas las armas de que hemos hablado antes. La humanidad, que desde los años 1960 dispone de

medios nucleares para suicidarse, los utilizará. Ya no quedará nadie para escribir la historia, que siempre ha sido la razón del más fuerte.

Todo esto que digo es perfectamente factible: la tragedia del ser humano es que, cuando puede hacer algo, siempre termina haciéndolo.

Sin embargo, mucho antes de que la humanidad haya puesto fin a su historia de esta manera -o al menos eso es lo que quisiera creer-, el fracaso del hiperimperio y la amenaza del hiperconflicto llevarán las democracias a encontrar los medios para vencer a los piratas y ahogar las propias pulsiones de muerte.

Los ejércitos de la Alianza barrerán el mundo de dictadores, los cárteles de la droga quedarán bajo control, las grandes empresas ya no harán sus previsiones basándose en el crecimiento de los pedidos militares, las religiones se amansaran y devendrán fuerzas de paz, de razón y de tolerancia. Los nuevos movimientos que ya empiezan a surgir tomarán el poder para crear un mundo justo, tranquilo, unido y fraternal.

Entonces, como después de la caída del Imperio Romano, sobre los escombros de un pasado prometedor malogrado por una serie demasiado larga de errores, renacerán unas formidables ganas de vivir, que producirán felices mensajes y transgresiones de alegría. De las cenizas de las naciones desangradas y de un hiperimperio sin herederos, nacerán nuevas civilizaciones que se alimentarán de nuevos valores.

Se instalará una democracia planetaria que limitará el poder del mercado. Una democracia que tratará de hacer frente a otras guerras mucho más urgentes: la guerra contra la locura humana, el cambio climático, las enfermedades mortales, la alineación, la explotación y la miseria.

Comenzara entonces la tercera etapa del futuro, la de la hiperdemocràcia. Veamos un boceto de cómo será.

6

TERCERA ETAPA DEL FUTURO: LA HIPERDEMOCRÁCIA

Al final de su último libro, *Crítica al programa de Gotha*, escrito en 1875, Karl Marx puso esta frase misteriosa en latín: *Dixi te salvavi animamos meam* ("sólo digo esto para salvar mi alma"). Como si quisiera hacer entender a los lectores que el programa político que acababa de proponer a los socialistas alemanes no tenía, para él, la más mínima posibilidad de ser aplicado; como si pensara que nadie tendría el valor ni los medios de controlar el capitalismo y sus consecuencias, a la vez estimulantes y suicidas.

Hoy, en el momento en que las democracias de mercado han recorrido gran parte del camino previsto por el autor de *El capital*, y que el socialismo se ha metido en muchos de los callejones previstos y denunciados por Marx, la supervivencia duradera de una humanidad libre, feliz, diversa, justa, que busca la dignidad y el respeto, parece imposible. Incluso parece inútil reflexionar.

Pero, en cambio, cuando en 1516 Thomas More soñaba hacer escoger los dirigentes de Utopía, su ciudad imaginaria, poco se pensaba que cuatro siglos más tarde los ministros de su país serían elegidos por todo el pueblo. Del mismo modo, cuando en julio de 1914, Jean Jaurès imaginaba una Europa libre, democrática, pacífica y única, nada hacía pensar que el Viejo Continente se encontraría en esta situación menos de 80 años después.

Aunque hoy hacemos el mismo acto de fe en el futuro. Hay que intentar demostrar de nuevo que la humanidad no está condenada a destruirse, que no la destruirán ni el mercado ni la ciencia ni la guerra, y aún menos la inconsciencia y la maldad.

Se anuncia una transformación progresiva de la persona en objeto, aún más, todo indica que entramos en una oscura ante-guerra: incluso los países más avanzados reaccionan a la barbarie con bar-

barie, al miedo con egoísmo, el terror con represalias. Parece razonable, pues, pensar que la humanidad es monstruosa, que nuestro mundo no podrá nunca convertirse en una democracia planetaria, tolerante, pacífica y unida en la diversidad. Sin embargo, esta dinámica está en marcha: el bien llegará después del mercado y la guerra. Júpiter después de Quirino y de Marte.

Para salvar a la humanidad de sus demonios, esta tercera etapa del futuro deberá llegar, evidentemente, antes de que una de sus predecesoras haya destruido la humanidad.

Para imaginar que esta posibilidad de futuro sea concreta a tiempo, hay que atreverse a mirar muy adelante, como los visionarios de antaño, mucho más allá de la actual supremacía del Imperio Americano, de la emergencia amenazante del orden policéntrico, del hiperimperio y los innumerables conflictos que le seguirán. Entonces quedará claro que esto que yo llamo «hiperdemocracia» se inscribe de manera natural dentro de esta historia del futuro; se verá que ya hay un buen número de fuerzas que bajo mano van estableciendo los cimientos y que sólo depende de nosotros, hombres y mujeres del presente, que dentro de unas décadas se convierta en realidad.

El choque democrático

Al amanecer de toda gran revolución, necesitamos medir la urgencia, señalar los participantes, definir los valores e imaginar las instituciones con la moderación de lo cotidiano y la desmesura del ideal.

Hoy ya hay muchas fuerzas que reclaman un mundo donde puedan vivir todos: los vertiginosos descubrimientos de la ciencia y los formidables progresos técnicos harán darse cuenta cada vez a más gente que el mundo es una aldea, que la abundancia es posible, que todos podemos vivir mucho más tiempo y mucho mejor.

Se podría deducir de manera racional que podremos estabilizar el clima, que tendremos suficiente agua y energía, que la obesi-

dad y la miseria pueden desaparecer, que la no violencia es posible, que la prosperidad para todos es realista, que la democracia puede ser universal, que las empresas pueden servir al bien común, que es positivo proteger las diferencias e incluso crear otras nuevas.

Sin embargo, con la toma de conciencia de este potencial no será suficiente para evitar la llegada del hiperimperio y librarnos del hiperconflicto. Y es que la humanidad no ha avanzado nunca a fuerza de buenas noticias.

En cambio, algunas catástrofes anunciadas demostrarán con crudeza a los más escépticos que nuestro modelo de vida actual no puede durar mucho: el cambio climático, la creciente diferencia entre los más ricos y los más pobres, el aumento de la obesidad y el consumo de drogas, el aumento de la violencia y en la vida cotidiana, los actos terroristas cada vez más espeluznantes, la imposible bunquerización de los ricos, la mediocridad del espectáculo, la dictadura de las aseguradoras, la sustitución del tiempo por mercancías, la falta de agua y de petróleo, el aumento de la delincuencia urbana, las crisis financieras cada vez más seguidas, las oleadas de inmigrantes embarrancando en nuestras playas -primero alargando la mano, luego levantando el puño-, las armas cada vez más selectivas y mortíferas, las guerras cada vez más absurdas, la miseria moral de los más ricos, el vértigo del autocontrol y de la clonación ... Todo esto vendrá a despertar a los dormilones más profundamente aburridos. Los desastres serán, de nuevo, los mejores desencadenantes del cambio. Como al final de cada gran guerra, se hablará de extraer una lección, de perdonar sin olvidar, de reconstruir el mundo de otra manera, de eliminar para siempre la violencia. Gente de todas las clases sociales, de todas las nacionalidades, de todas las culturas y creencias religiosas reflexionarán sobre las condiciones que deben darse para la supervivencia duradera de la humanidad. Comprenderán que ni con el hiperimperio ni con el hiperconflicto tendremos un mundo destinado a durar. Por todas partes surgirán proyectos políticos para gestionar los conflictos fronterizos, para hacer compatibles las múltiples reivindicaciones nacionales sobre un mismo suelo y para enseñar a la gente a vivir serenamente consigo misma y con los demás.

Quizás un día algún dictador cogerá estos proyectos utópicos con el sueño de fundar un Imperio tranquilo y planetario. Una nueva ideología totalitaria, globalizadora, tranquilizadora, mesiánica, religiosa o laica, tendrá, sin duda, un profeta, unos textos sagrados, unos sacerdotes, una policía y unas peores. Más tarde, tendrá lugar una nueva organización armoniosa del mundo: al principio sólo se tratará de una cohabitación del mercado y la democracia; poco después, tanto el uno como el otro serán superados por lo que llamo «hiperdemocracia».

Para explicar esta predicción, me introduciré en conceptos nuevos:

Los actores de vanguardia, a quien llamaré transhumanos, impulsarán -ya lo hacen- las *empresas relacionales*, donde los beneficios serán una consecuencia y no una finalidad. Los transhumanos serán personas altruistas, ciudadanos del mundo, nómadas y sedentarios a la vez, iguales en derechos y deberes a sus vecinos, hospitalarios y respetuosos con el planeta. Harán nacer instituciones planetarias y reorientarán las empresas industriales, que desarrollarán los «bienes esenciales» para el bienestar de cada individuo -el más importante de todos será el tiempo de calidad- y los «bienes comunes» para el bienestar de todos -el principal será la inteligencia colectiva-.

Después, más que un nuevo equilibrio mundial entre mercado y democracia, entre servicios públicos y empresas privadas, los transhumanos harán nacer un nuevo orden de abundancia de donde el mercado será progresivamente excluido en provecho de la economía relacional.

Todo esto puede parecer completamente improbable. Parece que todavía no exista ninguno de los que deberían ser los impulsores de estos cambios. Pero hay que recordar que no sería la primera vez que alguien pronostica «imposibles» que se acaban cumpliendo: cuando en enero de 1848 Karl Marx hablaba de la inminente victoria de la burguesía y de la fuerza que tendría la clase obrera, en Europa prácticamente no existían ni la burguesía ni la clase obrera. Había indicado cuáles serían, antes de que aparecieran, los futuros protagonistas de la historia. El mismo trabajo nos toca hacer hoy a nosotros.

La vanguardia de la hiperdemocràcia: trashumantes y empresas relacionales

Cuando un convoy está en marcha, la vanguardia es mucho más importante que los generales que puedan apalancarse en medio de las tropas. La historia sólo cambia de rumbo cuando seres aventureros, que quieren defender su libertad y sus valores, hacen avanzar la causa de la humanidad, en general con un gran sacrificio. En la Orden Mercantil, esta vanguardia la han formado, como hemos visto en todos los centros, lo que he llamado la *clase creativa*: empresarios, inventores, artistas, financieros y dirigentes políticos.

El día de mañana, una pequeña parte de esta clase que reúna individuos particularmente sensibles a esta historia del futuro, comprenderá que su felicidad depende de la de los demás y que la especie humana no sobrevivirá si no es unida y en paz. Estas personas dejarán de formar parte de la clase creativa mercantil y no se querrán poner al servicio de los piratas. Se convertirán en lo que he llamado «transhumanos».

Los transhumanos no serán egoístas como los hipernómadas ni destructores como los piratas sino altruistas conscientes de la historia del futuro, preocupados por la suerte de sus, contemporáneos y de sus descendientes, con ganas de ayudar, de comprender, de dejar tras de sí un mundo mejor. Admitirán que no son propietarios del mundo sino sólo usufructuarios. Podrán poner en práctica tanto las virtudes de los sedentarios -Vigilancia, hospitalidad y visión a largo plazo- como las del nómadas -tozudería, memoria e intuición-. Se sentirán a la vez ciudadanos del mundo y miembros de diversas comunidades; nacionalmente estarán unidos a las comunidades de las lenguas que hablen y no sólo en el país de origen. Para ellos, la rebelión contra lo que es ineluctable será la regla; la insolencia del optimismo, su ética; la fraternidad, su ambición. Encontrarán la felicidad en el placer de hacer felices a los demás, en particular los niños, de los que se sabrán responsables. Redescubrirán que lo que es propio a la humanidad es transmitir. A las mujeres les será más fácil ser transhumanas que los hombres: encontrar placer en

dar placer es propio de la maternidad. El aumento progresivo del número de mujeres presentes en todos los ámbitos de la economía y de la sociedad, sobre todo gracias a la microeconomía, hará que se multiplique el número de transhumanos.

Entre los transhumanos de hoy en día podríamos citar tanto a Melinda Gates como a la madre Teresa; también encontraríamos millonarios que han cedido buena parte de su fortuna a una fundación, innovadores sociales, profesores, creadores, religiosos, laicos o, sencillamente, gente de buena voluntad. Gente para la que el prójimo es un valor.

Mientras que en el mundo de la escasez, es decir, el mercado, el prójimo es un rival -el enemigo que viene a disputarnos los bienes escasos, aquel contra quien construimos la libertad y con quien no tenemos que compartir ningún conocimiento -, para el transhumano, el otro será sobre todo un testimonio de la propia existencia, el medio que le permite verificar que no está solo. El otro le permitirá hablar, transmitir, mostrarse generoso, amoroso, mejorar, crear más allá de sus necesidades y más que lo que se cree capaz de crear. El otro le permitirá entender que el amor del prójimo, y por tanto de uno mismo, es la condición para que sobreviva la humanidad.

Los transhumanos pondrán en marcha, junto a la economía de mercado donde cada uno se mide con el otro, una economía del altruismo, del ofrecimiento gratuito, del trueque, del servicio público, del interés general. Esta economía que llamo relacional no obedecerá a las leyes de la escasez: dar conocimientos no priva a quien los da. Permitirá producir e intercambiar servicios realmente gratuitos -de ocio, sanidad, de educación, de relaciones, etc.-, que cada uno considerará bueno de ofrecer a los demás sin más remuneración a cambio de consideración, reconocimiento y alegría. Servicios que no serán escasos ya que cuanto más se da, más se recibe. Y cuanto más se da, más ganas y medios se tienen para dar. Dentro de la economía relacional, el trabajo será un placer sin obligaciones.

También podemos esperar que los estados se refuercen, que se socialice el gasto social, que mejore la capacidad de los ejércitos de luchar contra la piratería y que aparezcan mejores sistemas de dere-

cho de la propiedad, así como la generalización entre los más pobres de productos fabricados por el mercado: desde ropa hasta vivienda, pasando por la alimentación, la telefonía, los créditos y los seguros.

Los transhumanos formarán una nueva clase creativa que aportará innovaciones sociales y artísticas, y no sólo mercantiles. Pondrán a punto las herramientas de su acción: igual que los promotores del mercado crean compañías industriales que viven de los recursos escasos, los transhumanos crearán *empresas relacionales*, que vivirán de recursos básicamente ilimitados. Su finalidad será mejorar la situación en el mundo, tratando los problemas que el mercado no puede resolver, equilibrando la globalización del mercado con la de la democracia. Para estas compañías, los beneficios sólo serán indispensables para sobrevivir, pero no un fin.

Los partidos políticos y los sindicatos fueron las primeras empresas relacionales. La Cruz Roja, Médicos sin Fronteras, Care, Greenpeace, WWF y otras muchas ONG creadas en el sur se han ido añadiendo. Para mencionar sólo una del sur entre las cientos de miles que existen, podemos citar la que ha escolarización del 90% de los niños y los adultos de Villa El Salvador, un barrio de chabolas de Lima. Estas empresas relacionales hacen, al margen del capitalismo, el papel que hacían los comerciantes de Brujas y Venecia al margen del feudalismo. Pronto encontraremos todo tipo de instituciones sin territorio definido, cumpliendo misiones cívicas, médicas, ecológicas o sociales, ONG, intermediarios en negociaciones diplomáticas, clubes de deportes amateurs, lugares físicos y sitios web de encuentro gratuitos o de intercambio. La mayoría de estas instituciones las crearán al sur personas que se pondrán manos a la obra sin esperar nada de nadie. Una de las categorías más importantes de empresas relacionales serán las de microfinanciación, cada vez más presentes y más importantes para el mercado, la democracia y las relaciones.

La producción de las empresas relacionales evaluada en términos de mercado ya representa un 10% del PIB mundial, una cifra que va muy en aumento. Además, ya han creado los conceptos que anuncian los valores del mañana: el derecho a participar, el derecho a la infancia, el derecho a la dignidad. También son el origen de la

mayoría de las instituciones internacionales de nueva creación: el Fondo Mundial para el Medio Ambiente, etc. Gracias a estas empresas particulares se empieza a hablar de comunidad internacional -por no hablar aún de un gobierno mundial- y de protección de la naturaleza -por no decir del bien común-. Aquí veo los primeros pasos de una democracia mundial que llamo hiperdemocracia.

Aparecerán nuevas empresas relacionales, sobre todo para gestionar las ciudades, la educación, la sanidad, la lucha contra la pobreza, el medio ambiente, la protección de la mujer, el comercio justo, la alimentación equilibrada, la valorización de lo que es gratuito, la reinserción social, la lucha contra la droga y la vigilancia de los que vigilan. Sustituirán empresas privadas y servicios públicos, se encargarán de la prevención de enfermedades, de la reinserción de los marginados, de organizar el acceso de los más pobres a los bienes esenciales -en particular la educación-, de la resolución de conflictos. Dentro de estas compañías aparecerán nuevos oficios. Habrá una nueva actitud ante el trabajo, basada en el hecho de encontrar placer en dar: hacer sonreír, a transmitir, a aliviar, consolar... Juntas, las empresas relacionales formarán una nueva economía, hoy tan marginal como lo fue el capitalismo a principios del siglo XIII, pero anunciando el futuro igual que lo hizo aquel.

Las instituciones de la hiperdemocracia

La hiperdemocracia llegará a la realidad institucional del mundo antes de mediados del siglo XXI. Se comenzara planteando la instauración de instituciones planetarias coherentes que permitan a la humanidad sobrevivir a los golpes del hiperimperio y evitar las destrozos del hiperconflicto.

De nada servirá describir en detalle estas instituciones futuras: aún falta mucho para que aparezcan, deben amainar muchas tormentas, deben aparecer muchas nuevas tecnologías. Aún vendrán muchas sorpresas que desviarán momentáneamente el curso de la historia.

Pero, al menos, podemos describir sus rasgos principales sin demasiado miedo a equivocarnos, basándonos en el pasado y en las dos primeras etapas del futuro.

Estas instituciones las formarán una pila de organizaciones locales, nacionales, continentales y mundiales en que todos los seres humanos valdrán e influirán el mismo.

Cuando esto ocurra, la mayor parte de la humanidad vivirá en ciudades. Habrá cientos de ciudades más pobladas que cien países de hoy. Como más de dos terceras partes de la población mundial vivirá en ciudades, habrá que invertir sumas colosales en mejorar las insfraestructuras. La ciudad será el marco de las inversiones colectivas más importantes y el principal punto de recaudación captación de impuestos. Se concentrará buena parte de la acción política del futuro. El urbanismo se convertirá en una ciencia capital. La infraestructura digital ayudará a que la ciudad sea un punto de encuentro, de intercambios, de vida. Gracias a las tecnologías de ubicuidad nómada, la democracia se beneficiará de la participación de todos los que vivan, trabajen, sean usuarios o queden de una manera u otra afectados por su marcha. Los barrios se autogestionan.

Los estados, a fin de resistir los ataques de los mercados, deberán concentrarse sobre unas pocas funciones soberanas: la seguridad, la tranquilidad pública, la libertad, la defensa de la lengua, el acceso de todos -residentes de larga duración y personas de paso- a la cultura de la sanidad, el derecho a unos ingresos mínimos para la formación. Para cumplir equitativa estas funciones, los estados y las ciudades recibirán subvenciones, si es necesario, de las instituciones continentales o incluso mundiales. Las fronteras desaparecerán. Cada uno será ciudadano de diversos entes y se podrán defender las identidades sin tener que destruir las del vecino. Las naciones conseguirán encontrar, poco a poco, las condiciones para disfrutar de una vecindad tranquila. Aparecerán nuevas formas de control democrático basadas en organismos independientes de evaluación que vigilarán permanentemente el trabajo de los políticos gracias a las técnicas de la ubicuidad nómada y del hipercontrol.

Las democracias de mercado de un continente o subcontinente se agruparán en uniones del estilo de la Unión Europea. Cada unión será responsable de la moneda común, de transparencia de los mercados, de la armonización de las condiciones sociales, de la protección del medio ambiente, de la seguridad interior, de la protección social, de la salud, de la educación, de la inmigración, de la política extranjera y de la defensa del espacio común. Se deberá dotar de un parlamento y de un gobierno continentales. Deberá disponer también, como ya ocurre en Europa, de una instancia para resolver conflictos entre los países de un mismo continente. Este escenario debería ser posible en Oriente Próximo, que un día reunirá todas las naciones de la región en una unión de la que formarán parte tanto Israel como Palestina. La Unión Europea, vanguardia de la hiperdemocracia, se convertirá en una entidad de un nuevo tipo que algún día englobará sin duda Turquía y Rusia. Es así como mejor se combinan las condiciones de equilibrio entre mercado y democracia. En Europa es donde comenzará la hiperdemocracia.

A escala mundial se deberán crear, y se crearán, nuevas instituciones para ampliar las competencias de las que ya existen. Las Naciones Unidas serán el punto de partida. La Carta actual de esta organización servirá de base para redactar una constitución para el planeta, pero para que funcione será necesario que tome una dimensión supranacional y no sólo multilateral. En el preámbulo se enumerarán los derechos y los deberes de cada persona ante la naturaleza, el prójimo y la vida incluyendo nuevos derechos que no aparecen en la Carta actual; estará previsto, en particular el nuevo derecho esencial y fundamental en la infancia, y esto implicará el deber del parentesco. Otros derechos y deberes impondrán la protección de la vida, de la naturaleza, de la diversidad, y pondrán unas fronteras infranqueables en el mercado.

La Asamblea General de la ONU, en la que participaran cada vez más estados independientes, recibirá el apoyo primero universal directo y proporcional, y después de una tercera cámara, donde se reunirán las empresas, tanto las mercantiles como las relacionales. Este Parlamento planetario recaudará impuestos a escala mun-

dial, que se calcularán basándose en el PIB de cada país, en el gasto militar y en las emisiones de gases de efecto invernadero.

El Consejo de Seguridad de la ONU se fusionará con el G-8 e incluirá algunos de los Once: India, Brasil e Indonesia como mínimo. Después sólo participarán los representantes de las uniones continentales. El Consejo de Seguridad hará de órgano de control de un gobierno planetario formado alrededor del actual secretario general.

Este gobierno planetario destinará a la protección de la humanidad muchos más recursos que no destinan todos los países del mundo juntos hoy en día. Dictará normas sociales, como el principio del mejor régimen social mundial, que impondrá progresivamente a todas las empresas a escala planetaria. Se dotará de los medios para hacerlo respetar.

Las instituciones financieras internacionales, como la Organización Internacional del Trabajo, pasarán a ser tuteladas por este gobierno, y se evitará así que obedezcan sólo las órdenes de los países más ricos. Este gobierno planetario se dotará de los medios militares para combatir las mafias, el tráfico de drogas, la explotación sexual, la esclavitud, el cambio climático, el vertido descontrolado de residuos y los ataques -accidentales, terroristas o militares- con nanorobots o patógenos capaces de reproducirse y extenderse hasta destruir la biomasa. Es decir: contarías con una *jalea azul* -armas Nanotecnología absoluta- para combatir la *jalea gris* -plaga de nanorobots que destruyen la vida en el planeta-. En definitiva una fuerza de asistencia y seguridad planetarias, dotada con los mejores equipos, para proteger el medio ambiente y luchar contra los piratas.

Para apoyar este gobierno mundial aparecerán de forma progresiva nuevas entidades de control, de defensa y de regulación. Surgirán de las instituciones de gobernanza del hiperimperio y de las empresas relacionales: el Tribunal Penal Planetario garantizará la compatibilidad de las jurisprudencias elaboradas en cada continente y podrá juzgar a los principales piratas; la Agencia Mundial del Agua protegerá este recurso; una entidad universal de los mercados

controlará los monopolios y que se aplique el derecho laboral. Otra entidad controlará la calidad de los productos de consumo, en especial los alimenticios. Otra controlará las principales compañías de seguros, los demás órganos de gobernanza y las grandes empresas esenciales para la vida; esta entidad dispondrá de los medios para luchar contra la economía pirata y para defender tanto la propiedad intelectual como la material.

Al principio el Banco Central garantizará la estabilidad de las principales monedas y más adelante gestionará una moneda única; también excluirá de la comunidad financiera internacional todas las instituciones que permitan blanquear dinero procedente del narcotráfico. El Banco Mundial de Desarrollo financiará las grandes infraestructuras de las ciudades y los países que respeten la Constitución planetaria, apoyará a los países que quieran pasar de una economía basada en la droga y la delincuencia a una economía sana, y los ayudará en la lucha contra los piratas. Una institución dedicada ayudará a estructurar las empresas relacionales y vigilar que no encubran empresas piratas o terroristas. Otra institución planetaria se dedicará a desarrollar las microfinanzas.

Evidentemente, no será necesario que las sedes de estas instituciones estén todas en el mismo sitio -aunque antes haya insinuado que Jerusalén podría alojar algunas-. Su existencia podrá ser tan nómada como el hiperimperio que deberán equilibrar.

El papel del mercado en la hiperdemocracia

Mercado y democracia irán encontrando despacio un equilibrio planetario. De una parte, las instituciones de la hiperdemocracia permitirán que el mercado funcione de forma eficaz y evite el desperdicio de la capacidad de producción encargando grandes obras mundiales de infraestructura urbana, de energía y de comunicación. Por otra parte, el mercado, regulado y mundializado, ya no intentará penetrar en el santuario de la democracia. Incluso le interesará encontrar nuevas herramientas al servicio de la democracia, crear

infraestructuras urbanas, productos contra la contaminación, contra la obesidad y para ayudar a los más pobres. Las nuevas tecnologías harán que abunden la energía y el agua en un medio ambiente protegido y tranquilo; los arquitectos y los urbanistas diseñarán ciudades a escala humana; los artistas nos harán tomar conciencia de que hay que proteger y desarrollar la belleza del mundo.

Los microcréditos serán el producto estrella del sistema bancario. Las empresas relacionales mercantiles, -es decir, empresas con ánimo de lucro que tienen las relaciones como producto- darán servicios personales, de educación a sanidad, pasando por el ocio, y servicios a domicilio, como niñeras y apoyo a los colectivos con necesidades. Los mercados reorientarán el progreso técnico hacia la industria sanitaria, y sobre todo alimentaria, el conocimiento y el medio ambiente. Darán más valor al tiempo vivido que al tiempo almacenado, a los servicios que a los productos industriales. Los espectáculos grabados serán gratuitos, mientras que habrá que pagar por los espectáculos en vivo. El cine será de entrada libre y los cinéfilos pagarán para ver los mismos actores en un teatro. Los archivos musicales serán gratuitos y los melómanos pagarán para asistir a los conciertos; los libros y los periódicos serán gratuitos y los lectores pagarán a los editores para asistir a conferencias y debates con los autores. La gratuidad se extenderá a todos los ámbitos básicos de la vida.

Tanto a la economía relacional como a la economía de mercado le interesará que la otra funcione bien. En la primera le favorecerá que el mercado sea tan eficaz como sea posible y, recíprocamente, la eficacia del mercado dependerá directamente del clima social generado por la economía relacional. Las grandes empresas del mercado serán cada vez más juzgadas por los propios accionistas, considerando si sirven al interés general y si promueven las actividades relacionales.

El resultado colectivo de la hiperdemocracia: el bien común, la inteligencia universal

La hiperdemocracia desarrollará un bien común, que dará lugar a una inteligencia colectiva.

El bien común de la humanidad, finalidad colectiva de la hiperdemocracia, no será ni la grandeza ni la riqueza, ni siquiera la felicidad, sino la protección del conjunto de elementos que hacen posible y digna la vida: el clima, la aire, el agua, la libertad, la democracia, la cultura, las lenguas, los conocimientos ... Este bien común será como una biblioteca, un parque natural que habrá que transmitir tras cultivarlo y enriquecerlo sin haberlo modificado irreversiblemente. La manera como Namibia protege su fauna, Francia sus bosques o ciertos pueblos su cultura, da una idea de lo que puede ser una concepción avanzada del bien común. El bien común no podrá ser un elemento más del mercado, ni propiedad de un Estado ni un bien multilateral; será un bien supranacional.

La esencia de la dimensión intelectual del bien común será la inteligencia universal propia a la especie humana, que no es la suma de inteligencias de los seres humanos.

La inteligencia colectiva de un grupo no es igual a la suma de los conocimientos de los miembros que lo forman, ni tampoco a la suma de sus aptitudes intelectuales; es una inteligencia independiente, que piensa diferente a como lo hace cada uno de los miembros del grupo por separado. Así, una red neuronal hecha de células llega a ser una máquina de aprender, una red telefónica cumple otras funciones que las destinadas a cada una de las centralitas, un ordenador reflexiona de manera diferente a como lo hacen cada uno de los chips que la integran, una ciudad es un ser que no tiene nada que ver con cada uno de sus habitantes, una orquesta no es la suma de sus músicos, un espectáculo no es el papel de cada uno de los actores, el resultado final de un equipo de investigación es más valioso que cada una de las aportaciones de los investigadores que lo forman. Cualquier inteligencia colectiva es el resultado de puentes, de vínculos entre las inteligencias individuales necesarias para inventar cosas nuevas.

Del mismo modo, la humanidad en el conjunto crea una inteligencia colectiva, universal, diferente a la suma de las inteligencias particulares de los seres que la componen y diferente a la inteligencia colectiva de los grupos o de las naciones particulares.

La finalidad de esta inteligencia universal no será de carácter utilitario. Será incognoscible y gratuita. Se materializará en varias obras: innumerables redes cooperativas planetarias permitirán crear corpus de conocimientos y obras de arte universales que irán más allá del saber y de las obras de todos los que participen. Esta inteligencia ha existido desde siempre en estado embrionario, es lo que ha permitido que la humanidad se adapte a las circunstancias para sobrevivir, y se desarrolla cada vez más deprisa gracias a las nuevas tecnologías. Pronto dará lugar a un nuevo concepto de la propiedad intelectual, que ya no podrá ser nunca más absoluta y tendrá que compartir con el conjunto de la humanidad, necesaria para la creatividad del individuo. Por ejemplo, el software libre será una obra de la inteligencia universal. Asimismo, aunque por ahora wikipedia[1] sólo es la suma de las inteligencias de sus autores, poco a poco y gracias al trabajo de todos -esto ya se empieza a notar- surgirá un resultado colectivo distinto del que cada uno ha querido poner.

La historia dará impulso a la creciente integración de las inteligencias colectivas en una inteligencia universal; también estará dotada de una memoria colectiva que conservará y acumulará al menos tanto como la humanidad.

Un día la inteligencia universal podrá concebir máquinas para su propio servicio, que defiendan el bien común. La inteligencia universal también podrá hacer nacer una inteligencia de la especie, una hiperinteligencia, que actuará en función de sus intereses, que podrán diferir de los de la inteligencia universal de una generación de seres humanos. Finalmente, en la siguiente etapa de la evolución, podría nacer -y puede ser que ya haya nacido- una *hiperinteligencia de los seres vivos*, en la cual el ser humano solo tendría una pequeña participación . Esta hiperinteligencia de los seres vivos no actuaría

[1]Es una inteligencia libre escrita conjuntamente desde Internet por voluntarios, usando un programa libre wiki.

solo de acuerdo con los intereses de la especie humana. La singular historia del *Homo sapiens sapiens* llegará así a su fin, pero no por haber sido aniquilado, como puede suceder en las dos primeras etapas del futuro, sino por haberse superado.

El resultado individual de la hiperdemocracia: los bienes esenciales, entre los cuales está el tiempo de calidad

La hiperdemocracia sólo llevará a cabo objetivos colectivos. Pero también permitirá que cada cual cumpla sus objetivos personales que serian irrealizables si solo se dispusiera del mercado, y es que dará acceso a bienes esenciales, en particular al *tiempo de calidad*.

Nombro *bienes esenciales* a los que ha de tener acceso cualquier persona para tener una vida digna, para participar del bien común. Entres estos bienes esenciales está el acceso a los conocimientos, a la vivienda, a la comida, a la sanidad, al trabajo, al agua, al aire, a la seguridad, a la libertad, a la igualdad, a la dignidad, a las redes, el derecho a la infancia, al respecto, a emigrar y a quedarse en el lugar de origen, a la compasión, a la soledad, a vivir pasiones simultáneas y sinceridades recíprocas, a estar acompañado en el momento de la muerte… Eso llevará a eliminar todo castigo ultrajante, violento o de reclusión.

El principal bien esencial será, entonces, el acceso al tiempo de calidad, un tiempo donde la gente no vivirá el espectáculo de la vida de los demás sino la realidad de su propia vida. Todos tendrán la posibilidad de escoger su modelo de éxito, de desplegar sus talentos, aunque los desconozca. «Disfrutar de tiempo de calidad» significará entonces vivir en libertad, por mucho tiempo y con salud, y no hartarse de «provecho» como en el Orden Mercantil.

Estos dos proyectos de la hiperdemocracia -el individual i el colectivo- se alimentaran el uno del otro: la inteligencia universal creará las condiciones necesarias para que cada uno disponga de tiempo de calidad y, recíprocamente, el tiempo de calidad hará aumentar la inteligencia universal de la humanidad. La hiperdemocracia solo podrá existir si todos tienen acceso a los bienes esenciales.

Cuantos más seres humanos tengan acceso a los bienes esenciales más grande será el bien común de la humanidad: igual que a los centros de búsqueda les interesa que los investigadores hagan descubrimientos, a los hablantes de una lengua, ser cuantos más mejor, y a las familias, que sus miembros sean tan felices como sea posible, a cada ser humano le interesará que los demás puedan vivir con dignidad y en libertad y, por lo tanto, con buena salud y bien formados. A la humanidad le interesará que todos los seres humanos sean felices; el altruismo será beneficioso para todos. Ser transhumano será razonable.

El desvío de la hiperdemocracia

Durante largas décadas, el hiperimperio tratará de evitar que nazca la hiperdemocracia. Algunos jefes del mercado, hipernómadas la mayoría, intentaran minar los valores, querrán impedir que se formen las instituciones y querrán eliminar a los actores. Tratarán a los hipernómadas transhumanos de traidores. Los espantaran, los querrán corromper, intentaran que cambien de bando. Más adelante, viendo la fuerza de nueva ola, tratarán de comercializar «productos nómadas relacionales» por medio de empresas especializadas: robots de compañía, fraternidades virtuales, juegos en tres dimensiones que simularan altruismo, un falso comercio justo… Vendrá el que también ellos llamaran «tiempo de calidad»: tiempo de vacaciones o tiempo obtenido gracias a objetos nómadas y replicables en serie. Pondrán en el mercado verificadores personales que medirán la capacidad relacional. Inventarán prótesis relacionales, más tarde clones, hermanos artificiales que permitirán disponer de una reserva de órganos para uno mismo: el clon será feliz cuando pueda ayudar al clonado a sobrevivir.

Por otra parte, algunos maestros, teólogos y gurús intentarán hacerse suyos los conceptos de la hiperdemocracia - ya lo están haciendo ahora-. Basaran sus fuentes de comercio en la caridad, en el control del tiempo y del significado, en la gratuidad, en la fraterni-

dad, en la inteligencia universal, en el tiempo de calidad, en el bien común, etc.

Algunos sabios explicarán -como ya lo están haciendo- que la incapacidad de encontrarle sentido al tiempo, a mostrarse altruistas, es una enfermedad que se puede curar con drogas o manipulaciones genéticas de su invención.

Finalmente, algunos políticos intentarán instaurar una dictadura más o menos planetaria destinada a hacer surgir una persona nueva digna de vivir la hiperdemocracia. Explicarán que un día incluso será posible concebir seres con tal dominio de ellos mismos que no sentirán deseo de acumular, que no malgastarán, que no tendrán envidia; seres felices de ver a los demás felices, programados para gustarse como son, desprendidos incluso de cualquier deseo o sentimiento egoísta. Esto lo conseguirán asesinando todo el mundo que por razones de clase, religión u otros no sea digno de esta nueva élite.

Quiero creer que un día, mucho antes de que se acabe el siglo XXI, y a pesar de tantos obstáculos y precipicios vertiginosos, el hiperimperio se habrá desarrollado lo suficiente para que se perciba la unidad del mundo sin tener que llegar a la destrucción de la especie humana. También espero que la hiperviolencia sea una amenaza lo suficientemente fuerte para que la humanidad tome conciencia de la necesidad de cambiar radicalmente de actitud. Estoy convencido de que los trashumanos llegarán a ser bastante numerosos y estar suficientemente organizados para suavizar la primera etapa del futuro y poner fin a la segunda.

Del mismo modo, quiero creer que las dictaduras que caricaturiza la hiperdemocracia durarán menos que las que han caricaturizado el socialismo. También quiero creer que las religiones encontrarán una manera de tolerarse y de enriquecerse unas a otras.

Y finalmente me gustaría que la descripción de los horrores del futuro predichos en este libro contribuya a hacerlos imposibles.

Si es así, tomará cuerpo la promesa de una tierra hospitalaria para todos los viajeros de la vida.

Antes de llegar, pasarán muchos eventos, peores y mejores que los que he imaginado aquí. La belleza habrá sabido alojar y proteger las últimas chispas de humanidad. Tendremos escrito y creado obras maestras; habremos descubierto nuevos conceptos; habremos compuesto canciones. Sobre todo, habremos amado. Y amaremos todavía.

AGRADECIMIENTOS

Jérémie y Bethsabée Attali, Jeanne Auzenet, Frédéric Boulet, Vicent Champain, Daniel Cohen, Claude Durand, Pascal Heisserer, Pierre Joo, Jean Karoubi, Olivier Lepick, Jean-Pierre Philippe, Pascal Picq y Thomas Valode, entre muchos otros, han tenido la amabilidad de discutir conmigo algunas de las preguntas cuestionadas en este libro, o bien leerlo todo o parte del manuscrito y hacerme comentarios. Se lo agradezco. También doy las gracias a Rachida Azouz, Murielle Clairet y Ghislaine Olive por haber sabido descifrar las sucesivas versiones del texto. Agradezco a Jeremie Attali y a Joachim Frydman la idea y la realización de la fotografía de portada (de la edición francesa). Doy las gracias a Hélène Guillaume por haber tenido la paciencia infinita de leer las prueba de este libro. También he de agradecer la colaboración de las personas que han asistido a las conferencias que he dado sobre los temas que trato aquí, que me han ayudado a saber precisar y aclarar mis ideas gracias a las preguntas que me han hecho.

Y para acabar, agradezco a los lectores de este libro que me hacen llegar sus comentarios a mi correo electrónico: j@attali.com

Breve historia del futuro de Jacques Attali explica la increíble historia de los próximos cincuenta años según la a imaginado basándose en todo lo que sabemos de la historia y de la ciencia. Attali nos desvela como evolucionaran las relaciones entre los países y como los cambios demográficos, los movimientos de población, las transformaciones laborales, las nuevas formas de mercado, el terrorismo, la violencia, el cambio climático y la influencia creciente de la religión llegarán a alterarnos la vida cotidiana.

Attali también analiza como los increíbles progresos técnicos cambiaran el trabajo, el ocio, la educación, la sanidad, la cultura y los sistemas políticos; y como costumbres actuales consideradas escandalosas serán un día aceptadas.

Finalmente, nos muestra que sería posible caminar hacia la abundancia, eliminar la pobreza, que todos puedan acceder a las mejoras aportadas por la tecnología y la imaginación mercantil, defender la libertad tanto de sus propios excesos como del de sus enemigos, dejar a las generaciones futuras un medio ambiente más protegido, hacer nacer, a partir del conocimiento del mundo, nuevas maneras de vivir y de crear conjuntamente.